UNA NOVELA DE MISTERIO, MUERTE Y DE INVESTIGACIÓN
EN LAS ENTRAÑAS DE UNA ORGANIZACIÓN SECRETA

LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA

RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Los Secretos del Coleccionista

First published by BRACCAIOLI 2022

Copyright © 2022 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2208101755388

First edition

Proofreading by Verónica Martínez Amat

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

“El mundo se divide en dos categorías, los que tienen el revólver cargado y los que cavan. Tú cavas.”
—Clint Eastwood, (El bueno, el feo y el malo).

A ti, que sigues leyéndome.

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Antes o después, el pasado toca la puerta,… y lo hace con fuerza.

Nota del autor:

Los Secretos del Coleccionista es la segunda parte de ***El Plan Mónaco***, se recomienda haberla leído para ubicar los hechos en la historia.

AL FINAL, te he preparado un **MAKING OF** (detrás del telón) en formato e-book para que puedas descubrir, de dónde ha nacido la idea de estas dos novelas, los personajes y lugares reales que me han inspirado.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres es una pura coincidencia.

PERSONAJES PRINCIPALES

BRUNO MALATESTA: Protagonista, el detective.

MARGUERITA DE ANGELIS: Responsable del seguro de la subasta, Loyds de Suiza.

VERONICA: Ayudante de Marguerita, informatica.

RAFAEL: Mano derecha de Margarita.

MATHIAS MOREL: Director del Gran Premio de Fórmula uno histórico.

GIAN PAOLO RIZZATO: Millonario italiano, dueño del Auto Union.

RENATO BELLE: El "*Consigliere*", (consejero) mano derecha de Rizzato.

MARTA RIZZATO: Mujer de Gian Paolo.

TAYLOR O'CONNORS: Dueño de la casa de subastas.

AMBROGIO: Chofer de Rizzato.

NICOLA SIANI: Comandante de los Carabinieri.

FULVIO, CREMONA: Mecánico.

AYARI NAKAMURA: Empresario japonés.

CHIHIRO: Mujer del japonés.

AZUMI: Secretaria del japonés.

MAPA del norte de Italia

1

Mansión Rizzato, Miglarina, Carpi.
Madrugada del lunes, 17 de mayo.
Cinco días después del suceso.

Rendida. El cansancio la arrolló .

Cayó exhausta sin darse cuenta, no le dio tiempo ni a buscar la postura porque perdió la noción del tiempo. Los últimos pensamientos fueron para su compañero, que dormía en la habitación de al lado.

La tarde resultó placentera en compañía de Renato, escuchando las viejas historias de Rizzato y la procedencia del Auto Union. Sin embrago, la cadena de sucesos de las últimas horas comportaba un desgaste emocional y físico al que ya no estaba acostumbrada.

El silencio reinaba en la mansión.

Se encontraba en una suite con muebles antiguos, de madera gastada y, probablemente, restaurados. Decorada con pocos elementos, pero caros y muy bien ubicados. Una pantalla de gran tamaño enganchada a la pared y vigas de madera en el techo. Eso fue de lo que se percató, no le dio tiempo a fijarse en nada más.

La llovizna se detuvo en la campiña de Carpi, pero aun así se presentaban otros nubarrones. Los mismos que rompieron el silencio que envolvía la mansión. A los pocos momentos de dormirse, oyó un ruido metálico que la arrastró de vuelta a la habitación. La maneta de la puerta estaba bajando. Su accionamiento resultó ser cauteloso.

La persona que se encontraba en el otro lado de la puerta intentó coger a Marguerita desprevenida.

La maneta bajó hasta el final, emitió un pitido metálico que la despertó. Para la mujer fue un ruido escandaloso.

La puerta empezó a abrirse.

Las sábanas cubrían a la mujer hasta la altura de los ojos, no quería mirar, pero era inevitable. Recordó que, por culpa del cansancio y de las ganas de dormir, olvidó poner el pestillo a la puerta. Una tenue luz entró en su habitación, dominada por un brillo verde penetrando. El recorrido de la puerta de madera pareció eterno,

hasta que se detuvo en seco. La mujer comenzó a sudar y a temblar. Vio atravesar por el umbral lo que le pareció una mano, negra, que llevaba puesto un guante. No podía seguir mirando. Subió las sábanas hasta cubrirse la cabeza. Optó por no ver nada. Fuera lo que fuese, que hiciese su cometido rápido, sin perder tiempo, sin agonía.

Empezaron a escucharse los pasos por la habitación. Fuertes, pesados, ruidosos, probablemente de unas botas militares.

Escondida bajo las sábanas esperó a su invasor. El ruido de la puerta podía haber despertado a Bruno, que justo estaba en la habitación de al lado. Una luz verde atravesó la ropa de la cama.

Cada vez más cerca.

¿Qué quería de ella? ¿Había llegado su momento?

Temblaba. Los escalofríos la invadieron.

Las ruidosas botas se pararon al lado de su cama. Su respiración se descompasó, igual que su latido se disparó con el acercamiento del individuo. La luz verde se encontraba frente a ella, era nítida y aterradora. Marguerita estaba empapada, cuando la tela que la protegía de golpe se apartó. El hombre de las botas militares la dejó desprotegida. Entonces se dio cuenta de quién era, le vio la cabeza. Llevaba puesta una máscara con unos LEDS verdes.

Los ojos de la mujer se agrandaron. Selló los labios hacia dentro, el corazón se detuvo en el mismo instante. Desprotegida, desnuda, con su camisón, frente al invasor.

Se distinguían unas cruces luminosas delante de los ojos y una boca cosida. Llevaba una indumentaria de color verde, para la mimetización.

La mujer se paralizó. Contrajo el cuello esperando el próximo movimiento del invasor.

Detrás de la máscara se oyó una voz distorsionada, robótica.

—Por fin te he encontrado. ¿Pensabas escapar?

La mujer comenzó a gritar:

—¡NOOOOOO!

Subió los puños, cubriéndose la cara, intentando protegerse de la única manera posible. Las manos del invasor cogieron las muñecas de la mujer, apretándolas cada vez más fuerte. Quiso apartar las manos, seguramente para estrangularla. La fuerza del hombre pudo con la de Marguerita que ya se estaba resignando a su destino.

—¡NOOO! ¡DEJAMEEE!

La mujer gritaba cada vez más fuerte, de la misma manera sus recuerdos afloraban y se habían materializado. El pasado la encontró.

El hombre sacudía la mujer como si fuera un muñeco. Las marcas rojas, en los rígidos brazos, eran cada vez más intensas. El balanceo de la mujer demostraba la fuerza de su agresor.

La sacudió hasta que finalmente abrió los ojos.

El hombre delante de ella se había quitado la máscara. La mujer fue recuperando el sonido ambiente. Bruno se encontró enfrente, sentado en su cama, agarrándole los brazos. Detrás de él, la luz del pasillo iluminaba a unos sirvientes y a Renato, con expresión de preocupación, viendo el espectáculo.

—¡Despierta! ¡Despierta, Marguerita! —gritó Bruno.

La mujer lo miró a la cara, percatándose de que era el italiano. El sonido de sus palabras caló en su subconsciente y entendió que estaba viviendo un sueño. Se despertó y, apareciendo su compañero, desapareció la pesadilla. Todo había parecido real, tanto que las pulsaciones continuaban altísimas.

El hombre la soltó, ella dejó de gritar y se paralizó. Se cubrió el rostro con las manos, sus facciones cogieron una tonalidad roja y comenzó a llorar.

—Está bien, me quedo con ella. Vuelvan a dormir —dijo Bruno dirigiéndose a las personas que acudieron por el griterío.

—Cualquier cosa que necesite estamos aquí —dijo Renato y concluye—: Buenas noches.

—Gracias. Buenas noches.

Estos salieron y cerraron la puerta dejándolos en intimidad.

El hombre la abrazó.

—Está bien, está todo bien, Marguerita. Ssshhhh. Ha pasado. Todo está bien.

Marguerita, la cazarrecompensas, una mujer fuerte e independiente, acababa de padecer una broma de su propia mente que la arrastró a un temor del pasado. Se quedó sin palabras.

El abrazo del hombre era cada vez más fuerte, más arropado, más intenso. Un bálsamo, justo lo que necesitaba.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado. He visto algo horrible. He tenido miedo.

—Tranquila, ya se fue. Estoy aquí.

Bruno empezó a acariciarle el pelo y poco a poco consiguió calmarla. Esta volvió a respirar con regularidad y la pulsación se relajó. Lo peor había pasado.

—Entró alguien. Lo he visto, parecía real. Me quería hacer daño. Llevaba una máscara, verde… como la de Perfel.

—Tranquila, tranquila. No es posible, Perfel ha muerto. Nadie te va a hacer daño, por lo menos mientras yo esté aquí.

La mujer lo miró a los ojos, apoyó su cabeza sobre el pecho de Bruno y sintió su energía, su amor.

—Por favor, quédate a dormir conmigo.

Al hombre le apareció una mueca en el rostro, esperó que la mujer lo dejara de abrazar y se coló por las sábanas. Se colocaron uno enfrente del otro. Bruno empezó a acariciarle el rostro,

tranquilizándola. La mirada de los dos se diluyó en una sola.

—Gracias por dormir conmigo.

—Podías habérmelo pedido antes —dijo el hombre sonriendo.

—Tú también —contestó y se acercó hasta darle un beso.

Los dos se abrazaron y se durmieron.

¿Qué fue eso? ¿Había sido un sueño premonitorio? ¿Un simple miedo infiltrado desde el subconsciente? ¿Una venganza pronosticada?

Eso ya no importaba, había pasado y tenían que dormir, les esperaba un día largo y repleto de problemas.

2

Oficinas centrales Holding Nakamura, Tokio, Japón.
Martes, 05 de Abril.
Unos meses antes del suceso.

Llegaba tarde esa mañana.

Ayari, la noche anterior, se quedó hasta tarde trabajando. Las cuentas no cuadraban, o por lo menos hasta donde él las revisaba. Los días de cierres contables, permanecía dieciséis horas en la oficina.

El padre, un hombre riguroso y severo, le había enseñado muchas cosas, entre las cuales destacaba el ahorro. Sin embargo, él se adelantó un paso más, era de los que estiraban un yen hasta casi partirlo en dos, igual que un chicle. Enfrentado a noches como esas, el día anterior ordenaba a su mujer Chihiro que le preparase un túper con sopa de pollo sin sal y fideos. Lo calentaría en cualquier microondas. El factor tiempo era importante, comer podía suponer restar una hora a su labor. Eso representaba el sustento de muchas horas seguidas de trabajo, naufragando entre números.

Su padre, un anciano campesino emigrado a la ciudad con la familia, fue víctima de la expropiación de su humilde campo de arroz. Cuando la nación implantó la red de trenes de alta velocidad, una de las vías pasó por sus tierras y por encima de su chabola. Con el poco dinero que el Estado le concedió, recogieron sus pertenencias y emigraron a Tokio, la capital de su glorioso país. Allí, la familia Nakamura, encontró un lugar entre inmigrantes. El padre, como obrero en una fábrica, conseguía poner en la mesa un plato caliente cada día, justamente con esa continuidad que el campo no le permitía. Era un trabajo más duro, pero más seguro. El joven Ayari, sacado del mundo rural, dejando atrás sus amigos y todo lo que conocía, alcanzó a codazos un nuevo sitio en la urbe. El hambre física, y el *bulling* en la infancia, despertaron la fiera que tenía en su interior. Las becas fueron sus propulsores hasta alcanzar, primero la universidad, luego, su primer proyecto empresarial.

Ayari trabajaba duro, con la cabeza agachada, hasta que su

empresa inició a ser un referente y ser muy rentable. Pero siempre mirando de reojo el mundo occidental, la cultura, los coches, la gastronomía. Encontraba refugio emocional en coleccionar compulsivamente objetos de esa parte del mundo.

Primero comenzó con objetos de lujo que compraba en tiendas, pero resultaban demasiado vulgares y al alcance de todos. Luego entendió que su colección tenía que apuntar hacia la calidad, así se pasó a los cuadros y objetos de anticuariado. Hasta que descubrió las subastas de coches clásicos. No los conducía, él se desplazaba con chófer, pero ocupaban más espacio, llenaban más su ego y se valorizaban más rápidamente que otros objetos. Su casa se quedó pequeña, entonces compró un edificio en la periferia de Tokio. El sótano y la planta baja se convirtieron en su museo personal; las superiores, rehabilitadas, en las oficinas centrales del Holding Nakamura.

El equipo de finanzas se quedaba hasta media noche, luego se iba. Él, en cambio, apuraba hasta que el cuerpo no podía más. Entonces cerraba la luz de su despacho y bajaba al sótano. Despertaba su chófer, que lo acompañaba a casa para unas pocas horas de sueño, una ducha y de vuelta a seguir con el "Tetris" contable.

Ayari era un hombre bajo y diminuto, pero siempre a la altura de la situación. Las secuelas del *bulling* sufrido de pequeño forjaron su carácter. No soportaba su pelo, obvió de raparse, hubiese sido demasiado ordinario, encontró la solución en peinarlo en dos mitades, cada una aplastada con gomina. Todos los días vestía con traje, con combinaciones horteras e incluso estridentes. No harmonizaban en absolutos las camisas de rayas, con trajes de líneas y corbatas de figuras. Sin contar con los colores, y ciertas prendas pasadas de moda, unos auténticos puñetazos, pero para él eran suficientes, su mantra era «ahorrar e invertir para las vacas flacas». A pesar de su admiración a la cultura occidental, era impermeable a la moda, miope en cómo se vestía y a todo buen gusto.

Las pequeñas gafas de vista, con lentes redondas y con una fina montura negra, apoyadas en una nariz poco pronunciada, le atribuían una apariencia de una ratita japonesa.

Era el primer martes del segundo trimestre y arrancaba con reuniones. Llegaba tarde. La noche anterior, apuró su estancia en la oficina y en la cama por la mañana. La sala oeste de reuniones, estaban en un despacho con el equipo de abogados. Se discutía la adquisición de una nueva sociedad. Un bando de la empresa se encontraba de acuerdo y otro no. Se ponían sobre la mesa los factores positivos y los negativos.

Algunos abogados se peleaban con otros, los analistas decían lo suyo en una competición para ver quién daba más datos y estaba más preparado sobre el tema. Todos con el afán de destacar, por lamer las naticas del jefe que presidía la mesa.

El señor Nakamura observaba y escuchaba. Con los codos apoyados en los reposabrazos y los cinco dedos de la mano derecha juntos con los de la izquierda, delante de su cara. Los labios finos apretados, a punto de intervenir.

—Silencio —dijo con un hilo de voz y un tono estridente—. No estamos aquí para debatir si es una empresa válida, si no para adquirirla y ver qué hacer para rentabilizarla.

El silencio creó un momento incómodo. Los participantes agacharon la cabeza y miraron sus papeles sin decir nada.

—¿Nadie tiene ideas de cómo rentabilizar esa empresa? —preguntó seco levantando la voz.

Dejando tiempo para responder—. ¡Nadie! Excelente trabajo. Desde luego no sé por qué os pago. Seguir aquí dentro hasta que tengáis un plan claro.

El presidente de la compañía se levantó. En consecuencia, el resto de los asistentes realizaron la reverencia de protocolo y salió de la habitación.

Al otro lado de la puerta se encontraba la secretaria con papeles en la mano. Era una mujer igual de delgada, con rasgos faciales poco agraciados y gafa enormes. Vestía una blusa blanca y una falda marrón. Hablaba como una ametralladora, no perdía el tiempo, eso le gustaba al presidente y por eso seguía en su puesto después de un sinfín de candidatas y porque no la encontraba atractiva.

—Tiene que ir a la Sala Norte, han llegado con antelación el comité de trabajadores y los sindicatos de la nueva sociedad. Están alborotados. Nuestros abogados los contienen, pero los ánimos están encendidos.

La mujer persiguió a Ayari. La pequeña falda le permitía solo ejecutar pasos muy cortos, al perseguirle parecía una muñeca de carga enloquecida. Atravesaron el despacho y se detuvieron delante de la puerta de la siguiente reunión.

—¿Ha llegado algo?

Ella realizó una reverencia, le entregó una carpeta de color amarillo repleta de hojas mientras le decía:

—Nada de momento.

El hombre, al entrar, generó un efecto silencio. Todos callaron de repente y se levantaron, esperando a que tomara asiento.

—¿En qué punto estamos?—dijo con su voz estridente después del saludo protocolario.

Todos se miraron, para esperar un voluntario que interviniese.

El despacho norte tenía unas ventanas pequeñas alrededor de las paredes. El viejo edificio rehabilitado fue construido para ser una fábrica de manufactura sin aprovechar la luz diurna. Ubicado en una zona de periferia, con el tiempo se revalorizó entrando en un barrio en alza. Se reveló una buena operación por el joven magnate. Sin embargo, lo mejor eran las vistas. Las ventanas norte daban sobre el Skyline de la ciudad. En invierno, el monte Fuji recubierto de nieve creaba un efecto extraño en comparación con los nuevos rascacielos de la ciudad y la torre Tokio, inspirada en la Eiffel de París. El presidente estaba demasiado ocupado trabajando como para apreciar y valorar las vistas desde su despacho o desde la sala de reuniones en la que se encontraba.

—Nos hemos encallado en el sueldo y en las horas de todos los trabajadores que tendremos que absorber con la empresa —contestó un colaborador veterano del Holding.

Este siguió entrando en detalles y trasladó al presidente las exigencias de los sindicatos.

Ayari pegó un puñetazo sobre la mesa. Los vasos y las tazas de tés dieron un brinco. Todos quedaron sorprendidos y el que hablaba se detuvo de golpe. Se generó un momento de tensión.

—Imposible —dijo tajante—. Considerad que, si no fuera por nuestra empresa, estarían en la quiebra y todos sus afiliados se encontrarían en sus casas sin trabajo ni subsidio.

El presidente siguió enunciando sus condiciones y su visión para que el acuerdo pudiera llevarse a cabo. La voz estridente perforó incluso más los tímpanos de los asistentes, que las duras condiciones laborales.

Al cabo de media hora, la secretaria entró por la puerta y la cerró sigilosamente. Se acercó al presidente y, casi sin hacerse notar, le dijo al oído:

—Ha llegado.

Ayari al escuchar la noticia, levantó una ceja y se calló.

La mujer volvió a salir por la puerta.

—¡Haruto!, continúa.

Entonces el presidente se alzó y realizó la reverencia para marcharse. Los otros componentes se levantaron y correspondieron.

Ayari salió por la puerta y con paso acelerado entró en su despacho. Un espacio normal, no más grande que el de otros trabajadores. Encima de la mesa estaba el objeto. Al lado, la secretaria con una expresión de felicidad le enseñó lo que tanto esperaban.

—Puedes irte.

La mujer, decepcionada, salió del despacho, cerró la puerta,

dejando al presidente la intimidad que quería.

Encima de la mesa estaba lo que tanto llevaba esperando y deseando, una puerta hacia occidente y el reconocimiento social.

Se quitó la americana, se remangó las mangas de la camisa y agarra un cúter. Encima de la mesa se encontraba un paquete, una caja de cartón con una pegatina de envío urgente de una famosa empresa de mensajería. Cortó con suma delicadeza el precinto amarillo y extrajo su contenido, depositándolo encima de su escritorio.

Se sentó.

Se trataba de una caja, de color azul y dorado. En su superficie se encontraba un monograma impreso de un escudo. Levantó la tapa. En su interior estaban varios objetos y un sobre de pergamino. Con suma delicadeza cortó la solapa y extrajo la carta escrita en italiano e inglés. En la parte superior apareció el mismo escudo de la caja y un nombre dorado, *"Concorso di Eleganza Villa d' Este"*.

Se trataba del concurso más importante de coches clásicos a la par con uno de Estados Unidos de América. Se celebraba a las orillas del Lago de Como, en Italia. Los mejores coches del mundo competían por el premio más codiciado, el de más elegante del año. No era un premio, era una palanca para revalorizar un vehículo. Sin embargo, para Ayari era su puerta de entrada hacia Occidente.

Comenzó a leer y se quedó con una frase:

"Se ha aceptado su maravilloso coche para participar en el Concurso 2022 en Cernobbio, Italia."

Se reclinó encima de sillón. No le pareció verdad, después de tanto esfuerzo y contactos, regalos a personas influyentes y comprar cada vez un vehículo más exclusivo, lo había logrado. La locura de adquirir un coche alemán de carreras en una subasta en Tokio daba sus frutos. El presidente era un estratega, a parte de su pasión por la cultura e historia europea, lo utilizó como lanzadera al mercado del viejo continente.

—Venga enseguida —dijo a su secretaria por el interfono.

La mujer obedeció y entró en el despacho.

—Tienes que organizar el viaje a Italia, para Mayo —indicó las fechas—. Además, hoteles en Milán y Cernobbio. Hay que asegurar el coche, programar su transporte hasta Italia. Usted también vendrá con nosotros.

—¿De qué coche? —preguntó la secretaria bajando la cabeza.

Él la miró perplejo.

—El último que he comprado —contestó con un tono seco, como si la respuesta fuera obvia.

Azumi, que quería decir espacio seguro en japonés, asintió.

—¡Puedes irte!

La mujer obedeció y abandonó el despacho del presidente para

iniciar todos los trámites del viaje que acababa de presentarse en sus vidas.

3

Génova, Italia.
Viernes, 14 de mayo.
Dos días después del suceso.

Esperaban.

Detenidos mirando. Observaban a través del cristal, quietos como una tigresa, aguardando a que se acercase la gacela para tirarse encima con las garras extraídas.

Mario y Halina llevaban tiempo apostados, pendientes de que entrara la presa, solos, ya faltaba poco.

Comenzaban a impacientarse, no se trataba de algo que hicieran cada día. Sus vidas degeneraron hasta estar en ese lugar, en esa situación límite. La relación de amor y de desesperación entre la pareja se convirtió en el caldo de cultivo perfecto para aceptar la misión. Una relación insana y su degeneración fueron el detonante.

Se amaban, pero por desesperación, por huir, por evadirse de su anterior realidad y no tener bastante coraje por cicatrizar sus heridas.

Se encontraban en el habitáculo de la furgoneta, en una cantera abandonada de mármol blanco. La importación de este mineral más barato desde países orientales hizo que la mina cerrara por la competencia. Era un espacio diáfano, con gravilla blanca por toda su superficie. A su alrededor, viejas maquinarias oxidadas daban un aspecto desolado al espacio, como un cementerio de elefantes, donde van a morir y se abandonan a la voluntad del tiempo.

Tensos, los dos cazadores esperaban a que entrara la presa.

La esperanza de una nueva posibilidad en la vida se convirtió en desesperación y los desesperados eran blanco fácil de los lobos, de los ávidos, de los vengadores. Su preparación comenzó meses antes, cuando el mandatario de esa misión rescató a Mario de donde vivía, sacándolo de ese lugar y de su ignorancia, brindándole la verdad y la esperanza de vivir en otro lugar. Pero antes tenía que cumplir una misión, parte de un plan maestro. Con Halina se conocieron antes,

mucho antes. En esos entonces, Mario estaba cursando en la universidad de derecho. La falta de padre lo dejó tocado, con carencias emotivas. La madre, en el poco tiempo que pasaba en casa al trabajar en varios sitios para sostener la economía del hogar, jugó el papel de las dos figuras, el suyo y el de padre. El chaval, inteligente y aplicado, consiguió avanzar en los estudios con la ayuda de becas. Cuando vino la bifurcación de la vida a la universidad, tomó la dirección del derecho, sin embargo, en las primeras prácticas en un despacho de abogados se dio cuenta de la injusticia de la justicia. El sistema corrupto y la imposibilidad de que los culpables tuviesen su merecido, le arrebató la esperanza, dejándolo en manos del destino, perdiendo el rumbo. Hasta que lo rescató de su vida dogmática el mesías de occidente.

Halina, otra alma perdida, se agarró a Mario como a un clavo ardiendo, pensando que eran el uno para el otro.

El Mesías les dio una oportunidad, una promesa de una vida diferente. Les entregó dinero y una casa. Tenían un cometido por hacer, durante un tiempo, a cambio de la verdad y la libertad. Sacaron un listado de las furgonetas más vendidas en Italia, en el *ranking*, en tercera posición, se encontraba la Mercedes Vito de color negro, era perfecta. Buscaron una en venta de segunda mano, poco usada y con un motor potente. Era importante que la cabina de carga fuera ciega, sin cristales, para impedir que se viera lo que se iba a transportar. Mario añadió unos faros suplementarios, para aumentar la potencia lumínica. Para el plan necesitaban armas concretas. Se desplazaron a la periferia profunda de Milán, donde las adquirieron en el mercado negro. Repasaron y organizaron el plan infinitas veces, como si fuera el juicio de sus propias vidas. La casa que les habían proporcionado se convirtió en el cuartel general de la operación, donde depositar las armas, colgar los planos y fotos de los objetivos. Pero, sobre todo, donde ocultar al primer objetivo, el rehén, el pivote de la operación, en él pivotaba toda la misión.

La luz del día había bajado, una noche misteriosa estaba tomando el relevo. La furgoneta negra se encontraba aparcada de cara a los vehículos que entrarían en el punto de encuentro.

—¿Estás seguro? —preguntó ella ya cansada de esperar.

—Ya no hay vuelta a atrás. —Él gira su mirada y continúa—: Todo irá bien, ¡ya verás!

La respiración de la chica no se ralentizó, las palabras del chico no bastaron.

Él estaba sentado en el lugar del conductor, llevaba una pistola en la mano. Su pierna derecha se movía de forma nerviosa desde hacía media hora, desde que llegó el momento en el que el objetivo tenía

que haber aparecido. Encerrados en el habitáculo y con la luz apagada, en silencio, el aire empezaba a hacerse pesado. Mario comenzó a sudar y a bajarle gotas de sudor frío por la nuca.

—¿Crees que falta mucho? —volvió a preguntar ella.

—Sssshhhhh. ¡Mira!

Un vehículo entraba en el cantera, poco a poco, como si se esperara una emboscada. Era un coche largo, negro, con los cristales tintados, una limusina. Entraba con miedo. Los faros iluminaban el camino incierto que recorrían hasta el punto de encuentro. Se percató del vehículo negro, se detuvo a unos metros de distancia. Mario encendió las luces largas de la furgoneta, deslumbrando a los recién llegados. El vehículo continuó unos pocos metros, deteniéndose por el lado del conductor . Luego se quedó quieto, esperando.

—¿Lista? Guarda el arma.

La mujer obedeció, la escondió dentro de la cazadora. Él hizo lo mismo.

—Ahora. —Mario abrió la puerta y de una forma aparentemente tranquila bajó de la Mercedes. La mujer del otro lado hizo lo mismo. Se pusieron delante de los faros, cada uno para cubrir los fajos de luz que deslumbraban la limusina.

Los ocupantes del coche esperaron, seguramente para evaluar la situación. Pasado unos momentos, la puerta trasera del lado protegido se abrió. Salió un hombre con traje. Luego, por la puerta del conductor, el chófer, vestido de traje negro, se detiene delante de la puerta que mantiene abierta, igual que el motor que en ningún momento apagó.

La expresión del chófer era tensa, estudiaba los movimientos de la pareja. El hombre de traje dio la vuelta al coche y se puso delante del joven. Los dos se observaron con dos expresiones diferentes, el anciano con sorpresa, el joven con los ojos muy abiertos, delatando una mezcla entre sorpresa y aversión.

—¿Mario?

El otro asintió con la cabeza, aún anonadado por el encuentro.

—¿Dónde está el maletín? —insistió el anciano.

—¿Nunca has esperado toda la vida a verle los ojos a alguien? —inquirió el joven

—¿Dónde está el maldito maletín?

—¡Aquí no hay ningún maletín! —contestó el joven.

El anciano cambió de expresión a causa de la sorpresa, no entendió lo que le dijo. Se giró hacia el chófer.

Mario se esperaba esa respuesta y se apartó de la potente luz dejando que esta se proyectase hacia la limusina. El fajo lumínico deslumbró al

chófer. El joven sacó la pistola y con un movimiento repentino dio con la base en la nuca del anciano, cayendo este al suelo desvanecido. El chófer extrajo una pistola de su traje negro y apuntó al joven. La pistola le temblaba. El joven lo miró levantando las manos.

—Dispara —dijo Mario desafiando al conductor.

El chófer le apuntaba, el arma le temblaba cada vez más. Pensaba qué hacer, valorando la situación, cambiando la vista del chico a la chica consecutivamente.

—Halina, dispara —dijo sin mirarla.

—Sois unos delincuentes. Nos habéis tendido una trampa. No os vais a salir con la vuestra.

—Halina, por última vez, te digo que dispares.

La mujer sacó la pistola y apuntó al chófer.

—Es un señor mayor —se defendió.

El chófer siguió apuntando a Mario, sin quitar el ojo de la mujer que ya le apuntaba.

—Baja el arma, o disparo a tu amiguito —gritó el chófer mirando de reojo a la mujer.

—¡DISPARAAA!

Acto seguido, se oyó un disparo.

El fuerte ruido retumbó en el cantera, entre las paredes de mármol que lo amplificaron y crearon una especie de eco, como si hubiesen sido varios seguidos, unos más flojos que los anteriores.

De la pistola salió humo, como una estela que llevaba muerte.

—Muy bien, bien hecho —dijo el joven a la mujer. Esta estaba con la boca abierta, jadeando cada vez más fuerte, dándose cuenta de lo que acababa de hacer y lo que representaba.

El chófer cae sobre sus rodillas, con la mano en el pecho, cubriéndose la herida que empezaba a sangrar. Lanza una última mirada al joven y cae desplomado boca abajo, como un saco de patatas. Un disparo y directo al corazón. La suerte del principiante y mucho entreno. La mujer no creía lo que estaba presenciando, y menos lo que acababa de hacer. Siguió jadeando, petrificada.

El chófer se encontraba a dos metros del anciano, los dos en el suelo. La limusina seguía con el motor encendido y un sonido constante que procedía del habitáculo avisando de que la puerta estaba abierta.

—Venga, ayúdame.

El chico se dispuso a recoger al anciano y meterlo en la caja para transportarlo hasta el escondite. Era un hombre fuerte, trabajado en el gimnasio, a pesar de haber estudiado letras e intentado el camino de la abogacía. Sin embargo, solo no hubiese podido. Se plantó delante de la mujer, que seguía en catarsis y, a la altura de sus ojos, chocó las manos para que reaccionara.

—Despierta.

—Ha muerto —contestó ella sorprendida y entristecida.

—¿Preferías que me disparase? —replicó bajando la pistola que seguía a la misma altura, apuntando hacia la limusina.

—Venga, ayúdame.

La mujer por fin reaccionó, guardó el arma humeante y, sin decir nada, como un robot teledirigido, se dirigió a los pies del anciano para levantarlo, mientras que Mario lo hacía por el busto. Lo colocaron en un colchón dentro de la furgoneta y cerraron la puerta. Subieron a la cabina y el chico puso en marcha el motor. La mujer siguió callada, fijándose en todo momento en el hombre al cual acababa de arrebatarle lo más preciado que tenía, su vida.

—Todo va bien —dijo Mario acariciándola.

Ella se quedó inmóvil.

El vehículo arrancó, abandonando la cantera. El chico, en cuanto entró en la autopista, llamó con el teléfono móvil.

«¿Sí?»

El chico respondió:

—Tenemos a Rizzato.

4

Comisaría de policía, Principado de Mónaco.
Sábado, 15 de mayo.
Tres días después del robo.

La rueda de prensa pareció interminable.

Marguerita y Bruno salieron de la soporífera estancia con los periodistas ávidos por conocer los detalles del múltiple robo más mediático de la historia moderna.

El nuevo jefe de policía, un narcisista de manual, se atribuyó, primero a él mismo y, en segundo lugar, al cuerpo de policía, el logro de la recuperación del cuadro y, obviamente, del coche clásico.

Habían pasado veinticuatro horas desde que consiguieron atrapar el camión con el Auto Union y que se suicidara Perfel. Todo lo peor parecía haber pasado y llegaría la calma, sin embargo, la tranquilidad duró poco. Rafael, la mano derecha de Marguerita, la llamó para darle en primicia una noticia inquietante: Rizzato había desaparecido. Todo volvía a estar en juego. Las piezas del tablero de ajedrez se colocaban nuevamente en el punto de inicio. Las sorpresas no se terminaban, igual que la partida se volvía a abrir inesperadamente.

—¿Y Gian Paolo? —preguntó Bruno

—Ha desaparecido —respondió la mujer después de un largo silencio.

La cara del hombre cambió, adoptó unas facciones de tristeza y de rabia a la vez.

Respiró profundamente, encajando el golpe y respondió.

—Tenemos que ir a Génova. Esto… no ha acabado.

La mujer, con cara compasiva, se le acercó y le tocó el hombro.

—Quiero hablar con el chófer, él nos dará alguna pista.

La mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, le han encontrado muerto.

Bruno suspiró con la mirada perdida.

Los periodistas fueron saliendo de la comisaría de policía. Algunos

transmitieron en directo en canales de televisión de todo el mundo, informando de lo que acababa de suceder en la rueda de prensa. Algunas furgonetas con rotulación de medios internacionales, con parábolas replegadas en los techos, se marcharon después del reportaje. Los bólidos de carreras seguían deslizándose a toda velocidad por las calles convertidas en el circuito urbano.

—Es un duro golpe para todos. ¿Qué piensas hacer Bruno? —preguntó Morel.

—La única opción es seguir, él habría hecho lo mismo por mí.

—Imaginaba que me lo dirías.

Bruno se giró hacia la mujer y le dijo:

—Nos hace falta un coche. ¿Por qué siempre estamos en las mismas?

Una tímida mueca se dibujó en el rostro de la Marguerita.

—Mi coche se encuentra en Suiza y el pobre Abarth de Verónica está para tirarlo —respondió mirando a los ojos del italiano.

Al unísono, se giraron hacia Morel. Este se sintió observado, miró a los dos y entendió de inmediato lo que pretendían decir.

—¡No! No, en absoluto, no me miréis a mí. A ti, Bruno, no te voy a dejar un coche, sería la última cosa que haría. Nos has vendido la idea de que eres un mecánico, pero en realidad eres un mero destructor.

—Mathias, no te estoy pidiendo tu limusina, sino un coche cualquiera, necesitamos un transporte con cuatro ruedas. El mío se encuentra en Marbella y el suyo —señaló a la mujer— en Suiza. ¿No tienes uno de servicio?, el peor que tengas, el más pequeño.

—A ti no te dejaría ni un patinete eléctrico de mi compañía —le contestó Morel serio, con un matiz de ironía.

—Vaaamos, Mathias.

—NO. No hagas eso, que te conozco.

—¿Y si te prometiera que solo lo conduzco yo? —intervino grave la mujer.

Morel se quedó en silencio, desubicado.

—Él tiene razón, aunque quisiéramos, no podríamos alquilar un coche hasta el lunes y perderíamos dos días. En estos casos cada minuto es oro.

—No los perderíais, podríais disfrutar de mi magnífico Gran Premio.

—Tienes razón. Pero a Bruno, y creo que a todos, nos apremia encontrar Rizzato… y a ti seguro que también —insistió la mujer con voz reconfortante—. ¿Qué me dices? Es solo para pocos días, seguro que lo encontramos y venimos a devolvértelo.

—¡No sé cómo lo hago, pero siempre me meto en unos fregados…! —contestó sin mirarlos y arrancando a caminar calle abajo.

Bruno, con una expresión de incredulidad, observó a la mujer. Ella

le contestó levantando una ceja y empezó a caminar siguiendo al director del Gran Premio histórico.

—Esta faceta negociadora y tan convincente, ¿la usarás también conmigo?

—Depende…

—¿Perdona?, ¿de qué?

—Del momento en que la necesite, seguramente.

El italiano se quedó en silencio, caminando a su lado.

El júbilo pasó rápidamente, recordando la suerte que le había deparado todo aquello a Rizzato. Necesitaban un medio de transporte.

El director acompañó a los dos detectives hasta las oficinas centrales.

—Esperadme aquí —indicó entrando en la casita de control del evento.

Desde las escaleras, las vistas daban justo a la recta del circuito, debajo se encontraban los boxes donde los mecánicos preparaban los bólidos para la carrera del día siguiente. Las gradas se hallaban vacías, la tarde del sábado era para hacer shopping por las tiendas de lujo y disfrutar del Principado. En cambio, los pilotos, los equipos y los organizadores estaban en analizando datos con fervor y preparando la carrera con minuciosa exactitud.

Morel, a los pocos minutos, salió del despacho con unas llaves en la mano.

—Seguidme —dijo con un tono arrepentido.

El depósito de coches no se encontraba muy lejos. El vigilante, al ver al director, abrió la puerta para que los tres entrasen. Recorrieron todo el espacio de los coches aparcados, en orden de importancia. Primero la Safety Car, luego los de los comisarios y los de los médicos y, por último, los de los servicios. El personal del evento los iba cogiendo uno a uno para lavarlos y dejarlos inmaculados para la próxima jornada.

Al principio, la cara de Bruno fue de expectativa, parecía que dijera: «a ver que coche nos deja.» Cuanto más se acercaban al fondo, la expresión del italiano se iba tornando en decepción.

Al final de la hilera de coches, el último era un Fiat Panda de los años ochenta. Una caja de zapatos con cuatro ruedas. Llevaba las pegatinas del evento, pero en el techo no disponía de sirenas.

—Aquí tenéis vuestro vehículo —dijo el director señalando el coche.

—Mathias, ¿en serio me estás diciendo que nos dejas esta…? —dijo Bruno, viéndose interrumpido sin que pudiera acabar.

—… joya sobre ruedas. Es un clásico, tiene cuatro ruedas y os llevará hasta donde os propongáis. Además, dispone de radioemisora de larga y corta frecuencia y aire acondicionado, que para la época era

un extra muy caro. ¿Qué más queréis?

—Esto lo puedo conducir hasta yo mismo —contestó Bruno.

—No, no. Un trato es un trato. O conduce Marguerita, o esperáis al lunes para alquilar un coche.

Bruno suspiró.

—De acuerdo —respondió el italiano, señalando a Marguerita para que cogiese las llaves.

—Por favor, mantenedme informado —añadió mirando a la mujer.

—Cuenta con ello, Mathias. Gracias.

La mujer agarró las llaves y entró en aquel vehículo que tenía la apariencia de un coche, pero realmente era un horno microondas, por el calor que encapsulaba. Bajaron las ventanillas, abrieron la pequeña capota de lona del techo y arrancaron.

Los dos detectives, con el viejo coche, salieron del recinto y adelantaron al director rumbo al Palace Hotel.

—Ups, me he olvidado de deciros que el aire acondicionado no funciona. Bueno, no pasa nada, ya os daréis cuenta —dijo el director mientras el coche se alejaba.

La primera parada fue en el hotel para recoger las maletas. A Bruno no le avergonzaba que lo llevara una mujer, pero sí circular con un coche que parecía un arlequín con cuatro ruedas. No tenían tiempo que perder.

Tomaron la autopista hacia Italia y se detuvieron en la primera gasolinera para rellenar el pequeño depósito. El calor era asfixiante, descubrieron que el aire acondicionado no funcionaba, al contrario, inyectaba aire caliente en el habitáculo directamente del radiador.

Bruno entró en la tienda, adquirió unos refrescos para mitigar el calor, mientras Marguerita llamaba a Rafael para que le enviara la ubicación del cantera.

A las tres horas, guiados por el teléfono móvil, entraron en el espacio donde se encontraba la limusina. El acceso a la cantera estaba precintado por la policía. Optaron por seguir caminando y violar la zona restringida.

El espacio era un terreno rodeado por montañas de piedras blancas, residuos del proceso de extracción del mármol. Las viejas máquinas oxidadas y abandonadas decoraban el espacio predominantemente claro. Solo tenía una entrada. Los pasos de los dos detectives retumbaron en los montículos de piedras, generando eco. La limusina de Rizzato había sido trasladada, solo quedaban números en el suelo y huellas frescas de los vehículos que peinaron la zona. En el centro, una mancha roja, probablemente de Ambrosio.

—Menudo silencio espectral.

—Me vienen escalofríos —contestó Bruno.

—Esto debe ser del chófer —dijo la mujer agachada sobre la única mancha de toda la zona.

—Tienen que haber sido una emboscada. Es un lugar sin salida, la trampa final de las ratas.

—Sí, ¿pero has visto el recorrido que hemos hecho desde que abandonamos la autopista? Uno no se detiene aquí para orinar. Tienen que haber venido expresamente —confirmó la mujer.

Los dos se giraron para observar a su alrededor, en silencio, intentando captar más detalles, más dinámicas, deduciendo qué pudo haber sucedido.

Bruno cerró los ojos, intentando evocar su sexto sentido, para comprender, con la esperanza de ver lo sucedido. Esperó en vano, su intuición no tenía un botón de on-off, ni tampoco era una aplicación de móvil que la encendería a su merced; por lo menos, aún no disponía de esa capacidad.

—¿Sientes algo? —susurró la mujer sin molestarlo demasiado.

—Nada, joder. Cuando lo necesito no sale —dijo enfadado.

—No te preocupes, ya te saldrá. Creo que aquí no encontraremos nada.

El hombre asintió con la cabeza sin emitir ningún sonido.

—Vamos, mañana pasaremos por el depósito de cadáveres y seguro que tendremos más indicios.

Los dos se encaminaron al coche, saltaron las zanjas policiales y se dirigieron hacia Génova en búsqueda de un hotel para pasar la noche.

5

La cantera se quedó atrás.

De igual manera, dejaron las dudas y perplejidades que envolvían la situación. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que parecían haber resuelto el caso y la desaparición del millonario Gian Paolo Rizzato lo volvía a abrir. La policía llevaba a cabo su investigación y, en consecuencia, la Interpol movía sus hilos. A pesar de las autoridades, Marguerita De Angelis y Bruno Malatesta rastrearon la pista que iba dejando la verdad a su paso, la misma que siempre confiaban en alcanzar e, incluso, adelantar. Marguerita, curtida por la experiencia, vivió la aventura aplicando las técnicas de su trabajo a un escenario con un asesinato. Bruno, al contrario, no aplicaba nada, solo seguía su buen juicio, que se fusionaba con su sexto sentido, desbocado como una yegua salvaje.

Salieron del recinto precintado habiendo infringido más leyes de las que debían, pero eso le daba igual para los dos inspectores, nadie los había visto, la verdad era más importante que la ley en esos momentos.

El viejo Fiat Panda despertaba sensaciones a su paso, más aún conducido por una guapa mujer pelirroja que le confería una mezcla entre vintage y glamur. Los oriundos de Génova se giraban al paso del coche. Marguerita no era indiferente a ello, le gustaba ser el centro de atención. Parados en los semáforos, a pesar del modesto vehículo, acaparaba las miradas de los paseantes y de los otros conductores. Ella erguía la espalda y subía la barbilla, le gustaba. Bruno se dio cuenta, e incluso sentía placer al verla, al estar como copiloto, eso solo incrementaba la atracción que sentía por ella. Las gafas *Persol* del hombre lo ayudaban a disimular; su sonrisa tonta, al contrario, lo delataba.

Encontraron un hotel cerca del centro. El botones recogió las maletas, a pesar de haber tardado en entender la manera en cómo se abría el viejo portón trasero, luego lo aparcó en el garaje subterráneo. Cogieron dos habitaciones solo para una noche. La atracción entre los dos era clara, aunque nunca expresada por completo. Decidieron de una forma tácita que siguiera fluyendo, sin forzarla.

La ciudad de Génova se encontraba encapsulada entre colinas y rocas a pico sobre el mar Mediterráneo. Las pocas playas y el agua cristalina caracterizaban la costa de la región. Las palmeras y las flores inundaban de aroma y verde el paisaje. El panorama urbano se encontraba dominado por edificios bajos y con colores pastel. La brisa marítima del ocaso llegaba a las ventanas abiertas de la habitación de

Bruno.

Se cambiaron y bajaron a cenar. La oferta del restaurante del hotel les pareció interesante, pero Bruno propuso algo más autóctono, más auténtico. Comenzaron a pasear por las calles peatonales del centro en su búsqueda de algún lugar típico. Caminaban agarrados de la mano, como una pareja, pero sin serlo, dos almas transeúntes en persecución de algo que desconocían. Encontraron una pequeña *trattoria* en una calle y, sin dudarlo, entraron. La familia que la regentaba era auténtica italiana, hablaban alto como si estuviesen en su domicilio solos y sin trabajadores. La *mamma* en la cocina, el padre en la recepción y en la caja y la hija como camarera.

—*Buona sera, ¿avete una prenotazione*? —el hombre les consultaba si tenían reserva.

Bruno contestó en italiano que no la tenían, estaban de paso, preguntó si podían cenar.

Las pocas mesas se encontraban todas ocupadas, sin embargo, el patriarca quitó los periódicos y las flores de la mesa al lado de la puerta, reservada a la familia, para hacer sentarse a esos dos clientes inesperados.

—Desde luego, es una trattoria genuina, son difíciles de encontrar —comentó a la mujer—. Esta mesa, con este mantel a cuadros blancos y rojos, pocas veces se ve.

Marguerita hizo una mueca sorprendida. Miraba a su alrededor, perpleja por la elección que acababan de hacer.

El menú era sencillo y fresco, cuatro entrantes y dos platos principales escritos a mano en un papel de comandas. No daba oportunidad para perderse. Eligieron y ordenaron.

El estómago de la mujer emitió un sonido parecido a un eco de una caverna.

—¿Tienes hambre?

—¿Qué te crees? Eres un esclavista, no me has dejado casi ni hacer una parada al lavabo. Hemos comido poco y no me has dado tiempo de merendar. Suerte que ese trasto tiene el depósito pequeño.

—Eres una exagerada. Te recuerdo que tenías tú el volante en las manos.

La hija del matrimonio que regentaba la trattoria dejó la botella de agua y sirvió el vino. A la joven camarera le temblaban las manos, la botella de vino apoyada en las copas iba tintineando. Antes de retirarse, lanzó una mirada complacida al bello italiano. Él le sonrió.

—Creo que has ligado —le susurró Marguerita.

—¡Que va!

—Te lo digo yo, que soy mujer.

—Pero… si podría ser mi hija.

—El amor y la edad no son funciones empíricas.

La mujer, deshidratada, cogió el vaso de agua e ingirió de un trago el fresco líquido, durante el viaje habían sudado sobremanera por culpa de la falta de aire acondicionado.

Esperando la comida, Bruno apoyó sobre la mesa el mensaje arrugado de Calogero.

Calogero Ragusa
Fulvio, Cremona
Gian Paolo Rizzato
Plan Mónaco
Via Castelleone 139
I- XA-844CF
Red Carpet, Kiev
NO R|

—¿Lo echas de menos?

El italiano se tomó un momento antes de responder.

—Es raro, en parte sí, pero en parte no. Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Sabes cuando vuelves a ver a un amigo y retomas la amistad justo desde el momento en que la dejaste…? Como en un agujero de gusano.

La mujer asintió.

—Pues justo me pasa lo mismo, pero al revés. No me parece que haya muerto, ni que lo eche de menos, llevábamos mucho tiempo sin vernos.

Bruno vuelve a mirar el papel.

—¿Qué piensas?

—Veo información… confundida. A Calogero lo conocemos. Fulvio Cremona, ¿quién es?

La mujer buscó en Google el nombre.

—Nada relevante, solo información confusa. Este señor es un fantasma o no tiene redes sociales.

— Castelleone 139, ¿qué puede ser? Busca esto como si fuera una calle.

La mujer obedeció. Las coincidencias eran infinitas.

—Fíjate, hay muchas ciudades que coinciden con esta dirección.

El hombre miró el móvil de la mujer pensativo.

Luego buscaron el *Red Carpet*, descubriendo que era un pub nocturno en la capital Ucraniana.

—¿Qué tiene que ver un pub de Kiev con todo esto? —preguntó la mujer.

—No tengo ni la menor idea… Espera un momento. —Volvió a

mirar el papel—. Está la matrícula del camión donde hemos encontrado el Auto Union y este "NO R|".

—*¡Pronta la pasta!* —dijo el patriarca de la *Trattoria* interrumpiendo el momento.

El hombre apoyó los platos humeantes. Eran unas *"trofie al pesto genovese"*. La pasta más típica de la ciudad y de la región.

—Todo hecho en casa, tanto el pesto como la pasta fresca. Que lo disfruten, *Buon Appetito*.

Los dos comensales sonrieron al dueño, miraron sus platos y la boca se les hacia agua.

La salsa de un verde claro resaltaba en el plato de cerámica blanca.

—¿Qué lleva esto? —preguntó ella.

—¿Te acuerdas de que, por la autopista por la que veníamos, había campos de plantaciones pequeñas y de un verde intensísimo? —La mujer piensa y asiente con la cabeza—. Pues eran de albahaca, la mejor de Italia y probablemente del mundo. Esta salsa está hecha con esa albahaca, con piñones, aceite extra virgen de oliva, con piñones y *Parmigiano Reggiano*.

Marguerita era vegetariana y agradeció muchísimo el detalle de pedir una cena a base de hortalizas. Saboreó el primer bocado, era poesía culinaria, casi se le cayó una lágrima de placer por el manjar.

Los dos detectives cenaron tranquilamente, haciendo hipótesis sobre los indicios de Calogero Ragusa, sin llegar a ninguna conclusión.

La camarera, que retiraba los platos y añadía vino, siguió lanzando miradas insinuantes al italiano, cada vez más explícitas. Marguerita se divirtió al ver el espectáculo. Fueron jugando con la anécdota toda la noche, sobre todo volviendo hacia el hotel. Abrazados, ebrios y contentos, no parecía que estaban en esa ciudad por el cometido que llevaban entre manos. Esa noche pudo suceder de todo, lo sintieron, lo desearon.

Sin embargo, justo antes del hotel, pasaron por delante de una tienda de televisores de lujo y la imagen que emitía una pantalla era el telediario italiano, anunciando públicamente el secuestro de uno de los hombres más ricos de Italia. La noticia volvió a llevar a los dos detectives, de la nube ilusoria que habían creado, a la tierra, a la realidad de su viaje.

Se quedaron delante viendo el reportaje, luego, callados con una atmosfera diferente, como si la realidad les hubiera dado un toque de atención, se encaminaron hacia el hotel. Se besaron apasionadamente en el pasillo y cada uno cerró la puerta de su habitación.

A la mañana siguiente, el mismo botones del día anterior sacó el viejo coche del aparcamiento y colocó las maletas. Los dos detectives se desplazaron al depósito de cadáveres de la ciudad, donde guardaban

el cuerpo de Ambrogio, el chófer, antes de ser enviado a su respectivo municipio donde recibiría un funeral familiar.

La estructura se encontraba abierta, pero vacía, era un domingo tranquilo. Los dos detectives entraron.

—*Buongiorno*, venimos a ver el cuerpo de Ambrogio Lobato —dijo Bruno al chico de la recepción.

—Los domingos estamos cerrados a los periodistas.

—No, no somos de la prensa, venimos de Mónaco para investigar la desaparición de Gian Paolo Rizzato y la muerte de su chófer, el señor Lobato. Esta mujer es del seguro.

—Los domingos estamos cerrados a agentes del seguro —insistió el chico.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer, con aire de seducción.

El chico se tomó un momento y contestó.

—Adriano.

—*Ciao, Adriano*. Mira, no queremos molestarte un domingo, ni hacerte perder el tiempo, simplemente hablar con alguien del caso, nada más. Dime, por favor, ¿qué tenemos que hacer? Sin que tú tengas que hacer nada de malo —concluyó la mujer guiñándole el ojo y pasándole por la ranura del cristal su mano. Entre los dedos se vio algo, un trozo de papel verde: era un billete de cien euros plegado.

El chico empezó a sudar, deglutió ruidosamente y subió los hombros. Miró a su alrededor sin girar la cabeza.

Suspiró y decidió.

Puso su mano encima de la de la mujer, ella la retiró y el chico introdujo el billete verde en su bolsillo.

—Salid y esperadme fuera, en diez minutos exactos saldré. En cuanto me ponga en la esquina derecha fumando, entrad por la puerta que tenéis a la izquierda, recorred el pasillo que tiene forma de “L” y entrar por la segunda puerta de la izquierda después del giro. En esta hay una placa que pone “Archivo”. Encima de la mesa encontraréis un dosier con la información del cadáver. Tendréis cuatro minutos, el tiempo de fumar mi cigarrillo, ni un segundo más. Si falta algo, llamaré a la policía. Si tardáis más tiempo, llamaré la policía. ¿Está claro?

—Claro, gracias —dijo la mujer.

—Salid ahora.

Los dos detectives obedecieron y esperaron en la esquina contraria de donde el chico iba a fumar.

—Vaccaboia. Pero ¿cómo lo haces?

—Esto es lo que enseñan en los servicios secretos en Suiza. Siempre hay una puerta lateral para las cosas, hay que buscarla. Y si no hay, es que existe una trasera.

—Tengo una idea. Si te parece podemos hacerlo así. Mientras revisamos los documentos, tú ve haciendo fotos. Con las prisas se nos puede escapar algún detalle —dijo Bruno.

—Genial. Estas misiones le encantan a Verónica.

Pasaron diez minutos exactos y el chico apareció. Se ubicó en la esquina derecha y, sin decir palabra, se encendió el pitillo.

—Parece Suiza más que Italia.

—Venga, vamos.

Los dos detectives entraron y siguieron las indicaciones que recibieron. Cruzaron el vestíbulo hasta la puerta y entraron en el pasillo. Tenía la forma que el chico había indicado, estaba lleno de puertas; cada dos metros, una. Los detectives, callados y con paso acelerado, llegaron hasta encontrar la puerta señalada. Las palpitaciones comenzaron a incrementarse. Las sigilosas zapatillas evitaban que los pasos produjeran sonidos innecesarios. Se colocaron delante, miraron alrededor y se hicieron una señal para entrar.

Accedieron.

La habitación era fría, por las paredes de color vainilla y por la baja temperatura. La mesa en el centro de la estancia estaba vacía, excepto por una carpeta azul con el nombre del muerto apuntado en rotulador. Bruno miró el reloj, había pasado un minuto. La abrió. El informe identificaba un disparo directo al pecho que le atravesó el corazón, como causa principal de la muerte, que posteriormente abocó a una hemorragia. El hombre estaba sano, sin alcohol en el cuerpo ni sustancias ilegales. Mientras Bruno leía en voz alta, la mujer realizó copias con el móvil de las fotografías de la escena del delito. Apoyó el informe forense y siguió leyendo el atestado policial que identificaba la posición de cómo se encontró el cadáver, con una pistola no usada pero cargada. El vehículo seguía en marcha.

Llevaban dos minutos dentro.

—Tenemos que salir —dijo Bruno.

—Espera, falta la última.

Tenían todo lo que necesitaban. La propuesta de Bruno fue un acierto. Solo faltaba salir. La respiración seguía acelerada, igual que sus latidos.

Los dos detectives se colocaron delante de la puerta para rebasarla, la carpeta se encontraba en su sitio, sin faltar ni un solo documento.

—Vamos —dijo la mujer.

—Espera —contestó. Aproximó la oreja a la puerta y continuó—: Llega alguien.

Los dos se miraron asustados.

6

Depósito de cadáveres de Génova, Italia.

Domingo, 16 de mayo.

Cuatro días después del robo.

Los dos detectives se encontraron atrapados.

Bruno abrió la puerta.

—No, ¿qué haces?—dijo la mujer espantada.

El hombre no le hizo caso y asomó la cabeza. Desde el principio del pasillo venían unas voces. Unos individuos estaban hablando, y avanzando, daba la sensación de que, fuesen quien fuesen, avanzaban con una velocidad dominguera.

—¡Entraaa!

—Espera, tengo una idea.

Bruno cogió de la mano a su compañera, apagó la luz, la arrastró hacia el pasillo y cerró la puerta. Ella levantó las manos dando a entender que no comprendía lo que hacía, con los ojos fuera de las órbitas y sudando.

La camisa de diseño comenzaba a tener manchas en las axilas. El mundo al revés. La situación se presentaba invertida, la exagente secreto se encontraba nerviosa en una situación arriesgada y el mecánico resolviendo los imprevistos.

Enfrente del “Archivo” había una puerta con otra placa que ponía “Cuarto de limpieza”.

Bruno entró y Marguerita detrás, arrastrada.

Cerró la puerta y, justo en ese momento, los dos hombres rebasan el giro del pasillo. Marguerita y Bruno jadeaban por la tensión. El cuarto estaba oscuro, había justo el espacio para que cupiesen dos personas. Tenían que vigilar de no tirar nada al suelo, de no hacer caer un cubo, una escoba o algún producto, corrían el riesgo de delatar su presencia. Olía a lejía y a humedad incrustada, seguramente procedía de los cubos de lavar y los potentes productos químicos que se utilizaban para desinfectar el material después de una autopsia.

La puerta disponía de dos espacios con ranuras, uno a la altura de

los pies y otro al de los ojos. Bruno podía mirar hacia afuera sin ser visto. Se trataba de dos policías. Inmersos en una crítica a un compañero, comiendo Donuts y café para llevar. Se detuvieron delante de la puerta, no podían verle. Bruno, en cambio, no solo podía, si no que olía un repugnante olor a sudor de varios días. Uno de los dos agentes no tocaba el agua de la ducha desde hacía días. Se asomó Marguerita, los dos estaban callados escuchando la conversación. No parecía que se querían ir; de la misma manera que tardaron en entrar, ahora se tomaban su tiempo para irse. La temperatura subía en el cuarto de limpieza, sin embargo, Marguerita, a pesar de la complejidad de la situación y de los riesgos que comportaría que le encontrasen allí, se sentía segura. Cogió la mano de Bruno, que al entrar había soltado. Él se percató y la miró. Marguerita llevaba una sutil sonrisa y una mirada pícara. Era una mirada de satisfacción, de entendimiento. Se entendieron con la mirada, nada más les hacía falta, solo salir.

Al cabo de largos minutos en medio del pasillo despotricando, y una vez acabados los Donuts, entraron en la puerta siguiente al Archivo, donde ponía "Depósito". Uno de los policías, mientras caminaba, se ajustaba los calzoncillos, pellizcándose el pantalón. Encendieron la luz y dejaron la puerta abierta.

Era el momento. Era arriesgado, pero tenían que salir antes de que la situación se complicara.

Bruno apretó la mano de su compañera y la miró haciendo un signo afirmativo. Ella asintió. Abren la puerta, sigilosamente, todo parecía tranquilo. Los dos policías seguían hablando al fondo de la estancia, pero la puerta seguía abierta.

Salieron al pasillo. Cerraron la puerta del cuarto de limpieza con suma delicadeza. Siguieron caminando, de puntitas, en fila india, el italiano delante. El corazón palpitaba con fuerza, casi resonaba en el pasadizo. Giraron el codo del vestíbulo y a grandes zancadas llegaron a la puerta. Abrieron la puerta y el chico de la recepción se encontraba en el vestíbulo esperando su regreso.

—Iros, iros, *Santa Madonna*. Corred.

El recepcionista del depósito presentaba una coloración rojiza en toda la cara; con los ojos abiertos por la sorpresa, les hizo un gesto rotatorio con el brazo para que se fueran del edificio.

—Iros, jamás lo volveré a hacer —dijo cubriéndose el rostro con las manos ya con los visitantes fuera del edificio.

Los detectives siguieron con pasos rápidos hasta el coche. Una vez alcanzado, intentaron bajar la tensión y recuperar el aliento. Acalorados y sudados, pero sonrientes.

—Dios, cuanto tiempo sin hacer esto… —dijo la mujer.

—No se nos ha ido el plan al garete, por un soplo. *Vaccaboia*.

—Desde luego que uno no se aburre contigo.

—¿Esto…?, es desde que estoy contigo.

Se fueron recuperando y disminuyendo la cantidad de adrenalina de sus cuerpos. La mujer era inteligente y tenía visión. Aparcó el coche debajo de un gran árbol, lejos del depósito, pero a la sombra.

Los dos detectives, ya tranquilizados, entraron en el coche a repasar las fotos y los documentos.

—Marguerita, es imposible que se encontraran allí por azar, tienen que haberlo hecho ir hasta la cantera por algo o prometiéndole algo. Tienes razón tú, no habían parado para orinar.

La mujer asiente y sigue mirando la foto.

—Mira, esto —dijo la mujer—. Las maletas y los efectos personales de Rizzato seguían en el coche. No es un robo de unos ladrones de tres al cuarto. Apuesto lo que quieras que esto vale una pasta, todo su equipaje y efectos personales. Sin embargo, no han tocado nada. Además, si miras en esta foto… —La mujer deslizó el dedo en la pantalla del móvil—… no hay disparos en el coche. Si tienes un coche blindado y no confías en la gente con la que te encuentras o vas a esperar, lo primero es no bajar…, o incluso activar la alarma silenciosa para pedir auxilio.

—¿Qué es eso? —preguntó Bruno

—Es una señal que viaja por ondas militares, es solo para objetivos sensibles, la recibe la policía militar y envía helicópteros de asalto o de rescate. Es como el Breitling Emergency de los aviadores.

Bruno la miraba con la cabaza torcida.

—Déjalo, es igual. En definitiva, las personas que se tenían que encontrar con Rizzato eran conocidas, o bien él confiaba en ellas —dijo la mujer, para luego preguntar—: ¿qué más ves?

—Nada en especial, el resto ya lo vimos ayer en el cantera.

—El informe anotaba altos niveles de adrenalina, eso quiere decir que la cosa se torció y el chófer sacó la pistola y no le dio tiempo a disparar —añadió Marguerita.

—¿Cómo puede ser que Gian Paolo pueda haber ido a esa trampa?

—Fíjate en un detalle. Es un sitio muy bien estudiado, una sola salida; vayas por donde vayas, la única entrada y salida es la misma. Si te encaras a la entrada, los ves llegar de frente. No descartaría francotiradores en los montículos de roca. Y el lugar…, alguien sabía que Rizzato iría a Mónaco y que volvería por la autopista, por lo que el sitio es inmejorable para sus propósitos. Es tan perfecto que podrías estar disparando con un tanque y no te oirían en kilómetros.

—Claro, bien visto.

Los dos se quedaron en silencio, pasaron varios minutos revisando

las fotos. No vieron nada más.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Marguerita—. ¿Qué se te ocurre?

—Ir a la fuente, a los orígenes de Rizzato.

—¿Es decir?

—A Carpi, donde vive, creo que tendremos que hacer una visita a una persona —dijo con la vista clavada en el infinito.

—¿A quién?

Bruno se tomó un momento y respondió:

—Belle, Renato Belle. La mano derecha de Gian Paolo.

Marguerita levantó las cejas.

—Pues vamos —dijo la mujer cerrando la puerta—. Rumbo a Capri.

—No, Carpi. No vamos a la isla delante de Nápoles, es una ciudad cerca de Modena —contestó Bruno abriendo la capota del viejo coche.

—Rumbo a Carpi.

La mujer arrancó el Panda y comenzaron el viaje que los llevaría a los orígenes de Rizzato y a la misma tierra que vio nacer y crecer a Bruno.

Bruno, mirando por la ventanilla, apartado de la misión de conducir, pensó que la vida era un carrusel, siempre se vuelve al punto de partida.

7

Carpi, Italia.

Domingo, 16 de Mayo.

Tres días después del robo.

El calor apremiaba menos.

El viaje en el viejo Panda se hizo más liviano. Era un domingo de mayo, sin embargo, la temperatura cambió el día anterior. El trayecto desde Génova hasta la ciudad natal de Bruno fue un continuo despertar de recuerdos olvidados. Hacía años que no volvía y prefería que fuera así. Muy a su pesar, la vida le volvía a llevar a sus orígenes, igual que un carrusel, o como en el juego de la oca, a veces hay que volver a la casilla de salida.

Llevaba mucho tiempo fuera de casa sin dar explicaciones a nadie, sin ver a sus padres. Era consciente de que echaba de manos a su madre, una mujer que era puro amor, pero, por culpa de su padre, tuvo que tomar su camino y alejarse de su insistencia para que entrara a servir en la policía: «Como tiene que ser, como toda la estirpe Malatesta. Un policía, un comisario, como yo y tu abuelo.»

En el fondo, él también le echaba de menos, a pesar de su intransigencia. Era un buen hombre y era su padre. Sin embargo, se separaron, y las ocasiones de volver a verse fueron pocas. Rizzato, involuntariamente, generó una.

Marguerita seguía concentrada conduciendo.

Bruno intentó convencerla para que le dejara las llaves de coche, le apetecía llevarlo, pero la mujer era inflexible.

—¿Te apetece que te enseñe mi pueblo natal?

La mujer cambió expresión y, con una mueca, le contestó sin quitar los ojos de la carretera.

—Claro, me encantará.

—Estaba pensando que podría avisar a mis padres y, si no te importa, podríamos cenar allí. Hace años que no los veo —Bruno se tomó un momento antes de continuar—. ¿Qué te parece?

—¿No te parece un poco pronto para presentarme tus padres? —contestó jovial.

Bruno se rio.

—¡No! No van por ahí los tiros, tonta. ¿Qué hago, te dejo en el hotel?

—No sé, a lo mejor te sientes más cómodo.

—Qué va. Al contrario, no sé lo que me voy a encontrar, así, si se pone pesado mi padre, eres la excusa perfecta para fugarnos.

—Ya lo entiendo, me usas como rehén. No, no, mejor aún, como escudo para salir corriendo si la cosa se complica. Muy bien, ¡gracias!

Bruno volvió a reír.

—Mas o menos. Además, eres experta en estas situaciones, eras de los servicios secretos.

—Retirada.

La conversación siguió y finalmente Bruno llamó a su madre para darle la sorpresa y confirmar que pasarían a cenar.

Llegaron a Carpi.

Aparcaron el viejo Panda delante del Hotel Touring, fundado por la diseñadora de moda Blumarine y entraron. El recepcionista los vio llegar sudados y con aquella reliquia de coche, sucio y lleno de adhesivos chillones.

—*Buona sera*, ¿En qué puedo ayudarle? —dijo el hombre detrás del mostrador con cara asqueada.

—Dos habitaciones para una noche —contestó Bruno

—¿Aquí? ¿Seguros? Hay hoteles más… baratos, a la salida de la autopista, por ejemplo.

—¿Disculpe? —preguntó la mujer sorprendida por el recibimiento.

El recepcionista, impoluto y vestido con traje y corbata, con la nariz levantada como si hubiese olido un excremento, sin decir nada más extrae el formulario y los informa de todo.

Al final del papeleo y ya con las llaves magnéticas en mano, Bruno preguntó:

—¿Tienen aparcamiento vigilado o subterráneo?

—¿Para qué? —preguntó sorprendido e insolente el recepcionista.

Bruno pensó un momento y respondió.

—… Para nuestro coche. ¿Para qué si no?

—¿Para eso? —contestó disgustado.

Bruno levantó los hombros.

—¡No!, el hotel no tiene. Tiene que aparcarlo por la calle —contestó y volvió a realizar tareas como si no estuviesen.

Los dos viajeros se quedaron sorprendidos por el recibimiento. Subieron las maletas, se dieron una ducha y bajaron enseguida para dejar aparcado el “bólido” y dar un paseo por el centro histórico de la ciudad.

—Es preciosa esta plaza, me recuerda un pueblo cerca de Siena.

—Es la tercera plaza más grande de Italia y para mí la más bonita.

La mujer sonrió contestando:

— Será lo que tú dices, porque es bonita, pero no sé si es para

tanto.

Los dos detectives se tomaron un momento de relax, pasaron delante de la catedral, del castillo del Renacimiento y por los pórticos. El domingo por la tarde los ancianos dominaban el centro, los jóvenes parecía que hubiesen desertado.

La gente se movía mayoritariamente en bici. A la mujer le recordaba a Holanda, donde este medio de transporte estaba mucho más extendido que en otros lugares.

Compraron un helado y se detuvieron en un banco a degustarlo. Hacía tiempo que no sentía esa sensación. La reprimía, pero era inevitable, su cerebro le decía que estaba en casa. Las bicis que pasaban delante de él, recorriendo las calles cortadas al tráfico, eran como los recuerdos que afloraban del subconsciente. Todos los rincones de esa plaza y de la ciudad le llevaban hacia una anécdota, las relacionaba con una persona, con olores, con épocas del año, con emociones y aventuras. Vio delante de él escenas de su infancia que cobraban vida, una explosión de reminiscencias. Caras conocidas, o eso creía, que el tiempo difuminaba en sus recuerdos. Sonrió, eran emociones que había olvidado.

Acabaron de dar un paseo. Era hora de acercarse a la casa Malatesta.

Recorrieron unos pocos kilómetros y se detuvieron delante de una casa adosada de un bloque de tres. Eran grises, llevaban varios años sin una mano de pintura, que en origen tenía que ser blanca. Delante, una masía en ruinas, con una torre y hierba alta un metro, toda vallada por miedo al derrumbe.

La madre de Bruno salió a recibirlos. Su expresión era la de una madre que vuelve a ver al hijo pródigo después de tantos años. Salió con los brazos alzados, con el pelo recogido y un delantal blanco salpicado por manchas rojas. El abrazo entre los dos fue largo, casi eterno.

—Hijo, que alegría. ¿Y ella? ¿Quién es? ¿Tu novia?

—No *Mamma*, es Marguerita, una amiga.

Ellas se abrazaron y se apresuran a entrar.

—Es muy guapa, que no se te escape —dijo casi susurrando la madre.

—Maaaaamma. Venga por favor, compórtate. No es mi novia, somos amigos.

Entraron en casa donde el padre los esperaba sentado en el sofá. Cuando cruzaron la puerta, se levantó y fue a recibirlos.

—Hola, hijo —dijo alargando la mano, con cara seria y sin mirarlo a los ojos.

—Hola, papa. Te presento a Marguerita, una amiga.

El padre le estrecha la mano a ella también.

Se sentaron en el sofá.

Incómodos, el padre desprendía una energía que no relajaba el ambiente. Bruno pensó que seguramente había sido una mala idea, más aún al llevar a Marguerita.

¿Qué impresión se llevaría de sus padres?

El ambiente de la casa era exactamente como lo recordaba. Los sofás de piel delante de la televisión, un comedor con una mesa redonda al lado de la ventana, la escalera para acceder a los pisos superiores, los mismos cuadros colgados.

De la cocina, detrás de él, venía un continuo sonido de sartenes y platos, además de un exquisito olor a salsa de tomate. El padre y Marguerita hablaban de futilidades para romper el hielo; el viaje, el tiempo, la temperatura, sus orígenes, que hacía en la vida. Bruno, excluido de la conversación, recordaba escenas de la infancia y la famosa conversación donde tuvo que afrontar a su padre, desilusionándolo, revelando que rompería la tradición familiar, que no seguiría la carrera de policía.

Una vez alrededor de la mesa, el ambiente cambió, la energía amorosa de la madre pudo sobreponerse a la paterna.

Los dos viajeros estaban hambrientos y limpiaron de los platos la famosa salsa de tomate "*della Mamma*" con el pan.

En medio de la cena, surgió la discusión inevitable de que el hijo pródigo no quiso ser policía, un tema enquistado en el pasado que traía amargor al padre. En esa conversación, Bruno desconectó, no quería escuchar lo mismo que escuchaba cada Navidad por teléfono. Sin embargo, Marguerita escuchaba atentamente, le interesaba su pasado.

—¿Te ha dicho mi hijo que salvé a Enzo Ferrari de un secuestro?

Marguerita se giró hacia Bruno y contestó:

—No, no me había dicho que su padre es un héroe nacional. De hecho, me ha hablado muy poco de usted.

—Es normal —dijo abatido y resentido—, esto fue hace muchos años. Mi equipo y yo salvamos a Enzo de una muerte segura. Salimos en todos los periódicos.

—Qué interesante, y ¿cómo lo hizo?

—Es una historia muy larga, algún día te la explicaré. Habría estado mi hijo también ayudándome, pero decidió irse a reparar coches, encima Porsches.

—Padre, no digas bobadas, tenía diez años en esa época.

—Siempre pones excusas, contigo no se puede hablar del tema. Estarías aún a tiempo.

—Cariño, dejemos el tema, ¿te parece? Bruno ya no es un niño.

—*Grazie, Mamma.*

Pasaron unos instantes de silencio incómodos.

—¿Por qué habéis vuelto? —preguntó el padre

—Hemos venido por el secuestro de Rizzato.

El padre asintió con la cabeza.

—Se que los Carabinieri están como locos por encontrarlo. Menudo problema tienen. Y tú, ¿qué tienes que ver con eso?

Bruno le explicó lo que pasó en Mónaco y la implicación de la mujer. El padre escuchó al hijo como hacía tiempo que no lo hacía. El tema le interesaba y le apasionaba.

La cena acabó y el padre enseñó los recortes de periódicos a Marguerita, mientras Bruno ayudaba a su madre lavando los platos.

Se despidieron, la madre no consiguió aguantar unas lágrimas, no soportaba la idea de no saber cuánto tiempo volvería a pasar sin ver a su único hijo.

—Tienes una familia maravillosa y tu madre cocina de vicio —dijo Marguerita de camino hacia el hotel.

Bruno se quedó callado, se abstuvo de compartir sus pensamientos. Fue un día largo y repleto de emociones, necesitaban descansar. Al día siguiente seguirían con la búsqueda de nuevas pistas. Perseguían los detalles que los asesinos dejaban y el destino repartía. La lupa de la habilidad en buscarlos se había despertado en Bruno, el legado familiar era su secreto y el sexto sentido su arma secreta.

8

Aeropuerto Linate, Milano, Italia.

Lunes, 17 de Mayo.

Cuatro días después del robo.

La autorización llego desde la torre de control.

El jet privado con bandera de Japón se dispuso a aterrizar. Los pilotos encendieron los indicadores de los cinturones y la tripulación se los abrochó. Volaban encima de la metrópolis italiana, viendo en el horizonte su silueta, coronada por la catedral y los modernos rascacielos. Venían de una rápida parada en Dubai para repostar y continuar hasta su destino final, el país más bonito del mundo.

Ayari Nakamura, el propietario de la aeronave, llegaba a Italia para participar en el evento más glamuroso de los coches clásicos, el concurso de elegancia en Villa d' Este. Participaba con su más preciada joya, que envió semanas antes en un contenedor.

Un sueño hecho realidad.

La culminación de su ego y de una ambición en auge. Viajaba junto a su mujer, la secretaria y un par de asistentes personales, que, entre otras funciones, eran sus guardaespaldas.

La bodega contenía gran cantidad de maletas para quedarse un par de semanas en el viejo continente. La vuelta dependía de si habían ganado o no uno de los premios del certamen. No tenían nada cerrado, ni fechas ni lugares, las primeras vacaciones en muchos años de duro trabajo para la pareja Nakamura. El no saber cuándo volvería le producía vértigo al empresario, pero era parte de lo excepcional de tener un avión privado, que nunca lo perdería.

Una lanzadera del aeropuerto los acompañó hasta la zona VIP, después una furgoneta de lujo con cristales tintados los dejaría en el hotel en centro de Milano. La estancia en la ciudad sería de tres días, donde asimilarían el *jet lag* y aprovecharían para acudir a varias reuniones de negocios.

El rico japonés era el hombre de las incongruencias, millonario para lo que quería, ahorrador y hasta rácano y roñoso por otras.

El matrimonio japonés entró en la suite presidencial del céntrico hotel milanés. Era luminosa, con vistas a la catedral y la zona más emblemática de la ciudad. El botones colocó la mole de maletas cerca de la entrada, recibió una propina de la secretaria y salió.

—¿Es de su gusto? —preguntó la secretaria con una reverencia.

—Sí, Azumi, retírate —ordenó a la muchacha, que salió cerrando detrás la puerta.

Se quedaron solos el matrimonio y Ayari cogió la maleta más vacía e introdujo el enorme albornoz del hotel, los jabones, los gorros de ducha y todo lo que pudo.

La mujer se cubre la cara a dos manos sacudiéndola.

—Por favor, no me digas que vas a hacer lo que pienso.

—Cállate, mujer, ¿eres consciente de cuánto cuesta esta habitación? —contestó seco—. Menudo despilfarro.

Una vez acabó de cerrar la maleta con dificultad por el bulto, agarró el teléfono de la habitación y marcó el número nueve.

«Aquí recepción, soy Luca, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy avergonzado de este país de ladrones, mafiosos y gente ineficiente. ¿Cree que esto es normal en un hotel como el vuestro con lo que cuesta? —ladró el japonés indignado.

«Disculpe señor, pero no entiendo. ¿Qué ha pasado?»

—Que, ¿qué ha pasado? ¡Es vergonzoso! Inadmisible que el lavabo esté sin productos de limpieza personal y sin albornoz. ¡Inadmisible!

«Le pido disculpas del hotel. Ahora mismo enviamos una persona para subirle todo el material.»

—Más le vale —contestó y colgó.

El hombre se sentó a esperar. La mujer, roja como una baya de Goji, seguía tapándose la cara de vergüenza.

A los pocos minutos, tocó un botones a la puerta y entró dejando el doble de jabones y materiales y dos albornoces. El empleado de la estructura le acercó una tarjeta, en ella la dirección del hotel se disculpaba y le decía que eran obsequio, por lo tanto, se los podían llevar.

El hombre, sentado en el escritorio, una vez leído el mensaje, dibujó una sonrisa mezquina y se ajustó las ridículas gafas con el meñique, en un acto reflejo, casi un tic. Al salir el botones, entró un camarero con una bandeja de fruta cortada.

—Ves, Europa es diferente, hay que tratarlos así para obtener lo que quieres.

Chihiro sufría vergüenza ajena, ruborizada y negando con la cabeza.

El viaje del coche clásico estaba programado de tal forma que llegara directamente a Cernobbio, lugar del certamen, donde el miércoles por la tarde se tenían que presentar para las verificaciones técnicas.

El mundo es pequeño, muy pequeño, pero no tanto como ciertas personas se imaginaban. La verdad era como un peine, antes o después todos los nudos llegaban y de eso nadie se libraba.

9

Fabrica Rizzato, Carpi, Italia.
Lunes, 17 de mayo.
Cuatro días después del robo.

Renato consideraba poco productiva esa reunión.

A pesar de lo que creía, tenía la obligación de estar. El imperio Rizzato se encontraba en medio de una tormenta perfecta. La desaparición de su patrón creó una sombra de incertidumbre que no dejaba ver más allá de pocos metros enfrente. La peor noticia que podía recibir una familia o unos amigos sobre un secuestro era la falta de noticias.

El personal de oficina se encontraba nervioso, un lunes negro en el calendario de la organización. Se sentían desorientados, yendo y viniendo de los despachos como pollos sin cabeza. La misma escena de una película cuando un barco perdía a su capitán tragado por una tempestad. Los marineros comenzarían a correr sin saber qué hacer. La oficina estaba de la misma manera, personas que llevaban papeles de un lado a otro, desorientadas, afligidas.

Antes de la desaparición de Gian Paolo, la empresa acababa de entrar en una crisis importante: la decisión de cerrar una fábrica textil del grupo en el sur de Italia. Los sindicatos se arrojaron encima, para ellos era una obscenidad, al fin o al cabo hacían la función para lo que les pagaban.

El caso llenó los periódicos de noticias. Rizzato, el magnate del textil en Italia, de héroe se convirtió en villano por una decisión estrictamente económica. La prensa italiana, igual que la opinión pública, se dividió en dos, dos enormes paredes de agua, separadas por un hombre, en el medio, como Moisés. Sujetándolas no estaba Rizzato, se encontraba Renato, aguantando la presión.

—Es escandaloso, señor Belle, como, durante años, habéis chupado del bote y ahora nos dejáis en la calle. ¡No podéis hacerlo! —gritaba un jefe de un sindicado.

La mesa de forma oval se dividía, por un lado, con varios responsables de los sindicatos de los trabajadores que recibieron la carta de despido. En la otra, Renato Belle con todo el equipo legal de la empresa. Le tocaba de hacer de portabandera, de máximo representante ante la silla vacante del presidente del grupo.

—Señores, tranquilos, tranquilos. No perdamos las formas. Discrepo de su versión —decía un abogado al lado de Renato—… es

deliberadamente tendencioso. Todos los fondos que el Estado ha dispuesto para esa fábrica fueron empleados para cubrir las pérdidas que tenía desde hacía años. Señores, tienen que entender que actualmente la competencia feroz china y el encarecimiento de las energías han creado un agujero insostenible para el grupo.

—Bobadas. Sois unos aprovechados. Capitalistas del norte, esta es la historia de toda la vida, el rico que explota a la clase obrera del sur. Era así en la época de mi abuelo, de mi padre, pero no va a pasar conmigo —insistía un jefe del sindicato—. Os juro que moveré media Roma para que no cerréis así, a la brava.

—Creo que estamos yendo más allá, estamos haciendo de esto un caso de Estado, hasta me da la sensación de que es un caso personal —dijo Renato basculando sobre la silla—. Desde Rizzato Group creemos que hemos sido generosos con el finiquito que propusimos a la comisión. No solo nos parece justo, sino que, para nosotros, es un esfuerzo extraordinario. ¿Me entienden?

Los sindicatos seguían en su propia línea, eran como jugar con un frontón. Cualquier cosa que les decía no les parecía bien. La reunión acababa de entrar en una fase de catarsis. Renato lo entendió, conocía muy bien esas reuniones y sus dinámicas. El *consigliere* estuvo al lado de Gian Paolo durante numerosas reuniones de la misma naturaleza.

—Seguir con el plan —susurró Renato al abogado más experto.

Decidió levantarse, ante el estupor de la otra parte. Se quedaron estupefactos, era una falta de respeto, ya que los abogados no negociaban, eran simplemente un saco de boxeo.

—¿Se va?

—No se preocupen, vuelvo enseguida. Mientras, sigan con mis compañeros, es como si hablaran conmigo.

Renato atravesó el pasillo hacia su despacho, que se ubicaba al lado del propio del presidente. En numerosas ocasiones había hecho lo mismo Gian Paolo, sin que lo entendiera. Ese día lo comprendió.

Se acordaba de sus palabras y el mismo trayecto: «Con los sindicatos hay que bailar. Acuérdate que juegas en casa. Primero tienen que cansarse, tienen que hablar, hablar y hablar, luego dejarles solos, ellos solo con agua, tú comes, descansas, y cuando vuelves a estar con las pilas cargadas, entonces entras de nuevo. Tú estás fresco, ellos agobiados y cansados de la sala y de la silla. Esto lo repites las veces que haga falta, hasta que cedan. ¡Siempre funciona!»

—Señor Belle, tiene a los Carabinieri esperando —le informó la secretaria antes de entrar en el despacho.

—Sí, hazlos pasar.

Renato entró, sacó una botella de agua de su pequeña nevera, introdujo una capsula en la máquina de café y se sentó en su mesa. Desde el cristal se veía toda la autopista, los coches que pasaban y la campiña de Carpi, de un encendido verde trébol.

Al otro lado de la puerta, tocaron. Renato se desabrochó el primer botón de la camisa y se aflojó la corbata.

—Pasen.

Entró la secretaria junto a dos hombres de paisano, altos, con barba, pelo desaliñado y vestidos de manera deportiva. Nunca hubiese dicho que eran fuerzas del orden, sino más bien modelos.

—*Buongiorno*. Somos el agente Barozzi y Meneguini. Somos inspectores de los Carabinieri. Gracias por atendernos en un día como hoy.

Renato se levantó y les hizo una señal para que se acomodaran.

—Disculpen, pero tenemos mucho alboroto en casa, no les puedo conceder mucho tiempo. Espero que lo entiendan.

—Si, perfectamente.

Los agentes se sentaron donde les habían indicado, delante del escritorio.

—Es una formalidad. Solo queremos saber si tienen noticia de los secuestradores.

—No, no tenemos ninguna noticia. ¿Pero están seguros de que Gian Paolo está secuestrado?

—Nuestra experiencia lo confirma. Los compañeros de Génova nos han pasado los detalles del caso y debería ser un secuestro. —El agente sacó una libreta donde tenía anotadas unas peguntas—. ¿Han tenido contacto con los secuestradores, directa o indirecta?

—No, que yo sepa no nos han contactado —contestó Renato mirando hacia el suelo, con expresión de lamento.

—¿El señor Rizzato tenía enemigos?

—En los negocios todos tenemos enemigos, pero nadie que llegase a ese punto.

—¿Cree que los sindicatos están involucrados? ¿O alguien del sur…? —el agente lo miró y bajando un poco la cabeza continuó—… ya me entiende.

—Agente, no tengo tiempo que perder. ¿Se refiere usted a la mafia?

—Sí.

—No, que yo sepa. Nuestra empresa es legal, paga sus impuestos en Italia y jamás ha pagado ni un euro a organizaciones fraudulentas. Jamás hemos tenido chantajes de ninguna organización no gubernamental, y menos de los políticos. Y para que conste en acta, la fábrica la cerramos por temas económicos, no por algún tipo de extorsión. ¿Entendido?

—Perfectamente, espero que entienda que no hay nada personal, solo realizo mi trabajo.

—Claro, claro. Por cierto, ¿tenemos pinchados los teléfonos?

—Sí, el juez lo acaba de aprobar, el fijo de casa, el móvil del señor Rizzato y las líneas de esta estructura.

—Le pido por favor, que sea mutuo. —Renato le acercó una tarjeta de visita personal—. Si tienen noticias, por favor, infórmeme o informe a la señora. Sabe, no lo está pasando nada bien. ¿Algo más? —preguntó levantando las palmas de las manos.

—Por ahora, nada. Gracias por su colaboración.

Se levantaron y se estrecharon la mano. El agente que habló todo el rato abrió la puerta al tiempo que se acordaba de algo.

—Una última cuestión, señor Belle, déjeme que le aconseje algo.

—Dígame —contesta ya sentado en su sillón.

—No se hagan los héroes, si contactan con ustedes, llámennos. Si pagan el rescate, lo más seguro es que después lo maten.

—Pero podría desgravarlo de los impuestos.

El agente hizo como si no lo hubiese entendido y se dispuso a marcharse.

—Que tenga buen día.

—Lo mismo le digo.

Dejaron el despacho del *consigliere*. Este saboreaba el café ya frío. Replegado en su sillón, encendió la televisión. Los telediarios solo hablaban del hecho del secuestro del patrón del textil. Se sucedían las imágenes de repertorio de Gian Paolo, de la fábrica cerrada y de las oficinas en Carpi, con manifestantes en la entrada con carteles en contra del cierre.

De repente, sin preguntar, alguien entró en su despacho, algo intolerable.

La puerta se abrió de repente, casi no le dio tiempo a reaccionar.

—No aguanto más en casa. He vuelto a comerme las uñas. Me voy a volver loca.

Por la puerta entró Marta Rizzato, la joven y flamante mujer del empresario. Su segunda mujer. La primera, se quiso divorciar y escaparse a Cuba, donde se enamoró de un nativo. Llevaba el pelo descuidado y un vestido rosa con una pequeña mancha de salsa. «Ir con una mancha no es propio de ella», pensó Renato.

—Tranquila Marta —dijo Renato acercándose y la abrazó, hasta que se agobió y se soltó.

—¿Sabes algo?

—Nada. Vete a casa, aquí lo tengo todo bajo control.

—Pero ¿y esa gentuza con carteles y pancartas, manchando el nombre de mi marido? Échalos de allí, no pueden estar. Llama la policía.

—Marta, acaba de estar aquí la policía.

—¿Y se los van a llevar?

—No, Marta, eran Carabinieri, están trabajando para encontrar a Gian Paolo.

—Ahhh, ok. —dijo Marta—. ¿Y saben algo de él?

—No, Marta, no saben nada. Escúchame. Vete a casa, en cuanto sepa algo te llamo.

—En casa me aburro sin mi Gianpy —contestó con el ceño fruncido.

—Por la tarde paso a ver cómo estás, ¿de acuerdo?

La mujer se convenció y se fue.

Renato se quedó solo en su despacho. El tiempo de descanso que se tomó de la reunión con los sindicatos se lo quemaron las dos visitas. Se abrochó el botón de la camisa, se ajustó la corbata, estiró hacia abajo el chaleco a conjunto con el traje y volvió hacia la reunión. Deseaba que se acabara pronto, pero no estaba muy convencido que fuese así. Prefería ser el *consigliere*, antes que hacer las funciones de presidente, menos aún si este se encontraba en paradero desconocido.

10

Los manifestantes cubrían el acceso.

Mujeres y hombres caminaban en círculo delante de la puerta principal del recinto Rizzato. Aguantaban pancartas y carteles, revindicaban el injusto cierre de la fábrica en el sur de Italia. Los movimientos concéntricos recordaban a los indios alrededor de una hoguera, en pleno desierto. En este caso, el desierto eran las respuestas y la falta de atención. En los laterales de la carretera de acceso, encima del césped cuidado, casi como en un campo de golf, las personas montaron tiendas de campaña, eso indicaba que llevaban tiempo manifestándose o bien que pronosticaban un largo asedio.

El viejo Panda conducido por Marguerita se detuvo delante de los manifestantes, estos, al verlos, rompieron el círculo y se tiraron encima del cristal, como si fuesen parte del equipo de dirección.

—¿No has pensado que podría habérsele ido la cabeza a alguno de estos y haya secuestrado a Rizzato? —preguntó Bruno a la mujer.

—Sí, pero ¿cómo habrían sabido el recorrido de Rizzato?

—Era público que iba a poner a la venta el coche en la subasta de O'Connors.

—Sí, pero ¿un sindicato o alguien de su fábrica lo llama a un descampado y este accede a ir? —contestó la mujer pensativa mientras avanzaba con el coche.

—Tienes razón.

—Además, acuérdate de lo que dijo Perfel, detrás del robo del coche hay una… —La mujer suelta el volante con una mano y hace el signo de las comillas con dos dedos—… supuesta organización. ¿Los sindicatos se meterían en un fregado como este?

—Por suerte nunca he tenido el "placer" de tratar con ellos, pero por dinero, las personas están dispuestas a esto y más —concluyó Bruno.

Los dos detectives se lanzaron una mirada enigmática.

El vehículo se puso delante de la caseta del guarda. La mujer, con dificultad, bajó la ventanilla con la manivela y le explicó quiénes eran y que venían a ver Renato Belle. Este llamó por el teléfono interno y esperó la respuesta. Cuando la recibió, sin decir nada hizo un gesto con la cabeza y abrió el portón. El viejo coche entró y aparcó en las plazas reservadas al lado de la entrada.

Era una mañana mucho más fresca que la del día anterior, el calor anunciaba una tregua en un verano que apuntaba caluroso. Bruno miró hacia arriba, el cielo estaba ensuciado por nubes que anunciaban lluvias. Por la puerta principal, salieron dos tipos con barba, altos, no encajaban en ese entorno y en la empresa en la que se encontraban. Sus rostros llevaban impresa una expresión enigmática, casi turbia, se

estudiaron recíprocamente. Lo primero que pensaron fue que eran los secuestradores, luego se dieron cuenta de que, en el coche que entraron, en el salpicadero, llevaban una sirena. Eran agentes de policía de paisano.

Entraron en el edificio.

La entrada tenía una forma circular, de paredes altas, y en medio una escalera curva que llevaba al piso superior. En el muro, diez maniquís con los vestidos y prendas más emblemáticos recorrían la historia de la casa. En el centro de este espacio, una lampara de techo de cristal y leds.

En la zona de despachos, al abrir la puerta se encontraron un vestíbulo con una señorita que atendía. Bruno se presentó y pidió si podían ver a Belle. Esta, extrañada de la visita que no se encontraba en el programa del día, confirmó que no recibía visitas no organizada, menos aún en días tan convulsos.

—La entiendo, pero venimos porque creemos saber dónde está el señor Rizzato. Necesitamos la ayuda de Renato. —Bruno se rascó detrás de la cabeza, pero a la mujer no le dio tiempo a verlo, solo a sorprenderse por lo que le acababa de decir. Agarró el teléfono y marcó un número, esperó y les dijo que se sentaran en las sillas que estaban detrás de ellos.

Los dos detectives esperaron, ella cogió una revista de moda e inició a hojearla. Bruno, miraba a su alrededor, su pierna derecha comenzaba a tener un movimiento nervioso.

—Por lo menos aquí tenemos aire acondicionado —dijo el hombre.

La mujer le sonrió.

Esperaron más de media hora. Bruno empezó a caminar por el vestíbulo, por delante de la mujer. Esta se incomodó por los desplazamientos del hombre frente a su mesa de trabajo, aunque estuviese de muy buen ver.

Después de casi una hora, Renato Belle en persona se presentó en el vestíbulo.

—¿Bruno?

—¡Renato!

Los dos se abrazaron regalándose unas palmadas en sus respectivas espaldas.

—¡*Mamma mia!,* como has crecido, me acuerdo de ti cuando eras casi un niño.

—Renato han pasado casi treinta años, tenía miedo de que no te acordases de mí. El tiempo te ha tratado bien.

—Gracias. Lo siento Bruno, estamos en un momento delicado como habrás podido leer en la prensa. He salido porque eres tú. María —Renato señala la recepcionista— me ha comentado que sabéis donde

está Gian Paolo —inquirió asombrado.

—Permíteme presentarte a Marguerita De Angelis. —Bruno señaló a la mujer con quién venía.

El hombre se acercó y le tendió la mano—. Renato Belle, la mano derecha de Rizzato.

—Marguerita, directora del departamento de recuperación de los Loyds de Suiza.

Renato abrió la boca sorprendido.

—Usted, por lo que tengo entendido, ayudó a la policía de Mónaco a encontrar el Auto Union de Rizzato.

—La verdad es que no fue así. Fue Bruno quien lo encontró; la policía se llevó el logro delante de la prensa —contestó la mujer apoyando su mano en el hombro de Bruno.

—Tenemos indicios que queremos explicarte… Es importante.

—¿Indicios? ¿Importantes? Claro, pero ni aquí, ni ahora. —Renato hizo una pausa—. ¿Os parece bien vernos esta tarde en casa de Rizzato? ¿Sabes dónde está?

—No.

—María, dale la dirección a este señor de la Mansión Rizzato. —Se volvió a girar hacia Bruno y concluyó—: Nos vemos allí a las cinco. Tengo que marcharme, la tormenta perfecta me espera. —Y despareció casi sin dar tiempo a los detectives para despedirse.

La secretaria entrega un papel a Bruno con una dirección. Lo primero que miró era si coincidía con el indicio de Calogero, pero no era así. La mujer escribió: *Via Ravaglio, 19. Migliarina di Carpi.*

Salieron del edificio y entraron al coche, afortunadamente, aparcado a la sombra. La mujer le preguntó lo mismo que Bruno ya había pensado, la dirección no coincidía. ¿Qué era Via Castelleone 139?

Les quedaba la carta de Renato, el pasado de Rizzato visto desde la perspectiva de su mano derecha podía entregar detalles y dar luz sobre muchas sombras que tapizaban un caso complejo hasta para el mejor investigador privado.

Arrancaron el coche y mientras el viejo Panda iba marcha atrás, el teléfono móvil de Bruno sonó. Los dos detectives se miraron a la cara. ¿Quién era? ¿Quién podía llamar a Bruno? ¿Era Rizzato? ¿Podía ser alguien de la policía? ¿O incluso Morel?

Sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones y ponía Pedro. Bruno acercó el teléfono a la frente y miró hacia el techo del vehículo. La mujer no entendía qué pasaba.

—¿Quién es? ¿Es tu mujer?

—VACCABOIA, ¡se me ha ido!

—¿El qué?

Apretó el botón verde y se acercó el móvil a la oreja, cerrando los ojos.

—¿Bruno?

—Sí, Pedro.

—¿Dónde estás? ¿Ya recogiste la maleta? Estoy justo cuando sales del control por la derecha. Espabila que tengo el coche en doble fila.

Bruno, con el trajín de la historia, se había olvidado de avisar a Pedro de que no volvería a casa.

—Creo que hay un problema.

—¿Has perdido la maleta? ¿No te llega?

—No, Pedro, no. Ehhh… —Bruno no sabía cómo decírselo.

—Bueno, no te preocupes, voy a aparcar bien y vuelvo.

—No, no, no hace falta, Pedro. No sé cómo decírtelo. Lo siento, pero… estoy en Italia.

—¿Italia? ¡Italia! ¿Qué haces en Italia?

Bruno calló, no sabía qué contestar.

—¿Qué se te ha perdido en Italia? Entonces ¿no estás aquí?

—No. Pedro, no estoy allí.

—¡Ah! —contestó Pedro seco.

Hubo un silencio incómodo. Los silencios son las peores respuestas, porque no sabes qué piensa la otra persona.

—¿Y no me lo podías haber dicho? He venido de Marbella a Málaga para nada —contestó enfadado.

—Lo siento, Pedro. Discúlpame, se me ha ido.

—¿Se te ha OLVIDADO el detalle de que te venía a buscar? Gracias.

Pedro, tenía ganas de que volviese, no soportaba la ausencia de Bruno. Trabajaba en Marbella por él, era su aliciente y su compañero.

—De verdad, Pedro, estoy mortificado, de verdad.

—Bueno, gracias. Oye, te tengo que colgar, tengo el coche en doble fila —contestó Pedro y colgó.

Bruno apretó los dientes, sabía que Pedro se lo había tomado muy mal, eso le llevaría varias semanas de reproches y de malas caras.

—¿Todo bien? —preguntó la mujer.

—No. Para nada.

—Pero ¿no es tu mujer? ¿Se llama Pedro de verdad?

—Pues claro.

Hubo silencio.

—¿Eres gay?

—¿Perdona?

—No, no, no me malinterpretes, que no tengo nada contra los gais, al contrario, mis mejores amigos en Suiza los son y los adoro. Pero que, si eres gay, no pasa nada.

—¿Te lo parezco?

—Bueno, ahora que lo dices, no sé… —La mujer esperó y a Bruno se le abrieron los ojos—… Casi no me has besado, ni siquiera has intentado hacerme el amor y ahora te llama… "Pedro" y parece tu pareja, no sé. ¿Qué quieres que te diga…?

—Venga, arranca, que estás en medio del aparcamiento, vayamos a comer, que esta tarde tenemos una reunión.

La mujer se puso a reír por la reacción de Bruno y volvió a poner en marcha el coche.

—Gay…, te lo voy a demostrar. Encima que uno es caballeroso y no acelera el gas. Vosotras, las mujeres, no hay nadie que os entienda. Que si vas lento, que si vas rápido. Me volvéis loco.

La mujer se giró para explicarse y Bruno no la dejó hablar.

—Venga, tira —contestó jovial, bromeando.

El Panda pasó por el portón y luego junto al grupo de manifestantes. Deseaban que la tarde les diera respuestas y, quizás, detalles camuflados en la historia de Rizzato y del famoso Auto Union, el coche que no llegó a ser el más caro de la historia.

11

Mansión Rizzato, Carpi, Italia.

Lunes, 17 de mayo.

Cuatro días después del robo.

Las nubes pronosticaban lluvia y se cumplió.

Las gotas en el parabrisas habían empezado a caer con fuerza, aparentaba ser una tormenta de agosto. Los pequeños y viejos limpiaparabrisas eran incapaces de evacuar toda el agua. El coche no disponía de termómetro, pero las temperaturas habían bajado considerablemente. La cortina de agua por la campiña de Carpi creaba una cierta dificultad a la hora de conducir, a pesar de la estabilidad del vetusto Panda.

Los dos detectives recogieron las maletas del hotel y, después de haber comido, se dirigieron con antelación hacia la Mansión Rizzato. En medio de la comida tuvieron una llamada de Morel, que preguntaba si disponían de novedades sobre Gian Paolo o si habían conseguido averiguar alguna pista. Volvió a hacerlos jurar que Marguerita era la única que conducía la pequeña joya sobre ruedas que les había prestado.

Del centro de Carpi a la Mansión distanciaban pocos kilómetros. Llegaron al cruce por el cual se accedía a la calle Ravaglio, donde en el número 19 se encontraba el domicilio del desaparecido. En cuanto lo tomaron, vieron luces rojas y azules que salpicaban el cristal. Con la poca visibilidad de la lluvia, no entendían qué eran. Al acercarse, vieron que los coches de los Carabinieri tenían cerrado el acceso a la Mansión. Dos agentes, con traje impermeable, presidían la entrada con las sirenas encendidas. Al ver que el coche se aproximaba lentamente y encaraba la entrada, levantaron la mano al tiempo que activaron una luz roja. Marguerita se acercó y bajó dos dedos el cristal, el agente se acercó.

—¿A dónde van? —preguntó el carabiniere con una metralleta en mano, inspeccionando los asientos traseros y el maletero.

—Tenemos una reunión con Renato Belle, nos ha citado a las cinco —dijo la mujer enseñando el papel que le escribió María en la entrada de la oficina, como si fuera el pase de una feria.

—¿Cómo se llaman?

La mujer contestó con los nombres.

—Esperen un momento.

El agente se retiró, llamó por el interfono y esperó una respuesta, debajo del agua insistente.

Pasaron un par de minutos hasta que el agente de la luz roja hizo

la señal de que podían pasar mientras el portón se abría.

El coche entró en la Mansión, las piedras blancas del caminito que rodeaba la casa salpicaban en los guardabarros. El perímetro de la casa se encontraba custodiado por policías de uniforme. Marguerita detuvo el vehículo delante de la que intuyó que era la entrada principal. Esperaron por si aflojaba la lluvia, pero la intensidad siguió igual. Bruno saltó a los asientos traseros.

—¡Será posible que no haya un paraguas!

El italiano rebuscó en todo el coche sin éxito.

—No te preocupes, son dos gotas —dijo la mujer.

—Me lo repites una vez hayamos entrados en casa.

Bruno volvió a los asientos delanteros y, justo cuando estaban a punto de entrar en la Mansión, Marguerita recibió una llamada.

—Vaya, el día de las llamadas —dijo Bruno con tono irónico.

Marguerita miró el móvil y ponía "Vero Oficina".

—¿Vero?

«Ritaaaaaa, no sabes qué me ha pasado.»

—Vero, guapa, no estamos para sustos.

«Noooo, es una buena noticia. Por cierto, ¿puedes hablar?»

—Menos mal. Sí, dime, ¿qué te ha pasado?

«Acabo de llegar a casa y tengo delante un Abarth 595 como el que Bruno me ha chafado. Gracias.»

—Bueno, no he hecho mucho, solo he apretado al director de finanzas, nada más. Era lo mínimo. Por cierto, Bruno no te lo ha chafado, lo ha usado… —Buscaba la palabra mirando al italiano a su lado—… como Bulldozer.

«Pues eso. Pero quería decírtelo, para que lo supieras, quería compartirlo contigo. Por cierto, ¿qué tal las vacaciones por Italia?»

—No, no, nada de vacaciones. Vero, tengo que dejarte, entro a una reunión.

Las mujeres se despidieron. Guardó el móvil y dijo mirando a Bruno:

—¿Vamos?

Bruno asintió con la cabeza. Salieron corriendo del coche y se plantaron delante de la puerta. Los diez metros de distancia fueron suficientes para empaparse el pelo y humedecer la ropa.

Al entrar, dos hombres de negro de la seguridad controlaban el acceso.

—¿La señorita De Angelis y el señor Malatesta? Los están esperando.

El vigilante que habló les indicó que lo siguieran, el otro permaneció inmóvil al lado de la puerta. Atravesaron el pasillo, lleno de puertas. Al final, abrió la puerta de dos hojas de la derecha e indicó

a los invitados que pasaran.

—Esperen aquí, el señor Belle vendrá enseguida.

El espacio era una sala de estar, con libros, plantas y nada de televisión. El techo estaba aguantado por una batería de envejecidas vigas de madera. En el centro de la pared, una chimenea enorme, como para cocinar dentro, lo suficientemente grande como para quemar en ella a una persona. A los lados, unas reservas de troncos de varias medidas. Se encontraba apagado, hacía mucho tiempo que no se usaba.

Renato entró a la estancia.

—Bruno, Marguerita, ¿qué tal? Estáis mojados. Claro, con la que cae…

Se acercó a una mesa y llamó al personal de servicio. Indicó que llevaran unas toallas y que encendieran el fuego.

—No hace falta, con tu permiso enciendo yo el fuego.

Renato asintió y le hace un gesto con la mano como diciendo: "todo tuyo".

Bruno se aproxima a la chimenea y empieza a montar la estructura para prender la lumbre.

—Sentémonos, por favor. —Renato indica los tres sillones—. No, no, Marguerita, por favor, para ti el de en medio, en frente de la chimenea, que estás mojada.

Mientras Bruno encendía el fuego, entró una persona del servicio y entregó unas toallas.

—¿Qué habéis averiguado en Mónaco?

Renato fue directo al centro de la cuestión.

—¿Conoces a un tal Perfel? —preguntó Marguerita.

—No me suena, ¿debería?

—Trabajaba en la casa de subastas que había organizado la venta del Auto Union.

—Puede ser, cada día tratamos con muchas personas. La venta de ese coche, no me preguntes por qué, fue un asunto que quiso gestionar directamente Gian Paolo. No sé mucho más.

—Creemos que la desaparición de Rizzato está relacionada con la desaparición del coche —dijo Marguerita.

—¡Vaya! —contestó Renato.

—¿Usted a quién se la atribuye? ¿A los sindicados? ¿A un secuestrador solitario? ¿En serio nadie se ha puesto en contacto para pedir un rescate? —preguntó la mujer.

—Nadie se ha puesto aún en contacto, estadísticamente dicen que las primeras comunicaciones en un secuestro comienzan entre los primeros tres o cuatro días.

—Pero ya llevamos cuatro.

—Fue el viernes por tarde y hoy estamos a lunes por la tarde, así

que son tres días.—precisó Renato.

—¿No tienes alguna idea?

—No, pensaba que la teníais vosotros. ¿Cómo encontrasteis el coche?

—Por medio de una serie de indicios que fue soltando involuntariamente Andrea Perfel —dijo Bruno entrando en la conversación, sentado en el viejo sillón inglés de piel tostada.

—Y de su intuición… una corazonada —añadió la mujer

—¿Intuición, corazonada?

—Bueno, digamos que de vez en cuando intuyo… cosas —contestó Bruno quitando importancia al asunto.

—Que interesante, no conocía esta faceta tuya, Bruno.

Hubo un momento de silencio.

—Quiero que sepáis que he contratado a los mejores investigadores privados para averiguar algo sobre el paradero de Rizzato. Estamos haciendo todo lo posible.

—¿Qué hacía Gian Paolo en Génova y en una cantera de mármol? —inquirió Bruno

—Me lo llevo preguntando todo el tiempo —contestó mirando el suelo.

—Yo creo que la llave se encuentra ahí —insistió Bruno.

—Me dijo que habían robado el coche, que se suspendió la subasta y que volvía a casa. Desde entonces no supe nada más.

—¿Cuándo fue exactamente?

—Creo recordar que era el jueves por la mañana.

—¿Te acuerdas dónde se encontraba cuando te llamó? —volvió a insistir Bruno

—Creo que desde Mónaco, antes de salir.

Bruno se quedó pensativo.

—Decían que se podía llegar a vender el Auto Union de Nuvolari por una cantidad de cincuenta millones de euros. Y no lo han logrado. —Bruno se toma un momento y sigue—. ¿De dónde viene ese coche? ¿Cómo lo consiguió Rizzato?

—*Mamma mia,* Bruno, es una larga historia, muy larga. ¿No la sabes?

Bruno arrugó el ceño y contestó:

—Pues no, pero, por favor, ¿nos la puedes explicar?

—Claro, será un placer. Todo empezó en una feria en Milán.

En el momento que comenzaba a contar la historia, la puerta se abrió de repente. Era Marta Rizzato, que irrumpió en la sala.

—Renato, estoy agobiada.

Los tres se levantaron.

—¿Qué te pasa, Marta?

—No quiero tanta gente por mi casa, por favor, ¿puedes decirles

que se vayan?

—¿A quién te refieres?

—A esa gente con esas luces horteras en los coches en mi jardín y los gorilas en las puertas.

—Marta, son para tu seguridad.

Marta se quedó callada. Parpadeando y sin contestar.

—¡Pues no me gustan! —respondió seca—. ¿Estarán aquí mucho tiempo?

—No lo sé, Marta, ojalá pudiera contestarte. ¿Has tomado la medicina?

—Uy, no. Necesito una pastilla de la memoria para acordarme de tomar la pastilla de la ansiedad. Tengo que hablar con mi médico —respondió seria.

—Marta, vete a tomar la medicina. Nos vemos en la cena —dijo Renato amoroso.

—¿Sabes algo de mi Gianpy?

—No, Marta, en cuanto sepa algo, te llamo enseguida.

—De acuerdo —contestó, y se fue sin ni siquiera darse cuenta de que había dos personas más en la habitación.

La mujer salió por la puerta y Renato se volvió a sentar.

—¿Dónde estaba? Por cierto, ¿dónde has aprendido a encender tan bien las chimeneas?

—De mi tío Pierino.

—¿Estás a gusto, Marguerita?

—Muy bien, gracias; se agradece ahora el calorcito —respondió la mujer.

—Bien. ¿Dónde estábamos? —Renato meditó unos instantes—. Todo empezó en la primavera del 1990, en la Feria de Milán.

12

En algún lugar de Italia.

Lunes, 17 de mayo.

Cuatro días después del robo.

Tenía los ojos cerrados.

Inconsciente. Todo era negro. El tiempo y el espacio se convirtieron en algo efímero, sin respuesta, sin medición. Solo respiraba, aunque no se daba cuenta, era instintivo. Perdió la visión del mundo, se apagó de forma repentina, como si tiras del cable de una televisión encendida. Por unos segundos la imagen se congela, luego desaparece y después todo es negro.

El negro fue su compañero por varios días, sedado por sus raptores. Hasta que dejaron de suministrarle el fármaco que lo mantenía dormido.

El negro se convirtió en gris, luego en luz, tenue. La lluvia lo estaba llamando, que volviera a la tierra, a despertar, un grito de la naturaleza para que volviese entre los vivos. Las gotas resonaban en los cristales del techo.

El cobertizo creaba una caja de resonancia, como tambores que anuncian muerte. La luz empezó a conectar los sentidos, a escuchar y a molestar. Fue abriendo los ojos, el resplandor molestaba, deslumbraba, solo veía un blanco intenso. El sonido de la lluvia se intensificaba. Todos los sentidos cobraban vida. Poco a poco, los ojos se adaptaban, calibrando la fuerza lumínica, y apareció un tercer elemento, un dolor intenso que venía de la parte posterior de la cabeza. Era tremendo, a pesar del tiempo que pasó desde que lo recibió, siguió provocándole un daño arrollador.

Se preguntó dónde estaba, el lugar le pareció familiar. La luz que bajaba de intensidad permitía que viera que se encontraba en el agujero de una piscina sin agua. A su alrededor, unos cerramientos de cristal hacían una estancia cubierta, como una piscina de invierno. Se dio cuenta de que estaba sentado, en una silla, atado.

No se podía mover.

«¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?», se preguntó.

No tenía la fuerza de patear, de retorcerse, de menearse, llevaba aún encima los efectos de la sedación.

En el brazo derecho había un conducto trasparente que entraba en el brazo, le estaban suministrando un suero para alimentarlo, para mantenerlo con vida. En la silla y en los pantalones un agujero, para orinar y defecar, directo al desagüe de la piscina. Eso lo entendió como una buena señal, quien lo tenía encerrado en ese lugar no lo

quería muerto, o por lo menos de momento.

¿Cuáles eran sus últimos recuerdos?

No conseguía acordarse, la cabeza dolía demasiado como para recordar el pasado.

Los flashes de su vida salían espontáneos, sin evocarlos.

Recordó el primer día de escuela, la mochila, los compañeros, su maestra. Las notas, que eran un desastre. Las dificultades de los padres para comprarle zapatos nuevos cada año. Su pupitre, lleno de viejos libros. El uniforme que tenían y la pajarita blanca que no soportaba. Luego se fue.

La estela de la vida dibujada en el cielo, una línea continua de recuerdos que forman una vida.

Luego apareció Kiev, un bar escondido, nocturno, lleno de mujeres y pocos hombres. Renato, a su lado.

¿Quién era Renato? ¿Qué hacían allí?

Una mujer, morena, guapísima, alta. Alcohol, fiesta, noche.

Una pasarela de moda, su primera pasarela. Una emoción, aplausos, gozo.

Se acordaba cómo fue primer desfile, donde todo empezó, o, mejor dicho, donde todo comenzó a tomar otra forma.

Recuerdos que no tenían un hilo conductor, saltaban, aparecían y desaparecían.

Sus hijos… No, no tenía hijos. ¿Por qué no tenía hijos?

Demasiado trabajo. Giulia, su primera mujer no quiso tener hijos. Entonces qué era la vida sin dejar decendencia, dinastía, para qué tanta vida, tanto trabajo, si al final te encontrabas en una piscina sin agua, amordazado y atado, sin nadie que te reclamase, sin nadie que te amase, sin nadie que te quisiese.

¿Qué había hecho en su vida?

Perseguir como un correcaminos el dinero, a los clientes, coleccionar coches, crear enemigos, meterse en política, miles de tareas sin sentido alguno… Todas vistas desde la piscina vacía de la vida.

¿Había ayudado a alguien? ¿A esas personas que le pidieron ayuda?

La suite de Montecarlo, Bruno. ¿Cómo se llama? Bruno… Bruno… Malatesta. Sí.

¿Quién era Bruno Malatesta, y por qué se acordó de él en una habitación de Mónaco?

Tenía que ser alguien importante, el recuerdo era fuerte.

¿Le tenía que haber ayudado?

El dolor en la cabeza siguió apretando, de la misma manera que la lluvia en el cobertizo.

—¿Hola? Socorro. ¿Hay alguien? ¿Alguien me escucha?

Se quedó en silencio.

No obtuvo respuesta.

¿Tenía que gritar?

No sabía bien qué tenía, o peor aún, qué podía hacer. Se dio cuenta de que no tenía fuerzas para nada. Esa piscina se estaba convirtiendo en su paradigma, en su metáfora. Tanta piscina, enorme, preciosa, pero vacía, sin contenido, con azulejos arrancados, sin mantenimiento.

¿Por qué estaba sin agua esa piscina y su vida?

¿Qué había hecho para merecerse estar en esa piscina sin agua?

¿Qué podía haber hecho a quien lo tenía atado? Y más importante, ¿quién podía ser?

—SOCORROOOO —susurraba, aunque a él le parecía que lo estaba gritando.

Nadie respondía.

Por los cristales grises de mugre y mojados por la lluvia se veían plantas, hierbajos. No se encontraba en una ciudad, posiblemente en medio de un jardín.

Marta.

¿Quién era Marta?

Sí, la mujer con la que se casó por la segunda vez. Guapa, muy guapa, y joven, demasiado joven. Un portento en la cama, pero ¡cómo gastaba! Las tarjetas de siempre estaban vacías, era incontrolable. Era cara, el precio de la juventud.

¿Y Giulia?

Se fue a Cuba con un buen pellizco de su fortuna, allí conoció a un bailarín.

¿Por qué no seguía con ella? ¿Por qué se tuvo que marchar? ¿Por qué la dejé escapar?

Al principio éramos felices, trabajábamos juntos, reñíamos, nos amábamos. Luego el tiempo pasó, la llama de la vida se fue apagando.

«¿Por qué lo permití? No tenía tiempo para estar con ella, hasta que se cansó de mí, de la empresa y de no tener tiempo para nosotros. A lo mejor tenía razón. ¿Dónde estás ahora?»

Se imaginaba a Giulia bailando, su gran pasión, una que no podía compartir con su marido. Encontró a Jorge Luis y se enamoraron.

—A lo mejor ahora eres feliz, sin mí, sin Modena, sin la moda, solo un gorro de paja y mojitos… quién sabe. Te echo de menos, solo ahora lo noto, lo siento, me doy cuenta.

Ojalá estuvieses aquí, Giulia.

Se entristeció al recordarla. En los momentos más difíciles es cuando necesitas a tu lado las personas a las que realmente quieres. Haces el balance de tu vida y te das cuenta de lo importante de verdad.

Los fármacos que le nublaban la vista no le ofuscaban la conciencia ni el raciocinio.

Necesitaba tiempo para pensar, para detenerse y valorar. Ahora lo tenía y sentía los errores, veía lo esencial, recordaba hechos sin sentido y sin orden. Valoraba las pequeñas cosas, respirar, comer, dormir, caminar, decidir. Tareas que hacía y ordenaba y ahora estaba incapacitado para hacerlas, por estar atado, por estar encerrado en sí mismo como un león en una jaula.

Oyó un coche, alguien se acercaba, a lo mejor se acercaba a él, lo venían a buscar.

—SOCORROOOO. Por favor, ayúdenme.

La sedación se diluía por momentos y tuvo más voz para gritar. La vista mejoraba, se percataba de detalles de los que al principio no se había dado cuenta. En el fondo de la piscina, en el punto más alto, conseguía ver una parte de la estancia, con tumbonas viejas y material de jardinería. Todo detenido en los años setenta. Un lugar abandonado, en declive, como su ánima, como su vida de aparente éxito. Ahora, en el fondo de la piscina de su vida, esta se podía convertir en su ataúd.

—SOCORROOOO. Ayúdenmeeeee.

Volvió a gritar más alto, y calló. Nada, no escuchaba nada.

A veces, cuando estamos confundidos, nos condicionamos a nosotros mismos sobre lo que nos parece oír, e incluso lo que nos parece ver.

Una puerta se abrió detrás de él, no podía ver si era verdad o era fruto de su deseo, que alguien lo liberase para volver a ser el rey de la sabana y no una presa de circo.

Comenzaron a escucharse pasos, se acercaban, retumbaban en el cobertizo.

—¿Hay alguien? ¿Me pueden ayudar? Estoy atado.

Giraba la cabeza, le dolía y no conseguía ver.

Los pasos se detuvieron. Oyó un sonido metálico, extraño, un estrujarse de un metal. Entendió que era la escalera de acceso a la piscina. Los pasos siguieron, se oían en la piscina, se aproximaban. Su corazón empezó a latir cada vez más fuerte. Si la persona no contestaba era porque no iba a salvarlo.

Los pasos se detuvieron, justo detrás de él. Intentaba verlo, pero no podía. Notó un pinchazo, una relajación y todo se volvió más dulce, más armónico y suave. Ligero de físico y mente.

Justo detrás de su oreja oyó una voz:

—Buenas noches.

Era una voz familiar, metálica. Los párpados le empezaron a pesar otra vez, cada vez más pesados, se fueron cerrando.

La persona se dio la vuelta y se puso delante de él en el fondo de la piscina. Le dio tiempo a verle la cara, en el último intento de no caer en el sueño profundo que ya venía. Era una calavera, verde, luminosa. Le era familiar, pero no le dio tiempo a más, cayó rendido, el fármaco hizo un efecto fulminante.

Se quedó así, dormido y atado en el fondo de la piscina y, en el fondo de sus desesperaciones, resumiendo qué había sido su vida y su gloriosa existencia como un león, ahora enjaulado en una piscina.

13

Mansión Rizzato, Carpi, Italia.
Martes, 18 de mayo.
Cinco días después del robo.

Alguien estaba en su cama.

Era una sensación extraña para la mujer.

La luz entraba con fuerza en la habitación, la noche anterior se olvidó bajar las persianas. Las cortinas filtraban los rayos del sol que el día anterior habían dado paso a la lluvia. Hacía calor en la habitación. Un olor diferente llegaba a sus narices, era el olor corporal del bello italiano. Se encontraba a su lado, durmiendo, girado hacia ella.

Se acordó de la pesadilla, de un hombre con una máscara que entraba en su habitación y Bruno acudió a rescatarla del sueño. Con providencia y como un príncipe azul al rescate de su doncella. No creía en los cuentos de hadas y con sus años no era momento de comenzar, pero, como decía Jorge Bucay, "los cuentos no solo deben usarse para dormir a los niños, sino también para despertar a los grandes".

Marguerita miraba el hombre y se preguntaba si podía ser su príncipe azul, a lo mejor no era tarde para creer, para sentir, para vivir. Todo estaba pasando muy rápido desde que se conocieron, igual de rápido como a su lado en el Abarth persiguiendo el camión. ¿Habría sido siempre así a su lado? ¿Una vida intensa, una vida frenética? ¿Qué era lo que la atraía de ese hombre?

Lo acarició, suavemente, casi imperceptible, para que el hombre no lo notase, pero al cabo de un rato se despertó. La vio y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Con eso se lo dijeron todo.

—*Buongiorno* —dijo ella.

—Hola. ¿Cómo has dormido?

—Gracias por quedarte conmigo.

Él rio.

—Me ha encantado.

La noche pasó en un soplo, una vez que se olvidaron de la pesadilla, se abrazaron y se durmieron, sin más, sin tiempo a nada.

El hombre se despertó excitado, igual que la mujer. Era su primera noche, la primera vez que compartían sabanas. Las ganas los acompañaron desde Mónaco, pero quisieron esperar, quisieron saborear.

«¿Era ese el momento?», pensó la mujer. Desde luego que Bruno estaba listo.

El hombre se le acercó, comenzó a besarla, a besuquearle el cuello. La excitación acumulada se iba haciendo ingobernable. Bruno llegó al pecho de la mujer, el camisón dejaba campo abierto a seguir, ella no se oponía, le encantaba.

Bajó hasta el ombligo y siguió bajando. El calor subía por momentos. Las pulsaciones se incrementaron como el deseo que subía por momentos. Hacía mucho tiempo que no sentía nada por un hombre.

Bruno se estiró encima de la mujer y volvió a besarla, ella sentía el sexo del hombre en sus partes íntimas.

—Me da vergüenza.

—¿Hacer el amor conmigo?

—No —contestó ella feliz

—¿No te apetece? ¿No te atraigo?

—Me atraes, y mucho… no sabes cuánto.

—¿Pero…?

—No sé, nuestra primera vez en casa de unos desconocidos. —Esperó un momento—. Estoy un poco cohibida.

—¡Ya! Te entiendo. Puede que tengas razón.

El momento se deshinchó como un globo pinchado.

—Tienes razón —continuó el hombre sonriendo, con empatía—. Me voy a ducharme a mi habitación.

Bruno le besó al salir de la cama. Ella se quedó quieta, mirándolo, con las sábanas a la altura de la barbilla y con una sonrisa pícara.

El hombre se encontraba vestido solo con sus calzoncillos negros, marcando glúteos, abrió la puerta, se giró, le regaló una mirada y salió.

Pasó una media hora y se vieron en la cocina, con el desayuno puesto. Había todo tipo de comida en la enorme mesa, la misma en la que cenaron la noche anterior.

Entraron saludando el personal y sentándose. Marta se encontraba con un albornoz dorado pasando páginas de varios periódicos, con un vaso en la mano, seguramente con algún suplemento alcohólico.

—Buenos días, Marta —dijo Bruno.

—Hola, ¿qué tal habéis dormido?

—Bien, gracias.

—¿Hay novedades? —preguntó Bruno.

—Nada, siempre lo mismo, que si política, encarecimiento de la vida, guerras, bla, bla, bla.

—Me refiero a Gian Paolo.

—Ohhh… ehhh… sí, claro, no. No sé nada. Los periódicos hablan mucho y no dicen nada nuevo.

Bruno pidió permiso y cogió uno de los diarios que ya había ojeado Marta. En plena portada seguía saliendo la desaparición del millonario del textil. La prensa ya comenzaba a hacer sus conjeturas prematuras y tonteaba con desenlaces imprevisibles, fruto de un periodismo basado en llenar páginas y vender copias.

—Es una vergüenza lo que ponen.

Marta no demostró mucho interés a las conjeturas prematuras de la prensa.

—Y vosotros, ¿sabéis algo de mi Gianpy? ¿Os ha contestado al móvil?

Bruno la observó, la señora Rizzato seguramente era una de las mujeres más espectaculares que había visto. Una belleza que solo se veía en las portadas de las revistas de moda o en las pasarelas de Victoria's Secret. El rostro, a pesar de su joven edad, por lo menos veinte años menos que Gian Paolo, había pasado por varios cirujanos. Los senos rígidos como granito abultaban en la bata. El pelo rubio destacaba. Las uñas perfectamente pintadas demostraban un cuidado personal, sin embargo, a las ocho de la mañana se bebía un alcohólico.

—Lo hecho mucho de menos, ¿sabéis?

—Me lo imagino —contestó Marguerita con un matiz de sarcasmo.

«¿Ella podría estar involucrada? Si Rizzato desapareciera, el imperio lo heredaría ella», pensaba Bruno mientras comía los crujientes cruasanes recién horneados y hojeaba las páginas del periódico. Al final de este, en la parte de motores, aparecía un artículo sobre el concurso de elegancia de Villa d' Este. En la foto principal, de repertorio del año anterior, aparecían coches espectaculares en un marco increíble. El reportaje anunciaba la presencia de muchos coches emblemáticos, sacados de colecciones privadas, entre las cuales, cosa que llamó la atención del italiano, una unidad muy rara del famoso Auto Union. Bruno levantó las cejas, pero enseguida giró la página, no le dio más importancia de la que podía tener.

—¿Renato aún tiene que bajar? —preguntó Bruno.

El personal le contestó que él se despertaba muy pronto y ya se había ido a su oficina.

—Tengo una idea —dijo Bruno a su compañera—. Es el momento de enseñar la nota de Calogero Ragusa a Renato, a ver qué entiende

él.

La mujer apretó la comisura de los labios y asintió.

—Ayer nos explicó tanto del Auto Union, que no nos dio tiempo a averiguar nada de lo que más nos apremia, nuestros indicios. Puede que él sepa quién es Fulvio Cremona.

Los dos detectives se asearon, cargaron las maletas en el viejo coche y se marcharon de la Mansión, dejando atrás muchas cosas, entre ellas, a Marta. Necesitaban avanzar, cada minuto que pasaba Gian Paolo podía estar más cerca de un triste desenlace. Renato podía desbloquear su estancamiento.

Cernobbio, Italia.

Miércoles, 19 de mayo.

Cinco días después del robo.

Turquesa.

Ese era el color del agua que delicadamente se apartaba para dejar paso a la pequeña embarcación. No una cualquiera, una vieja Riva con el casco de madera recién pintado, lustrado para la ocasión, brillante como un día de sol.

El lago se encontraba tranquilo, plano, reluciente, el agua trasparente como en los trópicos. Las colinas se reflejaban en ellas con vanidad, casi alevosía. El horizonte del lago se juntaba con las colinas, como en un collage, como si estas hubiesen salido del agua para contenerlo en un abrazo verde.

El capitán, un hombre curtido con pelo blanco, apuntaba hacia la meta que en breve alcanzarían. Las pequeñas y dulces gotas que generaba la proa salpicaban la cara del pasajero y dejaban una sutil espuma a su paso, además de un sendero impregnado en la superficie del agua.

El pasajero miraba en dirección contraria a la dirección del barco, prefería disfrutar de los primeros rayos de sol del verano. Taylor O'Connor acudía al evento de elegancia donde, hacía ya muchos años, era uno de los quince jueces. La experiencia que tenía desde joven, y posteriormente con la casa de subastas que llevaba su nombre, hacía de él un perfecto candidato.

La tradición del concurso era que los jueces tenían que llegar por barco hasta Villa d' Este, el palacio donde se celebraba el concurso, ahora uno de los hoteles más lujosos del mundo.

El punto blanco que paulatinamente se acercaba era el edificio más bonito de la orilla del lago de Como. Una estructura de cinco pisos y veintidós ventanas frontales por piso, un auténtico coloso. Príncipes, actores, artistas, escritores y políticos que cambiaron la suerte del planeta fueron huéspedes durante más de un siglo de su existencia. Llegando, a su derecha se encontraba la piscina y el muelle para atracar.

Los parisinos zapatos de Taylor resonaban en las tablas de madera del diminuto muelle. Hacía justo un año que no lo pisaba, desde la edición del año anterior. Cada año pensaba que era la más memorable, sin embargo, la de ese año parecía ser la mejor, aunque era muy difícil.

Al concurso de elegancia acudían coches de coleccionistas de todo

el globo. La finura, la clase y la exclusividad del evento italiano, en el contexto del lago y de su villa, no se podía comparar con ningún otro.

Llegó cuando justo estaban entrando los primeros coches. Todos los vehículos estaban relucientes, incluso más bonitos que cuando rebasaron la puerta de sus respectivas fábricas. Los coleccionistas, mayoritariamente personas mayores y maniáticas de la perfección, cuidaban los viejos coches como si fueran amantes. Todos vestían con clase y se movían con un porte practicado, parecía una escena de una película, como encontrarse en un set cinematográfico de los años setenta, durante la grabación del film "La Dolce Vita".

Los coches pasaban dejando un rastro de olor a gasolina que se mezclaba con las flores y la humedad que venía del lago.

Taylor vestía según la rigurosa etiqueta de los jueces. Camisa blanca, corbata y chaqueta de traje de la misma tonalidad de azul, pantalón de pinzas beige claro y, por último, pero no menos importante, sombrero blanco con franja azul en la base. Todos vestían igual, era el uniforme, como marcaba la etiqueta del concurso. Los quince jueces, entre ellos también algunas mujeres, se reconocían entre el público, la prensa y los concursantes por el sombrero.

Se reunieron cerca del jardín central, al lado de la gran escalinata con fuente, para la foto de protocolo. Caminaban rectos como unos palos de *selfie*, daban la impresión de encontrarse en una pasarela de moda, con arrogancia y una pizca de soberbia. Representaban el "bien" y el "mal" del concurso. Los concursantes los temían y, por ende, los saludaban con falsedad, con hipocresía.

Taylor llegaba con las maletas, los días del evento se alojaba en el hotel, además de un maletín que siempre llevaba consigo.

—Te ha ido por un pelo —dijo Lorenzo, el joven juez que se encontraba al lado de Taylor en el momento de la foto.

—¿A qué te refieres?

—Al robo en Montecarlo. Por un pelo realizan el robo del siglo en tu casa.

Taylor gruñó.

—Estamos muy bien asegurados; además, la policía monegasca es muy efectiva.

El joven se acercó para decirle susurrando al oído:

—Si organizara este circo, te mantendría lejos, muy lejos de aquí. Todos lo saben. Todos fingen. Nadie te lo va a decir a la cara, ya no eras quién eras, antes o después te explotará en las manos.

El joven le disparó una mirada amenazante, le dio dos palmadas en la espalda y se fue sin dejar ninguna posibilidad a Taylor de contestarle. Este se quedó congelado, sin pestañear, con una gota de sudor frío que

empezaba a bajar. Lo miró al irse, Lorenzo se iba de allí. Le había soltado la bomba atómica en su cabeza. Se fue a hablar con otra persona, riendo como si no hubiese pasado nada. Miró a su alrededor, por si alguien lo hubiera podido escuchar, pero no había nadie. Se conocían todos, y Taylor coincidió con el joven numerosas veces, sin embargo, esa actitud y esa faceta nunca se la había mostrado. Quedó espantado, desorientado por unos minutos, hasta que vino otro compañero, de su misma edad, al que conocía hacía muchos años.

—Otro año, un año más, ¿verdad, viejo Taylor?

Era un sudafricano, de sangre inglesa, se llamaba Eric. Vestido con el mismo uniforme, aunque destacaba entre los demás. La camisa sin planchar y con el primer botón sin abrochar, la corbata torcida, los zapatos sucios y barba sin afeitar. Nadie le decía nada, porque era una de las eminencias más consideradas en el ambiente, simplemente que acudiese al evento, era ya una suerte.

Taylor se giró, necesitaba un momento para centrarse.

—Sí, otro año más como dices… y suerte.

—Suerte. ¿Sabes que he encontrado un viejo Ferrari en un establo de Pensilvania? Arreglado valdrá una fortuna. Si quieres, luego hablamos.

—De acuerdo, Eric, tendremos tiempo para hablar.

—Ah, por cierto, ¿has oído que el ultimo participante que han admitido por poco no entra? Dicen que casi estaba fuera de plazo.

—No, acabo de llegar. ¿Quién es?

—Un japo, no sé quién es, tienen las caras y los nombres todos iguales.

—Me refiero al coche.

—Oh, vale, perdona. —Mueve las espaldas como un niño—. Un Typ D.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Sí, Typ D, un Auto Union de 1939 que viene de Japón.

Taylor había entendido bien, su corazón se detuvo, dejó de respirar. Conocía bien ese coche, porque se refería al Auto Union que su casa de subastas había vendido en Tokio hacía unos años. Nunca imaginó que llegaría hasta Italia, y menos al Concurso de Eleganza de Villa d' Este.

Su rostro adquirió de golpe una tonalidad blanca como la hoja de un papel.

—Ah, mira, ¡es ese! —Eric señalaba con un dedo al coche del japonés que entraba por el sendero de gravilla blanca, plateado, reluciente, retumbando en las viejas paredes su potente motor.

—¿Qué te pasa, amigo? Parece que hayas visto un fantasma.

En cierto modo, Taylor sí lo había visto.

15

Fabrica Rizzato, Carpi, Italia.

Martes, 18 de mayo.

Cinco días después del robo.

Los manifestantes seguían plantados delante del portón.

No se movieron. El jardín estaba todavía ocupado por las tiendas de campaña, cada vez más desordenadas y con más trastos a su alrededor.

El viejo Panda atravesó la barrera de los protestantes y la reja, aparcó donde el día anterior.

—¿Estás seguro? —preguntó la mujer.

—¿Quién mejor que él puede conocer a las personas que rodean Rizzato y sus negocios? —contestó el hombre—. ¿Qué te pasa?

—Nada, vamos.

—Por favor… —insistió el hombre cogiéndola de la mano.

La mujer sonrió.

—No sé, hay algo que… —Se tomó un segundo—. ¡Nada! Vamos.

La mujer salió del coche, el hombre la siguió. Entraron en la estructura y subieron las escaleras.

La recepcionista miró hacia abajo ignorándolos cuando los vio llegar, no eran una visita grata.

—*Buongiorno*, venimos a ver a Renato Belle.

La mujer sonrió falsamente y levantó la cara.

—Siéntense, en cuanto pueda les atenderá.

La sala de espera tenía una fisura de cristal transparente donde se veía el ajetreo de los trabajadores de las oficinas. Bruno se quedó observando. Pasaban de un lado al otro nerviosos, con expresiones de preocupación, algunos hablando por móvil y otros con papeles. El aroma que se respiraba no era bueno, aunque la lejía usada la noche anterior quería taparlo y el ambientador “Happy Budda” activado por la mañana pretendía crear un ambiente relajado.

En la fábrica no había presencia policial, por lo menos reconocible; probablemente, algún agente de paisano estaría presente con los extrabajadores con pancartas o estacionados lejos con prismáticos para no levantar sospechas.

La pantalla plana de la sala emitía en continuo el telediario italiano. Los primeros minutos estaban dedicados al empresario desaparecido sin dejar rastro. Las camionetas con parabólicas de los periodistas de medio mundo se encontraban aparcadas en un parking habilitado para la empresa, fuera del recinto. El italiano tuvo la

sensación de que se encontraban en el ojo del huracán, con un bote salvavida, a merced de unas olas de cinco metros.

—¿Te mareas en un barco?

La mujer no llegó a contestar, la puerta se abrió sin preaviso.

—Malatesta y De Angelis, por favor, seguidme —dijo una mujer y despareció.

Los dos detectives se miraron y se apresuraron a seguirla. Era una joven con falda, gafas con grandes lentes redondas apoyadas en la punta de la nariz, masticaba un chicle, el pelo descuidado y un lápiz negro y amarillo entre la mata de pelo que aguantaba un moño recién hecho.

Iba cinco metros por delante de ellos. Los dos visitantes tuvieron que apresurar el paso para atraparla.

—Tenéis diez minutos, ni uno más. Después tiene una visita con otras personas. No me jodáis, tiene que salir pitando, si no me descuadráis la agenda de hoy. —Se paró en medio del pasillo, masticando chicle y mirándolos—. ¿Entendido?

Los dos detectives asintieron con la cabeza sorprendidos por el personaje.

—Eso espero. —Y volvió a arrancar su carrera frenética.

Abrió la puerta de un despacho.

—Sentaos aquí y no toquéis nada.

Entraron y se sentaron.

—Muy bien. Diez minutos. —En cuanto terminó de decirlo, desapareció dando un portazo.

Bruno rebotó sobre la silla.

—Madre mía, qué carácter —dijo Marguerita.

—*Vaccaboia*. Ya te digo.

El espacio era una vieja sala de reuniones con catálogos obsoletos y revistas de la misma época. Cajas de ropa por todas partes, sin cuadros, un trastero perdido. Limpio, pero desordenado.

El tiempo pasaba, la mujer mencionó el tiempo que tenían a disposición de Renato, pero no cuánto tardaría en venir.

Al cabo de una hora encerrados sin agua y sin noticias del mundo exterior, se abrió la puerta. Era Renato, escoltado por la mujer que sabía que estaban allí dentro.

—Perdonadme, pero hoy es peor que ayer.

Los dos detectives se levantaron y esperaron a que se sentara.

—Menudos días.

—¿Sabéis algo? ¿Alguna novedad?

—Nada, como si la tierra se lo hubiese tragado —dijo Renato.

—Renato, iremos directos al grano —dijo Bruno—. Estamos aquí por un mensaje.

—¿De Gian Paolo? —preguntó el *consigliere*.

—No, es de Calogero Ragusa.

Renato arrugó el ceño.

—El trabajador de la casa de subastas que encontramos muerto en Mónaco.

—Ah, sí.

—Bien. Encontramos un mensaje en una maleta, lo escribió antes de morir. Creemos que puede contener información importante, pero estamos estancados, no sabemos por dónde tirar.

Bruno sacó la hoja, la desplegó y la apoyó encima de la mesa, intentando estirarla con las manos.

Renato se acercó, incrédulo.

Calogero Ragusa
Fulvio, Cremona
Gian Paolo Rizzato
Plan Mónaco
Via Castelleone 139
I- XA-844CF
Red Carpet, Kiev
NO R|

La cogió para acercarla.

—Y esto ¿dónde lo habéis encontrado?

—En una maleta, plegado en una solapa interna.

—*Mamma mía*.

—Ves, el primero es el que murió. El tercero es Gian Paolo. El primero muerto y el tercero desaparecido. El segundo no sabemos quién es.

—Espera, espera. —Renato soltó el papel y se dirigió a Bruno—. Esto lo tenéis que llevar a los Carabinieri. Es una información importante para la investigación.

—No. —Sacudió la cabeza Bruno.

—¿Cómo?

—No estamos seguros, van a hacer muchas preguntas, no lo tendrán en cuenta, o peor aún, nos obligarán a llevarlo a la policía de Mónaco. Además, no sé qué van a hacer con esto, mi experiencia con las fuerzas del orden…, digamos que no es muy buena —respondió Bruno.

—¿Lo dice el hijo del comisario más famoso de Modena?

Bruno torció la boca.

—Creo que se lo tenéis que llevar, ayudará… seguro.

Bruno se giró y miró a Marguerita a los ojos.

—Mira esto, por favor. —Bruno cambió de tercio, consciente del poco tiempo del que dispondría de la mano derecha de Rizzato—. ¿Quién es Fulvio Cremona?

Renato se quedó pensativo, miró el papel y le dio la vuelta.

—No quién es, sino qué es.

Bruno dobló la cabeza.

—Es Fulvio "coma" Cremona. Cremona es una ciudad. Aunque en la Italia del siglo pasado a los huérfanos les daban los apellidos de las ciudades de donde los encontraban, Fulvio no era un huérfano. Se llama Fulvio Volta y es originario de Cremona.

—Así que lo conoces.

—Es el mejor mecánico del norte de Italia. Rizzato llevó allí el Auto Union a restaurar una vez que se lo trajo a casa desde Kiev.

—Claro, lo tenemos —sonrió Bruno.

—¿Y por qué aparece en estos indicios de Ragusa? —preguntó Marguerita.

—Esto ya lo tendréis que averiguar vosotros. No tengo ni idea.

La secretaria tocó la puerta y entró.

—Señor Belle, tenemos que entrar en otra reunión.

Este asintió.

—Me tengo que ir.

—¿Reconoces algún detalle que te suene?

Renato se fijó en el resto de información.

—Castelleone 139 es la dirección de Fulvio en Cremona.

—Y, ¿Red Carpet, Kiev? —preguntó Marguerita.

Renato sonrió maliciosamente.

—Esa… esa es una larga historia. Ahora no puedo. El próximo día os la explicaré.

Renato se despidió y se fue de la habitación. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, volvió a abrirla.

—Por favor, id a la Policía. Esa nota les puede ayudar. Nos vemos pronto.

Y desapareció detrás de la puerta.

Los dos detectives se quedaron sentados, mirándose. Su responsabilidad moral les conducía a entregar el papel a los Carabinieri. No estaba en sus planes, pero, en cierto modo, Renato tenía razón, era lo que tenían que hacer.

—Vamos —dijo la mujer tocando la mano del compañero.

—¿Dónde?

—A visitar a tu colega. El famoso Fulvio "coma" Cremona.

Bruno sonrió. Y se encaminaron hacia su próxima parada, la ciudad de Cremona, la misma del resucitador del coche perdido, la misma ciudad donde el constructor más famoso de todos los tiempos tenía su

taller de instrumentos de cuerda. Se encaminaron hacia Cremona, ciudad natal de Stradivarius, hacia la historia y hacia su próxima meta, para saber la verdad sobre Fulvio y la razón por la que aparecía en los indicios de Calogero Ragusa.

* * *

El viaje fue en vano, el establecimiento los martes por la tarde cerraba sin motivo aparente. Los dos detectives se quedaron delante del establecimiento sin poder hacer gran cosa. El taller Volta era una estructura de los años setenta, una nave de color crema con ventanales laterales provistos de barrotes. El edificio debía tener unos cincuenta metros de fachada, de los cuales los primeros veinte eran una tienda de exposición con coche clásicos, supuestamente a la venta. El cartel luminoso, además del nombre, exponía el logo de Ferrari, con las palabras escritas "*Servizio ufficiale*".

Entre la carretera nacional y el edificio, había un espacio como medio campo de futbol habilitado para aparcamientos.

Bruno insistió con el timbre sin éxito. En el taller no había nadie. La casa a la izquierda del taller, donde residía el señor Volta, parecía cerrada, sin presencia humana alguna.

Volvieron sobre sus pasos hasta Carpi, donde esperarían hasta el día siguiente. El miércoles volverían para hablar con Fulvio Volta, pero antes tendrían que pasar por los Carabinieri de Modena para enseñar la nota de Calogero, por si a ellos les podía generar algún tipo de ayuda.

16

Milano, Italia.

Miércoles, 19 de mayo.

Seis días después del robo.

Esa Mañana era especial.

Se había preparado durante años para ese momento, no cabía en su delgado cuerpo. Las sábanas le pesaban. Se levantó antes de que el despertador sonase, quería que el tiempo volase. El centro de Milano justo se despertaba, casi ya no tenía jet lag. Bajó al restaurante para desayunar, no esperó a su mujer, ella tenía otra velocidad.

Entre sorbo y sorbo de café repasaba lo periódicos internacionales que se hacían eco de la misteriosa desaparición de un millonario italiano. La amplia selección de bollería y alimentos no lo seducían, solo le entraba café, tenía el estómago cerrado.

Los periódicos y la cultura eran un bien de lujo en casa de sus padres, por lo que, con esfuerzo, el precario sueldo del padre podía poner un plato de arroz en la mesa para él y sus hermanos. El sabor del cereal le provocaba arcadas, dejó de comerlo. Cambió su vida y su alimentación por una más occidental.

Reprimía sus orígenes para dejar espacio para ser más occidental. La cultura, los coches, las empresas, productos de lujo, amistades, visiones del continente lejano para olvidarse de dónde vivía y cuál era su pasado. No dejó que a sus padres les faltase de nada, alojados en un centro para mayores, cuidados y mimados, pero les faltaba lo más importante, la presencia de uno de sus hijos, uno a los que estaban agradecidos, pero que nunca veían. Les faltaba su presencia, su cariño, no solo el pago a distancia de la doble recta de la estructura. La vida fue generosa con ellos, excepto en cariño. El hijo era agradecido, pero a su manera.

El arroz era la parte de cultura japonesa que ni siquiera podía oler, la conexión entre pobreza y pasado era demasiado fuerte, necesitaba y quería cambiar. Evolucionar y alimentarse de la misma ambición que lo llevó hasta crear un conglomerado de empresas. Todo rastro de su cultura no entraba, no solo en su visión, sino tampoco en sus ambiciones.

Un japonés occidentalizado, recluido en su país. El avión privado de la compañía lo usaba casi todos los fines de semana. California era la meta más habitual, la más cercana para respirar y cargar baterías. Su mujer lo seguía como un perro faldero; no opinaba, solo decía sí y lo acompañaba. Era lo que tenía que hacer en esa cultura y, sobre todo, lo que él quería y necesitaba.

La bodega de su avión llegaba siempre cargada, al igual que su mente, regenerada por los viajes. Acumulaba tantos objetos que la planta baja de su oficina se pensó como museo y depósito personal de objetos de arte y motores. Todo lo que vendía occidente lo podía comprar y almacenar, todo se lo permitía, excepto algo que no se encontraba en las tiendas de occidente, el respeto y la admiración, para eso se necesitaba un plan, estudiado y articulado desde hacía mucho tiempo.

Todo nació un día en California, en Pebble Beach. Acabó allí por casualidad. Una conversación casual con compatriotas en el mejor restaurante de la costa Este. Su destino era acudir a un evento, muy similar al Concurso de Elegancia de Villa d'Este, de hecho, su copia americana. Ellos le hablaban maravillas de este lugar, pero sobre todo de la gente, de los negocios que se hacían las personas que se llegaban a conocer. El brillo y la emoción que trasmitían sus compatriotas era lo que se le quedó clavado en el orgullo, en el ego. Eso era lo que él un día quería despertar: admiración, envidia y contactos con personas occidentales de su estatus. En ningún momento nombraron los coches, un mero puente para todo lo otro.

Esa noche Ayari no pudo dormir, los ojos le hacían chiribitas, las ideas giraban alrededor de su cabeza como los electrones en el núcleo de un átomo. Vio su futuro, tenía un plan, solo necesitaba unos pocos elementos y que el tiempo jugase a su favor.

El evento en Pebble Beach fue impresionante, no se acordaba de qué coches vio, no tenía ni idea, tampoco le interesaban. Se quedó con el ambiente elegante de los ricos occidentales que interactuaban y reían entre ellos. Solo vio relaciones, estatus y ambición. Era perfecto, su plan era perfecto.

En cuanto llegó a casa, el siguiente lunes se volvió loco en buscar coches que pudiesen estar a la altura, las páginas web estaban repletas. Se dejó asesorar por un amigo que los coleccionaba. Coches realmente sensacionales, únicos y que generasen el nivel de expectación que quería no los encontró, hasta que una casa de subastas aterrizó en Tokio con un surtido exclusivo y uno vehículo único, un Auto Union original del 1939. Se llamaba Casa de subastas O'Connors.

Era su oportunidad.

Acudió y pujó hasta llevárselo, no le importó en absoluto su cantidad, tenía que llevarse ese coche costase lo que costase, y así fue.

Pasaron muchos años, dejándolo en el garaje, mimándolo como a un Picasso, sin usarlo, hasta que un concurso lo pudiera admitir.

Los sueños se cumplieron, había llegado el día para disfrutarlo, saborear la consolidación de la estrategia parida una lejana noche en

California. El plan estaba en marcha.

Llevaba años pensando en los detalles y viviendo ese momento cada día en su cabeza, se convirtió en una obsesión que le comía tiempo y le restaba energías. Tenía planificado su vestimenta, elegida lo más acuradamente, la de su mujer, de su séquito y miles de detalles maniacamente estudiados.

El japonés esperó que todo su séquito, incluida su mujer, se preparase y se reuniera en la recepción a la hora establecida, donde los vendrían a recoger con un minibús de lujo. El viaje a Cernobbio, en el Lago de Como, fue rápido, la autovía carecía de tráfico.

El coche se encontraba a las puertas del recinto del certamen, esperando que lo bajaran del contenedor que procedía del país del sol naciente.

El contenedor los aguardaba.

De color blanco, con unas palabras pintadas en su idioma. A Ayari, cuando vio el contendor, le cambió la cara. Se ajustó las gafas con el meñique y bajó del transporte con la ilusión de un niño dibujada en la cara. Cortaron los sellos de garantía aplicados en el punto de origen y abrieron los candados y las puertas. El coche estaba delante de él, hacía meses que su viaje en barco comenzó. Una estructura de madera lo encapsulaba para evitar los movimientos marítimos. También varias capas de papel de burbuja y todo envuelto con una enorme bolsa de plástico casi al vacío.

Su séquito empezó a quitar todo el envoltorio. Al lado del coche, introdujeron los productos de limpieza en seco para lavarlo antes de presentarlo al certamen. Bajaron el coche, lo lavaron, lo dejaron reluciente y Ayari se puso al volante.

Para la ocasión se compró un casco y unas gafas antiguas de corredor de los años cincuenta. Se los puso y comenzó a dirigirse hacia el certamen con su bólido.

Se presentó con el coche de carreras a trompicones; en los años que lo tenía solo lo había usado un par de veces. No dominaba el duro embrague, estaba haciendo más el ridículo que otra cosa. El diminuto japonés con cara de ratoncito, gafas de lentes redondas y casco de corredor profesional conducía sin saber muy bien cómo funcionaba el coche. No fue la mejor carta de presentación.

A pesar de todo eso, el brillante coche tenía una presencia y un rugido que impresionaba a los otros participantes y a los empleados del evento.

Entró por el parque siguiendo las indicaciones; detrás, como un ángel de la guarda, el minibús con todo su séquito. Llegó a la carpa de los inscritos. Tenía que dirigirse hacia la zona donde los comisarios realizaban las verificaciones pertinentes para su definitiva admisión.

El bólido recorrió un caminito de gravilla blanca entre el cuidado césped verde menta. Al fondo, las orillas del lago tenían las blancas sombrillas cerradas, esperando a los turistas en la época de verano. El color turquesa decoraba el horizonte del lago. La admiración al ver pasar la joya sobre ruedas alimentaba más que la misma gasolina al viejo bólido. El trueno del motor retumbaba por las paredes del pequeño palacete al lado del hotel, de color terracota y ocre.

Levantó la nariz, olía la humedad del lago y los verdes cipreses, en aquella espléndida mañana de mayo, pero más fuerte era el olor a ambición, ese no se la había imaginado y estaba llenando tanto sus pulmones, como de felicidad su corazón.

Pasó por delante de los jueces del certamen. Estos, interrumpidos en sus discusiones después de la foto de grupo, contemplaron el viejo coche de carreras.

Llegó hasta el final del caminito, donde comenzaban las inspecciones que lo llevarían a aproximarse un paso más hacia su destino.

17

Le pasó por delante.

Taylor dejó de hablar y aguantó la respiración.

No era un coche lo que vio, fue un problema monumental. Una cuestión con cuatro ruedas para gestionar de inmediato. Tenía que hacer algo, no podía permitir que fuese admitido, ni siquiera llegar a las verificaciones. El japonés representaba el palito más superficial del Mikado que tenía encima de la mesa Taylor, tenía que quitarlo lo antes posible sin mover ningún palito más. Cuando pasó el subastador lo reconoció, se acordaba de ese individuo enigmático que pujó desesperado para hacerse con el coche alemán.

La escena la tenía grabada en sus retinas. Pensó que era el comprador perfecto, un inepto coleccionista que lo guardaría por decenios. Pero no fue así. La providencia jugó en su contra. Pensó enfadado: «¡Justamente aquí y ahora tenía que venir el japo este!».

Lo más probable es que el japonés no se acordaría de él; además, conduciendo el coche no le había ni siquiera visto.

—Creo que tiene muchos boletos para ganar su categoría, la clase E —dijo Eric al subastador, pero este parecía ausente—. Taylor, ¿estás?

—¿Tú crees?

—Los otros coches son más simplones, aunque hay un precedente.

—¿A qué te refieres?

—Taylor, ¿estás bien? ¡Rizzato! Con su Auto Union, diría que es exactamente igual. No me acuerdo cuánto hace de aquello, pero creo que bastantes años. Ganó el premio de su categoría y el absoluto.

—¡Sí me acuerdo! —dijo seco, conteniendo su enfado—. ¿Y por qué han dejado participar otro coche igual?

Eric se acerca a su oído y le respondió susurrando:

—Se ve que el japonés tenía mucho interés en venir, ha soltado el precio de la inscripción y un pico más. Llevaba muchos años presentado la solicitud y no se le convocaba, hasta que tiró por la vía de servicio. —El juez hace la postura del egipcio—. Ya me entiendes.

—No me lo puedo creer.

—Pues sí, créetelo, pero no se lo digas a nadie —acabó Eric, secándose las manos sudadas en los pantalones, luego se quitó el gorro blanco y se abanicó con él.

—Discúlpame, vuelvo enseguida.

—Acuérdate que en media hora tenemos el briefing de los jueces en el hotel.

Taylor ni siquiera lo escuchó, se fue directo a la caseta de las inspecciones.

Empezó a caminar a grandes pasos entre la gente, ignorando viejos conocidos e incluso clientes que lo iba saludando, los esquivaba con una gran falta de educación. Fue directo hacia la caseta, no disponía de tiempo para nada más. Cruzó el pequeño parque que distanciaba los dos espacios. La suerte estuvo de su lado. Había cola para acceder a la caseta de las verificaciones y el Auto Union era el último, tenía tres coches delante. Se apresuró a entrar, miró a su alrededor, se le tenía que ocurrir una idea rápidamente. Esperó unos minutos en medio de la oficina, perdido, hasta que una idea brotó y cada vez tenía más sentido. Se acercó a los dossiers de los concursantes, donde estaba las informaciones del coche, inscripciones, ficha técnica FIVA y el resto de los documentos. Cogió la carpeta del Auto Unión y comenzó a estudiar todos los documentos, el tiempo pasaba y no disponía de todo el que quisiera, no podía dormirse.

Revisó papel por papel, documento por documento, todos los mails intercambiados, todo estaba bien, nada a lo que oponerse. Los documentos del coche que el japonés envió por mail, que adquirió junto al coche en la subasta, eran perfectos.

Nada se le ocurría, pero algo tenía que encontrar. Solo tenía dos coches delante, luego venía el turno del Auto Union.

Hasta que apareció un resquicio de idea, de oportunidad, que se aguantaba con pinzas, pero que podría servir. Era un fallo en el sistema. La fecha del envío del mail para la inscripción por pocos minutos excedía de plazo. Eran las 00:58 de la madrugada del 30 de octubre del año anterior. Allí tenía el gancho donde atacar la inscripción del japonés y rechazarla, tumbarla, volverlo a enviar a su país, al mismo de donde nunca se tenía que haber movido.

—¡Ajá! Te tengo.

La expresión de su rostro cambió, tomó una morfología. Sonrió de satisfacción, de conquista, de apuro ahorrado. La garganta se destensó, respiró hondo, el corazón aflojaba los latidos. Ahora tenía que mover los hilos.

Un Ferrari Testarossa de los años cincuenta se encontraba delante de la caseta. Taylor lo veía a través del cristal; un texano con sombrero de cowboy y una hoja de heno en la boca conducía orgulloso su bólido rojo. El responsable de las verificaciones técnicas para la definitiva admisión al certamen estaba hablando con el americano, repasando los documentos. Mientras sus ayudantes, comprobaban otros detalles menos importantes.

Taylor, con suma calma y sosiego, se dirigió al responsable. Se puso detrás y le dijo:

—Maurizio, ¿puedes venir un momento? Es urgente —reclamó con tono imperante.

El italiano se extrañó, arrugó el ceño y lo miró.

—En la caseta, por favor.

Los dos hombres se dirigieron a la oficina. El comisario cerró la puerta detrás de sí.

—¿Sabes que tenemos una escaleta de horarios que hay que respetar? —dijo algo molesto—. Taylor, si no fueras quién eres, te hubieras esperado como todos.

El inglés se dirigió a la mesa donde se encontraban los documentos sin dar peso a las palabras del italiano.

—Pero ¿qué pasa contigo? —preguntó Maurizio cuando vio todos los documentos esparcidos por la mesa.

—¡Escúchame bien! El japonés no puede participar.

—Pero ¿qué estás diciendo, te has bebido el cerebro?

—El artículo cinco de nuestro estatuto sobre la admisión de un concursante, ¿sabes qué dice?

—mmm…, no me acuerdo exactamente, algo de la inscripción y de la fecha límite —dijo con las cejas cruzadas.

—Exacto, Maurizio. Por favor, fíjate en esta fecha. —Taylor apuntaba a la fecha de recepción del correo de inscripción.

El documento marcaba cincuenta y ocho minutos más de la madrugada del 30 de octubre, es decir, excedía en 58 minutos.

—No me lo puedo creer.

—Pues sí, créetelo.

Maurizio se pasó la mano por el pelo resoplando ruidosamente, oscilando los labios como un hipopótamo. Luego se quedó pensando unos instantes y levantó la mirada, viendo la cola de coches clásicos que se estaban acumulando.

—Oye, en serio, ¿podemos obviar esta información?

—Las reglas son reglas, o todos moros o todos cristianos —dijo el subastador levantando los hombros.

—Tú has visto la cola que hay a fuera. No llegaremos a tiempo.

Taylor nuevamente levantó los hombros diciendo:

—Tenemos que ir a dirección y explicar el caso.

—No me puedo creer que por 58 miserables minutos no quieras aceptar a un japonés que viene del otro lado del mundo.

—Vamos —insistió Taylor ya de espaldas, saliendo por la puerta. Cogió un Segway y se dirigió hacia el hotel Villa d' Este con la carpeta de admisión del japonés y su Auto Union.

La misión había comenzado, pasando al lado del imputado, quien no consciente de lo que estaba pasando. Sentado dentro de su bólido, esperando su turno y gozando del paisaje italiano, sintiéndose cada metro más cerca de su sueño.

Detrás de él, con otro artilugio eléctrico, lo seguía Maurizio.

Cruzaron el pequeño parque que los separaba, siguiendo la orilla

del lago. Aparcaron los aparatos, entraron en el hotel y en la sala de dirección del evento.

Taylor fue directo al director, que estaba atendiendo una llamada telefónica. En el momento que la acabó, Taylor se lanzó sobre él. Puso sobre la mesa los documentos explicándole el problema, confiaba en su peso dentro de la organización y la sensatez del presidente. Cuando este entendió lo que sucedía, pidió opinión a Maurizio como comisario jefe de admisiones técnicas. Este dijo que le parecía una pequeñez, que no destaparía este problema, pero dejaba la decisión a él, que para eso era el máximo referente.

El presidente se encontró en una encrucijada, con la espalda entre la espada y la pared.

Por un lado, calibraba que el japonés había aportado una gran cantidad de dinero como patrocinador oculto y, por el otro, que las reglas eran iguales para todos. Taylor insistía en que no podía participar, nunca nadie le viera tan efusivo y tajante como en esa ocasión. La presión moral del subastador pasaba los límites, hasta el punto de levantar sospechas entre los compañeros.

El presidente llamó a su despacho a varias personas para discutir el problema, se retiraron y deliberaron por varios motivos. Taylor y Maurizio se quedaron en la sala, en medio de ordenadores, corresponsales de prensa y otros colaboradores.

A los cinco minutos salieron, las caras eran más serenas, destensadas. El presidente fue hacia los dos miembros que acudían con el problema.

—Tenemos la respuesta, nos complace a nosotros y hace que se respete el estatuto sin infringirlo. Primero, gracias, Taylor, por tener un ojo de águila tan fino y haberte preocupado por hacer aflorar esta situación peliaguda. El vehículo en cuestión, el Auto Union del concursante Ayari Nakamura, sigue admitido.

Taylor se quedó pasmado y con una expresión de incógnita.

—El plazo había expirado, pero, mirando la hora de envío desde japón, aquí eran las 23:58, porque la madrugada anterior justamente fue el día que cambiamos la hora, así que, si te fijas en los mails que recibimos nosotros, se encontraba en plazo, con hora europea, que es la que vale. Así que, arreglado, permanece inscrito. —El presidente apoyó su mano sobre el hombro del inglés y vuelve a lo que estaba haciendo antes de su incursión.

Taylor recogió los papeles y, con expresión disgustada, salió por la puerta. Maurizio, antes de salir por la puerta, fue llamado por un compañero.

—¿Qué le ha picado?

—¿A mí me lo preguntas? No lo sé, nunca lo había visto así. Tampoco es que me sea simpático, pero se está dejando una estela de

enemigos por el camino en los últimos años —contestó Maurizio.

—No lo entiendo, encima ese coche se lo vendió él al japonés.

—¿Cómo que él?

—Sí, bueno, quiero decir que el japonés lo compró en su casa de subastas en Tokio, hace unos cuantos años.

—¡No me digas! —contestó el italiano levantando una ceja y con la mosca detrás de la oreja.

Maurizio volvió a su caseta para seguir la inspección, allí ya no había rastro del inglés. Dejó la carpeta del japonés en su lugar y desapareció.

Pasó una hora de verificaciones a los coches en fila antes de llegar el turno del Auto Union.

El comisario fue disculpándose del retraso. El japonés, vanidoso de su monoplaza, salió de su estrecho asiento de competición. Se iniciaba a verificar todos los detalles que concernían a la admisión. Las fotos enviadas desde Japón coincidían con la realidad y firmaron los documentos. Controlaron el motor, que presentase el número original, asientos, detalles del salpicadero, amortiguadores, ruedas y muchos más detalles. Llegados al número el chasis, coincidía con el número de la inscripción y de las fotos enviadas, todo era correcto, pero algo fallaba, no sabía explicárselo, pero a la experiencia de Maurizio le llamaba la atención algún detalle que le sonaba. No quiso profundizar, seguramente se equivocaba.

Aplicó la pegatina de verificado y continuó. El japonés, con la barbilla bien alta, entró en el monoplaza, puso en marcha el bólido y trató de arrancarlo. El juego del embrague necesitaba una maestría especial o, por lo menos, práctica, cosa que él no tenía en absoluto. Anduvo un metro y se le caló por completo.

La vergüenza fue general.

Las personas en las inmediaciones aguantaron la risa mirando hacia otro lado. El señor Nakamura se puso rojo como una baja de Goji. Trató de arrancarlo de nuevo y, a trompicones, consiguió moverlo y dirigirse hacia la ubicación establecida. La misma situación la volvió a tener al tratar de aparcar marcha atrás. A pesar de las numerosas maniobras torpes, finalmente lo consiguió. El Auto Union se encontraba en medio del perfecto césped inglés, color verde manzana, cortado como un campo de golf. Su lugar era la zona de los bólidos de competición, la clase E. Todos coches que en su época procedían de carreras, que ganaban los domingos y se vendían aceleradamente al lunes siguiente a coleccionistas porque ya hacían parte de la historia del automovilismo.

Maurizio no se quedó tranquilo.

Acabó de realizar las inspecciones de todos los concursantes y, al final de los cincuenta y cuatro coches, se tomó un momento de descanso. Sentado en la caseta, apareció esa duda, la inquietud al ver el monoplaza alemán, algo le seguía rechinando. Quería averiguarlo, su rigor y pasión por esas joyas sobre ruedas se lo pedía a gritos. Encendió su ordenador y fue a escudriñar en el pasado.

Desasosiego.

La sensación fue cobrando vida, entidad, hasta el perfume de una calada. Maurizio, sentado descansando después de controlar los coches del certamen, no conseguía desahuciar la sensación que crecía en su interior.

Algo fallaba, un dato del coche del japonés que, al mismo tiempo que le resultaba familiar, le creaba un malestar que hacía que le dolieran los ojos. Podía ser un error, deseaba que lo fuera, sin embargo, se temía que no lo era. Dejó marchar a comer a sus ayudantes, él se quedó en la casita y encendió el portátil. Mientras esperaba que arrancase el sistema operativo, recordaba cómo actuó Taylor. En los últimos períodos lo vio cambiado, más nervioso, más preocupado, y la actuación de esa mañana acrecentaba sus dudas.

¿Qué podía haber provocado esa actuación?

La combinación de las dos situaciones hacia aún más inquietante el momento. El impulso de eliminar al Auto Union del certamen y la idea de que algo pudiera fallaba con los documentos del coche, no podían ser una coincidencia. Además, alimentado por el hecho de que Taylor mismo vendió el coche al japonés.

Abrió el programa, fue retrocediendo hacia las ediciones pasadas, la base datos era inmensa. Introdujo la marca del coche sin tener resultados. Maurizio se replegó en la silla, «no es posible» se dijo en su interior. Se acordaba de que un año, no solo un coche como ese participó, sino que ganó. ¿No se habían grabado los datos? Era imposible.

Accedió a la página web del certamen y fue pasando año por año hasta retroceder al lejano 2005, cuando un Auto Union ganó el primer premio como el coche más elegante del certamen.

—Bingo, te tengo.

Regresó a la base de datos y fue directo a ese año.

La marca del coche fue introducida erróneamente por el comisario de ese año. En aquellos entonces, Maurizio era uno de los ayudantes del comisario jefe. Entró en la ficha, las fotos eran iguales al coche que inspeccionó esa mañana. La memoria empezó a despertarse, como cuando encuentras el cajón de la memoria y poco a poco se va despertando. Analizó todos los detalles, todos coincidían que eran dos piezas conservadas maníacamente por sus dueños, excepcionales. Luego pasó a los documentos, miró y el modelo coincidía.

—Typ D —dijo a alta voz, como para exorcizar sus miedos.

Maurizio hizo un suspiro profundo, su tensión se fue deshinchando igual al aire que salía de sus labios. Mismo modelo, por eso era todo el

parecido, casi calcado, porque la fábrica alemana sacó varios coches del mismo modelo. Se tranquilizó.

Volvió a mirar el monitor y los documentos que el japonés envió para inscribirse, su Auto Union era un "pata negra", todos los premios que indicaba coincidían con la unidad del 2005.

Entonces, tuvo la confirmación. Se frotó los ojos, no daba crédito a lo que veía. No solo el palmarés coincidía, sino que también el número del chasis.

—No me lo puedo creer —dijo a voz alta.

Maurizio se tapó la boca con las dos manos. Era sorprendente y al mismo tiempo cristalino, se encontraba delante de un fraude, de un plagio, de una réplica.

Necesitó varios minutos para reaccionar.

Como comisario, no le gustaba tener que enfrentarse a una situación así, y menos aún el hecho de comunicarla.

¿Quién era el que se había presentado en el 2005 ganando el premio?

Volvió a mirar la web y salió un nombre ilustre, conocido, famoso y, sobre todo, en auge últimamente.

Maurizio cerró los ojos y pasó sus dedos, frotándolos. El ganador del certamen fue Gian Paolo Rizzato.

Miró fuera de la ventana, delante de él se encontraba un espectáculo increíble, las orillas del lago, el agua, las colinas, las hileras de flores plantadas en un césped cuidado, y encontró el coraje para actuar.

Cerró el ordenador y lo puso en su mochila junto a la documentación del japonés. Agarró el Segway y se dirijo al hotel.

Recorría el caminito de gravilla, a toda velocidad. A mitad de camino, se cuestionó lo que estaba haciendo. Se paró. La gente a su alrededor lo miró extrañada, aunque él no los veía.

«¿Tengo que decirlo? Ese japonés viene con sus ilusiones habiendo pagado una gran cantidad por su presencia allí. ¿No sería más fácil callarse? Por descontado que sería más fácil, pero no sería lo más justo, lo honrado, mi consciencia me lo recordaría para siempre. Ahora o nunca.»

El artilugio eléctrico arrancó de nuevo en dirección al hotel.

Todos los componentes del certamen se encontraban en una sala del hotel degustando la famosa comida de inauguración.

Maurizio, el comisario que descubrió el fallo en el sistema, se acercó a la cabecera de la mesa, donde el presidente se encontraba comiendo junto a los jueces y otros altos cargos.

Le susurró unas frases al oído. Los ojos del presidente se abrieron de golpe, dejó de masticar y deglutió de golpe. Se limpió la boca y se

levantó intentando disimular. Los dos organizadores se dirigieron hacia el despacho del presidente. Maurizio desplegó los documentos del Auto Union del japonés, comparándolos con los datos del sistema que aparecían en la pantalla.

El presidente no daba crédito a lo que estaba viendo.

—No puede ser, tiene que haber un error —iba repitiendo.

—Lo he controlado varias veces, pero es irrefutable, es un plagio, una copia, uno de los dos es un coche falso.

El presidente cruzó los brazos y con una mano se aguantó la barbilla.

—No nos queda otra. Tenemos que avisar a Ayari Nakamura, no podemos admitir su coche.

—¿Y Taylor? Fue quien le vendió el coche.

—Sí, buena idea, llamémosle a él también. Que nos dé su versión, aunque él era solo la casa de subastas, a ver de quién era el coche.

—En teoría, ese dato es siempre confidencial, dudo que nos lo diga.

Los dos se quedaron en silencio.

El presidente introdujo las manos en los bolsillos.

—Entiendo que no es una situación de tu agrado. Entiendo que no quieras hacerlo —dijo Maurizio.

El presidente esperó antes de responder.

—Conozco a Taylor desde hace muchos años, es el padrino de mi hijo, es lo último que quisiera hacer —dijo mientras apoyaba su mano en el hombre del otro hombre—. Bien visto, Maurizio, eres uno de los mejores del equipo. Es un mal trago, pero hay que afrontarlo, como todos los problemas de la vida, en caso contrario nos convertiríamos en cómplices y, peor aún, de algo que desconocemos. Espérame aquí.

El presidente salió de la sala. Maurizio permaneció allí con el estómago que se contorsionaba por el hambre y no paraba de emitir sonidos gástricos. El hambre no entraba en sus prioridades en ese momento.

Pasó casi treinta minutos en esa habitación, hasta que el presidente entró con Ayari Nakamura. Este, con una expresión sonriente de ratita de biblioteca, no era consciente de lo que iba a caerle encima. Entraron, se sentaron y esperaron los tres en silencio un par de minutos más, hasta que Taylor entró por la puerta.

El ambiente se cortaba con un cuchillo. La energía que se creó al entrar el subastador cambió instantáneamente.

Taylor tenía las facciones de la cara tensas, duras, apretando los dientes acentuando los músculos de la cara. No podía evitar secarse las manos y rascarse la parte trasera de la espalda.

El presidente se levantó, decidido a que esa situación desagradable

no durase más de lo estrictamente necesario.

—Señor Nakamura…

—¿Síií? —contestó estirándose en la silla, con el primer botón de la americana abrochado.

—Mire, le seré sincero y directo.

El japonés hizo un gesto raro con la cabeza, como si lo que iba a escuchar esperaba que le gustase.

Hubo un momento de silencio, el presidente miró Maurizio y soltó:

—Su coche es falso.

El japonés torció un poco la cabeza y se quedó con la sonrisa puesta en los labios, no lo acababa de entender.

—Falso, una copia, un fraude. Nuestro experto de las verificaciones técnicas ha comprobado que todo lo que nos ha enviado hace meses es correcto, pero es idéntico a otro coche de un coleccionista italiano llamado Rizzato.

La sonrisa del japones se fue borrando cuanto más hablaba el presidente.

Taylor deglutía ruidosamente, mientras se iba hundiendo en el sillón.

—Su Auto Union es perfecto, pero coincide con el número de chasis del coche de Rizzato, mire. —Le señaló la pantalla—. Aparece la foto con el número 3.

Ayari abrió de par en par los ojos, luego los cerraba continuamente, como un tic sin control, ajustándose las gafas con el meñique.

—No puede ser, yo lo he comprado como bueno —dijo mirando la pantalla.

Hubo silencio, un momento embarazoso.

—Taylor, ¿no tienes nada que decir? —preguntó el presidente del concurso de elegancia.

El tsunami arrolló al japonés y a al plan que había ido maquinando desde hacía muchos años. Desorientado por un momento, se volvió a incorporar y se dio cuenta de que el subastador se encontraba en la sala. Se giró de golpe y lo miró.

—¡Él me lo vendió! ¡Estafador! —dijo, y se fue acercando al inglés, apuntándolo con el dedo, hasta que el presidente lo detuvo.

—Señor Nakamura, para esto lo he hecho venir, por favor, siéntese.

El japonés, ultrajado, comenzó a tomar la coloración de las bayas de Goji, esta vez por rabia e impotencia.

—Yo solo soy un subastador, vendo los coches de mis clientes. ¡Nada más! —se defendió.

—Taylor, por favor, tu no vendes todo lo que te llevan, certificas las piezas que vendes —aseguró el presidente defendiendo al Japonés

—. Ahora entiendo tanto interés en que no admitiésemos este coche a concurso.

—No todo y lo sabes. Ese coche era perfecto, lo dimos por bueno. ¿Cómo podía saber que existía otro?

El presidente se mordió un labio, prefirió no contestar.

—¿Y mi dinero? ¿Quién me lo devuelve? ¿Tú…? Estafador.

—Yo no, no lo tengo. El coche no era mío.

—¿De quién era el coche, Taylor? —preguntó el presidente

—No puedo decirlo, es confidencial.

—Este señor ha gastado una fortuna para comprar el coche y lo ha perdido, necesita saber de quién era el coche.

—Sabes mejor que yo, que los nombres en mi casa son sagrados.

—Pues no tanto como la autoría de las piezas que subastas.

Los dos hombres se miraron, como en un duelo de cowboys. El presidente sujetaba en sus hombros la honorabilidad de su certamen, el subastador empezaba a resbalarse sobre una verdad incómoda.

—Tienes que decirlo —dijo el presidente conteniendo la sulfuración.

—¡No puedo! —gritó con los dientes apretados.

El presidente dio un puñetazo sobre su escritorio, tan fuerte que los objetos rebotaron.

—¡QUIERO ESE NOMBRE!

—Cálmese, cálmese, no obtendrá nada enfadándose.

Retiró la mano dolorida del golpe y se la tocó con la otra. Jadeó y pensó.

Al japonés le aumentaba las pulsaciones peligrosamente.

—Y tienes razón. ¿Maurizio? —inquirió el presidente sin quitar la mirada del subastador.

—Dime.

—Recopila la información, prepara un informe detallado con fotos y pantallazos de nuestro sistema donde se vea el número de chasis de Rizzato y lo demás. ¿Me sigues?

El japonés no entendía qué estaba pasando.

—No me hagas esto, por favor, recuerda desde cuando somos amigos.

—Cuando lo tengas acabado, me lo llevas y te lo firmo —dijo a Maurizio, sin quitar ojo de Taylor, luego esperó y concluyó—… y se lo mandamos a la prensa, primero Il Corriere della Sera, luego Il Mattino, etc…, luego a los telediarios.

—Entendido, en media hora te lo llevo.

—No me hagas esto, no sabes lo que haces. ¡Será el principio de mi fin!

—Tu fin comenzó el día que aceptaste vender esta falsificación, una réplica del Auto Union de Rizzato. Y te diré más, lo que voy a

hacer no es culpa mía, fue responsabilidad tuya.

Taylor se puso delante del presidente impidiendo que saliera de su despacho.

—Déjame pasar.

—Te pido, por favor, que no envíes esta información a la prensa.

—Un nombre. Solo un nombre necesita el señor Nakamura y te prometo que no enviaré nada a la prensa.

—No puedo —insistió casi llorando.

El presidente levantó los hombros. Pasó al lado del subastador, abrió la puerta, la rebasó y, cuando faltaba un palmo para cerrarla, una mano salió de su despacho impidiéndolo. La vieja puerta se detuvo. Lentamente, la mano tiraba hacia dentro, hasta aparecer Taylor. Su mirada se dirigía hacia el suelo. El presidente lo miró, expectante por saber el nombre del vendedor del coche en cuestión, la sorprendente y perfecta falsificación.

—Fulvio, Fulvio Volta.

El presidente miró al interior de la sala.

—Ahórrate el trabajo, Maurizio, ya tenemos al impostor.

En algún lugar de Italia.

Miércoles, 19 de mayo.

Seis días después del robo.

Volvió a despertarse.

Perdió la cuenta de cuántos días llevaba allí dentro. Seguía atado a la silla, en medio de una piscina sin agua, vestido con la misma ropa del día de su secuestro. El pelo parecía el de un náufrago. La droga que le metían en el cuerpo no lo dejaba pensar con claridad, solo lo justo para darse cuenta de pocas cosas. Veía luz, una estructura de aluminio y cristal que protegía ese espacio. Recordaba los últimos momentos antes de perder la noción del tiempo. Se preguntaba cuánto tiempo seguiría allí, si le estaban buscando, si lo llegarían encontrar antes de que los secuestradores lo mataran.

«Paguen el rescate», pensaba.

El dinero pierde su valor en esas situaciones. Cuando lo tenía y lo acumulaba, daba por sentado la salud. Ahora, que dejaba de ser Rizzato en el fondo de esa soledad materializada en una piscina seca, perdía todo sentido el valor del dinero.

En los pocos momentos de lucidez, deseaba entregar hasta su última moneda a cambio de salir de allí, de volver a ver su esposa y, con más fuerza, a su exmujer. Desde entonces, la había olvidado, o peor aún, lo había ocultado.

Rizzato se dio cuenta de que seguía con la intravenosa en el brazo, lo alimentaban por allí. Pero ¿quiénes eran y qué querían?

Se percató de un ruido que vino de detrás suyo. Un hombre vestido de militar, de espaldas, recorría el perímetro de la piscina, hasta llegar a la escalinata para bajar. El sonido estridente de la torsión del metal sin el agua le perforó las orejas, despertándolo un poco más. Se paró delante suyo. Llevaba una máscara negra con una calavera formada por luces LEDS verdes.

Rizzato abrió de par en par los ojos. La droga que seguía en sus venas, le permitía ver distorsionado, como si hubiese tenido unas gafas del espesor del fondo de una botella. La imagen que tenía enfrente era inquietante, las palpitaciones subieron notablemente. Empezó a sudar, parecía un espantapájaros moderno, pero, para él, era un monstruo. La droga mezclaba la realidad y las alucinaciones en la cabeza del hombre maniatado.

Cruzó los brazos y se quedó mirándolo.

—¿Sabes quién soy?

El individuo llevaba un distorsionador de voz que le confería una voz metálica, era imposible reconocerla, y aunque la hubiese escuchado sin el distorsionador, le hubiera costado acceder a la memoria con tanta droga en cuerpo.

El hombre abrió aún más sus ojos, en cuanto habló se asustó. No consiguió emitir ninguna palabra, los esfínteres se abrieron y caían gotas por los pantalones.

—El famoso Rizzato meándose encima. ¿Sabes por qué estás aquí?

El millonario contestó sacudiendo la cabeza.

—Antes o después la vida te devuelve lo que hiciste en el pasado.

—No puedo recordar. Libérame por favor, pagaré lo que haga falta.

—Pagarás, por supuesto que pagarás, pero no con dinero. ¿Qué pensaba encontrar en Kiev?

—¿Cómo?

—Eres un miserable, como muchos que veníais a Kiev a llevaros lo que no os pertenecía, a hacer cosas que confiabais que se quedaban en esa ciudad perdida. Gente como tú ha destrozado esa ciudad. Los europeos pensabais que eso era Las Vegas del Este. Os equivocabais.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí ahora?

—Quiero que pagues por tus pecados, ya que en el pasado pasaste de puntillas por las obligaciones que comportaron tus hechos. Dejaste un rastro de desolación y un desierto de sufrimiento a una familia. Ni te puedes imaginar lo que quiere decir eso, pero lo vas a conseguir entender ahora. Este lugar será el templo de tu remisión y de tus pecados.

El ambiente era caluroso, una sauna. Todas las ventanas se encontraban cerradas y el aire no circulaba. Su estructura había sido diseñada para calentar el espacio en invierno y hacer un efecto sierra. En verano, sin ventilación, se convertía en un horno. El recluso empezaba a tener un estadio de deshidratación. El sudor le caía por la ropa y se mezclaba con la orina que, de vez en cuando, salía. Acababan en el fondo de la piscina creando un olor nauseabundo que solo se podía soportar estando sedado.

Una voz femenina llegó de la lejanía, el espantapájaros levantó la vista e hizo un gesto con la cabeza.

Miró al rehén y sacó una jeringuilla, se la clavó y vació su contenido en las venas del hombre. Este volvió a perder la consciencia y su cabeza cayó sin fuerza, hasta quedarse colgando.

—Buen viaje —dijo el hombre de la máscara.

Salió de la piscina y, junto a la mujer, se marchó de la estructura dejando solo al millonario, de vuelta a su viaje forzoso en brazos de Morfeo.

20

Modena, Italia.

Miércoles, 19 de mayo.

Seis días después del robo.

Marguerita lo arrastró a regañadientes hasta la comisaria de Modena.

Detrás de la vieja fachada de ladrillos de terracota, residía la central de los Carabinieri. Una vieja escuela convertida en base del cuerpo. Delante, una decena de patrullas listas para perseguir delincuentes y mafiosos.

Justo a la entrada, detrás de un cristal, un agente en uniforme los saludaba.

Marguerita esperó un momento antes de saber qué decir. Luego se presentaron diciendo quién eran y siguió:

—Venimos a hablar del caso Rizzato, puede que tengamos información sobre el caso.

El hombre levantó las cejas y sin pestañear hizo una llamada. A los pocos segundos, apareció otro agente que los escolta hasta el piso superior. Entraron en una sala operativa, en primer término, justo entrando, había una decena de escritorios con agentes que trabajaban, algunos con el ordenador, otros hablando por teléfono. En segundo término, un espacio con una mesa común y personas a su alrededor. Colgadas en la pared, una serie de pizarras con papeles y fotografías formando un puzle incompleto, ya que en el centro destacaba un nombre en fosforito: Rizzato. Entendieron que esa era la central de mando del secuestro del patrón del textil desaparecido.

En el centro, un señor con numerosas estrellas y condecoraciones en el pecho y en los hombros destacaba por llevar la batuta. Este acabó de hablar y los demás se fueron. Entre las personas a su alrededor, los mismos agentes de paisano con los que se cruzaron saliendo de las oficinas de Rizzato.

—*Buongiorno*, soy Nicola Siani, *Comandante dei Carabinieri* en funciones al mando. —El hombre alargó la mano—. Mis agentes os han visto en las oficinas del secuestrado.

—Bruno Malatesta y mi compañera Marguerita De Angelis, responsable de las recuperaciones de los seguros de los Loyds de Suiza.

El hombre llevaba un parche en el hombro con tres estrellas, un bigote generoso, muy cuidado, que impedía ver por completo el labio superior. El pelo blanquecino, que delataba su edad de unos cincuenta

años. Serio, riguroso y de ojos tristes.

Marguerita alargó la mano y el carabiniere se la cogió, bajó la cabeza, se la acercó a la boca sin llegar a tocarla y, coordinado como en un baile, junta los talones generando un chasquido. El auténtico saludo formal del arma.

—Venid, por favor. Vengo de Milán para gestionar personalmente este suceso. Alguien de los de arriba quiere darle la importancia suficiente para que se le libere lo antes posible.

Los tres se sientan a la mesa central de la investigación.

—Me ha comentado un agente que puede que tengáis información sobre el Señor Rizzato —dijo el comandante enseñando las palmas de las manos.

Marguerita miró Bruno y lo invitó a compartirlo.

Bruno sacó el papel y explicó quién lo dejó y dónde lo encontraron.

Nicola Siani lo cogió con delicadeza y lo miró, lo leyó dos veces y estudió en profundidad el papel mientras Bruno le iba explicando.

—La primera y la segunda lo tengo claro, ¿quién es Fulvio Cremona? —pregunta el Carabiniere.

—Su verdadero nombre es Fulvio Volta de Cremona, lo acabamos de descubrir. Nos da mala espina.

—¿Qué es lo que le provoca mala espina?

—Es el tercero de la lista. Si la secuencia sigue, algo le va a pasar.

—¿Habéis hablado con este individuo?

—Ayer fuimos, pero estaba cerrado. Queremos ir ahora, al salir de aquí.

—No os aconsejo que os interpongáis en nuestras investigaciones, pero no os lo puedo prohibir. Lo único que os pido es que me mantengáis al corriente de lo que podáis averiguar.

—¿Sabéis algo nuevo sobre Gian Paolo?

—El señor Rizzato sigue en paradero desconocido y sin noticias de los autores, eso es lo que más me tiene preocupado.

—Y con su experiencia… —dijo Bruno, pero enseguida es interrumpido.

—No hay experiencia, cada caso es diferente, así que soy un defensor de que las estadísticas solo sirven para generar titulares con la veracidad del papel de váter —acabó tajante—. ¿Quién es este señor? ¿Qué tiene que ver con el Señor Rizzato? —preguntó refiriéndose a Fulvio Volta.

—Es el mecánico que reparó el coche que fue robado en Mónaco el fin de semana pasado.

—Sí, lo leí en los periódicos y solicité el informe de la policía monegasca. Dicen que han encontrado el coche. —La entonación de la frase acabó como para que los visitantes corroborasen la versión.

—No hubieran encontrado un caramelo en una tienda de chucherías —confirmó la mujer—. Lo ha encontrado Bruno con su habilidad e intuición.

—¿Intuición? —preguntó el comandante.

—No, nada, déjelo —cortó Bruno.

El comandante se quedó perplejo mirándolo.

—Un momento, usted es pariente del comisario Malatesta de la policía de Modena, ¿no?

—Sí, soy su hijo.

—Su padre es una leyenda, ¿lo sabe? Yo me quise hacer carabinieri por la hazaña de su padre el día que salió en los telediarios encontrando a Enzo Ferrari. Su padre es un héroe nacional.

Bruno se rascó la parte trasera de la cabeza.

—Sí, lo es, pero de puertas hacia fuera. ¿Podemos irnos? —dijo Bruno a Marguerita y esta le lanzó una mirada con un mensaje «¡no hagas el niño malcriado!»

—Espere. Qué es esta información más.

—Esto código alfanumérico es la matrícula del camión donde se encontraba el Auto Union robado. Esta es la dirección del taller de Fulvio Volta. Lo de Kiev no lo sabemos.

—¿Plan Mónaco? ¿NO R|?

—El plan Mónaco era el plan organizado para robar el coche de Rizzato, pero aún no sabemos el motivo, y no era por un factor económico. El NO R|, no sabemos qué es.

—¿No tenéis idea de quién puede haber sido? —preguntó la mujer.

—Estamos trabajando en varias direcciones.

Bruno pensó: «están más perdidos que una cabra en un garaje».

—¿Me permiten hacer una copia?

Bruno asintió.

—Bueno, me imagino que las huellas dactilares no hará falta recogerlas.

El comandante llamó a un subordinado y le ordenó escanearlo a alta definición. Mientras este lo hacía, sacó una tarjeta de visita y se la entregó a la mujer.

—Por favor, mantenedme al tanto de vuestros descubrimientos, en la tarjeta encontraréis mi número de teléfono.

Se despidieron y salieron del edificio.

—¿Te has fijado a quién ha entregado la tarjeta el comandante? —dijo Bruno con retintín.

—Te fijas en cosas que no son.

El hombre la miró levantando las cejas y pasándose dos dedos por la boca, como si fuera a cerrar una cremallera.

Cogieron el viejo Panda y se dirigieron por segunda vez al taller Volta en Cremona, esta vez esperando encontrar al restaurador del

coche más valioso del mundo, poderle sacar información y ponerlo en guardia por ser el posible objetivo de la trama de El Plan Mónaco.

El silencio dejó espacio a soñar.

La mujer conducía. Desde que Morel le entregó las llaves a Marguerita, no soltó el volante del viejo coche. En las numerosas veces que Bruno solicitó conducir, la mujer se mantuvo firme.

Ese día también, por supuesto, conducía ella.

El silencio generó un momento especial, dio pie a pensar, a ver, a sentir e imaginar un futuro, cosas que hacía años que la mujer no hacía. Arrastraba los años sin ganas, la habían abandonado, repelía el sexo contrario sistemáticamente, hasta que el bello italiano apareció en su vida hacía una semana escasa. En medio de una noche de gala que marcaría su futuro, sin ser consciente de cuánto.

Conducía mirando al futuro, imaginándolo, creando pensamientos que esparcían serotonina en su cerebro. Se veía en la Provenza, en medio de un mar de lavanda en flor, un horizonte color lila. Ella al lado de Bruno, en el Porsche 993 Targa del italiano, ondeando su pañuelo en el techo, como si se quisiera escapar y quedarse en medio de tanta belleza. El aire le acariciaba el rostro y solicitaba su olfato con olores floreales. El sol del verano en la cara, sin pensar en nada, solo aquí y ahora. Entonces cogería la mano de su amado y enlazarían sus dedos, acariciándoselos. Un contacto, su piel con su piel, nada más, solo eso, el sentirlo cerca, descubrir vibraciones perdidas por el tiempo. El horizonte de la vida, conduciendo con su compañero y soñando con los años que vendrían.

Su mirada regresó al asfalto italiano, conduciendo rumbo Cremona. Bruno estaba a su lado, despeinado por la capota abierta y acalorado. Se sonrieron con complicidad, se cogieron de la mano y el hombre se la apretó con ternura, con pasión.

—Sabes, he imaginado algo.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—Ya te lo explicaré un día —dijo la mujer con una sonrisa pícara.

La viejo Panda salió de la autopista hacia Cremona, no dejaba indiferentes a los otros conductores de la carretera; los adhesivos en el coche hacían que pareciera un vehículo publicitario.

Aparcó delante del taller, el panorama no tenía nada que ver con el del día anterior.

En el espacio frontal, se encontraban numerosos coches aparcados, el portal se encontraba abierto y las luces encendidas en la tienda. En el recinto se veía actividad de mecánicos que entraban y salían para probar coches.

Entraron caminando. Justo al lado de la puerta principal, se encontraba una furgoneta negra con los cristales tintados.

A su alrededor, unos japoneses fumando.

Los dos detectives entraron por la puerta de la tienda y escucharon gritos llegar de una estancia colindante. La puerta estaba abierta, los escandalosos chillidos pronosticaban una pelea. Los dos hombres discutían en inglés, uno con un marcado acento italiano y el otro con entonación japonesa.

Un joven japonés con gafas negras presidía la puerta mirando afuera, con los brazos cruzados.

—Quiero que me devuelvas mi dinero. Estafador.

—Yo no tengo tu dinero, no sé de qué me estás hablando.

Fulvio Volta era un hombre corpulento, casi obeso. De pelo rojizo, peinado de derecha a izquierda para cubrir una calva heredada de su padre, igual que su manera de hacer los negocios. Vestía con una camisa a cuadros abierta hasta medio pecho, una mata de pelos sobresalía y un crucifijo de oro que le protegía de clientes descontentos y otras adversidades que atribuía a una confabulación del universo.

—Eres un italiano mafioso, estafador. Quiero que me devuelvas mi dinero. Tú, me has vendido el coche y tendrás que devolverme el dinero, por las buenas o…

—O ¿cómo? A ver con qué, morro amarillo con cara de ratón.

—Maldito mafioso italiano, tu no conoces la mafia japonesa. La vas a descubrir muy pronto si no me devuelves dinero. Te vas a arrepentir toda tu vida —gritaba Ayari apuntándole con un dedo

—¿Cómo te puedo decir que no tengo tu pasta? —Fulvio se levantó y acabó—: ¡Vete de aquí, vete de mi casa!

El japonés, con los ojos rojos de rabia y con las pulsaciones aceleradas, se levantó.

—Te doy hasta mañana para hacerme la trasferencia de mi dinero y te metes tu coche por dónde te quepa, puto italiano.

El japonés se giró y salió del despacho del Fulvio. Antes de rebasar el marco, se volvió a girar.

—El papel en tu mesa tiene las coordenadas bancarias, si no tengo el dinero en veinticuatro horas, te vas a arrepentir de haberme conocido.—concluyó apuntándolo con el dedo y los ojos fuera de sus órbitas.

El japonés salió dejando atrás la mirada amenazante al dueño de casa y la de los dos detectives. Subieron a su microbús y desaparecieron, dejando unas amenazas que sonaban reales.

Fulvio Volta se quedó mirando el papel del japonés. Se puso las dos manos delante de la cara, estas se la cubrían por completo. Se quedó así un buen rato. Al cabo de unos minutos, reaccionó y abrió un cajón metálico de su obsoleto escritorio y sacó un móvil. Compuso un

número y fue a llamar, cuando levantó los ojos. Delante de él se encontraban los dos detectives, mirándolo de reojo, como si no quisieran estar allí y haber presenciado la escena.

Fulvio se interrumpió y dejó de llamar.

Bruno al otro lado de la puerta pensó: «después de esa situación, ¿a quién iba a llamar?»

—¿Quién demonios sois?

Bruno consideró que, en ese momento, si hablaba primero Marguerita tendrían más oportunidades.

—¿Podemos hablar con usted un momento?

—¿Qué sois, periodistas? Largaos de una vez —dijo haciendo un gesto con la mano.

Marguerita se pone firme.

—Me llamo Marguerita De Angelis, la responsable de los Loyds de Suiza para la recuperación de piezas robadas. Queríamos hablar con usted sobre el robo del Auto Union en Mónaco, no le llevará mucho. ¿Me comprende?

Fulvio tragó saliva ruidosamente y se arregló el pelo.

—Por favor, pasen, siéntense… ¿Qué necesita saber?

Marguerita miró Bruno y dio un paso hacia delante. El otro detective, con cara de asombro contenido, le siguió. Se sentaron.

—¿Conoce a un señor que se llama Rizzato? —preguntó Marguerita con voz seria.

22

Taller Volta, Cremona, Italia.
Miércoles, 19 de mayo.
Seis días después del robo.

Fulvio sudaba.

La frente le chorreaba, el calor no era el factor principal, tampoco la bella mujer que tenía enfrente, si no la visita inesperada del japonés. Los mechones en la nuca se veían mojados y unas amplias manchas en las axilas. Vestía una preciosa camisa a rayas blancas y azul marino con las letras efe y uve bordadas en el pecho.

El despacho era un desorden de papeles, carpetas y revistas de coches clásicos. El polvo se había convertido en parte del mobiliario austero de los años setenta. Detrás de él, unos estantes con medallas y trofeos junto a fotos de algún cliente famoso. Frente al escritorio, había un archivador y una caja fuerte antigua, robusta, maciza, cerrada. La pequeña ventana permitía ver el cielo y dejar entrar algo de luz natural. Predominaba el olor a polvo, casi a librería vetusta, las típicas de segunda mano, donde el polvo y el papel antiguo generaban ese aroma a sabiduría de antaño.

Los dos detectives estaban sentados en sillas de tela verde oscuro, dignas de una tienda vintage reacondicionada.

—¿Rizzato? Uno de mis mejores clientes, pero no el único —dijo mientras sacaba un pañuelo de tela color azul y se lo pasaba por el cuello para secarse.

—¿Qué hizo usted con el Auto Union?

El mecánico seguía sudando.

—Lo trasformé en un coche que valía la pena verlo. Me llegó cubierto de mierda de animales y sin piezas. Estuvimos muchos meses con ese coche, pero quedó un coche bonito, prácticamente perfecto, como todos los que hacemos en estas humildes instalaciones.

La mujer miró a su alrededor y preguntó:

—¿Qué es este sitio?

Fulvio sonrió.

—Es un lugar donde nacen los coches. —El hombre tosió dos veces y rectificó—: Donde hacemos que los coches resuciten.

—¿Resucitar?

—Nos llegan amasijos de hierros viejos y les damos vida, los reportamos al estado original… o incluso mejor. Somo los mejores en esto, modestia aparte.

—El señor Rizzato, ¿quedó contento?

—¡Claro!, todos mis clientes lo quedan.

—El señor que salió por la puerta parecía de todo, menos contento —replicó la mujer levantando una ceja.

Bruno siguió callado, observando el hombre que intentaba contener el sudor apuntalando las preguntas afiladas de la mujer. No le quitaba ojo de encima, escaneándolo.

—Bueno, no todo el mundo sabe apreciar mi trabajo.

—¿El japonés que ha salido es un cliente que no ha quedado satisfecho entonces?

—¿Me está usted haciendo un interrogatorio?

La mujer lo miró fijamente, el hombre se sentía acorralado y atacó. Ya se sabe, la mejor defensa es el ataque.

—Intento averiguar porque usted aparece en unas notas póstumas de un tal Calogero Ragusa, extrabajador de la casa de Subasta O'Connors. —Se tomó un momento y siguió—. Señor Fulvio Volta, ¿tiene usted idea por qué motivo aparece su nombre en esas notas?

Fulvio se recolocó en la silla, se rascó el cuello y carraspeó la voz.

—No, no tengo ni idea —contestó casi balbuceando—. No conozco a ese señor.

La mujer levantó las cejas, la respuesta no le servía.

—Ya —dijo seca—, y el Plan Mónaco, ¿le suena de algo?

El hombre zarandeó la cabeza.

—¿Y al señor O'Connors? ¿Lo conoce?

—Sé quién es, pero no personalmente.

—¿Está usted seguro?

—Claro.

—Lleva usted mintiéndome desde el principio de una forma descarada. El señor Taylor O'Connors es amigo suyo, es de dominio público, ¿me ha usted tomado por tonta? ¿Sabe que es lo primero que hace uno para investigar a una persona en nuestro siglo? —La mujer esperó una respuesta que no llegó—. ¡Buscamos en Google! Allí está lleno de fotos con el subastador y usted en Mónaco, en Italia y por todos los sitios. Usted trabajaba para la casa de Subastas y, además de ser, por lo menos, amigo con el Taylor. Por lo tanto, conocía el señor

Calogero Ragusa. ¿Cuánto más me quiere mentir? ¿No ha entendido que hemos venido para ayudarle?

—¡Ahhh! ¿Para ayudarme? Usted viene aquí, con su ropa de marca, asqueada por el polvo de mi mesa y sin saber ni siquiera qué es el arte de la restauración. ¿Pretende venderme la idea de que viene en son de paz y a ser la libertadora de la patria? Junto a su noviete, que es medio famosillo, colgado de la fama del padre, porque sin su padre hoy el mito Ferrari valdría el doble si no le hubiera rescatado del zulo en el que estaba encerrado. Pero ¿quién se cree que soy?

—Sin mi padre, Ferrari habría muerto convirtiéndose en un mártir y su leyenda sería una cuarta parte, no el doble, ¡y usted lo sabe.! Debería estar agradecido a mi padre, seguramente porque si no, no tendría el rotulo luminoso fuera de su taller con el logo de Enzo —dijo Bruno abriendo la boca por primera vez.

La mujer lo miró sorprendida, era la primera vez que lo escuchaba defendiendo al padre.

Se creó un momento de silencio incómodo.

—Marguerita tiene razón, venimos para ayudarle —continuó Bruno con otro tono, más de comprensión.

—¿Ayudarme? No habéis entendido nada. No me podéis ayudar de nadie ni de nada, esto es solo el principio. El castillo se está a punto de caer y vosotros venís aquí para haceros los buenos y creéis entender de qué va la película. —Fulvio se acercó a los detectives apoyándose con las manos en el escritorio y concluyó con rabia, casi enseñando los dientes, volcando su furia—. ¡No habéis entendido nada!

Fulvio cogió el viejo teléfono sobre el escritorio y marcó un número. Al otro lado del taller se oyó un timbre.

—Venid a mi despacho.

Y colgó.

—Es verdad, no nos hemos entendidos, por favor, estamos buscando Rizzato que ha sido secuestrado, necesitamos comprender para poder seguir, usted es la única persona que nos puede ayudar. Por favor, necesitamos su ayuda —replicó la mujer cambiando su tercio de voz.

—Nuestra conversación se ha acabado. Mis chicos os acompañarán a la salida.

Mientras decía esas palabras, entraban dos mecánicos con una llave inglesa enorme cada uno y se detuvieron en el marco de la puerta.

Los dos detectives sintieron la presencia los dos hombres y se giraron para ver quiénes eran.

—Por favor…, váyanse.

Los tres se quedaron un momento en silencio y esperaron.

—Venga, fuera —dijo uno de los mecánicos.

—Sabe dónde está Rizzato y no nos lo quiere decir —dijo Bruno ya de pie.

—No tengo ni idea de dónde está Gian Paolo, solo sé que está donde se merece estar.

Los ojos de Bruno se agrandaron, no podía creer que ese hombre hubiese pronunciado esas palabras. Se acercó a Fulvio y, de repente, sintió una mano en su hombro que lo agarró con fuerza.

La adrenalina se inyectó en las venas del detective en abundancia, a lo mejor demasiada. Bruno lanzó un puñetazo al mecánico, cogiéndole en plena cara.

El otro mecánico se le tiró encima y caen al suelo. Las palpitaciones se dispararon. Hacía años que no se peleaba con nadie y ni él se esperó su propia reacción fruto del cabreo y de la tensión que llevaba hacía días.

Fulvio se separó del escritorio tirándose hacia atrás.

—¡Fuera, llevadlo fuera!

Marguerita comenzó a gritar que lo dejasen.

El mecánico herido, una vez repuesto volvió a atacar, se tiró sobre los dos que estaban en el suelo.

El primer mecánico le tiró un puñetazo desde el suelo, pero Bruno consiguió esquivarlo y alcanzó una pata de la mesa. Este lanzó un grito de dolor.

—¡Paren, por favor! —gritaba la mujer.

El otro mecánico herido, el doble de grande que el primero, cogió por la solapa a Bruno y lo levantó como si fuera un saco de patatas. En el aire, le tiró un gancho en las costillas que hizo que se doblara sobre él mismo. Acto seguido, le propinó un directo que le cogió de pleno la cara, abriéndole una ceja a Bruno.

—¡Basta!

El mecánico herido se detuvo como un rottweiler llamado por el dueño, inmóvil, a punto de tirarle un tercer puñetazo a Bruno. El segundo mecánico, dolorido, seguía al suelo aguantándose la mano con dolor.

—Acompáñalo fuera.

El primer mecánico gruñó. Lo volvió a coger por la solapa de su cazadora de piel y lo acompañó afuera, detrás, la mujer los siguió.

Bruno se sintió humillado, como un colegial.

Lo aguantaba por el pescuezo y, pasado el umbral de la puerta de acceso al taller, lo tiró al suelo.

—No te quiero ver jamás aquí.

Bruno aterrizó en el caliente asfalto de mayo. Tenía la ceja abierta, los tejanos rotos en la rodilla por la caída y el orgullo arañado. No le importaba la sangre que tenía, si no el espectáculo que había dado

delante de Marguerita. Pero peor era haber dado con una persona que sabía más de lo que quería decir y salir con las manos vacías.

Marguerita se tiró encima del bello italiano ensangrentado.

—¿Estás bien? —dijo mientras lo abrazaba.

La mujer se puso a llorar en el suelo, enroscada a Bruno.

—Estoy bien, no te preocupes.

La mujer, al rato, reaccionó.

—¡Eres un idiota! ¿Cómo se te ocurre pelearte en medio de una investigación? ¡Pareces un niño pequeño en el recreo! He tenido miedo de que te hiciesen daño de verdad.

—No, no, ya me han hecho daño de verdad, mira, esto no es pintura.

—Imbécil.

La mujer siguió un buen rato diciendo a Bruno lo que pensaba de su reacción instintiva, en medio del parking del taller Volta. Hasta que el móvil de la mujer sonó y lo extrajo. Miró, se secó las ultimas lágrimas, aclaró la voz y contestó.

—Comandante, ¿tiene noticias?

Taller Volta, Cremona, Italia.
Miércoles, 19 de mayo.
Seis días después del robo.

Seguían pasando coches.

El tráfico en la carretera delante del taller Volta era un flujo de coches que regresaban a los domicilios después del día de trabajo. El sol de mayo bajaba, aunque seguía calentando la piel. El polen de los árboles bailaba con el viento llenando de una capa blanquecina las superficies.

Los dos detectives se levantaron, una vez recibida la llamada del Comandante. La mujer, tras secarse las lágrimas, contestaba disimulando el desfogue emocional que acababa de tener. Bruno se sacudió el polvo de su cazadora que, por suerte, no había recibido consecuencias de la pelea. El tejano y su ceja no tuvieron tan buena suerte.

—Comandante, ¿tiene noticias? Nosotros sí.

Marguerita, sujetaba el móvil entre la oreja y el hombro mientras sacaba un pañuelo de su bolso y lo aplicaba en la ceja de Bruno para detener la hemorragia.

La mujer explicaba lo que había sucedido en el taller Volta: lo qué habían presenciado con el japonés, cómo los habían tratado y, sobre todo, qué contestó Fulvio al hablar de El Plan Mónaco y de Ragusa.

—Comandante, dijo una frase muy inquietante como… —Marguerita piensa—… "No sé dónde puede estar Rizzato, pero solo sé que está donde se merece estar."

«Interesante De Angelis», dijo el Carabiniere al otro lado del teléfono.

—Y luego dijo algo del tipo que no podíamos ayudarle en nada, y que esto era solo el principio, y que el castillo de naipes se estaba a punto de caer. Es algo parecido a lo que nos dijo Andrea Perfel antes de suicidarse.

«Es decir que Andrea Perfel y Fulvio Volta están relacionados. Interesante. ¿Qué más?»

—Gracias, ¿ustedes tienen noticias de los secuestradores?

Marguerita pensaba que, a pesar de habernos echado a patadas, el comandante no preguntaba cómo estaban y menos cómo se encontraba Bruno.

«No. Pero estamos trabajando en una pista potencial.»

—¿De alguna pista que le dejamos de Ragusa?

«No. Un departamento está trabajando en ello, pero de momento

nada.»

—De acuerdo, comandante. Entonces hablaremos mañana.

«Por favor, llámeme Antonio.»

La mujer entendió de qué iba ese comentario, miró Bruno con el pañuelo en la frente.

—Sí, entiendo, le doy las gracias. Hasta mañana.

«Me parecen un gran avance vuestros hallazgos, mañana cuando venga de Milano me pasaré por el taller Volta para hacer una visita de cortesía a su dueño».

—Me parece bien. Ya nos informará entonces.

La mujer se despidió y colgó. Guardó el móvil y miró a Bruno.

—Tenemos que ir a un hospital.

—¡Qué va! Con una farmacia tendremos bastante.

—Necesitas que alguien te vea.

—Con que me mires tú, tengo bastante.

Se creó un momento de silencio, el hombre se perdió en la turquesa mirada de la pelirroja. Se dijeron todo sin pronunciar ni una palabra, llevaban demasiado tiempo, la piel quemaba, como los besos aguantados y todo lo demás.

Sus labios se alcanzaron, suaves, finos, sedosos. La humedad de sus carnes se tocó, el sabor de la piel del otro era un elixir que despertaba en décimas de segundos, a la velocidad de un impulso electromagnético atravesando neuronas hambrientas de amor, de sexo, de pasión. Todo lo que en años se había aletargado, se despertó fruto del instinto, de la complicidad, de las ganas nacidas y crecidas poco a poco, fermentando en silencio.

El beso fue cogiendo intensidad, hasta que la lengua fue explorando y sumergiéndose, descubriendo. Desconectados del mundo real, solo existían ellos, nada más, el mundo comenzó a voltear a su alrededor, luego también el sol, siguiendo después el resto de los planetas. La fuerza de la gravedad cambió su ley durante esos instantes, para crear la energía que sentían los dos amantes, todo comenzó a orbitar a su alrededor y, aunque no fuesen una estrella, el resto del sistema solar cambió su trayectoria para regalarles ese momento. Hasta que un ruido persistente interrumpió el nuevo movimiento planetario y se despertaron, un coche quería cruzar el parquin y ellos se encontraban justo en el medio.

La magia se desplomó.

La mujer se giró con los brazos alrededor del cuello de Bruno, se dio cuenta de la situación y se puso a reír.

Una vez apartados se dirigieron al coche y se pusieron en marcha hacia el hotel, donde estarían planificando los siguientes pasos.

Mientras Marguerita conducía, Bruno le preguntó:

—¿Te has fijado en el reloj que llevaba Fulvio?

La mujer titubeó.

—No, ¿qué era?

—Un Rolex edición limitada. Un reloj exclusivo e impoluto. Me refiero que no tenía manchas en su bisel, relucía como sacado de una joyería.

—A lo mejor lo compró ayer.

—Podría ser, pero desentonaba con su despacho mugriento y lleno de polvo, casi sin usar, con revistas obsoletas y con objetos con poco sentido escénico. Puro attrezzo.

—Sí, es verdad.

—Además era un hombre que estaba pasando calor, no paraba de sudar, pero no era un guarro; me ha llamado la atención su camisa, con sus iniciales y planchada perfectamente. Un señor de categoría.

—¿Y qué piensas?

—Que ese no era su despacho, solo un farol. Me llama mucho la atención que además no tuviera ordenador. ¿No te parece?

—A lo mejor no es una persona de despacho, solo de trabajar, de la vieja escuela.

—¿Con un reloj de ese valor? ¿Tan impoluto? Y con las manos limpias, no tenía grasa debajo de las uñas. —Bruno se rasca la barbilla y pensó—. Allí hay algo que no me cuadra y, en consecuencia, una respuesta oculta. Pero ¿cuál?

Los dos se quedan un buen rato esperando que el otro dijera algo, escuchando las noticias en la radio sintonizada en RTL 102.5.

Marguerita había aprendido de memoria el camino a Carpi, por haberlo recorrido ya varias veces, aunque ya empezaba a demostrar síntomas de cansancio al conducir ese viejo trasto; acostumbrada a su Aston Martin descapotable con cambio automático, ese vehículo le parecía el coche de los Flintstones.

—Creo que es oportuno llamar a Renato y ponerlo en situación —dijo Bruno.

La mujer asintió con la cabeza, sin quitar la vista de la carretera.

Bruno desbloqueó la pantalla del móvil, buscó el número de teléfono del *consigliere* y lo llamó.

Al cabo de varios tonos contestó.

—Bruno, ¿qué tal estás?

—Bien, Renato, ¿hay noticias de Rizzato?

—Nada. Seguimos en ascuas. ¿Y vosotros conseguisteis averiguar algo sobre Fulvio?

—Fulvio Volta aparenta lo que no es.

—Interesante, sigue.

—Un japonés lo ha amenazado de muerte, pero no entendimos por qué motivo.

—¿Me estás diciendo que un japonés ha amenazado de muerte a Fulvio Volta? ¿Estabais delante?

—… Sí —contestó extrañado—. ¿Por qué?

—Porque eso es normal Bruno, es un poco bandido. Siempre ha hecho sus pinitos, pero es buena persona.

—¿Bandido? ¿Pinitos? ¿A qué te refieres?

—Bueno, que, para tapar un agujero, hacía uno más grande.

—¿Y eso es normal?

—Bueno, para él sí, a lo mejor para nosotros no. —Carraspeó la voz y continuó—: Es decir, no es una novedad para Fulvio, es como un gato, ese hombre tiene siete vidas.

—No me quedo más tranquilo con tu análisis, pero si lo dices tú…

—Tranquilo, ¿qué más os ha dicho?

—Cuando hemos hablado de Ragusa, nos ha comentado que el castillo de naipes está a punto de caer.

—¿Castillo de naipes?

—Sí. Y dijo algo del tipo de que Rizzato está donde se merece estar. ¿Tuvo problemas Gian Paolo con Fulvio?

—Que yo sepa no. ¿Te parece si mañana nos vemos en mi despacho?

Bruno confirmó la reunión para ver hacia dónde proceder con la investigación y explicó a Marguerita los comentarios de Renato sobre Fulvio.

Llegados al hotel, cenaron en una pizzería cercana, donde hacían una receta de masa napolitana con horno a leña. Decidieron ir a dormir pronto, estaban cansados y la falta de aire acondicionado en el coche hacía más pesado el viaje.

Subieron a las habitaciones y se despidieron.

—Bueno, buenas noches —dijo Bruno, con el corazón que iniciaba a latir cada vez más fuerte una vez salidos del restaurante.

—¿Buenas noches? —preguntó ella.

Bruno, que ya se le fue cerrando la garganta, en lugar del beso habitual, le pasó la mano por detrás de la nuca y la besó con toda la pasión que tenía atrasada.

La empotró contra la puerta.

Ella no dejó escapar el momento y abrió la puerta con la llave magnética. En dos pasos estaban dentro de la habitación. Besándose y arrancándose la ropa. No tenían reparo a que se rompiese, tantas eran las ganas de probar el cuerpo del otro.

Marguerita acabó en la cama en ropa interior. Arrastrándose hacia la cabecera, disfrutando al ver cómo Bruno se estaba desnudando.

Empezó a besuquearle las piernas. Eran lisas, estilizadas, con unas pequeñas rodillas. Las braguitas de color rojo tenían un entalle moderno y escondían el pasaporte al placer y al éxtasis. Las quitó delicadamente, pasándolas por las sutiles piernas y tirándolas encima de una silla. El ombligo, ovalado y pequeño, anticipaba unos abdominales trabajados.

Marguerita arqueó la espalda, generando el camino para que las manos de Bruno pudieran pasar por la espalda para desabrochar el sujetador. Con un movimiento maestro, los pechos quedaron desnudos, pequeños y respingones.

La lengua de Bruno comenzó a recorrer las dulces líneas de la mujer. Ella, con un impulso de sus abdominales, tumbó a Bruno y empezó a darle placer oral. Miraba al techo y a la cabellera rojiza de la mujer, que basculaba sobre de él. Los mechones rojos le impedían de ver su rostro y lo que estaba haciendo. Sentía placer, como hacía tiempo que no lo probaba, de tan intenso.

Hasta que Bruno, delicadamente, apartó la mujer y volvieron a tomar la posición inicial. Pasó su sexo encima del de la mujer. Ella cerró los ojos un momento, por el encuentro, por la sorpresa, por el placer, por las ganas.

El cabezal de la cama comenzó a sonar como un martillo neumático, en toda la planta se escuchaba la percusión y los gemidos de ella. Demasiado tiempo había pasado sin tener un primer encuentro, demasiadas veces pensaban en como habría sido ese momento y ahora lo estaban viviendo. A los minutos, el temblor acabó, fruto de las ganas y de la explosión de la primera vez. El primero, aunque breve encuentro, fue consumado intensamente por la pareja. Sudados, se pusieron a reír, por la fuerza del amor que sentían y la atracción consumada como fuego artificial de mecha corta. Él apoyó la cabeza sobre ella, empapado. Marguerita comenzó a pasar su mano por el pelo de él, hasta que el bello italiano se durmió y ella lo siguió poco después.

Por la mañana, los ojos de Marguerita se fueron abriendo, poco a poco.

Su primera visión fue Bruno, mirándola, ya despierto, observándola enroscada a su cuerpo, debajo de las sábanas.

Ella se rio, él después.

Se fueron despertando, tímidos, coqueteando con una nueva realidad que la noche anterior acababa de cambiar.

Bruno se duchó en su habitación, hizo las maletas y las dejó en la habitación de ella. Ya era inútil tener dos cámaras.

Bajaron a desayunar. Bruno cogió un periódico y se sentó en la mesa junto a unos cruasanes y un buen café. Mientras estaba leyendo

el periódico, una noticia le llama la atención.

—*Vaccaboia*. Mira esto, Marguerita.

La mujer se acercó.

—Expulsado del Concurso de Elegancia un concursante japonés por presentarse con un coche falso.

—¿Un japonés?

Bruno leyó rápido y continuó: "El participante Ayari Nakamura, que trajo desde Tokio un Auto Union Typ D del 1939, ha resultado ser una flagrante imitación de un coche que participó hace unos años, propiedad del millonario secuestrado Gian Paolo Rizzato. La información ha sido filtrada por otros concursantes. Los comisarios y la dirección del evento no han querido declarar nada al respecto…"

—Madre mía, esto está cogiendo una envergadura considerable —dijo Marguerita mirando a los ojos a Bruno.

—Ahora entiendo la expresión "Castillo de naipes".

La mujer abrió los ojos de par en par.

—Vamos.

—Pero ¿y el desayuno?

—Desayunaremos otro día. Tenemos que ir a ver a Renato.

La mujer cogió un bollo y lo siguió.

Bruno, antes de salir por la puerta, se detuvo delante de la recepción para informar de que dejaban una habitación, cuando escuchó, al fondo, una voz que venía del telediario emitida por la televisión.

«La esposa ha encontrado el empresario en su despacho muerto. El famoso mecánico y restaurador Fulvio Volta, conocido también como el Stradivarius de los coches clásicos, ha muerto esta noche a los 64 años por causas no identificadas. Estamos delante del taller Volta para informaros si hay novedades sobre este suceso de actualidad. *Giovanni Grotta, Canale 7, Cremona*.»

Los dos detectives de miraron a la cara.

—Ahora sí que se está cayendo el castillo.

Carpi, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

No podía empezar peor el día.

El sol no brillaba en esa mañana de mayo, las nubes espesas y grises de incertidumbre habían tomado el control y apartado todo tipo de serenidad, sensatez, raciocinio.

El castillo se estaba derrumbando.

¿Qué castillo?

Seguramente uno invisible creado por relaciones internas, oscuras y poderosas. Cuerdas que interconectaban personas y empresas, las mismas que sostenían una estructura oscura que llamaban castillo. Una arquitectura estudiada y gestionada desde hacía mucho tiempo, con relaciones secretas entre personas importantes, políticos, empresarios, famosos, personas que cada una de ellas agarraba la cuerda y sostenía la estructura, el castillo. Cuando una persona soltaba la cuerda, voluntariamente o no, una parte de la estructura se derrumbaba, colocando en riesgo al resto.

Probablemente, la estructura hacía tiempo que peligraba, e incluso se fue cayendo, aunque no era visible a los ojos ajenos. La muerte de Fulvio Volta solo era otro peón que salía del cuadro de ajedrez o, mejor dicho, que era sacado.

Los dos detectives se dirigían a toda velocidad hacia Cremona por la autopista, adelantando coches con el viejo Panda. Bruno, que seguía de copiloto, tenía el mono de conducir, sin embargo, la mujer era intransigente en el asunto.

En medio del trayecto, Marguerita recibió una llamada de su oficina, se detuvo en un área de servicio. Una vez aparcado el viejo coche, devolvió la llamada.

—Hola, jefe.

—Ahora puedo hablar. Dime.

—Bien, estamos haciendo pasos agigantados.

—¿En serio? No me lo puedo creer, ¡solo faltaba esto!

—Pero no lo han robado, ¿Por qué lo tengo que investigar entonces?

—De acuerdo, entiendo. Me pongo con ello.

—La mantendré informada.

La mujer colgó, manteniendo la vista fija sobre la pantalla.

—¿Entonces? —preguntó Bruno.

—¿Te acuerdas del Auto Union del japonés?

Bruno movió la cabeza.

—Pues está asegurado por los Loyds de Suiza. Mi jefe quiere que averigüe qué ha pasado con este coche. Se están poniendo nerviosos con todos estos… sucesos en el mundo de los coches clásicos. Hay algo que no les cuadra.

—Bienvenidos al club.

La mujer hizo una mueca de complicidad, luego buscó en los contactos, seleccionó a Rafael, su mano derecha, y lo llamó.

—Rafael, buenos días. Necesito tu ayuda.

Su mano derecha se encontraba en las oficinas centrales de los Loyds en Suiza, siempre listo para ayudar a su jefa y hacer de rata de biblioteca, buscar lo que hiciese falta.

—Necesito información sobre un hombre japonés, un tal Ayari Nakamura, ha asegurado con nuestra compañía un coche. Necesito saber todo lo que encuentres sobre él. Y del coche, un Auto Union Typ D, mismo modelo que el de Rizzato, igual. Y lo necesito para ayer. Venga a trabajar.

La mujer colgó.

—El cerco se cierra —dijo Bruno

—¿O se acaba de abrir?

—¿Sí?

—Acuérdate de Andrea Perfel, eso era la punta del iceberg.

Bruno se rascó la barba.

—¿Cuántos días hace que no te afeitas?

—Demasiados. Esta mañana no me has dejado, has preferido que hiciera otra cosa, no te quejes.

La mujer zarandeó la cabeza.

—Fíjate en un detalle. El telediario ha llamado Stradivarius a Fulvio.

Bruno se refería al Stradivarius de los coches. El clásico constructor de instrumentos de cuerda, considerado el mejor de todos los tiempos. Él también era originario de esa misma población, Cremona. El taller Volta era considerado por su gremio, de los mejores al mundo y el artista, un resucitador.

—Un paralelismo interesante.

—¿Qué piensas?

—Que la gente no dice todo lo que sabe, por miedo a algo.

La mujer levantó una ceja y reanudó su viaje hacia el taller Volta, donde los esperaban nuevas investigaciones.

Salieron de la autopista y, a los pocos kilómetros de la nacional,

destacaba el taller Volta por las decenas de luces rojas y azules de la policía y una miríada de furgonetas de televisiones aparcadas delante del recinto. Los periodistas, iluminados por las luces de las cámaras, ocupaban la entrada al recinto.

Encontraron un lugar para estacionar el viejo coche de milagro, ese lugar no tenía nada que ver con el que vieron el día antes.

En el interior del recinto se encontraban coches de las fuerzas de policía, bomberos y furgonetas de los forenses.

Los dos detectives se detuvieron delante de los barrotes del enorme portón, mirando hacia adentro. Se preguntaron qué podían hacer para entrar, pero dudaban que fuera posible, demasiada gente a su alrededor. Cuando alguien, en medio de tantos policías, se percató de su presencia. Era el comandante Nicola Siani. Este los vio y les hizo una señal para que entraran.

El carabiniere junto a la reja abrió para dejar entrar a los detectives en medio de un enjambre de periodistas que avasallaban con preguntas al joven policía.

—¿Qué hace aquí? —preguntó la mujer al comandante.

—Te lo dije ayer, que pasaría esta mañana para hablar con el señor Volta, pero llego tarde.

La mujer hizo una mueca con la boca.

—¿Y vosotros?

—Lo hemos visto en la televisión.

—No, no habéis visto nada en la televisión.

Los dos detectives arrugaron el ceño.

—¿Qué quiere decir?— preguntó Bruno introduciéndose en la conversación.

—¿Habéis desayunado?

Los dos se miraron y asintieron.

—Lo que vais a ver no es para todos los estómagos, pero creo que lo tenéis que ver. Lo más importante es que no toquéis nada, para no contaminar la escena del delito.

Los dos detectives siguieron al comandante, entraron en el taller Volta, se detuvieron en la puerta. El comandante se quitó su gorra, se puso una bata blanca, cubrezapatos y un gorro en la cabeza. Marguerita y Bruno se vistieron de la misma manera.

El lugar era una colmena de personas. Agentes haciendo fotos, buscando huellas e inspeccionado por todos los rincones.

El comandante los llevó hasta el despacho de la víctima, el mismo lugar donde hacía menos de veinticuatro horas lo conocieron. Los flashes de las máquinas de fotos salpicaban las paredes. El comandante se apartó y allí estaba, el cadáver.

Marguerita, que caminaba delante de Bruno, fue la primera en

verlo y, en cuanto vio el espectáculo, se giró de golpe con arcadas, protegiéndose de lo que acababa de ver. El comandante tenía razón, eso no era para todos los estómagos.

Taller Volta, Cremona, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

Escalofriante.

Todas las veces que Bruno presenciaba una escena de un crimen se le giraban las tripas. La vida lo puso a prueba varias veces y siempre conseguía superarlo. Las personas piensan que ver un cadáver es como ir en bicicleta, uno se acostumbra. Pero, desgraciadamente, no era así, cada ocasión era como una nueva. Uno no se acostumbrar a ver a la muerte cara a cara, a ver su estela, su tácito trabajo espeluznante.

El ambiente era siniestro, Bruno aguantó entre sus brazos a Marguerita, que, con una mirada ya tuvo suficiente; si la visión hubiese continuado, habría vomitado. La acompañó a una zona apartada, fuera de toda esa muerte. Era una estancia donde los mecánicos se relajaban, una mesa en el centro, unos microondas y unas máquinas expendedoras. Compró un botellín de agua y se lo entregó a la mujer. Esta bebió y se le asentó el estómago, la visión no era para menos. Una vez recuperada, la deja sola, él quería averiguar más cosas, más detalles.

Bruno volvió a la escena del delito.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el comandante.

—Está mejor, pero es preferible que no vuelva por aquí.

El carabiniere asintió con la cabeza.

La escena es para enroscarse las tripas.

El cadáver de Fulvio se encontraba colgado en la pared, como un moderno Jesucristo. La estancia seguía llena de polvo, pero esta vez abundaba al olor a metal oxidado. Una vez Bruno entró, le rebotó la cabeza por el potentísimo olor nauseabundo, acentuado por la pequeña dimensión de la estancia. Nunca había olido tan fuerte a sangre. Llevaba varias horas colgado y la cascada de sangre había inundado el suelo, comenzando a descomponerse y entrar en putrefacción. El comandante le acercó una mascarilla para evitar que respirase el aire del despacho.

El mecánico se encontraba sujeto en la pared por un sable japonés. La mitad incrustada en la pared, sujetando el enorme cuerpo colgado que chorreaba. De la mitad que sobresalía, enrojecida por la sangre, colgaban volantes de cuero negro. La afiladísima espada entraba por la boca del mecánico y atravesaba la base del cráneo, fijándolo al muro, y dejaba colgando el cuerpo.

Una vez colgado, con otro instrumento le abrieron las tripas haciendo salir todos los órganos internos, los cuales seguían suspendidos desde el abdomen.

Acabada su obra maestra, el asesino aplicó un tatuaje de colores en la frente del muerto. Representaba una figura oriental con letras japonesas.

La imagen que estaba presenciando, no era en absoluto normal, un crimen de ese calibre no era de un asesino cualquiera.

—¿Qué piensan? —preguntó Bruno al comandante

—Pensamos claramente que tiene que haber sido el japonés del coche falso, como venganza.

Bruno torció la boca.

—Demasiado obvio, comandante.

—No lo creo. La espada es originaria de los samuráis. El tatuaje es símbolo de venganza. Lo tengo claro. El japones vino ayer, vio que no iba a cobrar de vuelta la gran suma de dinero invertida en el coche falsificado y decidió matarlo. Clarísimo.

—No creo que el japonés hubiese hecho esto, es más listo que eso. Es un mensaje, no es una muerte.

—¿Cómo dice?

—El Japonés no tiene nada que ver, es precisamente lo que quieren que nos creamos y estamos cayendo de pie en su trampa.

—Creo que se equivoca. Es la pista más clara y evidente.

Bruno se acercó, a pesar de la mascarilla y la mano que aguantaba delante, el olor era cada vez más fuerte, entraba en sus orificios hasta el cerebro.

El tatuaje no se encontraba bien delimitado por culpa del sudor.

—Este hombre ha visto la muerte a la cara, ha empezado a sudar antes de ser asesinado. Incluso podía conocer al asesino. ¿Han encontrado algún acceso reventado?

—No, todo en orden aparentemente, pero seguimos controlando.

—¿Cámaras?

—Negativo, este lugar no tiene.

—Por los alrededores, ¿un banco o una gasolinera?

—Estamos averiguando.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—La mujer, no fue a dormir y en mitad de la noche fue a buscarlo. Ahora está al hospital en estado de shock.

—Me lo imagino. ¿Sobre qué hora?

—Eran las tres de la mañana cuando la mujer nos ha llamado. Creemos que fueron varias personas las que cometieron el asesinato.

Bruno se quedó callado, mirando a su alrededor.

—¿Ves algo que falta?

—Más bien algo que sobra.

—¿Cómo dices?

—Eso no estaba ayer —contestó Bruno apuntado el techo.

—¿Estás seguro?

—Como que me llamo Malatesta. De ese gancho negro me hubiera percatado. Apostaría a que han colgado una cuerda para aguantar a la víctima atada hasta que lo mataron y lo colgaron. Eso quiere decir que una persona, o máximo dos, podrían haber cometido el asesinato.

—Chicos, mirad allí arriba, coged las huellas —indicó el comandante a los forenses.

—¿Algo más ?—continuó el carabiniere con retintín.

Bruno se quedó callando, observando, mirando y, cuando los ojos ya no podían ver más detalles, los cerró. Pasaron varios segundos en silencio.

—¿Estás bien?

Bruno abrió los ojos.

—¿Le importaría que me quedara unos segundos aquí?

—Claro, pero no toque nada.

El detective sonrió falsamente. El carabiniere se alejó de la sala.

Se sentó en una silla, dirigida hacia el cadáver. Tenía una relación difícil con su sexto sentido. No era un botón que se encendía cuando él quisiera, ni tampoco una aplicación del teléfono. Hasta el momento, consistía en algo que se despertaba en el momento menos esperado.

Sin embargo, ¿podía despertar él ese “poder” cuando quería? ¿Qué hubiese pasado si pudiera hacerlo?

La frustración que le creaba cuando aparecía sin preaviso, podía evitarla cuando consiguiera gestionarlo. No era discutible que, en ocasiones, el sexto sentido aparecía como un rayo de luz que cruzaba el oscuro cielo de una tormenta. Iluminaba su vida, alborotándola y desaparecía. Creaba una responsabilidad, una fatiga, una realidad paralela. Iba a probar a invocarlo, intentaría que viniera cuando lo necesitaba. ¿Era cuestión de práctica?

Bruno, sentado con los ojos cerrados, repasaba lo que acababa de ver, las imágenes eran cruentas, demoledoras, la realidad superaba la ficción. Las películas de terror no le gustaban, la vida ya le daba algunas dosis del género ciertamente realistas.

Los ojos cerrados no conseguían alumbrar la verdad, no veía nada, solo recuerdos y oscuridad. No funcionaba, se estaba fastidiando, poniéndose nervioso, no conseguía concentrarse. ¿Era eso cuestión de concentración? El fuerte olor era como un clavo por la nariz, no le permitía enfocarse en la escena.

Recordó a Fulvio Volta en vida, lo poco que lo vio. Repasó las escenas del día anterior, lo que dijo, lo que vino a él, el japonés, los recuerdos fluían, sus palabras, su actitud, un puñetazo, el mecánico

con la llave inglesa irrumpió en su mente. Sintió rabia, impotencia, cerró los dientes y apretó los ojos. Si lo tuviera delante le pegaría una buena paliza, él que nunca había pegado a nadie desde el colegio. Cerró los puños, fuerte, aún más fuerte. Se dio cuenta de que su ánimo se había alterado, no era propicio revivir aquello si pretendía sentir o ver algo.

Se calmó, respiró, pensó en otras cosas. Siguió respirando. Su ánimo se calmó. Pensó en su Marbella, cuanto echaba de menos su terraza con vistas al mar. Quería irse, en el fondo no deseaba estar allí, pero necesitaba concentrarse. No sentía nada. Desesperado, creía que estaba haciendo el ridículo y perdiendo el tiempo. Seguro que los Carabinieri, al otro lado de sus párpados, se estaban riendo a sus espaldas, diciendo que estaba pirado.

Cambió de tercio de nuevo, eso le tenía que dar igual, lo importante era encontrar a Rizzato, no lo que pensaba la gente, se estaba preocupando de algo que probablemente no existiera.

Las manos le estaban sudando.

Pensó en Marguerita en la otra habitación, que se encontraba bien, que se tenía que espabilar.

Respiró.

Otra vez.

Se calmó.

Los pensamientos se aplanaron, vio el mar, tranquilo, su Mediterráneo plano, un día de agosto, para hacer paddle surf. Esa era su mente, plana, tranquila, después de la tempestad.

Siente un cosquilleo en las manos. Oye voces. El cadáver ya no está. El despacho de Fulvio está en orden. Lo ve entrar en su despacho, seguido por un hombre, joven, no le ve la cara. Le entrega una carta, la lee. Fulvio se enfada, enfurecido como un animal enjaulado. Comienza a voltear los brazos. El hombre a su espalda lo coge del hombro y lo tira al sillón. Este se levanta con fuerza gritando. Entones, el hombre le da un golpe seco en la yugular con la mano abierta. Fulvio deja de respirar por unos segundos, tose, se pliega sobre sí mismo. De pronto, por detrás aparece otra figura, no la ve, solo ve su mano y una cuerda. El hombre ata a Fulvio con una cuerda y lo levanta, se está girando, casi puede ver el rostro del asesino, solo un poco más, casi le ve y…

—Bruno, lo tenemos.

Bruno abrió los ojos, delante tenía al comandante, no podía creer que lo hubiera interrumpido. Estaba a punto de ver quién podía ser el autor del asesinato y la conexión con su sexto sentido había sido interrumpida.

—Sabemos dónde está el japonés.

Bruno se levantó, se dirigió hacia la mujer y esta le dijo:
—¿Estás bien? Llevas casi dos horas sentado en esa silla.

Milano, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

No tenían reserva, pero el japonés consiguió mesa.

Todo fue improvisado, el cambio inesperado de planes lo abocó a probar la cocina italiana.

El cartel de reservado fue retirado por el elegante camarero. "*Il lusso della semplicità"*, el restaurante de moda en Milano, era el lugar elegido. El dueño, un hombre glamuroso, alto, un poco alocado y con el pelo largo y crespo. Llevaba unos tejanos negros rotos, una camisa tejana y un enorme anillo con forma de calavera.

Consiguieron la mesa por suerte, la combinación entre una anulación y un contacto del japonés.

Chihiro y Ayari Nakamura comenzaron a disfrutar de la comida. El reflejo dorado del techo del mismo color creaba una áurea de templo greco-romano al espacio gastronómico. Curry, calabacines fritos, canela y tomate con albahaca, eran los olores que escapaban de las sartenes que celosamente guardaban en la cocina con estrellas Michelín.

La pareja Nakamura no eran grandes amantes de la cocina, les gustaba, pero nunca hubieran gastado tanto dinero en un plato de pasta de un italiano con el pelo largo que parecía un guitarrista de San Francisco escapado del manicomio. Era un acto social. Inmortalizar el momento, colgarlo en las redes sociales y explicarlo a los millonarios "amigos" de Tokio.

Los atentos camareros comenzaron a llevar los primeros platos de la cadena que incorporaba el menú degustación.

Ayari conservaba el enfado y el recelo del engaño que esperaba resolver en los días que le restaban para estar en Italia. La mujer, mucho más desapegada del suelo, era feliz con poco.

El matrimonio adoptó una expresión totalmente sorprendida. Lo que era un acto social, se reveló una auténtica experiencia gastronómica y cultural.

La mujer, con las manos juntas y la boca abierta con cada plato que se le presentaba delante, hacía fotos con su teléfono.

Sorprendidos por el aspecto, atónitos por el sabor.

Los manjares fueron llegando hasta perder la cuenta, de igual manera los vinos, uno diferente por cada entrega. Las risas y la poca lucidez se habían colado en la mesa.

En medio del alboroto de todas las mesas completas, habitual en el

restaurante, un hombre vestido de cazadora de piel negra entró por la puerta de forma natural. Llegó hasta la barra, habló un momento con el camarero detrás de ella. Este dijo no con la cabeza y, después de dar las espaldas a los comensales, el camarero le sacó una cerveza y este se puso a beberla en la misma barra, la cual no estaba diseñada para eso.

El japonés se percató de aquel individuo que desentonaba con el ambiente, apoyado en la barra, solo, tomando una banal cerveza. No le dio más importancia de la que podía tener y siguió con sus platos estrellados.

Las risas siguieron, hasta que el forastero hizo un gesto extraño. Ayari vio que el hombre de la barra hablaba, acercándose la mano y curvando el cuello. Un acto extraño, pero se encontraba en un lugar extranjero, de usos y cultura diferente.

«Locos hay por todas partes», pensó en su interior.

A los pocos segundos, se oyó un estruendo. La puerta del restaurante se abrió de golpe y varios gritos incomprensibles para el japonés se sucedieron.

En lo que se tarda en pestañear, unos hombres entraron en el restaurante y se colaron entre las mesas. Veinte personas vestidas de negro estaban repartidas dentro.

El individuo en la barra apuntaba con su dedo al japonés con la boca abierta, gritando.

Los hombres llevaban un traje de asalto, un casco de protección, un fusil en mano y un escudo en el pecho. A los pocos segundos, el japonés se encontró con cinco hombres apuntándole a la cabeza.

Los demás agentes estaban desalojando el restaurante de clientes. Con la cabeza agachada, salían en fila india, como si estuviesen en un atentado.

En cuanto Ayari se enteró lo que sucedía, se quedó petrificado, con el tenedor temblando en la mano.

Los agentes especiales, les gritaban, movían el arma hacia abajo, como si quisieran que bajaran las manos.

Ayari empezó a temblar por completo, se bloqueó, no sabía qué hacer, los agentes insistían, hasta que los esfínteres se abrieron y la orina comenzó a bajar por sus pantalones, creando un charco en el suelo.

Los agentes gritaban cada vez más altos, pero los oídos del japonés se habían cerrado, dejó de escuchar, las voces estaban lejos, como en un efecto túnel.

Y cuando menos se lo esperaba, un agente por detrás le cogió las manos y le aplastó la cabeza dentro del plato, acabando con la mejilla en la salsa roja. Tanto la mesa, como su camisa, quedaron salpicadas de gotas de tomate.

El japonés estaba viviendo una pesadilla. Después de ser excluido del concurso, y haberse enterado de que su coche era un falso, ahora unos policías del cuerpo especial le tenían con los brazos torcidos y la cabeza en un plato de salsa de *pomodoro*.

La presión del agente le cortó la respiración, la humillación se convirtió en dolor y rabia.

Lo levantaron, sucio del líquido rojo que le goteaba por la cara hasta los pies y las pequeñas gafas torcidas. La mujer gritaba en japonés moviendo las manos y botando en la silla. Los pocos espectadores del restaurante que quedaron y los policías no comprendían qué decían, aunque podían intuirlo.

Pusieron una capucha en la cabeza del japonés y se lo llevaron con la misma praxis de un terrorista de Al Qaeda. Lo sacaron a la calle rodeado por la policía, con miedo de que algún francotirador pudiera dispararle desde una azotea. Lo introdujeron en un todoterreno con los cristales tintados y, a gran velocidad, con las sirenas en marcha, arrancaron chirriando los neumáticos. El convoy formado por cuatro todoterrenos de gran potencia pasó por el tráfico de Milano a gran velocidad. Las motocicletas de los carabinieri abrían paso y cortaban el tráfico en los semáforos que encontraban en rojo. Todos los movimientos del convoy venían monitorizados desde el aire; un helicóptero de los carabinieri los seguía y daba constantemente ubicación.

Las sirenas como un parteaguas rompían el caótico y gris tráfico de Milano. Hasta llegar a un penitenciario de máxima seguridad.

Las puertas se abrieron, las guardias en las torretas vigilaban apuntando con fusiles de asalto. Los vehículos arrancaron y entraron, uno a uno, en el túnel.

En el momento en el que las puertas se cerraron y los coches aparcaron en el garaje de la estructura, se hizo la llamada.

«El oso negro está en jaula.»

—Entendido. ¿víctimas?

«Ninguna.»

—¿Contratiempos?

«Ninguno»

—Excelente. Estoy de camino, en treinta minutos llegaré.

«Le esperamos.»

—Dejadlo en la celda de aislamiento total.

El comandante Nicola Siani colgó y dijo casi susurrando: «bien».

Se encontraba en la autopista regresando a Milano, directo a la cárcel de máxima seguridad de Milano, conocida como “Opera”. A todos los máximos exponentes de la mafia y de las coscas violentas de la península, los encerraban en la estructura más grande de Italia.

El japonés, considerado un carnicero y asesino despiadado por el presunto asesinato de Fulvio Volta, fue sustraído del restaurante y enjaulado como un máximo componente de algún brazo armado mafioso.

Se acercaba a la estructura con las sirenas desplegadas y adelantando por el carril de la derecha, como si la vida le fuese en ello. Conducía un agente de los carabinieri y el comandante, sentado en los asientos traseros, coordinó la operación del restaurante.

Marcó el numero de la detective.

—Marguerita, lo tenemos. El japonés está capturado.

—Por favor, que no se os escape la información, es alto secreto.

—Os envío la ubicación del penitenciario, os espero allí.

—En cuanto llegue lo voy a interrogar.

—Hasta ahora.

Colgó y les envió las coordenadas. La pierna derecha empezó a moverse compulsivamente, estaba nervioso, deseaba llegar, no era habitual encerrar a un psicópata de ese calibre. El día pintaba ser largo.

Centro penitenciario Opera, Milano, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

La puerta se cerró detrás de él.

La capucha negra en su cabeza le impidió ver en el trayecto, ni siquiera quiénes eran las personas que le extirparon de su vida. Seguía con los pantalones mojados de orina y de la humillación en el restaurante. El japonés creía que estaba viviendo una película del terror. Inmóvil como un cordero camino del matadero e imposibilitado de ver. Todo pasó tan rápidamente que no tuvo tiempo para razonar, pero eso no quitaba que se sentía como un criminal peligroso o incluso un asesino en serie.

El viaje a Italia no había resultado ser lo que esperaba, ni de lejos.

El vehículo se detuvo, los gritos volvieron a ensordecer los tímpanos del preso. La puerta se abrió y lo empujaron fuera. Por la tela que tenía en la cabeza se entreveía una estructura iluminada, puede que con puertas. Recorrió un pasillo recto, su respiración se intensificó. Un fuerte olor a lejía le llegó a la nariz. Las grandes y fuerte manos que le apretaban sus flacos brazos le indicaban por dónde tenía que caminar. Luego, entró en una estancia, le hicieron sentarse y le quitaron la capucha. De golpe, la luz lo convirtió todo blanco. El hombre se fue sin darle el tiempo a que los ojos del prisionero se adecuasen. Solo vio una figura negra que salía de la habitación y que cerró la puerta maciza que le quitaba su libertad de ciudadano japonés.

Sentado, esposado y solo, con sus pensamientos.

Tenía sed. Los ojos se acostumbraron a la luz.

La sala tenía cuatro paredes grises sin ventanas, solo una cámara en los cuatro puntos de la estancia. Lo estaban vigilando y esperando.

Pero ¿qué estaban esperando de él?

Él no había hecho nada más que comprar un coche equivocado a una persona equivocada.

¿Era eso delito en ese pequeño país europeo?

No se lo podía explicar, de la misma manera que las esposas empezaban a apretarle las manos, cortando la circulación.

Sus latidos bajaron, igual que sus esperanzas de salir indemne de ese lugar. Las pequeñas gafas de vista todavía se apoyaban en su nariz, no las perdió de milagro.

El tiempo pasaba, desconocía si llevaba minutos o horas en ese lugar, no tenía ninguna referencia temporal. Solo le tocaba esperar.

Pensó a su mujer, esperaba que estuviese bien, que hubiera avisado al consulado de su país para que lo buscaran y lo rescataran.

De repente, se abrió la puerta. Era lo que esperaba, que entrasen respuestas, o no; encima tenía que defenderse de algo que no había hecho.

Entró un hombre, solo, con una divisa de policía. En el pecho llevaba muchas condecoraciones, sin nada en la mano, barbilla levantada y pecho sacado, como un pavo.

Se sentó enfrente al japonés, maniatado y con las gafas torcidas, a punto de caerse. Detrás de estas, unos ojos rojos de cólera. Los dos se miraron. El japonés tenía una expresión entre desconsolada y rabiosa. En su interior pensaba, «a ver con qué me va a salir este.»

El agente lo miró, sin decir nada, observando su reacción.

A los minutos de mirarlo fijamente, le dijo en inglés:

—Me llamo Nicola Siani, soy el comandante de los Carabinieri. Usted se encuentra en el complejo penitenciario Opera en Milán.

El japonés entendió lo que dijo, pero ni se inmutó, solo pestañeaba.

El policía espero y siguió.

—¿Sabe por qué está usted arrestado?

El japonés no dijo nada.

—¿Tiene idea por qué ha sido metido en una cárcel de máxima seguridad?

El japonés lo miraba fijamente por encima de sus lentes. Inmóvil.

—¿No me quiere contestar? ¿No cree que tardaríamos menos tiempo si usted declarara para ahorrarnos esta situación incómoda?

El japonés inflexible.

—¿Así que no quiere hablar? ¿Conoce a un individuo que se llama Fulvio Volta? ¿Sabe dónde vive o trabaja?

El japonés levantó una ceja, comenzaba a intuir por donde podían ir los tiros. Pero hizo como los erizos, siguió encerrado en sí mismo y con las púas hacia fuera.

El comandante siguió durante muchos minutos intentando que el prisionero hablase, pero sin éxito, hasta que, ya desesperado, a punto de levantarse, el japonés dijo una palabra, una sola.

—Abogado.

El comandante entendió y tuvo que acatar, las cámaras estaban grabando, era inútil seguir. Se levantó e hizo una señal con la cabeza a la cámara.

La puerta se abrió y el comandante la cruzó.

La sala detrás del cristal parecía un moderno estudio de grabación, con varias pantallas que grababan. Las esposas tenían incorporadas un sensor para medir la presión sanguínea.

—¿Qué os parece? —preguntó el comandante a los agentes

encargados de observar tras las cámaras.

—Nada, un témpano de hielo —contestó uno

—No responde a los impulsos de las preguntas, parece desorientado.

—Diría extrañado, molesto, amorfo —contestó el otro policía.

—Dejadle un rato más allí, ya veréis como se le pasan las ganas de no hablar.

—¿Y el abogado?

—Tenemos tiempo, de momento no lo llaméis. Que espere.

El comandante, con parsimonia, se fue a buscar un café. Una vez sacado de una máquina expendedora, de vuelta a la cámara de control de la celda, se encontró a los dos detectives.

—Buenos días, bienvenidos a Opera. No os esperaba tan pronto, pero mejor, seguidme.

Los detectives acataron y entraron los tres en la sala de control. Los dos miraron la escena, el japonés se encontraba inclinado en la silla, con las gafas torcidas y una cara desesperada.

El comandante les informó del éxito de su interrogatorio.

Se quedaron quietos y en silencio, mirando al peculiar individuo.

—¿Y ahora? —preguntó Marguerita

—Nada, toca esperar.

—¿Y qué es lo que vamos a esperar?

—Que reflexione.

La mujer compuso una expresión en la cara de disconformidad.

—Nicola, déjame entrar a mí.

Los dos hombres la miraron extrañados.

—No, no entres —interrumpió Bruno.

El comandante arrugó el ceño.

—Soy mujer, tengo más posibilidades de que hable. De perdidos al río.

La mujer insistió.

—¿Sabes que no es legal?

—Usted, ¿con la experiencia que tiene me dice eso? Seguro que encuentra un resquicio legal para justificarlo. ¡Yo entro!

La mujer ,sin esperar la respuesta, se dirigió hacia la puerta, a punto de entrar a interrogar al japonés.

—¿Estás segura? —preguntó Bruno

—¡Claro! No te preocupes, no me va a hacer nada.

La mujer mostró un gesto impasible, no obstante, su pulso subió, sintió calor, los recuerdos reflotaban en la mente y la tensión subía. El cuerpo de agentes secretos le enseñó a controlar sus emociones en situaciones difíciles.

¿Era esa una situación difícil? ¿Habría necesitado quitar el polvo a sus habilidades?

Esperó a que se abriera la puerta, así tendría la respuesta.

En algún lugar de Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

Despertó sobresaltado.

Una sensación extraña lo hizo desplomarse del sueño en el que estaba. Abrió la boca como un pez para respirar, el susto fue tremendo. Estaba empapado, el cambio de ritmo cardíaco era para que le viniera un infarto. Rizzato recibió un cubo de agua en la cabeza. Primero se sintió mareado, la dosis de adrenalina fue tremenda, luego el agua le refrescó el calor y la humedad de la estructura en la que estaba.

Se dio cuenta de que seguía atado a la silla, en el mismo lugar, en el fondo de la piscina. Al no poderse mover por estar siempre sentado le provocaba un dolor tremendo a la espalda.

Se dio cuenta de que su secuestrador estaba frente a él, quieto, mirándolo, con su máscara puesta. Guardaba las manos detrás de su espalda, observando la reacción del valioso rehén.

—Es hora de que obtengas la redención por tus pecados —dijo el individuo con la voz de robot.

—¿Redención? ¿Pecados…? ¿Quién eres?

—No me conoces, no me has visto nunca. Y nunca has querido saber nada de dónde vengo.

Gian Paolo se encontraba con un hilo de fuerza, tantos días sentado en una silla alimentado con suero, lo hacían sentirse mareado y creía estar viendo alucinaciones.

—¿Sabes qué es este sitio?

La cabeza de Rizzato oscilaba por el mareo.

—Tu conciencia, tu Karma. Lo que has hecho en tu vida al final se resume en esto. Una casa grande y una piscina vacía, sin nadie y sin ningún tipo de salvación. Un lugar estéril, vacío, solo con tu propia orina.

—¿Cuánto quieres? Te doblo la cantidad que estés pensando, te doy todo el dinero del mundo, solo déjame marchar. No puedo más.

—Todo con dinero… solo sabes arreglar las cosas con eso, con el sucio dinero que has hecho en mis tierras hasta robarnos la dignidad. Me avergüenza verte así y saber lo que sé de ti.

—¿Qué sabes? ¿Qué crees saber tú?

—Sé mucho más de lo que crees. En Kiev está tu redención.

El individuo con la máscara sacó una pistola y le apuntó a la cabeza. Rizzato sintió que llegaba su momento, el pequeño orificio de la pistola, se convirtió en algo enorme al estar tan cerca. La pistola temblaba y Rizzato aceptó su destino, cerró los ojos y esperó a que su verdugo apretara el gatillo. Comprendió que era la salida más fácil y rápida del fondo de la piscina. Pensó en Anna, su primera mujer, los últimos pensamientos fueron para ella.

La presión en el gatillo era cada vez más fuerte, faltaba un soplo, cuando desde su pantalón el teléfono móvil sonó.

—Mierda.

Apartó la pistola, el sudor bajaba detrás de la máscara por el calor y la tensión.

—Dime.

—Sí, sigue vivo.

—¿Ahora?

El individuo resopla.

—De acuerdo voy.

Y cuelga.

—¡JODEEER!

Guardó la pistola.

—Te has salvado por ahora. Disfruta de unas horas más de tu vida, aquí abajo, en la piscina de tus pecados.

Luego trepó la escalera y desapareció. Rizzato abrió los ojos, desconocía si tenía que agradecer aquel día más o maldecirlo.

¿Qué pecados había cometido en Kiev? ¿Tan terribles para haber acabado en ese lugar?

* * *

Oficinas centrales Rizzato, Carpi, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

Marta entró por la puerta.

La reunión se detuvo de golpe. Los sindicatos seguían discutiendo con Renato y los abogados de la empresa.

—Renato necesito hablar contigo.

Renato se levantó y fue hacia ella.

—Disculpadnos un momento. Marta estamos en medio de un preacuerdo, por favor —dijo el hombre cogiendo a la mujer del brazo y acompañándola fuera de la sala por el mismo lugar que había entrado.

La llevó a la sala de al lado y se encerraron dentro, estaban solos.

—No puedo más, llevo tantos días sin mi Gianpy que no puedo más.

—Marta, aunque seas su mujer no puedes entrar e interrumpir las reuniones.

—Le echo de menos —dijo sacando el labio inferior.

Renato esperó un momento

—¿Y qué vas a hacer si no vuelve?

—Ay, no digas estas cosas, mi Gianpy volverá.

—Seguramente, pero quiero que estés preparada para lo peor.

Renato la abrazó. La mujer acababa de salir de la peluquería, su pelo olía a champús profesional. Ella se dejó abrazar. El contacto continuó más de lo debido. Ella movía la cabeza basculándola.

—Ya está bien, Renato.

El hombre seguía enganchado como un pulpo.

—Quiero que sepas, que pase lo que pase, yo estaré siempre aquí a tu lado.

—Aaajjjáá —contestó ella con un tono inesperado

—Para lo que necesites, estaré. Pase lo que pase.

La mujer se quedó inmóvil, como una estatua, sorprendida.

El hombre se separó y la miró.

—¿Entiendes?

—Creo que sí… —replicó mirándolo de lado, sorprendida del gesto inesperado e inoportuno.

Ella dio un paso al lado, mirándolo de reojo y se acercó a la puerta.

—Me voy, Renato, gracias por tu comprensión.

Cerró la puerta y se fue azotando sus tacones en el mármol.

Renato se quedó dentro, con una sonrisa lateral, misteriosa.

Centro penitenciario Opera, Milano, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

Sonó una sirena y se abrió la puerta.

La mujer vio al preso delante de ella. El olor de lejía que abundaba en el centro se esfumó por el alcalino de la orina, el japonés seguía con los pantalones mojados. Ni siquiera se molestó en mirar para ver quién entraba. Fijaba la vista en la pared como un autista.

Marguerita entró, cogió una silla y se sentó enfrente del preso.

Mientras tanto, el comandante ordenó a los agentes de las cámaras que dejasen de grabar. El punto rojo en las cámaras desapareció, sin embargo, la imagen y el sonido seguían llegando a la habitación.

Marguerita entró en el campo visual del japonés, las dos miradas se cruzaron. El fondo oscuro del ánima del japonés se reflejaba en los ojos de la mujer.

Le costó esfuerzo aguantar la mirada del hombre, la tentación de bajar la vista era enorme. Era un pulso, profundo, como la vida misma, el primero que la apartara, habría perdido.

Nadie quiso perder.

Entonces la mujer parpadeó y cogió la otra silla. La apoyó suavemente al lado del detenido, justo enfrente de él. Le arregló las gafas, colocándoselas en los surcos que dejaban en la piel.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó la mujer en japonés.

Los espectadores de la sala de control quedaron sorprendidos de que la mujer dominase el idioma del sol naciente.

—Me llamo Marguerita De Angelis y estoy aquí para ayudarle.

El japonés la miró de reojo. Reaccionó, pero no con el interés que ella necesitaba.

Se quedó callada pensando.

Miró a la cámara, pidió que le quitaran las esposas y que trajeran agua.

No recibió respuesta, insistió.

A los minutos entró un agente, dejó sobre la mesa una botellita de agua fresca, quitó los grilletes y, en lugar de irse, se quedó con las manos detrás del cuerpo delante la puerta, salvaguardando la incolumidad de la mujer.

El japonés, como un náufrago, agarró la botellita de agua envasada y se la bebió de un tirón. Acto seguido, se tocó las muñecas que presentaban unas hondas líneas rojas.

Marguerita miró al agente y aceptó su presencia.

—¿Ahora mejor?

El japonés asintió con la cabeza.

—¿Dónde se encontraba ayer por la noche?

—Cuando volvimos de Cremona, estuve en hotel todo el tiempo.

—Usted y ¿quién?

—Mi mujer, mi secretaria y mis ayudantes.

—¿Ayudantes?

Ayari la miró sin contestar.

La mujer levantó una ceja y se quedó extrañada.

—¿Tiene idea de por qué está aquí? —le preguntó Marguerita en japonés

—No.

—Por el asesinato de Fulvio Volta.

Los ojos del japonés de abrieron de par en par.

—Yo no he matado a nadie. Yo soy la víctima.

—¿Víctima?

—Ese hombre me tenía que devolver mi dinero, me ha estafado. Me vendió un coche falso.

—¿Cuándo?

—En la subasta de Tokio.

—¿Se refiere al Auto Union?

—Me tenía que devolver dinero. Ahora mira, estoy encerrado. No entiendo a Italia, no volveré jamás. Sois un pueblo loco. La víctima acaba siendo tratada como un criminal. ¿Esto es normal en Italia? Es el país de las contradicciones. El estafador es juez y la víctima está en la cárcel.

—No se preocupe, le vamos a sacar de aquí —dijo la mujer cuando se percató de un detalle, un tatuaje que sobresalía de la manga de la camisa un par de centímetros después del reloj.

Se sorprendió, involuntariamente se tiró hacia atrás y levantó las cejas, no consiguió disimularlo. Ayari lo notó.

—¿De qué parte de japón es?

—Tokio

—¿Y a qué se dedica allí?

—Vosotros diríais “Business Man”.

—Ya —contestó sin estar convencida.

—¿Es usted un componente de la Yakuza?

El hombre se puso con la espalda recta, giró la cara hacia otro lado y se bajó el puño de la camisa.

—Ese tatuaje lo conozco muy bien, aunque lo quiera esconder. —La mujer se tomó un momento—. Representa la mafia japonesa. Apostaría a que su cuerpo está lleno de tatuajes. ¿Es así?

El capturado se volvió a esconder en su silencio.

—Estoy aquí para ayudarle, pero necesito que hable.

—Usted no sabe nada de la Yakuza.

—Sé mucho más de lo que cree.

El hombre se giró con los ojos rojos de rabia.

—No he matado a nadie en Italia. Solo he sido estafado por el pueblo italiano. ¡No me haga enfadar, niña ignorante y presuntuosa! Cuando usted viva en Tokio y sepa que es ser un niño de la calle y que solo tienen una vía de salida para comer, entonces vuelva a decir que sabe lo que no sabe.

El japonés se calló y la miró. En su interior siguió hablando sin expresarlo.

—Quiero a mi abogado.

—Disculpe si le he ofendido, no era mi intención. No he nacido en Tokio, pero, por desgracia, he vivido mucho más de lo hubiese querido vivir en Tokio. Así que sé perfectamente de lo que hablo, pero entiendo cómo se siente. —Silencio—. Llamaremos a su abogado.

Marguerita se levantó e hizo un movimiento con la cabeza al agente, este abrió la puerta y salieron de la estancia.

Sonó el teléfono.

En cuanto la mujer pisó el pasillo, su móvil se activó.

Era Rafael.

La mujer se apartó del agente que la acompañaba y con voz tenue contestó.

—¿Qué has descubierto? Hoy quiero solo buenas noticias, si no ya estás colgando.

«Hola, jefa. ¿Adivina quién ha vendido el coche al japonés?

—¡Sorpréndeme!

—Taylor O'Connors, en una subasta en Tokio. Pero lo mejor no es eso, lo mejor es que quien lo vendía era una sociedad de las Islas Caimanes a nombre de un tal Fulvio Volta, entre otros… ¿lo conoces?

—Digamos que lo conocía.

—¿Ha muerto?

—Bastante.

Los dos se quedan en silencio.

—¿Y ahora, jefa?

—Has dicho que la sociedad estaba a nombre de Fulvio Volta, ¿y de quién más?

—Son participaciones cruzadas de sociedades pantallas en paraísos fiscales.

—Necesitamos esos nombres, Raphael, ponte en marcha.

—Me llevarán días averiguarlo…

La mujer se quedó callada.

—De acuerdo, jefa, me pongo ahora mismo.

—Buen chico. Mantenme informada. —Y colgó.

Guardó el móvil y entró en la sala de control donde estaban Bruno y el comandante.

—No sabía que hablabas japonés —dijo Bruno.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

El comandante miró Bruno de reojo, este se quedó callado.

—¿De qué habéis hablado?

La mujer les explicó lo de la mafia, del tatuaje que le había visto y de los que podría tener por todo el cuerpo. Les explicó lo de la estafa del coche.

—¿Tiene coartada? —preguntó el carabiniere.

—Dice que estuvo en hotel desde que volvió de ver a Fulvio.

—Mis agentes lo están comprobando. ¿Y a ti qué te parece?

—Me da mala espina esa gente, los conozco demasiado bien. Es gente muy violenta y vengativa. Si él no ha sido, cosa muy probable, podría haber sido alguien de su confianza, incluso alguien asentado en Italia de la mafia japonesa, la Yakuza.

—Bien, seguiremos esa línea de investigación.

—¿Te puede ayudar ver el cuerpo del japonés sin ropa?

—Solo puede ratificar mis sospechas, pero creo que sí.

El comandante cogió el teléfono y marcó un número.

—Llevad al preso a la zona de internado. Que alguien esté presente en el cambio de ropa del preso, informadme si tiene algún tatuaje en su cuerpo, por pequeño que sea. Hacedlo disimuladamente.

Y colgó.

—A ver qué nos dicen. ¿Qué más has averiguado?

—De él, poco más. Sin embargo, he recibido una llamada muy interesante. ¿Sabéis quién vendió el Auto Union al japonés? El mismo Taylor O'Connors y era propiedad de Fulvio Volta.

—Blanco y en botella.

—Por eso el japonés puede que lo haya matado.

—Claro, se enteró de que lo había estafado y lo quiso matar…

—Nadie estafa a alguien de la mafia japonesa, es un insulto, una deshonra, un estigma. Se merece una venganza sonada y, sobre todo, profunda.

Bruno levantó la nariz, hizo un guiño con la boca.

—Hay más, creo que el próximo en la lista es Taylor. En la cárcel o no, si la mafia japonesa tiene la orden de matarlo, da igual si tenemos a Ayari dentro, va a ser implacable, lo van a despellejar vivo si lo encuentran.

—Tienes razón. Hay que cogerle antes de que escape y que lo encuentre la mafia japonesa.

—Yo tengo su número de teléfono, a lo mejor me responde.

—Buena idea, llámalo —contestó el comandante.

La mujer buscó el contacto y lo llamó.

—Suena, está encendido.

Al tercer tono le colgaron la llamada.

—Ha colgado.

—Puede ser un error, insiste.

La mujer volvió a probar y encontró el móvil apagado.

—Ha apagado el móvil.

—Desde luego, no es una buena señal. Activaremos su búsqueda y captura en todo el territorio italiano y pasaremos la información a la Interpol.

Al acabar de hablar, el jefe al mando de los Carabinieri realizó una llamada desde su celular y generó una orden de búsqueda del subastador.

Se quedaron hablando de los detalles entre los tres, se olvidaron de comer y el tiempo pasó sin darse cuenta, en una habitación sin relojes ni ventanas.

Bruno notaba en su interior que algo rechinaba, no las tenía todas

con las pistas y sospechas que tenían encima de la mesa. Algo no funcionaba en su interior. Pero, como muchas veces en su vida, no siempre tenía razón.

El teléfono sonó, un agente descolgó.

—Sí.

—Ahora se lo paso. Comandante, es para usted.

Se acercó y cogió el teléfono.

—Siani.

Levantó las cejas y se giró hacia la mujer.

—Entendido. —Y colgó.

—Tenías razón sobre el tema de los tatuajes.

—¿Tiene alguno más? —preguntó la mujer.

—¡No, tiene el cuerpo lleno! No tiene espacio vacío donde se vea la piel blanca.

—Eso explica muchas cosas, cuanto más tatuajes, más rango tienes dentro de la jerarquía.

—Pues tenemos a nuestro hombre.

Siguieron haciendo conjeturas sobre los pasos siguientes, hasta que a media tarde decidieron volver al hotel, ya que allí ya no podían hacer nada más. Se verían el día después en la comisaría de Modena.

Los dos detectives se despidieron del comandante y se dirigieron al aparcamiento subterráneo del complejo penitenciario.

La mujer sintió la fatiga de tantos días en los hombros, multiplicando la fuerza de la gravedad.

—¿Sabes una cosa?

Bruno la miró.

—Estoy muy cansada, ¿te apetecería conducir?

—¿Y Morel?

La mujer se acercó el dedo índice a la boca e hizo:

—Sshhhhhh.

A Bruno se le iluminó la cara, cogió las llaves y, como un niño pequeño la mañana de los Reyes Magos, se puso en el lugar del conductor.

—Vaccaboia. Pues sí que has tardado.

—¡No te equivoques! Es solo por hoy, así iré durmiendo.

Bruno arrancó el coche, salió del edificio y se dirigió hacia la autopista. Llevaban un día intenso y se merecían un descanso, pero las sorpresas aún no habían acabado para los dos detectives.

Autostrada, Italia.

Jueves, 20 de mayo.

Siete días después del robo.

La carretera fue suya.

Bruno había deseado agarrar el volante cada vez que la mujer ponía en marcha el motor del viejo Panda. Su instinto de conducir, reparar, querer a los coches y sus motores era incontrolable, solo frenado por una promesa a Morel. La oportunidad que la mujer le había brindado era exclusivamente para saciar las ganas momentánea, pero, para Bruno, ya eran suficientes. El día siguiente ya llegaría y la mujer volvería a conducir, lo único que le quedaba era saborear ese momento.

En la carretera era libre.

El tráfico nocturno en la arteria italiana era casi inexistente, solo algunos escasos camiones rezagados. El atardecer finalizaba a su derecha, tintando las pocas nubes que pasaban por el cielo de un tenue rosa pastel. Marguerita, con la cabeza apoyada en el cristal, había caído rendida por el agotamiento.

La satisfacción del piloto al ver la escena se delataba en su sonrisa. A pesar del problema en el que estaban metidos, la nueva realidad lejos de su Andalucía y de su circuito, al lado de una mujer que solo conocía desde hacía una semana, le producía gozo.

Mientras miraba la carretera, en su mente repasaba lo que había pasado hasta la fecha. Los sucesos, los indicios, las pistas encriptadas de Calogero, la desaparición del Auto Union, el japonés, el comandante de los Carabinieri, Renato, la enigmática mujer de Rizzato. Una menestra mental que se encasillaba entre las líneas blancas que tenía delante y que formaban un binario hacia su hotel y, esperaba, hacia la solución.

El estado de concentración involuntario le permitía ver sobre la mesa todo con mucha claridad e, incluso, le daba la sensación de que la solución podía ser aún más sencilla de lo que creía o de la que los culpables les querían dibujar.

Apareció el cartel verde con el escrito “Carpi”. Su salida había llegado.

Abandonó la autopista, entró en una caseta de peaje y pagó.

La mujer se despertó de repente.

—¿Ya hemos llegado? —dijo incorporándose como si se arrepintiera de haber dejado solo al piloto sin hablarle—. ¡Qué rápido!

—Marguerita, has dormido dos horas del tirón.

Una expresión de sorpresa se dibujó en su cara.

El viejo Panda abandonó la caseta y tomó la carretera estatal hacia el hotel. La vía iluminada por las farolas contrastaba con el atardecer rosa.

Bruno se detuvo en un semáforo, las luces del coche posterior le molestaron, apuntaban muy alto. Torció el retrovisor, mientras decidían dónde cenar aquella noche.

El semáforo se puso en verde y arrancó el Panda. A los cincuenta metros, se percató de que algo no le acababa de convencer. Sin dejar de hablar con la mujer, volvió a arreglar el retrovisor, algo le llamó la atención.

La carretera que conectaba la autopista con el centro de la ciudad tenía curvas y se recorría con una velocidad casi urbana.

El vehículo que los seguía se acercaba demasiado, pareció una furgoneta. Entró en el radar de Bruno, pero no lo consideró una amenaza, hasta que, al llegar a la primera curva, sin preaviso, la furgoneta embistió al pequeño coche.

El golpe fue seco y tremendo. Inesperado y calibrado.

La furgoneta empujó al Panda a la cuneta, al inicio de la curva, justo donde se encontraba un poste de teléfonos.

Bruno intentó dar un volantazo para contrarrestar la dirección que había cogido el coche, pero sin éxito. Los neumáticos del pequeño coche chirriaron en el asfalto; luego arrancaron la tierra hasta detenerse contra el poste.

La mujer no entendió nada, todo sucedió en décimas de segundos, no le dio ni tiempo de gritar.

Justo ante de chocar, Bruno, de reojo, miró al vehículo que lo estaba embistiendo, era una furgoneta negra, y se quedó con dos números de la matricula, el 69.

Los cinturones sujetaron los cuerpos de los detectives, pero no la rabia.

El golpe fue duro, el poste reforzado de hormigón no se movió. Los detectives se quedaron inmóviles dentro el coche por unos segundos, Marguerita sin llegar a ser consciente de lo que acababa de suceder.

El motor se apagó. En capó arrugado un palmo hacia el cristal delataba que no volverían a escuchar su viejo rugido.

—¿Estas bien? —preguntó Bruno

La mujer se miró, se tocó la cabeza con las manos por si tenía heridas.

—Sí, creo que sí. ¿Y tú? —Entonces, de golpe, bajo el efecto de la adrenalina, gritó—: ¿PERO QUÉ HA PASADO?

—Una furgoneta nos ha embestido. ¿Es que no la has visto?

—¡Qué quieres que haya visto! Mira, nos hemos quedado sin

coche.

El hombre se quitó el cinturón y fue a ayudar a la mujer para salir del coche empotrado y torcido contra el poste y en la honda cuneta.

Marguerita salió y Bruno la abrazó en el borde de la carretera para quitarle el espanto generado por aquel pirata de la carretera.

Pasaron un buen rato así, Marguerita dejándose abrazar y llorando compulsivamente para expulsar el miedo que le había generado el accidente.

—SHHHHH, tranquila, tranquila. Ya está, ya ha pasado. Estoy aquí contigo —dijo Bruno acariciándole el rostro—. Sabes, creo que vamos por la vía correcta.

—¿A qué te refieres? —dijo entre sollozos.

—La investigación, va por la dirección correcta. Eso no ha sido un accidente, nos querían quitar de en medio. Somos incómodos y estamos levantando información demasiando rápido.

La mujer miró a los ojos a Bruno y le dijo:

—Yo te protegeré.

Bruno rompió en una sonora carcajada y respondió.

—Gracias, Marguerita.

—Llámame Rita, por favor.

El italiano sonrió y la besó.

Al cabo de un rato, Bruno cogió el teléfono. Desbloqueó la pantalla y marcó un número.

—Renato, tenemos un problema.

Hotel Touring, Carpi, Italia.

Viernes, 21 de mayo.

Siete días después del robo.

La noche anterior fue trascendental.

Un punto de inflexión. Una respuesta. Una amenaza complida y nunca verbalizada. Un mensaje intrínseco que no dejaba lugar a dudas. No era nada y lo era todo.

Tenía razón cuando decían que el tiempo lo pone todo en su sitio.

Entonces, ¿el sitio de los detectives era el poste, al lamerlo y arrugar el viejo coche?

Sí, según el conductor de la furgoneta negra. Él o quién lo envió.

El misterio de la furgoneta con el 69 en la matricula. Eligió la zona perfecta, justo en el tramo fuera de todo tipo de cámaras y sin poder dejar rastro informático.

El lugar perfecto, porque sabían que, para llegar al hotel, esa y solo esa era la carretera de vuelta, por allí tenían que pasar.

El momento perfecto, con un tráfico nulo.

El mensaje intrínseco era claro y Bruno lo entendió muy bien. Sabían de sus pasos y no querían que hiciesen más.

Claro. Cristalino. Sin embargo, no conocían la parte más importante, que Marguerita y Bruno no se iban a parar ante a nada y por nadie del mundo.

Sin embargo, la verdad se transmutó en un coche plegado, cobrando la forma del poste. Humeaba, como un viejo guerrero que había acabado su última batalla, bajando los brazos ante el aplastante veredicto que la guerra se había acabado, allí, en ese momento, contra un poste que representaba mucho más de lo que aparentaba.

Bruno era consciente, lo sentía, de repente escuchó los gritos silenciosos del coche. Se acercó y lo tocó. El vaho sobresalía desde el capó arrugado, como los últimos alientos del guerrero.

La energía que desprendía al acariciarlo, lo asustó. Fue como un chispazo. Retrajo la mano instantáneamente, sintió dolor y desolación. Asustado, se quedó mirándolo hasta que las luces de una grúa tiñeron la escena nocturna.

Llegó como una ambulancia, para llevarse al viejo guerrero hacia su destino, uno en el que nunca más se cruzaría con Bruno.

* * *

A la mañana siguiente se levantaron maltrechos.

Los dos detectives se despertaron doloridos. El dolor de espalda apareció como un viejo despertador de campana. Las consecuencias del golpe contra el poste de teléfonos, no se notaron en caliente, pero el día después resultó ser más fuerte de lo que podían imaginar.

El violento impacto dejó los detectives tocados tanto en lo moral, como en lo físico. Sentían que iban bien encaminados, pero asustaba el callejón donde se habían adentrado.

La noche anterior, con el golpe, en caliente, Bruno se sentía fuerte, respaldado por su coraje y valentía. Sin embargo, la mañana después, todo cogía otro color. La furgoneta consiguió con su acometido ofuscar la visión del italiano.

El miedo tomó el relevo, igual que el dolor de su espalda.

El cielo de Carpi tapaba la ciudad con nubarrones que amenazaban arrojar lluvia a la ciudad. La vegetación sentía los efectos del viento que olía a lluvia. La mordaza del calor atenuaba su presa.

Marguerita y Bruno, después de una ducha fría y un analgésico, bajaron a desayunar. En la sala del hotel, tomando un café, se encontraba Renato. Giraba las páginas del periódico en una mesa para cuatro.

Se percató de que llegaban los dos huéspedes. Los miró y agudizó la vista incrédulo por lo que veía.

Los dos detectives, casi cojeando, se acercaron con cara de no haber dormido.

—¿Qué os pasa?

—No preguntes. Parece que nos hemos tirado de un tren en marcha.

—No será para tanto…

Bruno lo miró y le enseñó una foto con el móvil del viejo Panda empotrado al poste de teléfonos.

—Bueno, pues a lo mejor sí. ¿Lo vais a denunciar?

—¿Para qué? —respondió Bruno levantando los hombros.

—¿Cámaras?

—Nada. Solo en la barrera. Luego nada, campiña.

—Lo peor será cuando se lo cuente a Morel… y que conducías tú —dijo Marguerita señalando a su compañero.

—Esa parte de la verdad podrías obviarla, creo que sería mejor

para todos —respondió Bruno.

Se sentaron delante de Renato cerrando los ojos por el dolor.

El camarero les tomó la nota de los cafés.

—Esto pinta muy mal, es mejor que vayáis a un hospital.

Bruno sacudió la cabeza.

—No tenemos tiempo. ¿Noticias de Rizzato?

—Ninguna. ayer hizo una semana. Estamos desesperados —respondió Renato bajando la mirada al diario, en este salía en la portada una foto de repertorio de Rizzato en un desfile de moda—; no puede ser que no tengamos noticias, los Carabinieri no se quieren pronunciar, pero no presagia nada bueno.

—Queremos ir a ver el depósito de Varese.

—¿Dónde? —preguntó Renato

—El lugar donde se custodia el Auto Union del japonés.

—¿Y qué esperáis encontrar?

—No sabemos por dónde tirar, a veces para avanzar hay que dar pasos hacia atrás.

—Lo que deberíais hacer es ir a un hospital para que os pongan un collarín.

—Rizzato no tiene tiempo para esas tonterías —contestó Bruno casi con enfado—. Necesitamos retroceder sobre nuestros pasos, para ver los detalles que hemos dejado, que no hemos sabido ver…

—Después queremos ir al taller Volta, donde se ha producido el asesinato.

—Y, ¿cómo pensáis ir a estos sitios sin un coche?

Los dos detectives se miraron a la cara sorprendidos, como si Renato los hubiese hecho aterrizar en el suelo desde su vuelo dogmático. El trastorno postaccidente no los había dejado ver algo obvio: se encontraban, otra vez, sin coche.

—Pues alquilaremos uno.

—Ya sé qué hace mucho que no vives por aquí, Bruno, pero en Carpi no hay negocios que alquilen coches.

Renato le contestó mirándolos como a unos ingenuos desprevenidos.

Metió su mano en la americana y sacó un objeto. Lo apoyó sobre la mesa y lo acercó a los dos detectives cubriéndolo con la palma de la mano.

Los miró y dijo:

—Esta vez, Bruno, procura no destrozar este coche también. Está aparcado ahí fuera.

Levantó la mano y estaban las llaves de un Alfa Romeo Giulia GTA del 2021.

Marguerita se giró hacia el otro detective y le dijo:

—Es verdad, comienza a ser una costumbre muy molesta la tuya,

hasta dolorosa.

Bruno vio las llaves y las cogió enseguida. El dolor se fue de golpe, como que un niño con un juguete nuevo.

—¿En serio? No te preocupes, prestaremos atención —contestó Bruno a Renato y concluyó hacia la mujer—: Tampoco es para tanto.

Marguerita asintió con la cabeza.

—Es verdad, tienes razón, no es para tanto, ¡entonces llamas tú a Morel!

—Tampoco te pases.

—Con una condición —dijo Renato—, que yo vaya con vosotros.

Bruno se extrañó y arrugó el ceño.

—En absoluto. ¡Categóricamente, no!

Renato se levantó y se tambaleó encima de su bastón.

—¡Voy a ir con vosotros!

—Renato, siéntate, es mejor que te quedes por aquí si llaman los secuestradores.

El *consigliere* seguía con el ánimo de león en el cuerpo de un anciano. La edad y la diabetes no le perdonaban el paso del tiempo. Los movimientos ni la vista eran lo que fueron, aunque las ganas no faltaban.

Los dos detectives comenzaban de nuevo, como si hubiesen retrocedido hasta algún punto inicial. Magullados, pero empujados a descubrir la verdad, y con la presión de que, cada día que pasaba, era una posibilidad menos para encontrar vivo a Gian Paolo Rizzato.

Renato les dio la herramienta para avanzar y, aunque quería acompañar a los detectives, alguien se tenía que quedar en Carpi por si los secuestradores se ponían en contacto.

Todo volvía a iniciarse, aparentemente lejos de la solución, como el momento justo antes del amanecer.

Empezaba un nuevo día para los detectives.

El tiempo apremiaba, cada día que pasaba, las esperanzas de encontrar vivo a Rizzato se iban esfumando. No tenían tiempo que perder.

El reloj no miraba a nadie a la cara. Las agujas no perdonaban, los humanos sí.

El potente Alfa Romeo corría por las autopistas de Italia, rojo como la sangre que corría por las venas de Rizzato. La ansiedad estaba tomando protagonismo entre los dos detectives; de igual manera, la aflicción en la espalda por el susto que les provocó el impacto contra el poste. Los asientos rígidos del deportivo, los envolvían dando alivio al dolor. El aire acondicionado, finalmente, refrigeraba el habitáculo del coche y, sobre todo, la rabia de los detectives.

La mujer aprovechó para llamar por teléfono a Morel; este, contra todo pronóstico, se preocupó más por la salud de los detectives que por el viejo coche.

Al colgar Marguerita sintió un tremendo alivio.

—¿Cómo ha reaccionado Morel? —preguntó Bruno

—Creo que mejor de lo que temía.

—No le has dicho nada de que conducía yo…

—Digamos que es un detalle que he obviado. Él no me lo preguntado y… ops, a mí se me ha olvidado de puntualizar —dijo la mujer encogiéndose de hombros.

Bruno Malatesta sacudió la cabeza y se le escapó una mueca en su sonrisa, sin mirarla, concentrado en la carretera. Al final, ese era el principio básico de una pareja, apoyarse, ser un puente, una conexión entre dos extremidades, confiar. Nadie la obligó a que hiciera ese gesto, por pequeño o grande que fuera, pero era en eso donde se veían las buenas relaciones, en los detalles. La vida era eso, pequeños momentos, particulares, peculiaridades que marcaban la diferencia. Y en los detalles estaba la grandeza. Eso era lo que pensaba Bruno. Y como le dijo Jürgen, su primer mentor:

“Dios y el diablo están en los detalles”.

Los dos detectives se dirigían hacia el depósito de los Carabinieri, en Varese, donde se encontraba el Auto Union del japonés. En la carretera se encontraron con un tráfico liviano, era un viernes de finales de primavera, pero muchos turistas comenzaban a dirigirse a pasar los días en los Alpes.

El depósito se encontraba en un polígono industrial a la salida de la autopista de Varese, casi abandonado. Un lugar que transmitía poca seguridad nocturna. Naves dejadas, carreteras descuidadas, con agujeros y suciedad fosilizada en los arcenes. Camiones estacionados en las carreteras a la espera de descargar, rezando por no ser atracados por la noche.

El lugar que el comandante de los Carabinieri les indicó, se encontraba vigilado por un guardia de seguridad de la policía municipal.

Los detectives aparcaron el coche justo al lado de la entrada. Al salir y notar en sus pieles el bochorno, se dieron cuenta de la comodidad del Alfa Romeo de Renato, con aire acondicionado, a diferencia del viejo Panda.

—*Buongiorno*. Somos Marguerita De Angelis y Bruno Malatesta. Venimos de parte del comandante Siani de cuerpo de los Carabinieri —dijo Bruno al Guardia municipal en la garita.

—*Buongiorno*, sí, nos han avisado de que vendrían, acompáñenme.

Los dos detectives se miraron con complicidad, sorprendidos por la eficiencia del comandante.

—¿Sabes cómo se llama esto? —preguntó a Marguerita mientras el guardia les abría el portón principal.

La mujer extrañada levantó los hombros.

—Encanto femenino de una pelirroja. El comandante te tiene muuuy en cuenta… —dijo con retintín.

El portón del depósito se abrió, dejando el acceso libre para que entraran los dos visitantes.

—Serás idiota. —La mujer le dio una palmada en la espalda—. Anda, tira

Bruno avanzó dolorido.

El espacio era inmenso, lleno de coches a cuál más lleno de polvo. Divididos por delitos o por algún orden que, para los detectives, era incomprensible. El coche secuestrado se encontraba cerca de la entrada, debajo de una lona.

Al entrar, los pasos del agente retumbaban en la enorme nave industrial, creando un inquietante eco.

Bruno se detuvo en medio del espacio, sintiendo una profunda pesadez en sus hombros. La fila de coches abandonados con sellos de colores y etiquetas en los cristales era interminable, casi incontables. El polvo incrustado daba a entender que llevaban mucho tiempo en ese escenario que, más que un depósito, para él era lo más parecido a un cementerio. Alguno presentaba algún agujero por arma de fuego en la carrocería.

El agente retiró la funda negra del vehículo y se apartó para dejar trabajar a los detectives. Sin decir nada.

El olor era una mezcla entre humedad y cemento de obra.

Los dos visitantes miraron el coche sorprendidos.

—Tanto hablar de este coche y ahora lo tenemos delante —comentó la mujer

Bruno se quedó callado, observando, en un silencio casi reverencial.

El bólido no era el de Rizzato, pero era exactamente igual.

La forma era asombrosamente aerodinámica considerando el año de construcción. La reja frontal, oval y oscura, era por donde entraba el aire para la refrigeración. Las finas ruedas sobresalían de la estructura. Estas diferían mucho de las actuales, mucho más estrechas y de gran diámetro.

Relucía.

La carrocería color plata llevaba una cera que potenciaba su falta de barniz, resaltando el aluminio desnudo.

El habitáculo, estrecho y gastado, confería aún más prestigio y respeto a los atrevidos pilotos de carreras de la época. Entre ese espacio y el final del fuselaje del coche se albergaba un revolucionario y potente motor, que en la época le permitió ser unos de los vehículos más rápidos y galardonados.

Abrió el capó, comprobó el número del chasis, el 3, y miró el motor. Luego lo cerró y le dio un par de vueltas, observando cada mínimo detalle, como si estuviese haciendo una radiografía visual.

—¿Qué pretendemos encontrar? —preguntó Marguerita.

Bruno se detuvo, no respondió, inmerso en su sosiego de veneración.

Cerró los ojos y levantó las manos, con las palmas hacia el coche.

Marguerita dio un paso hacia atrás y se quedó mirándolo.

Las pálpebras del hombre comenzaron a vibrar, como si notara algo, sin embargo, solo sentía interferencias, demasiado ruido interno igual que una meditación caótica, no conseguía concentrarse. No sintió nada, no vio nada.

Bruno se quedó inmóvil durante numerosos minutos, en vano, intentado domar el sexto sentido que sabía que albergaba, sin permiso, sin preaviso, como un parásito que no pagaba alquiler y salía cuando le apetecía. Quería domarlo, usarlo, aprovecharse del don que creía tener, pero era tiempo perdido.

Bajó los brazos.

Abrió los ojos.

Serio, delante del coche.

—¿Nada? —preguntó la mujer

Bruno sacudió la cabeza. No consiguió sentir nada, cambió su

estado de ánimo.

—Vámonos.

Caminó hacia la puerta y cuando estaba a un paso por salir, se giró y miró por última vez el Auto Union con la esperanza de algo que al final no fue.

Entraron en el coche. Bruno lo arrancó.

—¿Qué esperabas encontrar?

—No tengo ganas de hablarlo, no lo entenderías.

—Si lo intentaras, a lo mejor lo conseguiría.

Bruno hizo caso omiso a las palabras de la mujer, sacudido por su propia frustración.

Aceleró bruscamente, alejándose rápidamente del depósito de coches. Los neumáticos del Alfa Romeo GTA chirriaron en las intersecciones sobre el asfalto caliente.

Una vez tomada la autopista, Bruno rompió su silencio.

—Vamos al Taller Volta. Supongo que allí tendremos más respuestas.

* * *

Su rostro estaba tapado.

Se escondía detrás de un pasamontaña negro. La misión que acababa de realizar no requería la máscara, al contrario, la dejó dentro, en el mismo lugar del que salía.

Saltó al recinto.

Mario no pudo llevar a cabo la misión de noche, tenía que dejarla acabada esa misma mañana, las ordenes eran claras, tenían que acelerar el plan o se podía caer.

El taller Volta se encontraba vacío, precintado por la policía. Sin embargo, a Mario no lo detenían un par de cintas rojas con la palabra “Carabinieri” escrita en ellas, misiones más peligrosas hubo de llevar a cabo de dónde venía.

El plan se veía afectado por elementos más complicados de lo que al inicio se consideraban. No se podían permitir que encontrasen los secretos del coleccionista, eso hubiese sido el final de todo y de todos.

La misión era limpiar.

Purificar el ambiente. A grandes males, grandes remedios. Cancelar para siempre los secretos y los elementos que ponían en peligro el plan. Todo junto. Enterrarlos para siempre, para que jamás volviesen a molestar.

Mario cogió su teléfono.

—Paquete entregado.

Se quedó en silencio escuchando.

—De acuerdo, entendido, ahora mismo me voy a la Opera.

Mario encendió la música, sonaba una ópera de Puccini, Tosca. Subió el volumen.

La furgoneta negra arrancó desde la parte trasera del taller Volta. Se dirigió hacia la autopista, respetando los límites de velocidad, sin levantar sospechas, como si fuera un coche más en la carretera un día cualquiera del calendario.

Mario recogió el ticket y tomó la dirección hacia Milano, su próximo destino. No llevaba smoking ni tampoco se dirigía al teatro La Scala, iba a hacia otra Opera, para completar su obra, la misma que programó hacía tiempo la persona que lo rescató de su orfandad.

En algún lugar de Italia.

Viernes, 21 de mayo.

Siete días después del robo.

Atormentado.

Los recuerdos eran látigos aterciopelados que lo fustigaban.

Rizzato se revolcaba en los más oscuros y sucios pensamientos que su mente podía generar. Llevaba una semana sentado en una silla en el fondo de la peor de las piscinas. Solo disponía de pocos minutos al día para levantarse. Un individuo armado y con el rostro cubierto con una espantosa mascara lo hacía caminar. Lo mantenían al borde de la consciencia, para que fuese manso y no tomase decisiones que perjudicaran su vida, o peor aún, la misión.

La vida siempre fue generosa con él, hasta ese último viaje que lo llevó a entrar en el fondo de su carrera profesional, de su vida.

«¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Cómo pudo ser?»

No lo entendía, no lo recordaba.

Se acordaba de Mónaco, de Ambrosio, de Renato, de Bruno.

«¿Quién era Bruno?»

Se acordó de Kiev. Sí, de eso se acordaba bien. Seguramente la droga que le inyectaban en vena le permitía acceder a los recuerdos lejanos y no a los instantes antes del desenlace que lo arrastró hasta allí.

Rompió en un llanto, primero desesperado, no conseguía reprimirlo, alimentado por la adrenalina que tenía en el cuerpo. Luego, las lágrimas cambiaron de sabor, fueron cogiendo un gusto amargo.

Los recuerdos de Kiev tomaron el relevo. Renato y la misión en Kiev.

«Suerte que estuviste conmigo, Renato.»

Su mano derecha no quería, los esperaba un viaje largo el día después, quería que se fuesen a dormir.

Rizzato insistió, quería entrar en el local que le habían dicho, el más conocido, para los turistas y los más ricos de la ciudad de la vieja URSS. Era seguro, pero no recomendable.

El taxi paró delante del local, Gian Paolo pagó al taxista y bajaron. La noche era efervescente. No llevaban el atuendo adecuado, más bien de trabajo, pero les dio igual, Rizzato quería distraerse un rato.

Acababa de llover en la ciudad, las calles se encontraban mojadas. El local que tenían enfrente reventaba la uniformidad de los altos y

grises edificios de viviendas estatales.

Las luces que parpadeaban en el letrero luminoso del establecimiento se reflejaban en el asfalto mojado.

Rizzato le costó recordar, pero al final brotó en su interior como una revelación, se acordó del letrero luminoso: RED CARPET, **Caribean Pub.**

Un escalofrío lo atravesó como un rayo por la espina dorsal. Los pelos como escarpias por todo su cuerpo.

Rizzato pagó a la entrada y la joven mujer de marcados rasgos del este le entregó dos billetes de acceso.

Unos tenues focos iluminaban el local. Por todo su interior resaltaba un tejido rojo de terciopelo. Trasmitía pasión y energía. En el centro, una pasarela partía en dos el espacio central, donde una chica se contorsionaba alrededor de un palo. A su alrededor, había hombres que la miraban ondeando billetes verdes.

Por las paredes y alrededor de la pasarela, colgaban frutas y palmeras, colocados con la intención de dar una decoración caribeña.

Después de pasar por una barra y haber pedido un cóctel, se acercaron al espectáculo.

—¿Por qué hemos venido aquí? —preguntó Renato

—Tranquilo, *consigliere*, estamos a miles de kilómetros de casa, nadie se enterará. Disfruta del momento, disfruta del espectáculo — contestó Rizzato, luego introdujo la pajita de plástico en su boca e ingirió un buen trago del combinado.

La chica que estaba realizando su show cuando entraron los dos extranjeros acabó y se marchó. A su continuación, una voz desde los altavoces en el idioma local anunció el siguiente espectáculo. Los hombres presentes confluyeron en una ovación general. Entre los dos extranjeros se creó una expectativa por ver qué sucedía, o bien, quién salía de detrás del telón.

La música comenzó, era My Way de Frank Sinatra.

Se apagaron las luces y un foco iluminó a una mujer que salió de detrás de las bambalinas. Era una mujer morena, alta y esbelta, ojos claros y largas pestañas. Se movía con agilidad, bailaba a compás de la música, levantando sus largas piernas, como lo hacen las gacelas.

Vestía con ropa interior, casi trasparente, color turquesa, como sus ojos.

Rizzato quedó petrificado, con la boca abierta.

Los rasgos soviéticos la hacían interesante y exótica.

Los ojos de la bailarina y del millonario se cruzaron varias veces durante el baile, hasta que finalizó la música. Se detuvo delante del atento espectador forastero. Las chispas entre sus miradas saltaron por

todo el local.

Todos los hombres aclamaron el espectáculo finalizando en un sonoro aplauso, menos uno, Gian Paolo, que quedó preso de una mirada hipnótica.

Ella le guiñó el ojo, se levantó, aceptó la ovación inclinándose y se fue.

Rizzato se reincorporó.

—Necesito conocer a esa chica —dijo Rizzato

—No, no, pero ¡qué dices! Quédate aquí ¿Dónde quieres ir?

—Renato, no digas nada.

—Gian Paolo, no lo hagas, no te metas en líos. Por favor, te aconsejo que no vayas.

Rizzato miró a los ojos a su mano derecha y lo cogió de los hombros.

—Pase lo que pase, nos vemos más tarde en el hotel.

Renato permaneció en silencio.

Rizzato revivió aquel momento, desapareciendo en medio del resto de hombres, dejando atrás a su *consigliere*, porque, en esa ocasión, no siguió sus consejos.

* * *

En el mismo momento, pero en otro lugar de Italia, el comandante de los Carabinieri, Nicola Siani, entraba en un despacho del depósito de cadáveres de Cremona.

El despacho olía mayoritariamente a tabaco, aunque su inquilino intentaba disimularlo con ambientadores baratos. La luz entraba a plomo sobre los documentos ordenados en la mesa del forense. El cristal de la ventana se encontraba abierto para hacer salir el humo del cigarro.

El comandante se encontraba erguido delante del forense, leyendo el resultado de la autopsia.

—¿Sabe que no puede fumar en un edificio público? —preguntó el comandante sin quitar ojo del papel.

El forense se rio entre golpes de tos seca provocados por el consumo del tabaco.

—¿Y qué pueden hacer, jubilarme? Adelante. Que lo hagan, solo

espero eso, que me envíen a casa de una puñetera vez. Así podría disfrutar de los fines de semana en casa —contestó el forense con un cigarrillo humeante enganchado a los labios que daba la impresión de que estaba a punto de caer.

El carabiniere levantó los ojos con el ceño fruncido.

Con la mano derecha apartó el humo, para evitar respirarlo.

—¿Qué conclusiones saca de la autopsia del sujeto, Fulvio Volta?

—¿Qué pasa, que en Milán los carabinieri no saben leer?

Nicola respiró.

—Le estoy pidiendo su opinión —contestó ocultando su real estado anímico.

—El individuo fue primero estrangulado y posteriormente penetrado por el objeto contundente, pero una vez muerto, post mortem. Como verá en el informe, la arteria que lleva toda la sangre al cerebro fue obstruida, dejando marcas casi imperceptibles alrededor del cuello. Todas las arterias del cerebro se dilataron hasta quedar sin flujo sanguíneo cerebral y, en consecuencia, sin oxígeno. —El medico dio un par de golpes de tos y siguió—: Vaya, que os han montado un buen paripé.

—¿Usted cree?

—El tío que ha montado este teatrillo, sabía lo que hacía.

—¿Con su experiencia piensa que puede haber sido una mafia?

—¿Se refiere a la japonesa?

—… Por ejemplo.

El medico arrugó la boca sin dejar caer el cigarro.

—No creo, es una muy buena puesta en escena, obra de alguien meticuloso.

—¿Y los tatuajes?

—Esos son como los que se aplica mi nieta que encuentra en las bolsas de patatas fritas. Los pueden haber encontrado en cualquier lugar.

—Entiendo —dijo el carabiniere acabando de leer el informe—. ¿Puede hacerme una copia?

—Llévese esa.

—Gracias, me ha aclarado mucho.

El comandante, a punto de rebasar la puerta, se giró.

—Una última pregunta. ¿Usted cree que es obra de una sola persona?

—Analizando la escena del crimen, aunque un hombre fuerte pueda haberse servido de la ayuda de una polea, mi experiencia me dice que tenían que ser por lo menos un par.

—Gracias.

—¿Comandante?

Este se giró de nuevo y esperó a que concluyera el médico.

—Vayan ustedes con cuidado, esta gente no bromea.

—Los que deben tener cuidado son ellos, no pienso dejar libres a tales criminales por las calles. Pero, gracias.

El carabiniere hizo chasquear los talones de sus zapatos y abandonó la habitación sin decir nada más. Bajo su brazo, llevaba la carpeta de la autopsia de Fulvio Volta.

Salió del edificio y entró en su vehículo.

—Vamos al centro penitenciario Opera. Pon las sirenas, máxima prioridad —dijo Nicola al agente que le hacía de chofer.

El vehículo arrancó en medio del ensordecedor sonido de la sirena.

Nicola extrajo su celular, buscó en los contactos, apretó el botón de llamada y se acercó el aparato a la oreja.

—Juez, tenemos novedades.

Taller Volta, Cremona, Italia.

Viernes, 21 de mayo.

Siete días después del robo.

El taller se encontraba bajo precinto policial.

Una patrulla de los Carabinieri presidía el perímetro del taller, bajo la mordaza del sol a plomo del mediodía. El agente resistía en su puesto con las ventanillas bajadas. El lugar daba la impresión de estar abandonado, como después del paso de un tornado.

Los dos detectives se detuvieron enfrente del largo portón que daba acceso al parking del taller. Se miraron con complicidad, como si se estuvieron diciendo: «¿Y ahora qué hacemos?»

—Es un hombre —dijo Bruno levantando una ceja.

La mujer arrugó el ceño.

—Pierdes todo tu atractivo cuando me haces esto.

—¿Yo? ¡Es que es un agente! Si hubiera sido una mujer, hubiera ido yo —contestó Bruno levantando los hombros.

La mujer abrió la puerta del Alfa Romeo y con cara de pocos amigos se acercó al coche policial.

El agente se adelantó y salió también. Se puso la gorra reglamentaria.

—Lo siento, señorita, pero el recinto está bajo precinto, no puede acceder.

La mujer se le acercó y con aire algo coquetona le explicó quiénes eran y para qué habían venido.

Aun así, el agente no los dejó pasar.

—Ya, lo entiendo, entiendo que no soy nadie para que me puedas abrir, pero llame al comandante Nicola Siani. —La mujer le enseñó la pantalla de su móvil donde aparecía el contacto con el número de teléfono personal—. Verá cómo nos autorizará para entrar —dijo con amabilidad.

El hombre se puso firme, hizo el saludo militar chasqueando los talones de sus zapatos del uniforme, como si el comandante en persona se hubiera presentado.

Acto seguido, abrió el portón para que pudieran entrar.

A Bruno se le dibujó una sonrisa maliciosa, poco disimulada. Este bajó del coche, dejándolo detrás del de patrulla y entró al recinto con Marguerita.

Una vez dentro, el agente les abrió la puerta del edificio y los dos detectives entraron.

Todo estaba silencioso, tétrico, inerme.

El tiempo se había parado la noche del crimen. Pocas horas antes, en el mismo lugar del asesinato. Pocos minutos con Fulvio y nunca más.

Los relojes de la pared seguían avanzando, pero engañaban, en el Taller Volta el tiempo se detuvo en el momento de la muerte de su *alma mater*.

Atravesaron la exposición de los coches clásicos en venta, en estos se apreciaba una ligera pátina de polvo, el brillo de hacía unos días se había perdido, casi como en respeto al difunto, como si los coches guardasen el luto a la persona que los había restaurado.

El despacho seguía oliendo a óxido. Las cintas rojas de los Carabinieri impedían el acceso. El cadáver había sido retirado, sin embargo, las manchas de sangre seguían en el mismo lugar, recordando la barbarie que Fulvio tuvo que soportar.

—Pobre hombre —dijo la mujer

Bruno no dijo nada, la dejó mirando la escena del delito y rebasó la puerta del taller mecánico.

El espacio donde reparaban los coches era grande como un pabellón municipal. El taller se dividía por zonas de reparación. En la mayoría de las superficies se erguían puentes elevadores con coches encima. Coches de todos los colores, épocas y marcas. Algunos aún con los capós abiertos y con herramientas en su interior.

Bruno caminó por el espacio; al poco, los pasos de la mujer aparecieron detrás. Enganchadas a las grises y tristes paredes se encontraban plafones de herramientas ordenadas. La tétrica escena que presenciaron era casi apocalíptica, todo fue dejado a medias, como si una ola nuclear hubiera pasado y lo hubiera dejado todo a la mitad del trabajo haciendo desaparecer a los humanos.

Bruno, sigiloso en sus pasos y movimientos, se acercó a los coches y uno a uno fue cerrando los capós, para que los preciados motores no acumulasen más polvo.

De una forma espontánea, la mujer no hablaba, se movía delicadamente. El ambiente desvelaba una profanación del templo de Fulvio provocada por el asesino.

No tenían ni idea de lo que estaban buscando, y menos dónde buscar, pero los detalles siempre venían involuntariamente. Los asesinos siempre se llevaban algo de la escena del crimen y, en contrapartida, dejaban algo.

Pero ¿qué habían dejado…? O bien ¿qué se habían llevado?

Entonces Bruno sintió algo.

La sensación era clara, como cuando le venían los mareos por una

bajada de azúcares. La cabeza empezó a girarle.

Se extrañó. Llevaba mucho estrés en esos días, pero no para tanto.

Se tambaleó, sin que la mujer lo viera.

Cerró los ojos mareado, cada vez más. El desayuno fue normal, no podía ser una bajada de tensión provocada por la glucosa.

«¿Qué me pasa?», pensó para sí.

Entonces, al poco de que la sensación llegara hasta su máximo nivel, lo comprendió.

A su alrededor comenzaron a aparecer sombras, siluetas en movimiento, que trabajaban. Conseguía ver a los mecánicos del taller, como fantasmas, claros, los tenía delante, ellos no los podían ver, pero él sí.

Bruno se sintió asustado, volvía ese poder, esa visión que suscitaba revuelo en su interior. No la dominaba, pero sí que ella lo dominaba a él.

Se frotó los ojos por si eran unas alucinaciones, pero seguían allí.

En esa ocasión fue más fuerte, el hurto emocional y físico fue tremendo. Al mismo tiempo pensó que jamás había visto con tanta precisión e intensidad una visión como esa. Tantas personas, una manifestación tan potente de su sexto sentido.

Le costaba sujetarla y aguantarse de pie, pero no quería perderla, no quería que se fuera, si se estaba manifestando tenía que ser por alguna razón.

En ese momento, las personas a su alrededor se giraron todas hacia a la puerta de entrada.

La visión era épica, casi veinte sombras caminando hacia la puerta. Casi los podía tocar.

Todas las sombras salieron.

Bruno pensó que la visión se acababa así, sin embargo, la sensación de malestar persistía y seguía apoyado en un coche para repartir el peso que sentía en sus hombros.

«¿Qué mensaje tiene esto? No puede ser, o no lo he entendido. ¿Qué se me ha escapado?»

Cuando casi estaba a punto de desistir apareció una sombra por la puerta y se detuvo a los pocos pasos de entrar.

Apoyó los puños en su cintura, en posición de *Peter Pan*, observando el espacio.

Después de un buen rato, se giró para mirar un instante detrás de la puerta, luego caminó.

A Bruno lo intrigó, se fue acercando a la silueta gris. Esta caminó hasta una pared, hizo un gesto extraño, como de apartar un mueble y

fue bajando, desapareciendo por el frío cemento.

Al otro lado del espacio, Marguerita observaba al compañero, en silencio, casi entendiendo lo que pasaba. Vio a Bruno moviéndose de una forma extraña con los ojos casi fuera de las órbitas.

Bruno siguió a la sombra para ver por dónde desaparecía, hasta que fue tragada por la tierra. De esa forma, una vez desvanecida, la sensación de mareo pasó, como por arte de magia. Volvió a recuperar el estado anímico de siempre.

Bruno miró a su alrededor.

«¿Qué quiere decir esto? No me puedes dejar así.»

Empezó a respirar cada vez más fuerte, frustrado por un mensaje que no acababa de entender. Miraba lo que le rodeaba compulsivamente, perdido y abrumado.

—¿Qué pasa? ¿Estas bien? —preguntó la mujer acercándose—. ¿Qué te sucede, Bruno?

El detective, con los ojos abiertos de par en par, con palpitaciones y con la respiración acelerada, se detuvo de golpe. Miró delante de él, había un armario diferente de todos los otros que se encontraban en el taller. Torció la cabeza, se acercó y lo observó.

En el suelo aparecían unas señales semicirculares, fruto de unos movimientos.

Lo agarró con toda su fuerza y lo apartó de la pared, siguiendo los trazos en el suelo, como si fueran railes. El mueble emitió un chirrido ensordecedor, que retumbó en las paredes de la nave y, paulatinamente, consiguió apartarlo.

Una vez llegado hasta el máximo que pudo, asomó la cabeza detrás para ver qué había.

En la pared, escondido por el armario, un agujero en los ladrillos con un botón rojo. Las cejas del detective subieron al instante. Se giró hacia Marguerita, como en señal de ayuda. Esta levantó los hombros y subió las manos.

Acercó la mano al botón y con un dedo lo apretó hasta el fondo.

Al instante, una plancha metálica comenzó a moverse, produciendo un ruido atronador que hacía eco en las paredes del taller mecánico. Desapareció en el suelo, dejando libre el acceso a una escalera que bajaba hacia un sótano oscuro.

Al retirarse por completo, los dos detectives, anonadados, se miraron.

—¿Bajamos? —dijo Bruno.

Y sin esperar la respuesta de la mujer, comenzó a bajar los escalones.

Al tercer escalón, las luces se encendieron de forma automática, dejando a la vista un sótano, un espacio increíble y totalmente inesperado. Las neuronas de Bruno no podían procesar lo que las retinas estaban enseñando.

¿Una visión o realidad? ¿Eso existía o era un sueño?

Marguerita estaba con él, afortunadamente, para corroborar lo que estaba viendo y certificar que no estaba loco. Sin saberlo, estaban descubriendo los secretos del coleccionista.

Mario Petrov.

Directo al segundo objetivo del día.

Nombre italiano, apellido ruso y rasgos eslavos. Una combinación explosiva. Abandonó la carrera de derecho al primer año, una vez comprendidos los mecanismos reales de la burocracia gubernamental y de la justicia. La misma que no tuvo su madre, ni en su juventud. La desilusión cayó a plomo sobre su cabeza como un rayo cuando se enfrentó a la corrupción que dominaba la abogacía y a sus esperanzas rotas de mejorar el mundo. Provocando la frustración de su madre y su desorientación. Posteriormente, peregrinó hasta llegar a las milicias paramilitares rusas. No pudo mejorar el mundo por la ley, entonces tomó el camino contrario. Aprendió formas de guerrilla y su cuerpo se multiplicó gracias a proteínas y ejercicio inhumano.

Su italiano era mediocre, aunque se esforzaba en la pronunciación fuertemente marcada por el acento del este. La madre, desde que era pequeño, tuvo gran fijación porque aprendiera el italiano. Era una amante de Italia, de la música, el cine y la literatura que abundaba en casa. Sin embargo, nunca llegó a preguntarle el porqué de esta pasión hacia el país transalpino. Hasta que murió, y entonces ya fue demasiado tarde.

Luego conoció a Halina Seredowa, polaca, su amor. Se enamoraron perdidamente, ella lo dejó todo para seguirlo. No compartía su nueva vida, pero el amor inhabilitaba su voluntad.

La furgoneta negra salió de la autopista, era casi la tarde. El calor de mayo apretaba en Milán. El centro penitenciario Opera se encontraba delante de él. Una edificación imponente, se parecía más a una base militar que a una prisión de máxima seguridad civil.

El vehículo negro no se detuvo delante de la puerta principal, el mapa le indicaba de costear el muro perimetral hasta la entrada lateral. Una vez allí, encima del pequeño portón, el cartel indicaba “entrada del personal”.

Se detuvo delante.

En agente penitenciario, extrañado por no conocerlo, le pidió una acreditación. Mario la enseñó, era metálica, oficial, o así parecía.

El agente lo miró arrugando el ceño. Sacó una linterna, iluminó el interior de la furgoneta para ver si había algún objeto fuera de lo normal o alguna persona que se escondía. Los cristales tintados dificultaban la visión desde fuera.

Retrocedió hasta la garita de la entrada y salió un compañero armado, este aguantaba un espejo al final de un palo, lo pasó por los bajos del coche para comprobar que no llevase artefactos u otros

objetos no autorizados.

El primer agente pidió a Mario que le abriera el portón trasero. Todo en orden, el maletero estaba vacío.

Los agentes lo hicieron pasar, la primera puerta se abrió, la furgoneta avanzó y se colocó encima de una báscula enorme. El vehículo fue pesado para que cuando saliera no llevara kilos de más, para evitar fugas de personas.

Se abrió la segunda puerta, accedió al aparcamiento del personal y aparcó. Estaba dentro.

Accedió por la puerta metálica, justo después se encontraba un detector de metales y a otro agente.

—DNI, certificado profesional y autorización —dijo el hombre, desganado.

Mario no dijo nada. Sacó los documentos y los puso en la mesa.

El agente miró el nombre en el DNI, Stefano Rossi. Comprobó que la foto que coincidiera.

El certificado profesional acreditaba que era un psicólogo forense y la autorización del juez de instrucciones para visitar a un preso.

—¿A quién viene a ver? —preguntó el agente devolviendo los papeles una vez realizada una copia y rellenado un registro.

—Lo pone ahí —contestó el falso psicólogo.

—Prefiero que me lo diga usted.

Mario se quedó en silencio por un instante.

— Ayari Nakamura, preso número 1093-G, celda 24, bloque R.

El agente levantó una ceja, no se percató de su acento del este.

—Pase la mochila por el detector de metales.

El eslavo accedió y siguió a otro agente por el pasillo. Atravesaron un laberinto de pasillos y puertas, Mario estuvo memorizando el camino de ida, contando puertas, pasos y dirección. Hasta llegar a una habitación de visitas. Le abrieron la puerta y entró.

—Enseguida le traemos al preso.

El falso Psicólogo esperó varios minutos, que se hicieron eternos. Tenía la sudoración disparada en las manos, las palpitaciones se podían oír desde fuera, se encontraba en las entrañas de un sitio en el que, justamente, no quería acabar él. Tenía que mantener la calma. Se pasaba las palmas de las manos por los tejanos, para secarlas. Cerró los ojos y condicionó su respiración para relajarse. Hasta que la puerta metálica se abrió hacia fuera. El agente empujó al japonés al entrar, este se extrañó de ver a ese individuo.

—¿Quién eres? —preguntó el japonés ya dentro.

Mario, de espaldas a la entrada, abrió los ojos.

—Siéntese, aquí las preguntas las hago yo —dijo girándose al otro lado de un pequeño escritorio.

El japonés se sentó, mientras la puerta detrás de cerraba.

—Alguien de fuera te manda recuerdos.

* * *

Rizzato desapareció en medio de los babosos.

La luz tenue del local nocturno ayudó a que desapareciera de la vista de Renato. Miró alrededor y se preguntó qué haría él allí, solo. Finalmente se marchó. Permaneció en el Red Carpet el tiempo de dos canciones y regresó al hotel, dejando a la merced del destino a su jefe.

El italiano quedó embobado por los ojos de la autóctona, los mismos que fue a buscar en medio de la muchedumbre nocturna. Llegó hasta la puerta de las bailarinas. Un hombre del tamaño de un armario escandinavo impedía el acceso a los camerinos. Rizzato quería pasar y este no lo dejaba. No entendía una palabra de lo que decía en ucraniano y este tampoco lo que decía el millonario, hasta que sacó un billete de cien dólares. El hombre miró a su alrededor y, sin pestañear, lo introdujo en sus bolsillos y lo dejó pasar.

A Rizzato no le costó encontrar el camerino de la mujer que buscaba. En cuanto abrió la puerta, sorprendió gratamente a la mujer. Intentaron comunicarse por gestos, los dos estaban predispuestos a lo que fuera a suceder.

La mujer se llamaba Oxana, no solo necesitaba dinero, sino que quedó atraída por la belleza del forastero, un hombre elegante y gentil.

La mujer le dijo que la siguiera. Entraron en una habitación preparada. Le entregó un preservativo, esa era la única regla que puso la mujer, el resto fue simplemente deslizarse sobre la pasión que sentían.

No se convirtió en un servicio más, la conexión entre los dos rozó la pasión, el dinero era secundario. Acostumbrada a la violencia de los eslavos borrachos, encontrar las maneras gentiles de un caballero no tenía precio. Rizzato la hizo sentir una mujer, atractiva y pasional, a diferencia de lo que estaba acostumbrada, simplemente un objeto de deseo, un instrumento orgásmico de hombres adinerados y frustrados.

Gian Paolo quedó impregnado de la mujer, casi enamorado. El Auto Union quedó en segundo plano, hubiese preferido llevarse a

Oxana a cambio del coche, pero no podía, estaba felizmente casado, o por lo menos eso creía. Las aventuras eran esporádicas, las justificaba con mucha creatividad, casi ingeniería de excusas. Sin embargo, ella fue diferente, sintió algo que no podía continuar, se acabaría al salir de la puerta, sin embargo, esos momentos se los llevaría consigo para siempre.

Una vez acabaron de hacer el amor, el hombre se dirigió hacia el lavabo, se quitó el condón y algo llamó su atención.

Este estaba roto.

Se giró, miró la mujer por si se había percatado. Se enfrentó a un dilema, se le cerró la garganta, sintió una presión en los hombros y sus pulsaciones aumentaron, superando las que tuvo en el acto sexual. El timbre de la moralidad acababa de sonar. Se enfrentó a un dilema mastodóntico, veraz como la vida y viejo como la humanidad.

Dicen que la cultura y la integridad son lo que hacemos cuando nadie nos ve. Ese momento fue trascendental para Rizzato, en una bifurcación vital en la que él mismo se puso a prueba.

La pasión por Oxana se esfumó instantáneamente, pensó que lo podría chantajear, en cómo quedaría delante de la opinión pública con una mancha de esas proporciones y, por último, pensó en su mujer.

La mujer seguía en la cama, con los ojos cerrados, acabando de saborear el momento. Gian Paolo se encontraba en otra tesitura, totalmente diferente. Se arrepintió de los consejos ignorados de Renato, no por nada era su *consigliere*.

El sudor continuaba bajando por su frente y, finalmente, tiró el preservativo en la papelera, se lavó la cara, se secó las axilas con una toalla y regresó a la habitación.

Dio un beso a la mujer, largo, amargo. Se vistió, dejó el dinero en la cama, más, mucho más de lo que habían acordado y salió por la puerta. Se paró en el pasillo, cerrando los ojos reprobando lo que acababa de hacer, se mente le decía que hacía lo que tenía que hacer, que esa mujer estaba sujeta a esa posibilidad en cada servicio que hacía. Pero su corazón le decía lo contrario, le gritaba que volviese dentro, que aún estaba a tiempo.

Un rumor lo asustó.

Abrió los ojos y lo único que vio fue una piscina vacía y una soledad que lo acompañaba, y los remordimientos que le roían como una rata.

Sintió una punzada en el cuello, la dosis de su droga. Fue cerrando los ojos poco a poco, hasta dormirse, solo, en la piscina vacía del rastro que dejan nuestros actos cuando nadie nos ve.

Nicola Siani.

Comandante en jefe de los Carabinieri. Tercera generación en el cuerpo. El abuelo, uno de los fundadores del cuerpo, dejó un legado para Italia que Nicola quiso seguir voluntariamente. El padre rompió con el nombre, nunca alcanzó grandes reconocimientos, sin embargo, el nieto consiguió alcanzar el cargo mediante la meritocracia, no solo por el apellido que, en Italia, abría muchas puertas.

Sus funciones habituales fueron interrumpidas por un secuestro extraordinario, mediático, de uno de los hombres más ricos de Italia. Políticos influyentes le pidieron que personalmente se interesara del caso, por su experiencia y su inteligencia investigativa. Él acató.

La conversación con el juez fue breve y concisa. El japonés tenía que ser puesto en libertad, en contra de la voluntad del comandante, ya que no tenía nada que ver con ese asunto. Además, había que pedir las disculpas al consulado japonés. Pero antes, Nicola tenía que averiguar unos detalles más.

El coche patrulla apagó las sirenas, se posicionó delante de la puerta de entrada del personal. Se acreditó y le abrieron las dos puertas. El chofer aparcó en último lugar disponible, al lado de una furgoneta negra.

El comandante se presentó a los agentes que custodiaban la entrada, al personal cualificado y del detector de metales.

Siani enseña su distintivo.

El agente le hizo el saludo del cuerpo.

—Pase, comandante.

—Gracias. Vengo a visitar a un preso.

—¿Quiere que lo acompañemos?

—No, gracias, conozco el camino.

Este recogió el distintivo y se dirigió al despacho de visitas.

Cuando llevaba varios minutos caminando por los pasillos, se cruzó con un hombre joven, vestido con una camisa negra, tejanos y una mochila. Este arrugó el ceño y lo miró de reojo al cruzarse. El individuo tenía unos fuertes rasgos del este. No le dio más importancia y siguió por su camino.

Al llegar a despacho de visitas, el comandante se encontró a un viejo amigo, habían estudiado juntos en la Academia de los Carabinieri. Nicola cogió los grados y superó las pruebas, el amigo no pudo y se desvió a la policía penitenciaria.

Recordaron viejos momentos y pasó el tiempo.

—Me ha hecho mucha ilusión volver a verte —dijo Siani.

—A mí también, ¿en qué te puedo ayudar, Nicola?

—Me manda el juez Borromeo para visitar el preso japonés, Ayari Nakamura.

El amigo arrugó el ceño y movió la cabeza hacia atrás.

—Qué raro.

—¿Raro el qué? —preguntó el comandante

—Acaba de llegar un psicólogo forense para interrogarlo.

Los ojos de Nicola se abrieron de par en par.

—He hablado personalmente con el juez y no me ha dicho nada.

—Pues se ha acreditado y llevaba un documento del juzgado firmado por el juez Borromeo.

—¿Dónde están?

—¡Sígueme! —contestó el amigo.

Los dos corrieron por los varios pasillos, hasta llegar a la habitación.

—¿Ninguno de tus hombres vigila la sala de reuniones? —preguntó el comandante jadeando.

—¡No, cuando hay alguien del juzgado! Son conversaciones confidenciales.

El agente penitenciario abrió la puerta, el acompañante entró primero y se quedó pasmado.

—¡*PORCA MISERIA*!

Taller Volta, Cremona, Italia.
Viernes, 21 de mayo.
Siete días después del robo.

Las luces se encendieron.

Los dos detectives bajaban las escaleras secretas. Delante de ellos, se abrió una verdad escondida, inconcebible. Cuantos más escalones bajaban, más su incredulidad crecía.

—¿Qué es este lugar? —preguntó la mujer

Bruno no pudo contestar, no tenía ni fuerzas ni tampoco tenía una respuesta, seguía en el proceso de entender qué estaba pasando y dónde se encontraban, y, más importante, ¿qué se hacía en ese lugar escondido?

El espacio que se abrió era inmenso, grande como un campo de futbol, de unos tres metros de alto, casi se perdía la vista. El techo estaba compuesto como una tabla de ajedrez, un falso techo con pantallas luminosas. Era un espacio excavado y robado a la roca. Bruno calculó mentalmente que ese superficie comenzaba desde la carretera estatal hasta detrás del taller. El parking, el taller y el campo abandonado en la parte posterior eran la parte externa en la superficie y cubrían una estructura millonaria como un refugio antiaéreo.

Bruno se adentró, dejando atrás a la mujer. Una extensión de coches como jamás había visto. Unidades y modelos extremadamente raros, vistos en fotografías solo en las revistas especializadas, en libros o incluso en museos. Aparcados en una batería interminable. Uno al lado del otro, perfectamente alineados, todos y cada uno bajo un plástico mate, casi trasparente, que los protegía del polvo.

Al otro lado, una secuencia de jaulas acristaladas, del tamaño de apartamentos, donde se trabajaban los coches. En todo el espacio, unos carriles de carros automatizados y, en el centro, un carril central con unas flechas que marcaban la dirección de la salida.

Bruno se acercó a las jaulas acristaladas, algo le llamó la atención.

Desde fuera se veía un espacio destinado para un solo coche, aparcado en el centro. A su alrededor, herramientas mecánicas para numerosas tareas.

Bruno entró en la primera jaula acristalada, la puerta se encontraba abierta. En el suelo aparecía escrito Box 1. Se acercó al coche, no daba crédito a lo que estaba viendo. El vehículo se

encontraba partido en dos, con un corte neto trasversal que creaba dos mitades exactas. Las dos mitades sujetas por poleas y artilugios extraños. El motor, el interior del habitáculo, el parabrisas y otros detalles del coche se encontraban a un lado, apoyados en unas estructuras adecuadas.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó otra vez la mujer sin entender nada.

—No comprendo qué hacen aquí, parece que corten los coches, pero ¿por qué?

Bruno se acerca al coche serrado en dos y lo tocó.

—Nunca he visto algo así. Es un corte perfecto, casi realizado con láser. Esto parece tecnología militar, comparado a lo tradicional.

Bruno se giró y miró la batería de coches interminable fuera de las jaulas.

Se detuvo acercándose la mano a la frente e inspiró ruidosamente.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

Los dos detectives salieron de la estancia acristalada.

—¿Sabes qué son? —dijo Bruno señalando la batería de coches.

La mujer no respondió y le siguió.

—Son los coche más raros, extraños y caros del mundo. Mira este. —Bruno señalaba un Ferrari—. Este en una unidad única, este coche fue construido para hacer las veinticuatro millas de Indianápolis. Solo se construyeron dos y una se destrozó en un accidente en el mismo evento en 1978. Este coche debería estar en el museo Ferrari. ¿Qué hace aquí? ¿Y este? ¿Te das cuenta de qué es esto?

Marguerita lo miraba atónita por no saber de qué hablaba.

—Este es un Shelby Cobra prototipo plateado. Puede que haya tres y hay uno aquí. Este vale una fortuna. —Dio unos pasos y pasados dos coches apuntó a otro—. ¡Este! Este, *mamma mia,* es un Lamborghini Pre-Countach, es único, es un prototipo del que solo hay una unidad. Es el que posteriormente se convirtió en el Countach.

Bruno se paró y miró a la mujer con expresión perdida.

—¿Me entiendes?

La mujer negó tímidamente con la cabeza y dijo:

—¡No! Lo siento, me estás hablando en árabe.

Bruno se extrañó.

—Estás delante de un garaje de ensueño, el valor que hay aquí dentro es… incalculable.

Entonces se detuvo y miró dentro del segundo espacio acristalado.

—Espera un momento, Rita, ¿qué hacen aquí todas estas joyas en casa de un restaurador?

El detective entró en el box número 2. En el centro se encontraba la respuesta a sus preguntas. Se acercaron. Había un coche partido en

dos mitades, estas se encontraban separadas, añadiéndose partes para recomponerlos, como si los mecánicos las estuviesen regenerando. Las mitades de un coche tenían la forma de tres cuartos de un coche.

—¿Te das cuenta, Rita, de lo que hacen? Son unos genios. Primero extraen las partes del coche que no se pueden dividir, como el motor, luego parten el coche en dos partes iguales y, por último, de cada mitad, respetando las dimensiones y las líneas, componen otro coche.

—Espero no estar entendiendo lo que creo que me estás diciendo.

—No te equivocas. Son genios, de un coche que vale diez millones de euros, obtienen dos. Unos auténticos genios.

—Genios, sí, pero del mal. Unos farsantes, unos falsificadores.

—No, Rita. —Bruno la miró a los ojos, como si hubiera entendido todo—. No unos falsificadores, el falsificador por excelencia. Fulvio Volta, el falsificador. Ahora entiendo, Rita.

Bruno cogió a Marguerita por los dos brazos.

—Ahora entiendo por qué Rizzato quería vender el coche, porque tenía que haber entendido qué lo que había hecho Fulvio con su coche, una falsificación. Lo había partido e hizo una copia exacta que vendió al otro lado del mundo para que nunca se encontraran. De esta forma, no existe ningún original ni dos copias, sino que todos son falsificaciones… y Rizzato lo había descubierto.

Marguerita sacudió la cabeza como aturdida.

—Entonces… ¿por qué nadie denunció?

—No lo sé. Supongo que, porque si lo hubiese hecho, habría declarado que su coche era falso y ya no lo podría vender. —Marguerita lo miró con cara de no entenderlo—. Mira, es muy simple. Imagínate que tenemos una piedra muy pesada en mano y la estamos transportando. Si la suelto yo, o se me escapa, me cae encima de los pies. Si la sueltas tú, te cae a ti. El primero que delata la trampa, es el primer perjudicado.

—No me lo puedo creer.

Bruno asintió con la cabeza.

—Creo que sí. En caso contrario, ¿cómo explicas todo esto?

Los dos detectives se acercaron a la salida.

—Tenemos que avisar al comandante de lo de este lugar —dijo Marguerita.

—Buena idea.

Mientras que la mujer llamaba al comandante de los carabinieri, se acercó a lo que parecía un despacho. A este se accedía por una puerta de madera, cerrada. Bruno insistió con el pomo en vano. Entonces, sacó el cuchillo multiuso de su padre y, con la navaja y un hilo de hierro, se puso a abrir la cerradura.

—¿Qué estás haciendo?

—Abriendo la puerta —contestó Bruno con la lengua extraída y a un lado.

—No hay cobertura aquí, no se puede llamar. Nunca te había visto haciendo eso.

Bruno insistió y por fin la cerradura se desbloqueó y la maciza puerta de madera se abrió.

—Nunca lo habíamos necesitado. *Vualà*.

Los dos detectives entraron en el despacho.

Las paredes eran de ladrillo viejo, casi de importación, de alguna vieja construcción. En las paredes cuadros coloridos. Sofás negros modernos y alguna planta que daba un toque de verde al sótano. En el centro, una alfombra persa rompía con el gris del suelo. La luz, cálida, venía de una lámpara de diseño en forma de arco. El escritorio, de madera envejecida, se encontraba enfrente a la puerta. Detrás, una butaca de piel marrón y fotografías en blanco en negro enmarcadas. Un ambientador eléctrico rociaba perfume a frutas del bosque en el despacho. Al lado contrario de los sofás, una librería con objetos, libros de coches, archivos y una serie de carpetas. Marguerita, después de mirar las etiquetas, cogió una. Pasó las páginas.

—Mira Bruno, tenía razón Andrea Perfel, hay una serie infinita de nombres de la jet set, empresarios, políticos. Los modelos de coches que les vendieron y las cantidades cobradas, tanto en efectivo como en paraísos fiscales. ¡Esto es una bomba!

Bruno se acercó al escritorio y revisó los cuatro papeles que estaban encima.

—¿Adivina a quién tienen todos como intermediario?

—Tu amigo Taylor O'Connors

—Bingo.

Bruno escudriñaba los cajones, hasta que se percató de una intensa luz verde que venía de un cajón. El ultimo del fondo a la derecha, el más hondo.

—¿Rita? —dijo temblándole la voz.

La mujer se detuvo y levantó la vista del registro.

Bruno extrajo el cajón paulatinamente, la luz se intensificó hasta aparecer la máscara de calavera de Perfel.

—Ven, mira esto.

Marguerita se acercó y presenció el hallazgo.

Bruno levantó la máscara y se percató de que debajo se encontraba un artilugio artesanal con un temporizador. Se componía de muchos cartuchos de Dinamita de color rojizo, suficientes para derribar un edificio de veinte plantas, y unos cables que llegaban a un temporizador que marcaba 1 minuto y 09 segundos.

—No, esto sí que es una bomba. CORREEEEEE

Los dos detectives salieron disparados del despacho. Huyeron hasta las escaleras que llevaban hasta la planta superior. Saltando los escalones de dos en dos, Bruno tiraba de la mano de Marguerita para que fuera más rápida. Atravesaron todo el taller superior esquivando coches y herramientas.

Faltaba poco, todo momento podía ser crucial para salvarse.

Las palpitaciones de los dos detectives se habían acelerado y la sudoración iba al mismo compas. La mujer hacía muchísimo tiempo que no corría con esa intensidad, incluso demasiado.

Salieron por la puerta del edificio rebotándola por el ímpetu de Bruno. Entonces gritó al agente que corriera para alejarse. Sin embargo, justo en el medio del parking, Marguerita tropezó y cayó. Bruno retrocedió para levantarla.

—No, no, corre, sálvate tú.

El hombre la levantó y la ayudó a correr hasta después del portón. Justo al rebasarlo, una deflagración potentísima sacudió el edificio del que acababan de salir. El estruendo más potente que jamás habían oído.

Hubo una primera detonación subterránea, luego otra en una parte más posterior. La segunda fue tan fuerte que el edificio del taller Volta se desmembró, y luego cayó en el agujero que era el taller clandestino subterráneo, dejando un amasijo de cemento, llamas y una columna de humo que ascendía.

Los dos detectives fueron proyectados varios metros, hasta aterrizar en el césped al lado de la carretera por la onda expansiva.

Los coches de la carretera se detuvieron para ver lo que acababa de suceder y para dar auxilio a los detectives.

Lo que antes era el edificio de Fulvio Volta, se convirtió en una nube de polvo de cemento en suspensión.

Los conductores que se detuvieron acudieron en auxilio de los detectives que permanecían en el suelo, cubiertos de suciedad. Estos les hablaban, tanto Bruno como Marguerita veían que los labios se movían, pero solo escuchaban pitidos. Les costaba mantener los ojos abiertos, los latidos se iba tranquilizando. Se miraron, alargaron las manos para entrelazar sus dedos. Bruno, separado de la mujer, se acercó a gatas, mareado, con el sistema de equilibrio afectado. Abrazó a Marguerita. El mundo había dejado de existir, de ser percibido, solo existía un silbato que los envolvía y el abrazo que se dieron.

Se quedaron así un tiempo indeterminado, hasta que las ambulancias llegaron y los asistieron.

Acababan de encontrar la verdad, una verdad que residía en un sótano que alguien no quería que nadie más viera. Un sótano molesto,

peligroso, abrasante. La verdad que albergaba explotó junto a la máscara de leds verdes, a los registros, a las pruebas y a parte de los coches más emblemáticos de la historia.

Marguerita y Bruno bajaron por las escaleras de la percepción para encontrarse con la realidad de los hechos y el origen de los sucesos. Allá, adonde todo había cobrado vida y todo comenzó. Donde el Stradivarius de los coches tenía el secreto más oculto y donde la integridad de los clientes pendía de un hilo.

Poco tiempo pudieron palpar la verdad, pero suficiente para entender muchas cosas y volver a la realidad, antes de que ese sótano se convirtiese en su ataúd y en los infiernos de Dante.

Los pitidos pasarían, sin embargo, la verdad permanecería. Con el remordimiento por no tener pruebas para demostrarlo. Aunque la explosión era de por sí una prueba, ya que esta se había producido para intentar tapar la existencia de aquel lugar y de lo que allí se hacía. Era la prueba más grande que podían sacar de los infiernos.

La verdad explotó, pero dio luz a algo más profundo que los infiernos: aparecieron los secretos del coleccionista.

La puerta de la prisión mostró la verdad.

Y la verdad era una astilla debajo del talón; un mosquito que revolotea de noche en tu habitación; un cubo de agua en pleno invierno.

El comandante se enfrentó a ella. En ese caso la verdad era una cuerda de donde colgaba un hombre ahorcado, pero no uno cualquiera, era el preso que buscaba.

El corazón se le estrechó en un puño. A primera vista creyó estar viendo una película de horror, surrealista. Nicola irrumpió en la habitación cogiendo el hombre de la cadera, sujetándolo. Volteaba y llevaba una máscara de luces leds con forma de calavera y las manos atadas detrás.

—Ayúdame —dijo al agente

Este entró y, subido a la silla, quitó la cuerda del gancho que colgaba del techo.

El comandante, con todo el peso del flaco cuerpo en sus brazos, lo tumbó en el suelo y le quitó la máscara. Efectivamente, era el japonés del Auto Union. El agente apretó la yugular con dos dedos por si había alguna posibilidad de salvarlo, aunque fuese efímera.

—No tiene pulso, Nicola. ¡Llegamos tarde!

—No puedes ser —dijo asestando un golpe en el suelo—. ¡Maldita sea!

Al poco de contemplar el cadáver, el comandante levantó la mirada hacia el amigo.

—El psicólogo, a lo mejor estamos a tiempo de cogerlo —dijo mientras se alzó de pie y salió de la estancia.

El comandante corrió pasillo abajo, resbalando en las curvas con sus zapatos de cuero elegantes. Conocía muy bien el penitenciario de Opera. Encontró a la primera el camino de vuelta hasta la entrada de personal.

Alcanzada la salida, vio a un hombre al lado del detector de metales.

—¡¿Dónde está?! —gritó el comandante todavía corriendo.

El agente se levantó asustado.

—¿Quién?

—El psicólogo, joder.

—Se ha marchado —contestó el agente.

El comandante salió al aparcamiento y no vio a nadie, solo su chófer apoyado en el coche.

—Giorgio, ¿has visto salir un hombre?

El chófer encogió el cuello.

—Sí, pero hace diez minutos.

—¿Dónde ha ido?

El chofer pensó.

—Creo recordar que arrancó la furgoneta negra, la que teníamos al lado, y se fue.

—¡MIERDA!

El impostor acababa de salir del recinto de máxima seguridad. Nicola juntó las manos delante de la cara estirándose la piel hacia abajo, como en el cuadro de Münch.

La responsabilidad del caso que le confiaron, lo aplastaba como la gravedad que ahorcó al japonés. El deber como carabiniere y el orgullo generacional, hacían de satélite en los pensamientos del comandante, que permanecía de pie en el centro del aparcamiento.

Entró en el edificio y regresó a la habitación donde encontraron el cadáver.

—Escúchame, tenemos que localizar la matrícula de la furgoneta de ese criminal —dijo a su amigo, con desprecio hacia el error que acababan de cometer los agentes del penitenciario.

—Enseguida, sígueme.

—Es imperdonable lo que ha pasado en este centro, suerte que es de máxima seguridad —escupió el comandante con rabia.

Los dos llegaron al puesto de trabajo del agente penitenciario y consiguieron la matrícula.

El comandante llamó a la central de trafico de los Carabinieri y difundieron la placa del vehículo del presunto asesino y una foto de la cámara de seguridad.

—¿Cómo puede ser que un individuo llegue aquí y se meta hasta la cocina? ¡Sois una banda de incompetentes! —gritó a todos los compañeros de la sala del penitenciario.

Las venas de sus ojos se dilataron y estos estaban a punto salirse de las órbitas. Sus pulsaciones no conseguían bajar y sus respiraciones eran cada vez más cortas y rápidas.

—Así va la justicia en Italia con ineptos como vosotros.

Ningún agente se atrevió a disculparse o a enfrentarse a una eminencia como Siani, y menos en el estado en el que se encontraba.

A los minutos, el silencio se rompió con una llamada al móvil del comandante.

—Siani —contestó jadeando.

«Buenos días, comandante, tengo una mala noticia sobre la numeración que nos acaba de pasar».

—Sin rodeos, por favor.

«Es falsa. Es de una furgoneta del mismo modelo y color, pero

pertenece a un taxi privado que acaba de ser detenido en el Aeropuerto de Fiumicino en Roma. Creo que no puede haber sido él, se encontraba a centenares de kilómetros de distancia. ¿Está seguro de la placa que nos ha pasado?»

—¿Qué si estoy seguro de la placa? ¿Me tomas por idiota? ¿Sabes con quién hablas, mocoso?

Los gritos rebasaron las paredes del despacho, sin embargo, no arreglaron la desastrosa situación, alimentada por una cadena de errores.

Finalmente, el comandante colgó, no le dio tiempo de guardar el teléfono cuando este volvió a sonar.

Contestó sin fijarse de quién podía ser el número de teléfono extranjero.

—Siani.

Al principio nadie contestó, solo oyó sirenas y fuertes ruidos.

—¿Hola?

«¿Comandante?»

—Sí. ¿Quién es?

«Soy Marguerita » dijo con un hilo de voz.

—¿Qué pasa, Marguerita? ¿Te oigo fatal, puedes hablar más alto?

«Ha explotado, ha explotado todo».

—¿El qué ha explotado? ¿Dónde está?

«El Taller Volta. Nos llevan al hospital de Cremona.»

Nicola Siani se olvidó del japonés al oír cómo se encontraba la mujer y que la situación era más grave de lo que podía imaginar. Ese asunto se le escapaba de las manos, como agua entre los dedos.

La experiencia que tenía como carabiniere no le preparaba para esa escalada de suceso. Primero, el secuestro de Rizzato, antes la muerte de Calogero Ragusa, luego la muerte de Fulvio Volta y el japonés y, por último, la explosión del taller Volta.

Se quedó mirando la pantalla del móvil, como si este pudiera ayudarlo. Se pasó la mano por el pelo, quieto en medio del despacho. La respiración se normalizó, pero el corazón comenzó a dar pequeños síntomas de arritmias. Miró al suelo, la mirada buscaba algo que allí no encontraría.

Volvió a la habitación de visitas, sin emitir ni una palabra.

El japonés seguía allí, estirado, cubierto por una tela que una enfermera le dispuso clementemente.

Recogió su gorra del uniforme y la máscara.

La observó.

«Esto se me está escapando de las manos. Tengo que aguantar en las adversidades, como decía mi abuelo.»

Decidió, a pesar de que iba en contra del protocolo, llevarse la máscara.

Antes de salir, dio la última mirada al pobre japonés. Sintió lastima por él. Pensó que tuvo mala suerte al comprar un coche falso que solo le trajo problemas. Ser descalificado de un concurso de coches clásicos al otro lado del globo. Luego arrestado por el ROS, el cuerpo especial de los Carabinieri, como un terrible terrorista y, por último, ahorcado como un pollo campestre. Sintió profunda tristeza por él y rabia por no haber llegado unos minutos antes. Pudo estar a punto de tocar la solución con las yemas de los dedos, pero el destino no quiso.

Era una sensación nueva para el comandante, ir a remolque, cuando era él el que normalmente atrapaba a los delincuentes.

Salió de la habitación, necesitaba tomar distancia del asunto y ver las condiciones en las que se encontraban Marguerita y Bruno.

Hospital de Cremona, Italia.

Viernes, 21 de mayo.

Siete días después del robo.

La mujer estaba tumbada.

Yacía en la cama del hospital. Presentaba heridas en la cara y alguna tirita de pequeño tamaño.

—No se preocupe, solo duerme —aseguró el médico.

El comandante miraba a Marguerita a través de la pequeña ventana que disponía la puerta. Con las cejas curvas y una expresión de pena. Juntó los puños con fuerza, hasta que los nudillos se pusieron blancos, el médico lo vio.

—No se preocupe, la mujer se encuentra fuera de peligro, solo la tendremos esta noche en observación.

—¿Se recuperará?

—Por supuesto, solo tiene escoriaciones superficiales sin trascendencia. Lo único es el oído, que la deflagración ha dejado aturdido, pero es algo que recuperará en pocas horas.

El carabiniere dio un suspiro profundo. Se movió hacia un lado y vio a Bruno en la cama de enfrente.

—¿Y el hombre?

—Mismo diagnóstico, está aquí solo por precaución.

—¿Usted ha visto el lugar del suceso?

—No, ¿por qué me lo dice?

El médico levantó una ceja y le apoyó la mano derecha en el hombro.

—Tuvieron mucha suerte. —Y se fue dejándole delante de la puerta.

Nicola dio el ultimo vistazo a la mujer que dormía apaciguada y se sentó en las sillas de espera en el pasillo. Se desabrochó el primer botón de la camisa del uniforme y aflojó la corbata. Alargó las piernas y se tiró con el cuerpo hacia atrás. Al sentarse, notó el cansancio del estrés que llevaba acumulado en esos días. Resopló, se había desacostumbrado al trajín de la investigación, la comodidad de su escritorio era adictiva.

Extrajo el móvil de su bolsillo y miró la foto de su familia, luego envió un mensaje de texto a su mujer, otra noche que llegaría tarde. Guardó el teléfono.

«Y ahora, ¿qué hago aquí?», pensó. «¿Por qué espero?, debería actuar. Sí, pero ¿hacia dónde?»

Cerró los ojos, le vino muy bien, el agotamiento tapó el hambre al no haber comido en todo un día. Fue justo lo que necesitaba, cruzó los brazos y se dejó llevar.

El tiempo pasó sin descanso, sin darle la posibilidad de controlarlo. Hasta que una puerta cerrándose lo despertó.

El comandante abrió los ojos y vio a una enfermera que salía de la habitación de los detectives.

—¿Cómo se encuentran? —dijo el hombre forzando su despertar.

—Se encuentran bien, la mujer se acaba de despertar.

Nicola se levantó de golpe.

—Tengo que hablar con ella.

—¡Imposible! Tiene que esperar a mañana, a la hora de visita —contestó intransigente.

—Escuche, serán cinco minutos. Por favor.

La enfermera negó con la cabeza y se dispuso a marcharse cuando la alcanzó una mano del carabiniere y la sujetó.

—Escúcheme, estamos en medio de una investigación. ¿Ha visto en los telediarios la desaparición del magnate Gian Paolo Rizzato?

La mujer lo miraba de reojo y asintió con la cabeza.

—Lo estamos buscando y ya han muerto demasiadas personas. Creo que esa mujer ha descubierto algo y necesito saberlo. No podemos perder más tiempo. ¿Me entiende?

La enfermera lo miraba inexpresiva, a Nicola le pareció haber hablado con una pared.

—Cinco minutos. ¿Me puede ayudar?

—No. Tendrá que esperar a mañana. —Se tomó una pausa y siguió —: Son las once y media y me toca un descanso para tomarme un café, cuando vuelva no quiero verle.

Y se fue.

El comandante sonrió ligeramente, esperó a que desapareciera por el pasillo y abrió la puerta.

Al entrar, la mujer se giró y lo vio.

—¿Cómo te encuentras, Marguerita?

—Nicola, ¿qué hace usted aquí? —dijo con una voz dormida.

—¿No te acuerdas de que me llamaste desde la ambulancia?

Marguerita no acababa de acordarse, seguía medio dormida. Se incorporó y subió la espalda para hablar con su visita inesperada.

—¿Cómo estás?

La mujer se tomó un momento y finalmente contestó.

—Imagínate que te hubiese arrollado un tráiler, pues así.

—No te preocupes, ahora estás en buenas manos.

—Mañana podremos salir.

—¿Tienes fuerzas para contarme qué viste en ese lugar?

Marguerita se aclaró la voz y estiró las pálpebras para despertarse.

—Bruno ha descubierto un taller clandestino, debajo del oficial. Un botón abría una compuerta, una entrada a un lugar secreto, lleno de coches. Un lugar donde los falsificaban. Fulvio Volta era un falsificador profesional.

—Mis hombres de la científica no encontraron nada.

—Era un lugar secreto, no podías verlo a simple vista.

—Y ¿cómo lo encontró Bruno?

—Es una larga historia, déjalo, quedémonos con que lo encontró.

—¿Crees que está involucrado? —dijo Nicola casi susurrando.

—¿Bruno? Nooo, ¿estás majara?

El carabiniere se sorprendió por la respuesta.

—Pero lo más importante es que en el despacho estaba la documentación que nos hubiese llevado a tirar del hilo, registros y toda la trazabilidad perdida. No querían que este asunto saliera a la luz. Además, querían enterrarnos a nosotros dos junto a las pruebas.

Nicola sujetaba la mano de la mujer y arqueó las cejas, sentía impotencia hacia lo que hubo podido suceder. Dos víctimas más en este asunto no las hubiera tolerado.

—¿Estás segura? ¿Cómo podían saber que ibais allí? Yo no se lo dije a nadie de mi equipo.

—Eso no lo sé. Hay algo importante, Nicola, mientras revisábamos los documentos de Fulvio, apareció un nombre, vimos que era un cómplice, un intermediario, salía por todos los lugares, entre los compradores de los coches falsificados y las cantidades de venta.

—¿Quién?

—Taylor O'Connors.

—Maldita sea, lo vamos a pillar.

—Taylor tiene nacionalidad suiza, si se te escapa no vas a poderlo extraditar.

—Te prometo que ese hijo de perra va a pagar —dijo apresando su mano.

—Hay algo más, había otro nombre que me sorprendió, aparecía por todos lados, en cada una de las transacciones, como si fuera un puente, para cerrar el triángulo, entre Fulvio Volta y Taylor, un tal "Mr. B".

—¿Te dice algo?

El hombre negó después de haber pensado.

—Los registros de la trazabilidad de los coches que salían del taller eran espeluznantes, ¡lo siento, no pude llevarme ni uno! Todo fue rápido, no me acuerdo ni qué pasó. ¡Lo lamento tanto!

—No te preocupes, Marguerita, eres muy valiente —dijo el comandante acariciándole la mano.

—No lo entiendes, estaban todos los nombres de los clientes: políticos, empresarios, jet set, jueces, ministros…, el listado no acababa, personajes públicos, tanto nacionales como internacionales.

—Sí que lo entiendo, no te preocupes, has hecho lo mejor que podías hacer, ¡salvarte! Ahora me tengo que ir. Descansa, Marguerita, ya veremos quién es este "Mr. B", de momento me encargo de Taylor. Mañana hablamos —concluyó el hombre mirándola a los ojos.

El hombre se levantó y salió por la puerta, la enfermera aún no había vuelto. En cuanto cruzó la salida del hospital, llamó por teléfono. Delante de la puerta de urgencias, Giorgio lo esperaba con el coche. No había un minuto que perder. Subió y llamó a la central del Milano, iniciaba la búsqueda de Taylor.

Aeropuerto Linate, Milano, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

Un destello de luz.

Apareció para iluminar la noche y enseñar que podían encontrarse cerca de la salida del túnel.

El comandante de los Carabinieri llegó con las sirenas desplegadas. Las carreteras de la ciudad transalpina estaban desiertas, encontró escasos coches que regresaban de las fiestas cosmopolitas. El mensaje a su móvil llegó cuando entraba al aeropuerto.

«Comandante Siani, está detenido.»

Los nudillos de sus manos se volvieron blancos por la fuerza. Una cierta satisfacción aligeró los hombros del hombre, volcado como estaba para resolver una situación que se le escapaba de las manos. Era como una anguila de pantano, no conseguía atraparla. Un mal sueño, como la sensación de percibir a alguien que no alcanzas a ver pero sí notas su presencia.

Lo que el comandante desconocía era que Taylor no era el final, si no, desgraciadamente, otro inicio.

* * *

—Le hemos parado in extremis —dijo del jefe de la policía aeroportuaria.

—Buen trabajo. ¿A dónde se dirigía?

—El avión privado comunicó a la torre el plan vuelo a París, pero el capitán ha confesado que lo iba a cambiar durante el vuelo; finalmente, se dirigían a Ginebra. —El jefe levantó los hombros—. Esas eran las instrucciones del pasajero.

El comandante se rio, pensando lo que le dijo Marguerita.

—Entiendo, ¿puedo pasar?

—Claro, todo suyo.

El carabiniere entró en la celda de detención provisional del aeropuerto. Sigiloso. Su rostro cambió por completo, las facciones se trasformaron. Al entrar eran serias, luego fueron de ira. Le costaba aguantarlas. Pero lo tenía delante, Taylor O'Connors.

Despeinado, con traje azul de corte cruzado, perfectamente planchado. Sentado con la espalda erguida y la barbilla alta. Desafiando al individuo que acababa de entrar.

La habitación no presentaba ventanas, solo una silla, una mesa y al preso. Un lugar aséptico, como el carácter del hombre sentado.

Nicola se quedó de pie mirándolo; luego, viendo que no decía nada, se sentó.

Los dos hombres, callados, se estudiaban, como en un duelo, como en una negociación.

La ira de Nicola chocaba y aumentaba, enfrentada a la pasividad del preso.

—Le invitaría a algo, pero los presos políticos no disponemos de ningún refrigerio —dijo Taylor.

—¿Preso político?

—Sí, claro. Mañana, cuando sepan que estoy encerrado, el cónsul suizo en Italia y varios políticos de media Europa moverán los hilos pertinentes para que esa puerta se abra y usted se quede aquí solo jugando a los policías.

—¿Está usted seguro?

Taylor miró al suelo y forzó una carcajada.

—El que no está seguro de la justicia italiana es usted.

El comandante se estaba encendiendo como una cerilla, su cabeza era una pelota de azufre en llamas que le costaría mucho esfuerzo contener para que no ardiera todo.

—Yo creo que su soberbia le va a traicionar.

El preso levantó las cejas.

—¿Usted cree? Entonces deduzco que, antes de entrar por esa puerta, no se ha informado de quién soy yo…

—Sí que me he informado, es usted un subastador de pacotilla, un vendedor de tres al cuarto, un farsante, un ladrón de guante blanco, el cómplice de un falsificador, en definitiva, un mero delincuente enmascarado en un gentleman. Señor Taylor —Nicola le apuntó con un dedo y se puso aún más serio—. Le doy mi palabra de que usted no va a salir de las cárceles italianas por mucho… mucho tiempo.

El preso se rascó la cabeza y chasqueó los labios.

—Bueno, creo que vemos la realidad desde dos prismas diferente. Pero no se preocupe, la riqueza está en la diferencia.

Nicola, ante el resultado de su enfurecimiento, cambió de tercio, era el momento de jugar al todo o nada, de apuntar a la escala de

corazones, de poner todas las fichas al 27 rojo.

—Usted puede conocer a muchos europolíticos, pero a la opinión pública y a los jueces italianos les va a dar bastante igual cuando presentemos la pruebas que hemos cogido en el sótano de Fulvio volta.

Eso sonó como una bomba nuclear en los oídos del preso. Los ojos, de repente, se quedaron fijos observando el comandante, deglutió sonoramente.

—¿Cómo? —El preso inició a parpadear compulsivamente—. Pero el taller explotó ayer, no puede ser, usted miente —concluyó con una risa forzada.

—Tenemos registros donde aparece su nombre en una trama de falsificaciones de coches clásicos. Con modelos, cantidades, fechas, clientes, es decir, políticos y muchos más detalles.

Taylor giró ligeramente a cabeza de lado y bajó la barbilla.

—Esto se lo va a comentar a… —hizo el gesto con los dedos de las comillas—… sus políticos, ¿los mismos que les van a sacar de este lugar? ¿Los mismos que aparecen en los documentos Volta? ¿No cree que quedarían retratados?

El preso cambió de expresión, miró al carabiniere con la barbilla baja y casi de reojo.

—Mas vale que hable, o se quedará mucho tiempo en Italia. Por cierto, qué coincidencia, ¿cómo sabía que ha explotado el taller Volta?

—Lo dicen los telediarios.

—No. Los telediarios hablan de un derrumbe estructural, no se ha filtrado todavía que fue una explosión. ¿Cómo lo sabía?

Taylor se sintió como una fiera en una jaula de un circo. El sudor le bajaba por la frente, a grandes gotas.

—Y lo peor, ¿Por qué quería escapar…, señor O'Connors?

—Se lo dije, que no era una buena idea.

—¿Cómo dice?

Taylor se pasó la mano por la cara.

—Fulvio lo inició por su cuenta, luego se le fue de las manos y comenzó a hacerlo en escala, como si fuera una fábrica, a hacerlos en serie. Hacía tantos que no sabía dónde venderlos ni a quién. Me contactó hace años, tenía un stock impresionante y muchos acreedores al cuello. A punto de que le embargaran todo.

Nicola frunció el ceño. «Ya te tengo, maldito hijo de perra.»

—La casa de subastas O'Connors es respetada y una de las mejores, era el marco perfecto. Esos coches nos dejaban un margen tremendo, ¿Cómo podía decir que no? Además, Fulvio era un genio, un artesano, necesitaba una ayuda.

Taylor hablaba orgulloso de lo que explicaba.

—Empezamos a vender uno de vez en cuando. Fulvio apretaba para que la cadencia de ventas aumentase. Luego tuve que vender en otras partes del mundo piezas para que nunca se encontraran dos iguales.

—Por eso vendiste el mismo Auto Unio a un japonés. Uno en Europa y otro en Japón.

—Era un plan perfecto —respondió Taylor levantando el labio superior y arrugando la nariz—. Lo tenía todo bajo control, pero luego Fulvio quiso acelerar el proceso, vender más y más, el dinero se le subió a la cabeza y ya no respondía a la cordura. Y cuando quise frenar, era demasiado tarde. Comenzó a chantajearme, quería que siguiésemos.

—De acuerdo, entiendo que tuviste que matar al japonés, pero ¿y Rizzato? ¿Por qué él?

—No, yo no he matado a nadie.

—Eso no me lo creo.

—Puede acusarme de muchas cosas, pero de asesino no, de eso no.

—El juez lo dirá, si encontramos alguno que no haya comprado un coche a vuestra organización. ¿Por qué Rizzato?

—Lo descubrió todo, no entró en razones, quería venderlo, le dijimos que no podía, ya era tarde. Entonces dijo que, si no vendíamos en Mónaco su coche, iría a la prensa. No podíamos permitirlo.

—Así que lo habéis matado.

—No, acepté venderle el coche. Pero algo salió mal y el resto… No he sido yo.

—Entonces, ¿quién?

Taylor movió la cabeza lentamente de un lado al otro.

—¿Quién, Taylor? Si no colaboras, eres cómplice de asesinato múltiple.

—No te lo voy a decir. No puedo.

—¿No puedes, no quieres o no debes?

—Si le digo quién es, soy hombre muerto.

—Taylor, por favor, ¿Quién es “Mr. B”? —volvió a preguntar el comandante aún más incisivo.

El preso se acercó y abrió la boca como para decirle un nombre.

Esperó.

—Nuestra reunión se acaba aquí…, comandante.

El comandante lo miró de forma desafiante y lanzó la silla hacia atrás con fuerza. Y sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta y se la abrieron.

Su respiración se había intensificado. No soportaba esas situaciones, eran más fuertes que él. Pero tenía que respetar la *normativa morale* de su cuerpo, en caso contrario, habría ido en contra de la ley. Tuvo de acatar y seguir, aunque no era poco lo que había

conseguido. Retener a un cómplice y que confesara su implicación, gracias a un farol, no era tarea sencilla. Una farsa en contra de esta *normativa morale*, pero, en ciertas ocasiones, los resultados justificaban los medios.

Sintió menos presión en el esternón, los hombros menos pesados, parte de la carga emocional que lo afligía quedó en esa celda del aeropuerto. A pesar del paso importante, Rizzato seguía desaparecido desde hacía más de una semana y eso le flagelaba.

Obviamente, tenía que seguir, porque el amanecer viene justo después del momento más oscuro de la noche.

Hospital de Cremona, Italia.
Sábado, 22 de mayo.
Ocho días después del robo.

Despertaron.

Los dos detectives salieron del sueño en medio de los mimos de los enfermeros del hospital. La onda expansiva del taller Volta sacudió sus cuerpos, pero no solo eso. Esta llegó hasta Milán, deteniendo a uno de los más famosos subastadores del mundo y siguió creando un tsunami de proporciones inesperadas. Las pruebas más importantes que vinculaban la red de falsificación más prolífera de la historia quedaron enterradas para siempre, para no salpicar a más personas. La avaricia desveló la madriguera, y Fulvio era el conejo que quedó sepultado en su propio mundo. Taylor fue un peón importante y tuvo suerte de no quedar bajo los escombros del taller, pero, aun así, la onda de expansión lo atrapó, tomando las formas del comandante. Sin embargo, no se conocía quién era "Mr. B", el titiritero, y, por supuesto, no se sabía dónde estaba. Podía estar en cualquier sitio, podía ser cualquier persona, podía estar entre ellos, camuflado en una persona normal.

Los detectives seguían a la mañana siguiente con un ligero ruido en los oídos. Las enfermeras les sirvieron el desayuno y, una vez pasado el médico, podrían marcharse.

—¿Tienes noticias del comandante? —preguntó Bruno a la mujer mientras se preparaban para salir de la habitación del hospital, una vez aseados.

—Esta mañana me ha escrito diciéndome que se iba a dormir unas horas y que han capturado a Taylor en el aeropuerto de Milán.

—¿Nada más?

—Que nos veríamos hoy para explicarnos cosas.

—Y ¿"Mr. B"? ¿Sabes si logró averiguar algo sobre él?

—Dice que Taylor no desveló su identidad.

Bruno se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Se encontraban en el cuarto piso, las vistas daban a un pequeño bosque que separaba la ciudad con la zona del hospital, haciendo el área más a medida del hombre. Al fondo, alrededor del perímetro del edificio, se encontraban los coches aparcados.

—¿Cómo llegamos hasta el depósito municipal? ¿Dónde está nuestro coche? —preguntó Bruno a la mujer después de haber visto a

los vehículos detenidos.

La mujer lo miró y justo en ese momento entró una persona.

—Pues os llevo yo —dijo Verónica apoyada al marco de la puerta de la habitación del hospital con una sonrisa jovial.

—¡VEROOOO! —gritó Marguerita

Las dos se acercaron y se abrazaron.

—Vaya, vaya. Mira quién ha aparecido —comentó Bruno

Acto seguido, la joven mujer se acercó a Bruno y le regaló otro abrazo.

—He venido enseguida, en cuanto he visto tu mensaje —contestó Verónica entre los brazos del hombre.

—Gracias por venir.

—¿Cómo? ¿La has llamado tu? —preguntó Marguerita

—Sí, cuando llegamos al hospital no sabía cuándo podríamos salir, así que le mandé una ubicación y un mensaje de auxilio. No sabía qué podía ser de nosotros.

—Además, en casa me aburría —contestó la joven, ya mirando a su jefa.

—No me lo puedo creer, ¡sois lo peor! Ya habláis entre vosotros, si queréis incluso me puedo ir —dijo riendo.

—Pues la verdad es que os echaba de menos, a vosotros y a un poco de acción —dijo la joven. Y concluyó disgustada—: ¡Como me aburro en esa triste ciudad de Suiza!

Los tres rieron.

El flamante Abarth 595 *Competizione* roncaba por las vías de Cremona. Relucía como un escaparate de una tienda de lujo. La joven colaboradora de Marguerita conducía con la barbilla alta, orgullosa de su pequeño bólido, nuevo, resplandeciente. Era una persona con el síndrome del piloto fallido. Su pasión eran las carreras, pero sus padres no la ayudaron en su posible trayectoria profesional. Su padre decía que eran cosas de hombres, que era mejor que aprendiera a hacer Patchwork. Sin embargo, se metió en la informática, otra profesión mayoritariamente de hombres. En cuanto podía económicamente, se iba a los karts a correr un fin de semana. Luego pasó a irse a la vieja pista de Nurburgring, el famoso circuito alemán, para ahogar sus ansias de velocidad. Hasta que, en el equipo de Marguerita, consiguió permitirse el pequeño bólido rojo, un coche de carreras domado para la rutina urbana. La alegría de recibir uno nuevo, compensó el disgusto de haberlo visto destrozado por la temeraria conducción de Bruno parando un camión.

—Ya veo que sin mí no podéis estar. ¡Podíais haberme llamado antes!

—Pues ahora que lo dices, podría haber venido —dijo su jefa—, se

habría divertido, ¿verdad, Bruno? —preguntó girándose hacia los asientos posteriores.

—Pues sí, Vero, ayer en la explosión te lo hubieras pasado genial, superdivertido. Oye, ¿y si lo repetimos? —finalizó mirando a su compañera.

—No es una mala idea.

—Te has perdido el asesinato de la espada, eso te hubiera encantado.

—Pero ¿qué dices, Bruno?, ha sido mucho mejor que se quedara en su despacho de la oficina.

—A ver, ¿podéis dejar de decir tonterías y me ponéis al día de lo que sucede? —dijo Verónica poniendo firmes a los dos detectives.

El trayecto hasta el depósito fue para poner en situación a la joven de en qué punto de la investigación se encontraban, de que Rizzato aún no había sido encontrado y de lo que ocultaba realmente el taller Volta.

Verónica no se lo acababa de creer, todo era demasiado surrealista.

—Continuáis tomándome el pelo, por favor ¿podéis dejar de burlaros de mí? Encima de que vengo de Suiza para haceros de chófer.

—El problema, Vero, es que todo es cierto. A pesar de nuestra felicidad al verte, esto es un gran drama.

—Maldita sea, ¿porque no me habéis llamado antes? —preguntó la joven aparcando delante del depósito municipal de los vehículos.

Marguerita y Bruno se miraron con complicidad, a pesar de las pocas semanas que se conocían. En la mirada se decían muchas cosas, entre las cuales, la intimidad que consiguieron estando solos. Intentaron aguantar una mueca, pero la joven avispada lo captó.

—Ah, vale, vale, hubiera aguantado la vela —dijo; y bajó del pequeño bólido.

Mientras se acercaban a la oficina del depósito, el teléfono de Bruno sonó. Se detuvo y contestó.

—¿Renato?

«Buenos días, Bruno, ¿cómo estás?»

—Digamos que he tenido días mejores.

«¿Ha pasado algo? ¿Tienes novedades?

—Digamos que ayer fue un día explosivo. Y tú, ¿tienes novedades?

«¿Explosivo? Por cierto, ¿habéis visto lo que ha sucedido en el taller Volta?»

—Sí, digamos que lo hemos visto de forma privilegiada, casi en primera fila. ¿Tú tienes novedades?

Al otro lado hay un silencio.

—¿Renato?

«Hay novedades. Un periódico ha sacado una noticia bomba, mejor que vengáis y os lo explico. Parece que esta tarde los secuestradores quieren hacer una declaración sobre Rizzato».

—Ah, ¿sí? ¿Dónde ha aparecido? ¿En qué diario?

«Mejor ven, te espero en mi despacho. ¿Cuánto tardarás?»

—Pues el tiempo que tarde desde Cremona.

«Perfecto, nos vemos ahora».

Renato colgó.

Las dos mujeres, enfrente de Bruno, escucharon lo que dijo. Marguerita subió los hombros y alargó la cabeza.

—Renato dice que tiene noticias sobre Rizzato, que nos espera en su despacho, parece que los secuestradores van a emitir en directo un comunicado —dijo con un tono algo desconsolado.

—Venga, pues vamos a por ello —contestó Marguerita.

—Sí, vamos.

Bruno entró en el depósito, se acreditó y pudo sacar el coche.

—Pero bueno, ¡como os cuidáis! —dijo Verónica.

La muchacha se acercó al coche de Bruno y este salió.

—*Porca miseria.* Es un Alfa Romeo Giulia GTA de 570 caballos.

—¡*Vaccaboia*! Por favor, habla con propiedad. ¿Qué te parece?

—Pues… ¡menuda bomba con cuatro ruedas!

—Vero…, no me hables de bombas.

—¿Te das cuenta de que esto es un misil en el trazado del Nurburgring?

—No te flipes, no te lo voy a dejar… porque no es mío. Es de Renato, bueno, de la empresa de Rizzato, y nos lo ha dejado. No quisiera destrozar este también.

—¿Puedo entrar? —preguntó Verónica.

—Claro, pero no toques nada, que, conociéndote, aún desprogramarás algo… y solo nos faltaría eso.

La joven mujer se catapulta dentro y movió la espalda para notar los asientos deportivos que la acogían. Apretó el pedal del acelerador y el potente motor subió de vueltas un par de veces, la chica quería oír cómo respondía. Las revoluciones subían con la facilidad de un avión y, a la bajada, se oían los tubos de escape farfullar petardeando.

Cuando algo le llamó la atención.

Su teléfono comenzó a vibrar, sin embargo, nadie la llamaba, al reloj inteligente no le estaba entrando ninguna llamada ni notificación.

Sacó el móvil y se asustó. El teléfono se convirtió en un árbol de navidad, se volvió loco.

Entonces entendió lo que podía estar pasando. Salió del habitáculo, cerró la puerta, se giró hacia los dos detectives y blanca como una

pared, les dijo:

—Chicos tenéis un problema con este coche…, pero de narices.

En algún lugar de Italia.
Sábado, 22 de mayo.
Ocho días después del robo.

La máscara seguía ocultando la identidad del secuestrador.

Podía haber tomado la iniciativa y cambiado el rumbo de los acontecimientos, aceptar el pasado cambiando el presente, desviarse del plan, tomar las riendas de su vida. Sin embargo, no quiso hacerlo. Siguió estrictamente las indicaciones de "Mr. B" sin desviarse. Por la cabeza, ni se le pasó la idea de dar una oportunidad a Rizzato, de hablar con él, sin llegar al punto de perdonarle, pero, por lo menos, intentar entender lo que ocurrió. Al final, Mario era un hombre con filosofía militar, acostumbrado y entrenado a no pensar, solo a ejecutar.

Los mandos y los planes eran importantes para él, pero más fuerte era su cometido, la venganza. No tenía ningún sentimiento empático por ese individuo, todo lo contrario, notaba repulsión, la fuerza de un legado y la presión del recuerdo. La memoria de su madre, de haber hecho todo lo que pudo para que, en ningún momento, faltase la comida en la mesa. El recuerdo de soportar los gritos de la mujer o de los clientes procedentes del dormitorio. El sentimiento de no tener recuerdos paternos en su vida, solo figuras mosquiles que venían para visitas fugaces. Y, sobre todo, el recuerdo de encontrar el diario que escribía su madre, encontrado una vez muerta. Entonces lo entendió todo, pero ya era demasiado tarde para preguntar, para explicaciones, para perdonar y, sobre todo, para agradecer.

La palanca del perdón se torció sobre los recuerdos inquebrantables de Mario.

El hombre con máscara entró en el cuarto de los motores de la piscina y abrió el grifo. Al otro lado, el agua comenzaba a entrar por los agujeros de las paredes de azulejos color Tiffany.

Bajó por la escalera metálica de la piscina con unas botas. Al fondo, el prisionero, con la dosis de droga casi desaparecida, comenzaba a mojarse.

—¿Ves lo que pasa? —preguntó Mario—. Es el agua de la purificación.

—Por favor, sálvame, te daré todo el dinero que tengo, pero libérame.

El hombre con la máscara y la voz distorsionada se rio.

—Demasiado tarde, no me lo diste cuando era el momento y este

será tu castigo, morirás como una rata, ahogado.

Rizzato se puso a llorar.

—¿Lloras? ¿Así afrontas los problemas? Me das asco. Eres repugnante.

En el borde de la piscina, justo detrás de Rizzato, estaba Halina, que lo observaba.

—Sé hombre y mírame.

El prisionero lo miró y Mario se quitó la máscara.

Rizzato se giró apretando los ojos, no quería verle a la cara, si quedaba alguna posibilidad eso era su final.

—¡Mírame! ¡MÍRAME! —gritó Mario con su voz al natural.

Rizzato fue abriendo los ojos poco a poco, con la cabeza torcida, con miedo y una pizca de curiosidad.

—Quiero que me veas la cara —dijo con desprecio.

Cuando Rizzato ya le estaba viendo, se percató de cómo era su secuestrador. Un joven de rasgos eslavos, con acento ruso y con las facciones marcadas.

—Quiero que me mires a la cara antes de morir…, papa.

A Rizzato se le abrieron los ojos de par en par y se quedó sin palabras. El cuerpo se le congeló y los pelos se pusieron de punta, como escarpias.

—No, no, no te vayas, por favor, ven, ¿quién eres?

Mario retrocedió y subió la escalera metálica sin que ninguna palabra del prisionero lo afectase. Mr. B ya lo avisó: “si te quitas la máscara y se lo dices, no caigas en su canto de sirena”.

Impertérrito, le resbalaban las palabras del que fue el que fecundó a su madre, como el agua encima de sus botas impermeables.

—Ahora es tuyo, sabes qué hacer —dijo a Halina.

Acto seguido le dio un beso en los labios y salió de la puerta del gazebo donde estaba la piscina.

El plan seguía para Mario y Mr. B.

Cremona, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

Los ojos de la chica reflejaban la gravedad del asunto.

El motor seguía encendido, el sol de mayo relucía en la pintura roja del coche. A pesar de la temprana hora, el bochorno anunciaba un día caluroso.

La expresión de los dos detectives era de rendición.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Bruno, desconsolado.

La joven informática colocó el índice delante de su boca.

—Dadme vuestros teléfonos móviles.

Los dos inspectores se los entregaron.

Verónica los cogió, abrió la puerta del coche y los dejó en el asiento del conductor, apagó el motor y cerró la puerta. Acto seguido, les indica que se alejaran del Alfa Romeo.

—¿Cuánto hace que tenéis este coche?

Los dos detectives se miraron a la cara.

—No sé, un día, unas veinticuatro horas —dijo Marguerita—. ¿Por qué?

Verónica suspiró, haciéndose la importante.

—Ahora lo averiguaré, pero creo que tenéis micrófonos en el coche.

Los ojos de los detectives se abrieron de golpe. Bruno se pasó la mano por el pelo.

—Este coche lleva aquí desde ayer por la noche, los puede haber colocado cualquier persona —afirmó Bruno.

—Sí, pero, y antes, ¿qué coche teníais?

Marguerita inspiró ruidosamente.

—Espera, claro. —Se giró hacia el hombre—. Bruno, piensa, siempre han ido un paso por delante de nosotros. La muerte de Fulvio, cuando salimos de la prisión y la furgoneta nos esperaba fuera de la autopista, la bomba en el taller con el temporizador… querían que nos pillara dentro. Han sabido siempre de nuestros pasos.

—¿Me crees tonto? —replicó Bruno—. ¿Para qué crees que he llamado a Vero?

—Gracias —respondió la joven informática.

—Es verdad —contestó a Verónica, se giró otra vez hacia la otra mujer y siguió—. Cuando íbamos en la ambulancia, tuve un momento de lucidez, no podíamos ser tan desafortunados, algo tenía que haber, llegábamos siempre un paso por detrás, algo fallaba. Por eso la llamé,

quien mejor que ella. Bueno, ya ves los resultados.

—Bueno, bueno, creo que me merezco un sobresueldo por soportaros a vosotros y a vuestras aventuras —replicó la joven, mientras abría el maletero—. Esperadme aquí.

Cogió un artilugio negro y entró en el Alfa Romeo. Empezó a moverlo por el habitáculo y a hacer comprobaciones con la pantalla que tenía.

A los pocos minutos, salió y se acercó a los detectives.

—¿Entonces? —preguntó Bruno.

—Tenéis varios micrófonos por el coche, nada más.

—¿Localizadores GPS? —preguntó la mujer

—No, no he encontrado. Pero eso es mucho más fácil, os pueden triangular por la posición del móvil.

—Vaccaboia. Solo nos faltaba esto —dijo Marguerita

—Ehh, me has robado mi expresión —contestó Bruno.

—Todo lo malo se pega, querido.

—¿Queréis que me vaya…, tortolitos? —dijo la joven haciendo un gesto raro con la cabeza.

—Escuchadme, esta es una magnífica noticia —sorprendió Bruno

La expresión de las mujeres reflejó sus preocupaciones.

—Tengo un plan. Vero, síguenos en tu coche. Rita, sube al coche y no digas nada, solo hablaremos de futilidades, nada de lo que veáis y nada de dónde iremos. Esto es genial —concluyó frente a la perplejidad de las mujeres.

* * *

El pequeño Abarth de Verónica aparcó detrás del Alfa Romeo.

A Marguerita se le sobresalían los ojos por el asombro. Sin emitir ni un solo sonido, abrió la boca y apuntó su dedo hacia la dirección de la tienda. Luego se giró y con el mismo hizo un movimiento rotatorio en la sien. Él entendió sus gestos: «estás loco».

—Entro solo un segundo a comprar un croissant, tengo un hambre… espérame aquí, Marguerita.

—De acuerdo, no tardes mucho.

El hombre entró en la tienda. No se trataba de una tienda al uso, tuvieron que ir a varios establecimientos hasta encontrar uno abierto

en sábado. El último disponible, por suerte estaba abierto 24 horas al día, 7 días a la semana.

Verónica, desde su coche, no consiguió contener las carcajadas al ver al detective entrar en semejante antro.

Los cristales con vinilos impedían ver en su interior, una pantalla iba enseñando foto y vídeos explícitos de los producto y ofertas que los paseantes podían encontrar en su interior.

Bruno cerró la puerta y se sintió abrumado por la variedad de objetos que tenía el lugar. Se pasó la mano por el pelo y pensó: «Vaccaboia».

Jamás había entrado en un sex-shop, ni tampoco se hubiera imaginado entrar.

Se vio abrumado por los juguetes sexuales, la lencería atrevida, por las réplicas de plástico de los miembros de todos los colores y tamaños, y todo lo demás.

—¿Le puedo ayudar? —Apareció un chico con voz sensual.

Bruno, de golpe y porrazo, adquirió una tonalidad rojo pasión, se camufló en medio de la lencería y las cajas de preservativos, como un camaleón.

Tragó saliva y le contestó lo que necesitaba.

Varios minutos después, Bruno apareció con una bolsa enorme de color lila fosforito con publicidad de la tienda y conservando la misma tonalidad de vergüenza. Introdujo en el maletero las bolsas y arrancó el coche sin decir ni una palabra.

A un centenar de metros, vio un aparcamiento subterráneo, puso la flecha e indicó a Verónica que entrara tras él, el plan acababa de comenzar.

Aparcaron en la última planta, donde nadie los podía ver. Salieron del coche, dejando dentro los celulares.

—¿Te has bebido el cerebro, Bruno? —preguntó Marguerita

Bruno hizo caso omiso y abrió el maletero.

—Espera antes de juzgar.

Las bolsas enormes contenían dos cajas de igual tamaño.

—Esto no me lo pierdo por nada al mundo —dijo Verónica—. Desde luego, es mucho mejor que quedarse en la oficina rastreando hackers.

—¿Tenéis unos buenos pulmones? —preguntó mientras extraía la primera caja.

En esta aparecía la foto del producto que se encontraba en su interior.

—No me lo puedo creer —dijo la mujer mientras que Vero se doblaba de la risa—. ¿Qué quieres hacer con una muñeca hinchable?

—¿No lo ves? Es una mini tú. Espera, aquí tengo una peluca compatible pelirroja.

—Y ¿qué piensas hacer con ese… —Marguerita no sabía cómo definirlo—… objeto obsceno?

Bruno se levantó y emocionado dijo:

—¡Es genial! Pondremos la muñeca hinchable en el lugar del copiloto, a mi lado, con tu móvil en sus piernas y llamando desde el móvil de Verónica. Mientras yo voy hacia Modena, vosotras estaréis detrás de mí dejando una distancia prudencial. Iremos hablando, como si estuvieras físicamente en el coche, por eso la muñeca hinchable. E irás hablando para que te oigan dentro. Pero, en realidad, y aquí está la genialidad, estaréis detrás de mí, vigilándome las espaldas por si alguien me sigue. Y… —paró y señaló a la joven—, lo llevaremos donde nosotros queramos.

Las mujeres se quedaron aturdidas y perplejas por el plan Kamikaze y bizarro. No pudieron ni echarse atrás ni tuvieron otra alternativa.

Los dos coches salieron del aparcamiento subterráneo, con una distancia de un par de minutos.

El Alfa Romeo conducido por Bruno y acompañado por una muñeca hinchable con peluca pelirroja entró en la autopista, se puso en el carril de la derecha y fijó la velocidad que marcaba el límite de la carretera.

—Iremos hasta Carpi poco a poco, vamos bien de tiempo —dijo Bruno en voz alta.

Comentaba cada salida de la autopista, introduciéndola como si explicara a Marguerita alguna anécdota de su vida. Era parte del plan, para que, aquellos que los seguían, entendiesen dónde se encontraba y la velocidad a la que iba.

Faltaban pocas salidas para la de Carpi, donde Renato los esperaba y aún no habían obtenido ningún signo de que nadie los siguiera. Por la cabeza de Bruno pasó la idea de que a lo mejor era un tremendo error que las dos mujeres lo acompañaran y que se habían dado del truco de la muñeca desde el principio. Se arrepintió y la euforia del gran plan se fue deshinchando igual que los kilómetros que pasaban.

«A lo mejor nos esperan en la salida de la autopista, como esa noche con el viejo Panda», pensó Bruno. Aunque, siendo de día, era demasiado clamoroso y arriesgado que intentaran algo.

La autopista Brennero partía en dos la inmensa campiña.

Por los lados, aparecían campos de trigo y casas de campesinos, algunas rehabilitadas y algunas derruidas por el paso del tiempo y la

humedad que no perdonaba.

Las esperanzas se reavivaron cuando Marguerita, por medio del móvil, dijo:

«Los pájaros de esta zona son muy raros».

Bruno entendió, se reactivaron sus ojos y la esperanza. Aguantó la mirada para no dirigirla enseguida hacia el retrovisor.

—¿Lo dices porque no te gustan los pájaros?

«No me gustan mucho, sobre todo esos tan feos de allí, los negros».

Bruno lo entendió, el vehículo negro que lo seguía y se puso detrás de él, delante del Abarth de Verónica.

Subió la vista y, efectivamente, una furgoneta negra lo seguía a mucha distancia. Su presencia era casi imperceptible si no hubiese sido avisado por el coche centinela.

Bruno empezó a sentir que el corazón le palpitaba más y más fuerte. La mujer hablaba y él respondía escueto. Bajó la temperatura del habitáculo, de golpe comenzó a tener más calor y a sudar. Nunca se había enfrentado a un hombre que podía ser un sicario. El plan pareció funcionar, pero, en ese momento, en el que se enfrentó a la verdad, se dio cuenta de que era el anzuelo, entonces dejó de hacerle gracia.

Se aproximaba la siguiente salida y, sin decir nada, puso el intermitente y tomó la vía para abandonar la arteria. Frenó todo lo que pudo para ver si la furgoneta negra también lo ponía, hasta que la curva se lo impidió. Entró en el peaje y, de repente, lentamente apareció el vehículo negro en el retrovisor. El plan funcionaba.

Pegognaga, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

El plan bizarro estaba funcionando.

La furgoneta negra seguía a Bruno. Una vez pagado el ticket en el peaje, arrancó el potente Alfa Romeo y se acercó a la glorieta. Detrás, el vehículo negro aparecía en el retrovisor pisándole los talones.

«Ven con papa», pensó Bruno para sí.

Tomó la carretera general. El tráfico en la carretera era casi nulo, era un soleado sábado de mayo donde las familias optaban por pasarlo o bien en el parque, o bien a la playa, para compensar el bochorno.

Bruno conducía tenso, seguido por el sicario. Redujo el diálogo con Marguerita, no quería estropear la emboscada, no quería dar a entender que algo se cocía.

Las gafas de sol impedían delatar a Bruno las continuas miradas al retrovisor para comprobar la presencia del coche. Sin embargo, no veía el pequeño coche de Verónica. Se preguntó si lo seguían o se habían equivocado con la salida.

Finalmente decidió actuar.

Justificó a Marguerita que necesitaba hacer unas necesidades biológicas, aunque se moría por preguntarle dónde se encontraba.

Bruno salió de la carretea principal y se metió por una calle transversal y luego en un aparcamiento de un restaurante abandonado.

El espacio era grande, repleto de agujeros y de gravilla gris. El Alfa Romeo aparcó casi al final de este.

Bruno espera ver a la furgoneta entrando en el aparcamiento. Mirando el retrovisor y sujetando la maneta para salir.

Las palpitaciones se le dispararon, se secó el sudor de las manos en los tejanos. Estaba aterrado, no sabía cómo enfrentarse con el sicario. La garganta se le secó de golpe, se dio cuenta de que no llevaba agua.

Todo paso difícil hacia lo desconocido provoca terror, la mente es reacia a cambios y por eso genera miedo en el cuerpo, para que no hagas nada diferente en tu vida, en tu día a día. Pero los pasos hacia lo desconocido nos hacen crecer, ser mejores personas o, incluso, más atrevidos. Sin embargo, no son fáciles.

«Vamos, vamos. ¿Dónde estás?»

La furgoneta entró en la explanada.

«¡Bien! Comienza el Show».

Bruno salió del coche y, después de haber cerrado la puerta del conductor, se acercó a la rueda de detrás, la miró, se arrodilló enfrente observando la circunferencia. La furgoneta se detuvo.

Bruno, de reojo, controlaba los movimientos del sicario.

—¡Maldita sea, estas ruedas!

Se levantó y empezó a darle patadas al neumático, como si tuviera problemas.

A cabo de un buen rato, se sintió como un idiota.

Se detuvo.

Giró la cabeza hacia la furgoneta, esta estaba vacía, nadie se encontraba sentado en el asiento del conductor. La falta del conductor lo confundió. Su miedo se acentuó, se sintió un blanco fácil. Giró a su alrededor, para ver si estaba detrás suyo, en un movimiento compulsivo.

Las palpitaciones subieron, igual que la respiración cada vez más histérica, eso no estaba programado.

No lo tenía a su alrededor, solo podía seguir en el vehículo.

Se fue acercando, lo distanciaban varios pasos.

El sol apretaba con un calor anormal para ser mayo. Las zapatillas hacían crujir las calientes piedras del suelo.

A dos pasos de la furgoneta, lo confirmó, en el puesto del conductor no había nadie. A pesar de la luz diurna, el habitáculo estaba oscuro y no había nadie. Los cristales tintados filtraban completamente los rayos solares.

Podía esperarse de todo, un sicario estaba entrenado para eso.

Delante de la evidencia de que se había equivocado, se arrepintió de haberse metido solo en ese problema, tenían que haber llamado al comandante.

Sintió que su vida estaba en peligro, que no dominaba para nada la situación. No sabía dónde estaban Marguerita y la joven informática, a las que había arrastrado a un plan esquizofrénico, a la deriva y, muy probablemente, poniendo en peligro sus vidas.

Miró por la ventanilla del conductor, acercó una mano a la ventanilla para mirar en el interior, y nada.

No supo qué hacer, si esperar o mirar alrededor de la furgoneta.

Deglutió, respiró hondo y pasó por la puerta lateral de la furgoneta.

De repente, pasó algo, algo en su interior cambió. «¿Qué es eso?», pensó Bruno. Era una forma, una luz. Acercó la cara al cristal. Parecía una luz con una forma que le recordaba a algo, juntó las manos en el cristal y entonces lo vio nítidamente, era la forma de una calavera. Era la máscara de LEDS verdes.

De golpe, se abrió la puerta lateral deslizándose.

Una persona con la máscara de calavera verde apareció de la nada

y una pistola lo apuntaba a dos centímetros de su cara.

La garganta de Bruno se cerró, sabía que aquello era verdad, pero parecía un sueño. Pensó que, por desgracia, ya le había sucedido, no era la primera vez que lo apuntaban, pero nunca se acostumbraría.

—Retrocede —dijo la máscara con la voz distorsionada.

Inconscientemente, Bruno levantó las manos y dio unos pasos hacia atrás.

—Gírate.

Bruno obedeció.

—Avanza hacia el coche.

Bruno comenzó a caminar.

—¿Quién eres?

—Eso, en breve, te va a dar igual.

Bruno cerró los ojos, entendió que su intención era probablemente la de matarlo. Entonces pensó que era mejor que las dos mujeres no estuviesen allí.

—Abre la puerta —ordenó el sicario.

Bruno se giró, le miró y abrió la puerta del conductor.

El sicario le hizo señal con la pistola para que se apartara y asomó la cabeza.

Solo estaba la muñeca hinchable con la enorme boca abierta en forma de "O" y la peluca; llevaba puesto el cinturón para que no se moviera y un teléfono móvil en las piernas plegadas.

—¡Corre, Rita, vete de aquí, está armado! —gritó Bruno hacia el habitáculo para avisar a las mujeres.

El hombre de la máscara, enfurecido, se giró y lanzó un gancho a la cara del italiano tirándolo al suelo.

—¿Dónde está la mujer? —esputó el sicario.

Bruno aterrizó en la caliente gravilla levantando un sutil polvo blanco. Aturdido, se tocó la mandíbula con la mano. Las gafas saltaron por el fuerte impacto del puño, el labio inferior presentaba una herida y la sangre comenzó a bajar por la barba descuidada de varios días.

—¡NOOOOO! —gritaron por detrás.

Marguerita se acercó y se tiró encima de Bruno, como para protegerle ante otros actos de furia del sicario.

—No le hagas daño, por favor.

Bruno sintió una sensación agridulce. Por un lado, feliz por verla y que lo estuviese protegiendo, eso demostraba lo que sentía por él. Por el otro, hubiese preferido que se marchara.

—Tenías que marcharte.

—¿Marcharme? ¿Y perderme el puñetazo que te han dado? ¡Ni hablar!

—Mi plan ha salido fatal.

—¿Y te has enterado ahora?

Bruno la miró de reojo.

—Levantaos —dijo el sicario haciendo un gesto con la pistola.

Los dos detectives obedecieron.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

El hombre llevaba la máscara que persiguió a los detectives durante varias semanas. La misma que contrató a los jóvenes de la pelea en Mónaco en el hotel Palace. La misma que tenía Perfel en su maleta. La que estaba encima de la bomba en el taller Volta. La misma mascara para el mismo mensaje, una organización que quería dejar una señal, un signo de identidad. «Pero ¿cuál? Y peor, ¿por qué?», pensó Bruno.

—Tendréis el mismo final que Rizzato.

Bruno dio un paso hacia delante, pero la mujer lo agarró y lo detuvo. El sicario ni se inmutó.

—Él morirá ahogado y vosotros como en un accidente.

—¿Dónde lo tienes, maldito bastardo?

Una palabra hizo mella en su interior.

—¡NO SOY UN BASTARDOOO!

El sicario perdió los estribos. «Eso era bueno», pensó Bruno.

—Da igual donde esté, está recibiendo lo que se merece. —Se acercó a Bruno y le apuntó a la cabeza.

Bruno respiraba por la boca, entre los dientes. Miraba al sicario con ojos desorbitados por la ira acumulada, grandes como naranjas y rojos de rabia.

—No sabes nada, NADA, jodido italiano. Solo pensáis en ir a mi país y robar lo que es nuestro, joder. Pues eso se ha acabado, eso lo voy a cambiar.

«¿Cambiar?», pensó Bruno.

El sicario se aclaró la voz y retrocedió, se dio cuenta de que se estaba pasando y que sus emociones no podían sobrepasar al plan que tenía.

Esperó un momento y, después de haber respirado profundamente, dijo:

—Hacia el coche. —Señaló la dirección con la pistola.

Los detectives no se movieron, se tiraron hacia atrás encogiendo el cuello y se juntaron, expectantes por lo que pudiera pasar.

—¡VAMOS! —gritó el sicario.

«He malgastado una oportunidad», pensó Bruno.

En algún lugar de Modena, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

Mr. B.

Serpiente, farsante, metódico, manipulador, camaleónico, vengativo.

Brotó desde la nada como espuma marina. La vida en la sombra lo hizo fuerte y armó su plan. Como la planta de bambú, que pasa largo tiempo haciendo crecer sus raíces, afilando sus tentáculos y desenvolviéndolos por el terreno, tan profundamente que nadie se da cuenta.

Luego, un día, el menos pensado, comienza a brotar. La planta del bambú sorprende por la rapidez y la altura, pero cuando ya es demasiado tarde.

El plan de Mr. B. era, como el arbusto, una proyección de un sentimiento, de una emoción no digerida ni externalizada, un rencor fermentado que explotó en su interior, generando una ola expansiva que llegó hasta el mismo Rizzato, hasta Japón, hasta el mismo corazón de las personas que menos tenían que ver con su furia reprimida.

Se escondía detrás de una máscara, no física, emocional, por eso quiso que el plan y su organización secreta llevaran un antifaz igual, para mandar un mensaje, una señal. Su rostro no necesitaba un antifaz en forma de calavera con leds verdes, porque su visibilidad era su mejor arma, y, en consecuencia, su mayor engaño.

Porque cuando una persona no tiene nada que perder, se convierte en la persona más peligrosa del mundo. Mr. B había obtenido todo de su vida, menos dos cosas, venganza y protagonismo. El plan se fundaba sobre esos valores.

* * *

Recibió un mensaje.

La pantalla de móvil decía:

«Tengo a Bruno.»

Una profunda mueca de satisfacción se extendió en su rostro.

«Llévalo ahora mismo a la base», contestó.

Respiró hondo, aire de satisfacción entró en sus pulmones.

Apoyó los talones en una mesa delante de un sofá y cruzó las piernas. Sacó un puro y saboreó el momento. Todo estaba a punto de acabar, el plan estaba terminándose, tanto para él, como para todos los que sufrían la presión de este.

Extrajo una parte del puro con delicadeza, creando la boquilla. Cogió el mechero y, rotándolo, fue encendiéndolo. Una vez prendido, la pequeña sala comenzaba a llenarse de humo.

—También ha llegado tu momento…, pequeña fisura anal —dijo Mr. B en voz alta.

Pasaron los minutos y el puro de la victoria se fue gastando. Cuando la mitad se había convertido en humo, oyó un vehículo que aparcaba en la parte externa del edificio.

Se frotó las manos y esperó a que entrasen.

Tenía ganas de ver a Bruno dejando en paz los planes y las dinámicas que regían su tierra natal. Hacía días que sintió brotar en su interior un deseo de ver al detective con la cabeza agachada, esperando para ser cortada, como pasó en Francia con María Antonieta, pero en este caso, no sería en un patíbulo en medio de una plaza, sería una función privada.

Bruno apareció por la puerta con las manos detrás de la espalda, justo detrás de su nuca, una pistola lo empujaba con fuerza a seguir adelante. El detective presentaba una herida, la barba dejada de días goteaba sangre que acababa en su ropa.

—Sigue, no te pares, basura —decía el individuo con la voz distorsionada y la máscara de leds verdes.

Bruno avanzaba a trompicones, molestado por el sicario que lo empujaba. Miraba a su alrededor, la expresión del detective estaba como perdida.

—Bienvenido, aunque es una lástima que esta sea tu ultima fiesta —dijo Mr. B. sentado en el sofá, gozando de la visión tan esperada.

—¿Tú? ¿TÚ? ¡Tú! [silencio…] ¡No me puedo creer que seas tú Mr. B!

Bruno abrió los ojos como platos, sintió una fuerte rabia en su interior, movió la espalda como para querer liberarse.

El sicario bajó un poco la pistola y la volvió a subir enseguida.

—Pues sí, amigo mío —dijo con el puro entre los dientes, levantando los brazos con las palmas hacia arriba—. Siempre he sido yo, siempre he estado aquí.

—Yo no soy tu amigo, escoria social —dijo Bruno despreciándolo —. ¿Eres…, eres…? ¡Eres…!

—Sí, sí, soy Renato. No te fatigues, Bruno, te quedan pocos minutos de vida, no hace falta que te cabrees.

—Si te pudiera coger, te mataría con mis propias manos.

—Pues entonces me alegro de que estés maniatado —dijo Renato. Cogió el mechero y volvió a encenderse el puro—. No te alteres, Bruno, ¿sabes cómo matan a los cerdos y a los pollos? —dijo Renato y calló.

El detective no contestó, su expresión ya lo decía todo.

—Pues a finales del siglo pasado, los químicos ganaderos descubrieron que, si matas a un animal de forma violenta justo antes de morir, el animal desprende adrenalina y hace que los músculos se endurezcan y, por lo tanto, su carne no será tan buena. —Dio una buena calada al puro—. Así que, en la actualidad, primero los anestesian con un gas en una sala especial y luego los matan. Por lo tanto, Bruno, no te endurezcas, vas a morir igual.

El detective enseñaba los dientes apretados, igual que un perro rabioso.

—De rodillas —dijo Mr. B.

Bruno no lo hizo. Entonces miró al sicario y levantó la cabeza, indicando que lo obligase.

El sicario ejerció más presión con la pistola en la nuca y le soltó una patada en la pierna. Este cayó y aterrizó en las rodillas. Se giró y le lanzó una mirada vengativa.

—¿Por qué, Renato? ¿Por qué has hecho todo esto? —dijo Bruno dolorido por el aterrizaje en las baldosas.

—No puedes entenderlo, Bruno, tu coeficiente intelectual no da para tanto. Pero tengo que confesarte que me lo he pasado bien entreteniéndote a ti y a tu amiguita mientras jugabais a los detectives. Despistaros, enviaros donde quería y encima escuchando vuestras conversaciones y vuestros actos sexuales. ¡Esa mujer tiene que ser un portento en la cama!

—Eres repugnante y un enfermo mental.

Renato se rio.

—¿Enfermo mental? ¿Yo? ¿Qué dices? Eres tú quien, con tu visión provinciana, que nunca has salido de Europa y de tu tallercito, no podría entenderlo. —Entonces pasó y miró con avidez y venganza—. Yo tengo el mundo en la mano.

—Eres un titiritero, un psicópata.

—Bueno, piensa lo que quieras.

—¿Dónde está Rizzato?

Renato miró al sicario, luego su reloj y se rio.

—En este momento, estará… ¡muerto! Junto a su padre. Otro

desgraciado.

Bruno cierra los puños con fuerza, con unas inmensas ganas de poder saltarle a la yugular. Mirándolo desde el suelo, se sentía presa, una bestia atada por cadenas morales. Pensaba en Rizzato, si estaba vivo, si era un farol o realmente lo estarían ahogando. Su corazón propulsaba sangre a la misma intensidad que sus pensamientos.

—Rizzato te había dado todo, ¿por qué le has hecho esto?

—¿TODO? ¿Qué quieres decir con todo? Me ha usado, era su "chico de los recados". —Renato se levantó y se aguantó con su bastón. Lo apuntó con su puro—. Tú no sabes nada, todo parece bonito desde fuera. He tragado mierda por dos vidas a su lado. Porque cuando llovía, yo era su paraguas. Todo lo que he visto y he tenido que tapar de ese hombre…, no tienes ni idea. Era incapaz de hacer un círculo con un compás.

—¿Chico de los recados? ¡Eras el mismísimo *consigliere*!

—Nunca lo entenderás —contestó despreciando su capacidad cognitiva.

Se produjo un silencio. Los dos hombres se miraron a los ojos, Bruno, apuntado con una pistola jadeaba por la ansiedad.

—¿Por qué te metiste en el negocio de Fulvio Volta?

—No es asunto tuyo.

—El marrón se lo comerá Taylor, ya que a Fulvio lo habéis matado —concluyó mirando al sicario.

—A Taylor lo teníamos que haber matado junto al japonés, pero la policía no fue tan negligente como pensábamos —dijo mirando al individuo con la máscara—. De todas formas, si quieres saberlo, era el negocio perfecto. Pero ¿quién iba a saber que Fulvio guardaba registros en su despacho del sótano? —contestó levantando los hombros.

»Taylor dices… ese hombre era todo miembro viril y poca cabeza. Era más controlable un gato callejero persiguiendo a una hembra en celo que Taylor. Todo se lo fundía entre la mujer oficial, que solo se dejaba tocar cuando recargaba la cuenta en el banco, y las amantes por medio mundo. Un yonqui del dinero y de las fiestas.

—Si no hubiese sido por él, Fulvio no hubiese salido en el pozo que estaba…

—Eres bobo de narices, chaval. ¿Quién crees que presentó a Taylor y Fulvio? Ahora me he cansado. Mario, mátalo.

—Espera, espera, una pregunta más, Renato. Ten clemencia. ¿qué pasó con el Auto Union de Rizzato? —dijo Bruno con voz mansa.

Renato resopló.

—Rizzato se enteró de que su coche era falso, no me preguntes cómo, nunca lo averigüé. Quiso denunciarlo, eso nos hubiera destapados a todos, y, sobre todo, antes del tiempo. Mario le hizo una

propuesta que no pudo rechazar. Eso sí, quiso venderlo y eso podía ser aún más peligroso, así que tuve que diseñar El Plan Mónaco. ¿Satisfecho?

Renato miró al sicario y le dijo:

—Levántalo y mátalo.

—No, no, espera, Renato, por favor, espera un momento.

El sicario lo levantó de mala manera.

—Espera. ¿Qué pasó en Kiev? Quiero entender —suplicó Bruno.

Renato aclaró la voz y miró al sicario.

—Este hombre es el hijo bastardo de Gian Paolo Rizzato, Mario Petrov. —Renato cambió de tercio, apretó los dientes y se enfureció—. ¿Sabes por qué tiene que morir Rizzato?

Bruno miró a sus ojos, hasta lo más profundo de su alma oscura, esperando para ver cuál fue la chispa que hizo prender el fuego de la venganza en su interior.

—El desagradecimiento —dijo a regañadientes—. El dar por sentado que la vida le debía cosas a él, igual que todos le debíamos. Usaba y tiraba a las personas como pañuelos después de usarlos para limpiar su trasero. Su madre… —señaló al sicario—… quedó embarazada y Rizzato la tiró a la cloaca, como una camisa usada dos veces, ¿entiendes?

Bruno movió la cabeza negando.

—Es la envidia lo que te mueve, pedazo de mierda, no la justicia. Ahora lo entiendo.

Renato arrugó el ceño y torció ligeramente la cabeza, luego rio forzado.

—Mario, mátalo —dijo realizando un gesto de desprecio con la mano y se giró.

Entonces, la voz de Bruno cambió de tercio, sufrió un giro de ciento ochenta grados, de corderito se convirtió en una voz fuerte, profunda, inesperada para el *consigliere*.

—Creo que te equivocas…, hijo de perra.

Pegognaga, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

Unas horas antes, en el medio del aparcamiento. En la salida "Pagognaga" de la autopista.

El sicario apuntaba con la pistola a los dos detectives.

—¡VÁMOS! —gritó.

Cuando algo inesperado sucedió.

—CLIC. —Oyó el sicario a sus espaldas.

El ruido provino de su espalda, a la altura de su nuca. Ese sonido lo conocía bien, el mismo que se hace al cargar una pistola, apretando hacia abajo el martillo. Provenía justo detrás de él. El sicario se endureció y se quedó callado. Cuando, a los pocos segundos, le llegó una patada descomunal en el costado desprotegido, el derecho, el mismo que tenía el brazo levantado con la pistola apuntado. El impacto fue seco y dolor fue intenso, dejando al hombre enmascarado desprotegido y desubicado.

Marguerita no dejó que reaccionara y, con toda la punta del zapato, le tiró una patada en plena ingle, en medio de las piernas, con toda su ira. Instintivamente trató de protegerse, sin saber de dónde venía esa fuerza y, sobre todo, esa rapidez.

El hombre con la máscara cayó dolorido al suelo, con las rodillas que aterrizaron ruidosamente y protegiéndose las partes íntimas doloridas.

Sin dejar de apuntar al sicario, Verónica recogió la pistola.

La joven jadeaba por la adrenalina que tenía en su cuerpo y, viendo al hombre en el suelo, soltó un grito liberador, a pleno pulmón, como si fuera de la tribu Sioux.

—¿Dónde has aprendido eso? —le preguntó Marguerita.

Y sin dejarla contestar, siguió preguntando con un tono materno:

—¿De dónde has sacado esa pistola?

Verónica rio, con las pulsaciones aceleradas y orgullosa de haber resuelto una situación abocada al fracaso y, seguramente, a la muerte.

—La compré ayer en Suiza, es demasiado peligroso ir con vosotros.

Bruno se acercó a la joven.

—Gracias —le dijo mirándola fijamente.

Acto seguido, Bruno se arrodilló y quitó la máscara al individuo.

Los detectives finalmente vieron el rostro del que intentó matarlos

en tres ocasiones, en ese descampado, con el Panda y en el taller Volta.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Bruno.

—¡Que te den!

—¿Eres ruso? —preguntó Marguerita .

—No, ucraniano.

Bruno y Marguerita se miraron a la cara.

—¿Ucraniano? —preguntaron al unísono.

—¿De Kiev? —preguntó Bruno.

Mario, el sicario, no contestó, permaneció con la cabeza agachada.

Bruno le levantó la cabeza y le preguntó.

—¿Quién es Mr. B.?

Mario lo miró y, después de pensárselo, le escupió a la cara.

Bruno se levantó asqueado y se limpió con un pañuelo.

—¿Qué hacemos con este saco de mierda? —preguntó Verónica.

Bruno miró a la furgoneta y afinó la vista.

—Tengo una idea.

—¿Otro plan de los tuyos? Has visto este y, si no es por Vero, estaríamos muertos.

—Tienes razón, pero el nuevo es genial.

—Dijiste lo mismo del otro, guapo —contestó Vero.

—Será mejor que llamemos al comandante.

–No hay tiempo, ya has oído, Rizzato está en peligro, lo quieren ahogar. ¡Hay que actuar rápido!

Entonces Bruno apoyó la mano en el hombro de Marguerita y le dijo:

—Confía en mí, tengo una idea…, y esta sí que es muy buena.

48

En algún lugar de Modena, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

Renato se detuvo.

Un escalofrío le recorrió la espina.

Levantó los ojos desde el sofá.

El tono de voz de Bruno cambió de registro, al igual que la energía en el ambiente. Sintió presión en la nuca, un sentimiento que no había experimentado nunca.

Bajó la mirada y se fue girando poco a poco, temeroso, algo no iba bien, algo escapaba de su alcance, de su mano, del perfecto plan que, como un arquitecto, diseñó hasta en los mínimos detalles, menos la aparición de un maldito mecánico con el sombrero de detective.

Renato

Se giró por completo. El mango de la sartén se inclinó hacia otro lado y los huevos se convirtieron en una tortilla.

La mirada del detective cambió, con la barbilla baja, mirándolo casi a través de sus cejas superiores y jadeando. A punto de saltarle encima como un muelle.

El sicario, su pupilo, ahora le apuntaba con la pistola.

«¿Cómo puede ser que Mario me esté apuntando? No puede ser, yo que le he ido a rescatar de Kiev, de la miseria más profunda, tanto emocional, como económica, no puede ser que se haya pasado al otro bando».

Las pulsaciones y la respiración se aceleraron para el *consigliere*, una solitaria gota de sudor inició a bajar desde su frente. Probó una sensación nueva, la de sentirse en jaque mate.

Esperó a que alguno de los dos individuos delante de él diese el primer paso.

Bruno.

Enfrente del que creía, hasta hacía tan solo unos minutos, la columna de la investigación y un aliado, se desveló como el artífice del complot arrancado en Mónaco. Pocos días para que un héroe se trasformase en un villano.

La rabia se fue mudando, primero en ira y luego en venganza. Respiraba cada vez más fuerte, hasta el punto de que se le levantaban los hombros en cada respiración.

Vio cómo se giraba Renato, con otro rostro, con la preocupación estampada en su cara. Jamás lo había visto así. Sintió la incertidumbre en su piel y el terreno moverse bajo sus pies.

En los ojos de Renato vio la vida rota de Calogero, su amigo, al que le fue arrebatada la vida por un maldito plan sin sentido. Allí, aunque en ese momento ya era demasiado tarde, comprendió lo último que faltaba. Abrió los ojos de par en par y dijo.

—Ahora entiendo el ultimo indicio de la nota, no era NO R|, era NO Renato. Claro, a Calogero no le dio tiempo a escribir tu nombre completo por miedo a tardar demasiado en guardar el papel.

Renato levantó los brazos.

El sicario.

En sosiego, mirando la escena de los dos hombres que tenía enfrente.

La máscara provocaba un calor infernal, humedeció completamente su cara, una cascada de gotas atravesaban el rostro, llegando al cuello y entrando en el atuendo.

Ejecutando las ordenes de Renato, apuntaba a Bruno con la pistola, hasta que este cambió de registro, entonces dirigió el arma hacia Renato. Este, desprevenido y desubicado, miraba al sicario incrédulo. Su rostro descompuesto difería mucho del de hacía unos minutos.

Bruno volvió a hablar, entendió el último indicio de su amigo de Calogero Ragusa, sintió que había llegado el momento.

El sicario se agarró la máscara de la parte inferior y con suavidad se la quitó, volviendo a respirar a pleno pulmón.

Los presagios de Renato se materializaron.

Mario no se encontraba detrás de la máscara. El sicario, una vez mostró el rostro, hizo un gesto con la cabeza soltando su melena rojiza. Era Marguerita, y estaba delante del artífice del plan Mónaco, apuntándolo.

—Caray, enhorabuena, tortolitos, me la habéis jugado, pero aún no habéis ganado la guerra, queridos.

Los dos detectives no se extrañaron, eran conscientes que Mr. B., fuese quién fuese, tenía que ser un hombre de armas tomar y que no se entregaría así como así.

Levantó los brazos otra vez, como un cura en pleno sermón. En la mano izquierda sujetaba el bastón.

—Pues hasta aquí hemos llegado. Un placer haberos conocido.

Y con un movimiento rapidísimo, juntó las manos acercando el bastón a la mano derecha. Con esta agarró el mango del bastón y separó la empuñadura curva. Al extraerla, se desplegó un gatillo y apareció un orificio al final del mango. Apuntó a la mujer y disparó sin temor, ni remordimiento.

La pequeña pistola hizo un estruendo poco proporcional a su tamaño.

—¡NOOOOO! —gritó Bruno delante del cuerpo de la mujer que caía.

La pequeña bala alcanzó a la mujer, que amortiguó la trayectoria con su cuerpo.

Acto seguido, Renato, soltó el arma y se escapó por la puerta trasera cojeando.

Bruno cogió a la mujer en sus brazos, la bala le había alcanzado el hombro, quedándose dentro. Del corte salía un flujo espantoso de sangre. Sacó un pañuelo para detener la hemorragia.

—Rita, no, por favor, no me dejes ahora.

—Estoy bien, amor.

De Bruno salió una sonrisa aguada por las lágrimas que comenzaban a bajar.

—Eres un exagerado, voy a ponerme bien, tranquilo. En los servicios secretos he pasado por situaciones peores.

Bruno sujetaba a la mujer en su regazo, pensando que tenía que hacer algo más.

—Desde luego, no os puedo dejar solos un momento porque la liais parda —dijo el comandante Siani entrando por la puerta trasera con varios agentes de los Carabinieri.

Se agachó y preguntó a la mujer cómo se encontraba.

—Nada, todo normal, comandante. Más preocupada por Bruno, que se va a desmayar por un poco de sangre.

El comandante extrajo su radio y llamó para la intervención de una ambulancia.

—¿Y Renato?

—Ya se encuentra esposado en un coche patrulla, directo a Opera, le vamos a meter en la misma celda que al japonés.

—Tenemos que encontrar a Rizzato, cada momento es importante —afirmó Bruno—; aún podemos salvarle.

—Vete, yo me quedaré con Marguerita —contestó el comandante.

—No, no, me quedo, no te dejo sola.

—Bruno, escúchame, estoy bien, no es nada. Vete a salvar Rizzato, acaba nuestra misión, o todo lo que hemos hecho hasta ahora no habrá tenido sentido —le dijo mirándolo a los ojos, seria y convencida.

—De acuerdo. ¿Pero dónde? No sé dónde ir.

—¿Qué dijo Renato? —preguntó la mujer.

—Que estaría enterrado con su padre.

—Y, ¿Mario?

—Que lo estaba ahogando.

—Esperad, está aquí fuera Marta Rizzato, la hemos llamado porque pensábamos encontrar aquí a su marido. ¡Pregúntale a ella! —dijo el comandante

—Vete, Bruno, y no corras.

Él se apoyó en el sofá y la miró mal.

—¿Qué no corra? ¿En serio?

—Bueno, entonces ve con cuidado.

A Bruno le apareció una mueca de complicidad y le dio un beso en los labios. Acto seguido, desapareció por la puerta.

El tablero de ajedrez seguía caliente y la partida continuaba abierta.

49

En algún lugar de Modena, Italia.
Sábado, 22 de mayo.
Ocho días después del robo.

Un sábado tranquilo.

O eso creían los vecinos de la guarida del *consigliere*, hasta que entraron un sinfín de coches de los Carabinieri. El polvo que levantó la caravana de policías fue teñido por las sirenas rompiendo el silencio del vecindario.

En la periferia tranquila de Modena.

Edificios bajos, modestos, de clase obrera, construidos en los años del milagro económico italiano. Un patio interno, con acceso a los garajes, y un lugar donde los niños jugaban seguros a la pelota. Una construcción rompía con los bloques domésticos, un viejo obrador textil aparentemente abandonado. Los rumores decían que el millonario grupo empresarial Rizzato comenzó sus andares bajo ese techo.

Los vecinos salieron a los balcones, esperaban ver qué estaba pasando en su patio, en el viejo obrador Rizzato. Todos con los móviles en mano, grabando y enviado fotos a los parientes.

Todos los agentes se encontraban separados detrás de los coches patrulla, esperando la orden de un superior o que algo desencadenase algún acontecimiento.

Detrás, en tercer plano, un hombre en alto uniforme se quedaba en la retaguardia, como un conquistador listo para la orden de invasión.

Al cabo de unos minutos, apareció un coche con cristales tintados, se detuvo a distancia y el carabiniere se acercó para hablar con la persona que viajaba en la parte trasera. En ese preciso momento, desde el interior se oyó un disparo, resonó como una campana, activó la tensión y el miedo a un desenlace temido.

El oficial arrancó a caminar hacia la entrada del edificio

extrayendo su arma corta, unos agentes lo siguieron y, justo cuando estaban a punto de entrar, un hombre cojeando salió. Este, al ver a los agentes levantó las manos, se entregó y fue introducido en un coche patrulla. Los carabinieri entraron en el edificio.

A los minutos un hombre con barba salió corriendo, miró a su alrededor y acabó acercándose al coche con las ventanillas tintadas. El espectáculo se había acabado.

* * *

—Marta necesito hablar contigo —dijo Bruno abriendo la puerta trasera de la limusina.

Marta Rizzato, que estaba mirando su pelo en un espejo, se dio un susto de muerte.

—Bruno, ¿quieres matarme?

—Puede que sepamos donde está Gian Paolo, pero necesitamos tu ayuda.

—¿La mía? Pero ¿mi Gianpy no está allí dentro? —contestó apuntando con el dedo al edificio.

La mujer no salió del coche, se queda cómodamente sentada. Bruno se agachó y le explicó los indicios que tenía de Mario y Renato.

—¿Te dice algo todo esto? —le preguntó a la mujer.

—No, la verdad es queee, no se…, no sabría decirte.

Se quedaron en silencio, las agujas del reloj corrían y el tiempo cada vez era más apurado. Las posibilidades de encontrar Rizzato con vida se detuvieron encima de la mujer, que no conseguía alinear los mensajes y encontrar una solución al acertijo.

Desde el retrovisor, el chófer lanzaba miradas, cada vez más rápidas, no quería demostrar que lo había oído, pero ya era inevitable.

—Señora… —dijo el chofer.

—Ay, Paolo, ahora no, por favor.

El chófer de Marta se calló.

—Por favor, ¿qué ibas a decir?

Paolo miró por el retrovisor otra vez a la señora y se giró hacia al detective.

—Creo de saber dónde se encuentra.

* * *

—¡Los cinturones! —dijo Bruno mirando de reojo desde el asiento del piloto.

A su lado estaba Paolo, el chófer de Marta Rizzato, listo por indicar el camino. La mujer se sentaba en el asiento posterior.

—Marta, ¿sufres de mareos?

—¿Cómo dices? —preguntó abrochándose el cinturón.

El sonido metálico que provocó el pestillo del cinturón de la mujer entrando en la hebilla fue el detonante, como el pistoletazo de salida para un deportista en la pista de atletismo.

—Es igual, agarraos.

El Alfa Romeo Giulia GTA arrancó como un cohete, desplazando las ruedas traseras lateralmente, coleando como una víbora. La propulsión fue brutal, los 540 caballos que Bruno proyectó a las ruedas provocaron unas marcas de neumáticos largas como los gritos de la mujer aterrorizada.

El bólido tomó la salida del edificio y se introdujo en la carretera sin considerar el tráfico. El piloto comenzó a serpentear en medio de los domingueros que circulaban por la carretera, chirriando los neumáticos a cada cambio de viraje. El olor a neumático quemado era escandaloso, sin embargo, la fuerza G que sufrían los cuerpos en el habitáculo no les permitía percibirlo.

El chófer, al lado de Bruno, indicaba hacia donde tenían que dirigirse.

En los asientos posteriores, Marta, como un fantoche de feria, encajada en los asientos deportivos, seguía gritando a pleno pulmón desde que arrancó el coche. Sujeta con su mano derecha a la manilla encima de la ventanilla, la sensación que estaba viviendo era la de viajar en un avión supersónico militar.

Las dos patrullas de los carabinieri enviadas de refuerzo por el comandante no conseguían seguir a Bruno con el bólido a las máximas revoluciones. A los pocos minutos, desaparecieron en el espejo retrovisor, como los domingueros adelantados.

—¿Es necesario que grites tanto, Marta?

La mujer ni siquiera oyó lo que decía el piloto, continuaba atemorizada en la parte trasera.

—Creo que no ha sido una buena idea traerla —dijo Bruno al chófer de la mujer.

Este reía y disfrutaba de la escena, con serias dudas de si estaba

disfrutando más por ver a su jefa sufriendo, o de la carrera que estaba viviendo.

—Cuando llego a los límites de velocidad, me dice que voy demasiado rápido y tengo que aflojar —gritaba Paolo riendo—. Y si no lo hago, se pone como una loca.

El pie del piloto apretó hasta el fondo el pedal del gas en la autovía antes de subir por las colinas de Modena. Los kilómetros que los separaban del lugar al que se dirigían pasaban tan rápidos como los carteles de las salidas. El tacto y la seguridad que la saeta roja trasmitía al piloto daban la impresión de que el vehículo circulaba sobre raíles. El motor a máxima potencia, con los tubos de escape de competición, generaban un estruendo que dificultaba entender las indicaciones verbales del copiloto.

—Cuidado al cambio de rasante —dijo Paolo.

—No hay tiempo para frenar.

—Cuidado, cuidadoo, ¡CUIDADOOOOO!

El coche cogió a toda velocidad el cambio de desnivel en la autovía y voló una decena de metros, como un avión de acrobacias. La mujer, en el vuelo del coche, interrumpió el grito dejando de ver dónde habían aterrizado.

Los estómagos de los tres ocupantes casi se salieron por la boca cuando volvieron a tocar el suelo con un increíble tumbo del coche, crujiendo toda la estructura, casi torciéndose como una lancha encima del mar.

Paolo lanzó un grito liberatorio parecido al de un cowboy.

La carretera recta se acabó cuando la indicación del chófer señaló la salida que tenía que tomar.

El bólido redujo la velocidad con los potentes frenos y, escalando marchas, pareció que tenía que entrar en boxes para repostar. Desafortunadamente para la mujer de los asientos traseros, la carrera no acababa, si no que tomaba otro trayecto completamente diferente.

Entonces, comenzaron las curvas cerradas que subían a la colina.

Paolo pensó en la casa abandonada que la familia Rizzato tenía cerca de Zocca. Contenía esas dos pistas: era la casa del padre de Rizzato y donde quiso ser enterrado y, sobre todo, tenía una piscina cubierta abandonada.

Todos lo minutos contaban, Bruno exprimía hasta el último caballo y los potentes frenos. Las duras subidas ponían a prueba el cambio de competición con las levas al volante. Las curvas cerradas a codo, las realizaba lanzando de lado el culo y dando gas, afrontándolas, derrapando el coche como en un concurso de Drift.

A la segunda curva, Marta soltó en los asientos traseros todo lo que

había comido seguramente en varios días. El olor fue tremendo, hasta que bajaron por completo las ventanillas para volver a respirar. Una vez la mujer vomitó, dejó de gritar.

Las indicaciones del chófer acabaron en una casa de vacaciones descuidada.

Entró a gran velocidad y, en medio de una explanada, clavó las cuatro ruedas creando unos amplios surcos.

Todos los segundos eran importante y Bruno sintió que podía llegar a tiempo.

La mujer, en los asientos posteriores, desfigurada, con el pelo enmarañado y enganchado al rostro sudado, volvió a respirar al detenerse el vehículo.

Los dos hombres se soltaron de los cinturones de competición y bajaron.

—¿Dónde está la piscina? —preguntó el detective.

El chófer le indicó la dirección del gazebo del que se veía el techo.

Bruno comenzó a correr desesperadamente, a grandes zancadas para llegar a tiempo, si es que aún había.

El vehículo detrás de ellos, con el motor apagado, humeaba igual que una bestia recién salida del ruedo.

El chófer de la mujer le siguió al pleno de sus capacidades.

El caminito de tierra lleno de hierbajos conectaba la casa principal con el pequeño edificio de la piscina. Todo el jardín era un caos de flora que llevaba años creciendo a sus anchas sin control, con el libre albedrío que marca la madre naturaleza. El techo del gazebo cada vez estaba más cerca.

Se veía gastado por la intemperie. Poco a poco, se comenzaban a ver las paredes desteñidas y, finalmente, la puerta. Faltaban pocas zancadas y Bruno aceleró el paso. Los últimos metros antes de cruzar la meta, con el aliento de la desesperación. Ahora le tocaba a él, solo él podía revertir todos los días de secuestro de su amigo. Pocos metros de esprint, con el hígado a punto de explotar, para resolver el acertijo del coleccionista.

Ni siquiera se molestó en comprobar si estaba abierta la puerta. Con toda la fuerza cinética que llevaba su cuerpo desde el aparcamiento y el último esprint, junto a todo el miedo y la desesperación de no volver a ver a su amigo, se tiró encima.

Gritó a pleno pulmón en un grito liberador igual a los samuráis antes de golpear a sus víctimas, tirándose con el hombro sobre su víctima inmóvil.

La vieja estructura de madera se abrió produciendo un roído explosivo, las cerraduras reventaron, arrolladas por la ira del italiano.

El golpe fue muy duro y, una vez dentro, Bruno necesitó un

momento para despejarse y recuperarse del tremendo impacto.

A los pocos pestañeos, la visión y la mente volvieron a conectar. El espacio era grande, las paredes acristaladas permitían que entrasen los rayos del sol para calentar el espacio y observar el jardín. En el centro un agujero, la piscina. El agua estaba burbujeando en el agujero. Cuando vio lo que más se temía, Bruno tuvo que dejar de pensar y actuar, si es que aún había tiempo.

El agua subía rápidamente y el desastre estaba por rebasar los límites del no retorno.

50

Casa de verano abandonada, Zocca, Italia.

Sábado, 22 de mayo.

Ocho días después del robo.

Las paredes amplificaban el burbujeo.

El nivel del agua subía inexorablemente, inconsciente del cuerpo que se estaba hundiendo bajo su manto líquido.

El detective, con pavor a lo que podía ver, a la verdad que podía descubrir, se acercó al borde de la piscina.

El agua, que había tomado una tonalidad grisácea por la suciedad del abandono de la piscina, dejaba ver a una persona sentada en una silla, con la cabeza girada hacia atrás, con los ojos cerrados y los labios estirados para alargar lo más posible la entrada de aire como una carpa fuera del agua.

Rizzato forcejeaba con el agua que le cubría parte de la cara, a punto de rebasar los labios e inundar los pulmones del millonario.

Lo más importante era eso, Rizzato estaba vivo, o por lo menos lo estaba todavía.

El momento de felicidad que sintió por encontrar a su amigo con vida, se esfumó al rebasar el agua los labios, el nivel subía más rápido de lo que esperaba.

—Gian Paolo, resiste.

Bruno se tiró al fondo de la piscina.

El agua turbia impedía ver con claridad la silla en la que estaba sentado Rizzato, tuvo que acercarse hasta que detectó que la silla se encontraba atornillada a los azulejos del fondo. Agarró la silla y con los pies en el fondo tiró hacia la superficie con toda su fuerza, pero el asiento se encontraba agarrado muy concienzudamente.

«Lo tengo que lograr, por Gian Paolo», pensó.

Estiró y estiró con toda la fuerza que tenía en cuerpo, pero no pudo. Era en vano. Se estaba quedando sin oxígeno.

Subió a respirar y volvió a sumergirse.

Miró cómo Rizzato estaba sujeto a la silla. Este no dejaba de

moverse, se le estaba acabando el oxígeno, el agua ya rebasaba la cabeza.

Rizzato, con la boca cerrada para no tragar, se percató de la presencia de Bruno. La expresión de sus ojos fueron la energía que el detective necesitaba.

Bruno se dio cuenta de que las manos se encontraban atadas a los respaldos con una anchas y fuertes bridas de plástico negro. Rizzato estaba perdido, había corrido para nada, no tenía tiempo para hacer nada.

Miró impotente a la cara a su amigo, cuando le vino algo a la mente, un recuerdo lejano, almacenado en algún cajón casi perdido, lleno de polvo, casi nunca abierto.

Se acordó de su padre y del día en el que le regaló algo.

«Algún día esto te salvará la vida hijo. No sé cuándo, no sé en qué situación, pero siento que será así. ¡Cógelo! Ahora es tuyo».

Su padre tuvo razón. El día menos pensado, el sencillo cuchillo de su padre se trasformó en el objeto más caro del mundo. Su padre se lo regaló cuando tan solo tenía catorce años y desde entonces lo llevaba encima. Se lo regaló por su cumpleaños, antes del cisma familiar que sufrieron por querer dedicarse a la mecánica y no seguir la tradición familiar en el cuerpo de policía.

Su padre tenía razón, algún día le podría haber salvado la vida, pero con la diferencia de que no sería a él, si no a Rizzato. Entonces, en ese preciso momento, entendió que podía haber heredado el sexto sentido que tenía, precisamente, de su padre. Estaba asombrado por el momento, por el pensamiento, por la revelación. En el fondo de la piscina donde Rizzato había pasado tanto tiempo y tantos pensamientos lo habían acompañado.

Miró Rizzato, sus párpados estaban a punto de cerrarse, cerca de desmayarse.

Bruno subió, cogió de nuevo aire a pleno pulmón y volvió a bajar. Se acercó a los labios de Gian Paolo y este los abrió en un acto reflejo de esperanza. En sus pulmones entró el aire que le dio más tiempo de supervivencia.

Entonces Bruno sacó el cuchillo con la hoja plegable. La pasó por las bridas que sujetaban el millonario a la silla y cortó la primera. La mano se liberó, los ojos de Rizzato acompasados, se abrieron de par en par, sintiendo el primer halo de esperanza, incrédulo de ver su mano suelta después de más de una semana recluida bajo la espesa faja de plástico.

Luego, pasó la hoja por la brida de la izquierda, entonces, como por arte de magia, el pesado cuerpo del millonario subió hacia la

superficie.

En el momento en el que la cabeza salió del agua, respiró todo el aire que pudo, como si fuera el bien más preciado de la tierra, siempre dado por sentado.

Inspiró y espiró con fuerza varias veces, hasta que consiguió a tranquilizarse y recuperar el déficit de oxígeno que tenía en sangre.

Bruno le sujetaba para que no volviese a bajar al fondo; los músculos atrofiados por estar sentado una semana le provocaban movimientos descoordinados.

Lo acercó a la escalera metálica, donde el chófer estaba de rodillas para sacar a peso al hombre que acababa de ser salvado.

Bruno dejó de sentir las emociones anteriores para ayudar a Rizzato. Finalmente, a gatas, consiguió salir. Una vez fuera, chorreando, se tumbó bocarriba en el suelo del gazebo que a punto había estado de convertirse en su mausoleo.

Rizzato, una vez normalizada la respiración, explotó en un llanto desesperado y liberador.

Bruno, con las gotas de agua que chorreaban por su cuerpo llenando el seco suelo, se estaba desprendiendo al mismo tiempo del miedo, y cobraba vida en su interior la felicidad, la alegría, la serenidad. Más de una semana buscando a su amigo por toda Italia, pensando que había muerto y, por fin, lo había encontrado, en el último segundo.

El destino le quería enviar un mensaje a Rizzato, pero no lo quiso matar, Bruno fue el mensajero y el elemento que tenía que desarmar el plan, el plan de Renato, el Plan Mónaco.

Bruno y Rizzato se abrazaron, sentados al borde de la piscina, llorando los dos.

—Gracias. Gracias, Bruno —dijo el millonario entre sollozos—. Estaba muerto y me has rescatado. Eres mi ángel de la guarda.

—Ya está, Gian Paolo, todo ha pasado.

—Tenía que haberte dicho la verdad. Lo siento.

—No te preocupes, recupérate —dijo Bruno—. Aunque, si lo pienso bien, nos habríamos ahorrado muchos dolores de cabeza.

Los dos comenzaron a reír.

—Giaaanpy —dijo Marta entrando por la puerta resonando los tacones —. ¿Cariño, estás bien?

La mujer entró y vio riendo a su marido en brazos de su amigo.

—Cariño, estás todo mojado, pero ¿qué has hecho? ¡Vas a coger un catarro!

La mujer colocó el bolso en el suelo, se arrodilló llevando cuidado de no romperse las medias. Se estiró hacia el hombre, abrazándolo y, a la vez, intentando no mojarse.

El hombre soltó Bruno y abrazó con sus enormes brazos a la mujer.

El detective se apartó y dejó un momento de intimidad al matrimonio.

El chófer se giró y proporcionó una sonora palmada a la espalda del detective. Los dos se miraron riendo.

—Todo ha pasado, lo has conseguido —dijo el chófer.

—Todo, sí, pero por un pelo no lo conseguimos.

—Las causalidades no existen, tú has logrado lo que los Carabinieri no han conseguido.

—Todo se resume en un cuchillo, gracias al cuchillo de mi padre —dijo Bruno, luego se miró las manos y a su alrededor. No encontraba el cuchillo. Miró al fondo de la piscina.

«Se me tiene que haber caído cuando subía a Rizzato», pensó.

No lo pensó dos veces y se tiró de nuevo a la piscina. Buceó hasta el fondo y lo encontró, abierto, esperándolo.

Lo agarró y replegó la hoja. Se detuvo a mirar a la silla, vacía, y cuando giró la vista vio una figura gris, una silueta que le sonaba, con las mismas formas que Rizzato.

La sombra se encontraba inmóvil, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Los ojos sin pupilas, blancos, vueltos hacia atrás.

«¿Cómo puede ser?», pensó Bruno. «He salvado a Rizzato, no puede ser él».

Pero la visión no tenía interpretación, era su mente la que no quería entender el mensaje.

Se estaba quedando sin oxígeno, apuró todo lo que pudo. Entonces lo entendió, no era una visión del pasado, su sexto sentido le había enviado un mensaje desde el futuro. Era la figura de Rizzato muerto si él no hubiese llegado a tiempo.

Fue la primera vez que su sexto sentido se manifestaba con ese mensaje, como si fuera un mensaje de enhorabuena por el buen trabajo hecho, en caso contrario, «mira lo que habría pasado», parecía decirle.

En el fondo de la piscina.

Bruno sintió la energía que desprendía ese lugar, la tragedia evitada, el mensaje de su padre, la resurrección de Rizzato y la redención de sus pecados. El medio líquido brotaba de sensaciones, tantas que asustaron al detective, pero era algo nuevo.

El agua, el medio de la vida y de la conexión, transportador de sensaciones y almacén de vivencias.

Siluetas azules se asomaban en el borde.

Se hubiese quedado allí, al fondo, por mucho más tiempo, como en un vientre antes de un parto. Se sentía seguro, pero el oxígeno se acabó, se empujó con los pies y fue subiendo.

Tenía que volver a la realidad.

51

Casa de verano abandonada, Zocca, Italia.
Sábado, 22 de mayo.
Ocho días después del robo.

Los carabinieri invadieron la zona.

Las numerosas patrullas aparcaron alrededor del Alfa Romeo, bloqueando el paso de salida y entrada. Los agentes, a punta de pistola, se dispersaron por la propiedad.

El comandante, en medio de los agentes, se camuflaba como uno más. Dio las ordenes de separare y que un grupito fuera con él a la zona de la piscina, siguiendo las indicaciones del helicóptero que, desde el cielo, controlaba la invasión al edificio.

Los agentes entraron en el gazebo y vieron la tierna escena, la esposa abrazada al marido. Diez días de secuestro acabados con final feliz para Rizzato.

Nicola Siani entró y se acercó a Rizzato.

—Señor. Rizzato, soy el comandante de los Carabinieri Nicola Siani. ¿Cómo se encuentra?

El hombre, aún en medio de sollozos, se separó del cuerpo de su mujer.

Recuperó el aire.

—Estoy bien, gracias…, ahora estoy bien —contestó mirando a la mujer.

Mientras, desde el fondo del agua apareció un hombre. Los carabinieri, sorprendidos, se giraron y le apuntaron.

—Quieto, manos arriba —gritaron los agentes al unísono.

Bruno se asustó y obedeció.

—Tranquilos, es uno de los nuestros —ordenó el comandante.

Bruno salió por la escala metálica.

—¿Dónde están los secuestradores? —preguntó el comandante.

Gian Paolo, aún chorreando, meditó.

—Me drogaban todo el rato, eran pocos los momentos en los que

me dejaban con lucidez. Había un hombre… —Gian Paolo se interrumpe mirando a su mujer y piensa en el chico que dijo ser su hijo—… con una máscara y luego una mujer. El hombre, creo recordar, se fue esta mañana pronto. La mujer no sé dónde está, supongo que se habrá escapado —concluyó mirando al carabiniere.

—Está bien, no se preocupe, ya está a salvo. En breve llegará una ambulancia y le llevaremos a un hospital.

El comandante se acercó a Bruno que acababa de salir del agua.

—Has tardado poco en llegar —dijo Bruno al comandante estrechándole la mano—. ¿Cómo está Marguerita ?

—Está bien, en breve entrará en el quirófano para ser operada al brazo, pero no es nada grave. Será solo un susto, ya verás.

—Casi no consigo dejarla, la hubiera llevado al hospital.

—… y si así hubieras hecho, ahora tendríamos que llamar a los forenses y al carro fúnebre. —Le miró profundamente y dijo—: Enhorabuena, Bruno, sin ti no lo hubiésemos conseguido.

Al detective le salió una mueca de risa y miró hacia el suelo.

—¿Nunca has pensado de alistarte en los Carabinieri? El cuerpo necesitaría gente como tú, con tus atributos…

—Gracias, pero prefiero los Porsche, son más fáciles de arreglar que resolver un secuestro.

El comandante asintió con la cabeza. Bruno se acercó a Rizzato y le dijo:

—Lo siento, Gian Paolo, pero me tengo que ir. Una persona me espera.

Rizzato intentó ponerse de pie, pero las piernas no lo sujetaban.

—Tranquilo, tranquilo, no te levantes.

—Bruno, gracias, si no es por ti estaría muerto —dijo mientras Bruno se agachaba para abrazarlo.

—Te equivocas, todos te hemos salvado, todos hemos contribuido, yo solo he llegado en el momento adecuado —dijo con una sonrisa y con los ojos húmedos, pero no del agua de la piscina—. Pero ahora me tengo que ir, estas en buenas manos, una mujer me está esperando.

—Ve, ve tranquilo. Gracias, Bruno.

Se levantó y dio un paso hacia la puerta, se acordó de una cosa y se giró.

—Por cierto, Nicola, ¿cómo nos habéis encontrado tan rápido?

—Fácil, siguiendo la estela de flashes de los radares.

Bruno torció la cabeza y le miró con expresión de no tragárselo.

—Las patrullas detrás de ti, duraron poco, pero no fuiste tan rápido como para perder también a nuestro helicóptero.

Bruno asintió con la cabeza y antes de salir concluyó:

—Gian Paolo, ya sabes que soy de Porsche, pero tu Alfa Romeo GTA… es francamente un cohete. —Y al concluir las palabras,

desapareció por la puerta.

Rizzato se sintió afortunado.

No por tener los brazos de su segunda mujer al cuello, sino por seguir vivo. Esa era una señal. Incluso más por haber tenido un tiempo forzado para reflexionar sobre la vida.

En el fondo de la piscina, las cosas se veían diferentes.

En el fondo de la piscina, la vida viajó a otra velocidad, tanto que reflexionó sobre lo que tenía en su vida y lo que realmente valoraba de todo lo que tenía. Al final llegó a una conclusión aplastante, reveladora, desconcertante. Esa misma revelación, llevaría consigo unos cambios radicales que fueron prometidos en el fonde de la piscina y desde el fondo de su corazón. Los mismos cambios que habría tenido que hacer hacía tiempo. En ciertas ocasiones, uno se deja desviar por la sociedad y acabas apartado de tu esencia, de tu misión, de tu propósito. Un fuera programa que puede durar un capítulo de la vida o un acto entero, pero antes o después tu alma te pide que hagas un recuento de lo que eres y de lo que haces, y, si vas por el camino equivocado, te aplasta en la cara la verdadera dirección. Solo te queda una solución, valorar cuán afortunado eres, porque aún dispones de tiempo para rectificar.

Rizzato fue besado por la suerte, le quedaba tiempo para rectificar y enmendar los errores del pasado. Los mismos que lo arrollaron con un ticket del Red Carpet, enviado en un sobre.

52

Hospital de Modena, Italia.
Domingo, 23 de mayo.
Nueve días después del robo.

Le aguantaba la mano.

Sentía las pulsaciones en sus dedos, recordaba sus caricias, sus besos, su piel desnuda. El destino cruzó sus vidas en el hotel Palace de Mónaco, la noche de Gala de hacía unas dos semanas, todo pasó demasiado deprisa. Le pareció mucho más.

Bruno sintió que conocía a la mujer desde hacía mucho más tiempo. Las peripecias vividas juntos bastaban para vivir un par de vidas.

Su corazón latía fuerte ante la imagen de Marguerita.

Salvó a Rizzato y escapó para estar cerca de la mujer en la operación de extracción de la bala que Renato le disparó. Se sintió un traidor por haberla dejado, pero ya estaba allí, a su lado, para que fuera la primera persona que viera cuando abriera los ojos.

Una lagrima bajó por la mejilla del detective.

Una sola, las otras las aguantó. «Un hombre no tiene que llorar», le decía su padre. «Llorar era de débiles, no de sensibles».

Sin embargo, Bruno era un sensible, a pesar de la falta de amor y de las aventuras fallidas, seguía sintiendo que el amor todavía estaba en su interior.

La lagrima solitaria era por la mujer que, en unos días, revolucionó su vida y sus sentimientos.

Entonces se dio cuenta definitivamente, estaba enamorado.

Lo admitió, lo aceptó.

Luego vinieron los miedos en fila picando la puerta de la realidad. Un miedo tras de otro, bajo las formas y semejanzas de preguntas, muchas absurdas y alguna coherente.

No tenía respuestas, solo dudas y miedos, pero lo único cierto era lo que sentía, la mano de la mujer en la suya y el amor que percibía.

Hubiera estirado ese momento como un chicle, hasta la eternidad,

pero fue consciente de que, al momento de salir de la habitación, lo más probable, las vidas de los detectives hubiesen vuelto al mismo punto en el que estaban antes de topar con El Plan Mónaco.

Pasaron minutos y minutos, Bruno no dejaba de mirarla.

Hasta que la anestesia dejó de hacer efecto y la mujer se despertó. El bello italiano fue la primera visión de la mujer, la misma que le despertó una sonrisa.

Vestida con una bata clara y el pelo rojizo recogido de un lado, era lo más celestial que Bruno nunca había visto.

El hombre se acercó.

—Ehhh, ¿cómo estás?

La mujer respondió con los ojos.

Se movió ligeramente y cerró los párpados, la herida aún estiraba.

Se despegó los labios, se desempastó la boca.

—He estado mejor. Gracias por estar aquí.

El hombre rio.

—Perdóname por no haberte acompañado en la ambulancia hasta aquí.

La mujer cerró los ojos.

—No digas eso, ¿y Rizzato?

—Está vivo, lo hemos conseguido, lo salvamos.

—No, tú lo salvaste. Tiene que sentirse afortunado al tener un amigo como tú. Has sido como su ángel de la guarda.

—¿Sabes? Me ha dicho lo mismo.

—Tienes que sentirte orgulloso.

—Te equivocas, si no hubiese sido por ti, no lo habríamos salvado.

La mujer ahorraba palabras, seguía cansada. Soltó la mano del hombre y se la pasó por el rostro.

—Mi bello italiano.

—Ha venido el comandante cuando estabas durmiendo.

La mujer levantó las cejas.

—Me ha dicho que han llevado a Mario y Renato a la cárcel de Opera, y que Mario tenía una cómplice, su novia, que, cuando oyó llegar el Alfa Romeo, se escapó por las colinas. La pillaron a las pocas horas con el helicóptero.

—¿Y Vero?

—Está fuera; más tarde, si puedes hablar, los médicos la dejaran entrar.

Hubo silencio.

—¿Y nosotros? —dijo la mujer con melancolía en sus ojos.

—¿Nosotros? ¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes, embustero —respondió la mujer con una sonrisa

amarga.

El hombre bajó la mirada.

—¿Qué has pensado? —preguntó el hombre.

—No creo que funcionara. —Se aclaró la voz y tragó saliva—. Creo que tenemos demasiadas diferencias en nuestras vidas. Tú en Marbella, yo en Suiza. Tu trabajo, el mío. Mi edad, la tuya. No quiero darte falsas esperanzas, y menos hacerte sufrir.

Todas las lágrimas que Bruno consiguió contener se derramaron de golpe. El rostro del hombre se encogió.

Sabía que lo que dijo la mujer era la verdad, pero no quería admitirlo. Su maravillosa historia fue un bonito paréntesis, pero solo eso. «Al final el amor es eso, un paréntesis entre la pasión y la realidad».

—¿Por qué no probamos? —dijo entre sollozos.

—Precisamente por esto, no quiero que sufras más, ya dejé correr demasiado mis sentimientos a lo loco.

Se quedaron unos instantes callados.

—Es lo mejor para los dos —concluyó la mujer—. Estoy cansada, voy a dormir un poco más. No te vayas de momento, quédate conmigo.

La mujer durmió todo el día. A su lado, el hombre al que amaba y al que no quería hacer daño.

El día después, los dos detectives salieron del hospital y tal y como la mujer adelantó, cada uno por su lado.

Marguerita, en medio de los pañuelos de lágrimas, subió en el coche de Verónica y se dirigieron hacia Suiza. Vio desaparecer al bello italiano por el retrovisor de su vida. Tapó lo que sentía cambiándolo por lo que debía hacer.

Bruno se despidió de Rizzato y Paolo, el exchófer de Marta, lo acompañó al aeropuerto. Pedro lo recogería en Málaga para seguir con su vida.

Todo parecía encarrilado, pero nada lo estaba.

El Plan Mónaco fue un tornado que desajustó los sensibles equilibrios de muchas personas, de muchas vidas y de muchos destinos.

Todo perpetrado por una mente, en el fondo criminal, que hizo de su propia envidia una venganza que arrasó como una bomba nuclear, produciendo una ola expansiva que destapó todos los secretos del coleccionista.

El destino es caprichoso, nunca sabes por qué hace determinadas cosas, y menos cuál es su verdadero fin, solo el tiempo está de nuestra

parte. Él nos desvelará el plan Maestro, precisamente con eso, con tiempo y paciencia.

53

Cárcel Opera, Milano, Italia.
Seis meses después del robo.

Despertarse.

¿De qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?

De tu sueño, de la ilusión que llamaste vida.
En una piscina vacía llena de preguntas y reproches.
En medio de tu propio secuestro.

Rizzato, un nombre que representaba riqueza. Una vida que cambió de rumbo al volver a respirar la vida, el aire, la libertad.

En el fondo de la piscina se hizo un juramento, y no tardó en mantenerlo. Lo cumplió para él y para la que estuvo todos los días acompañándolo en el fondo de la piscina, su consciencia, su Karma.

Durante los días secuestrado, revivió una vida entera. La silla se convirtió en su propio confesionario emocional. Creó unas notas de todo lo que no hizo bien y que, si salía vivo, habría de reacondicionar.

Rizzato sabía que el mejor momento por arreglar las cosas fue cuando sucedieron. Pero el segundo mejor momento habría sido al salir del fondo emocional de la piscina.

De esa lista de situaciones a cambiar, tres destacaban, de las cuales se hizo tres promesas.

La primera era el dinero.

Vendió su imperio en seis meses. Gran parte de lo que recaudó, lo entregó en beneficencia. Se compró un todoterreno de gama media y se fue a vivir en una casa en medio de los Alpes. Casi una cabaña, aislada, llena de libros, sin Internet, sin cobertura para teléfonos móviles. Nueva vida, nuevo hogar. Dejó de fumar puros, cambió la alimentación, además de dar largas caminatas en medio de los

bosques.

La segunda fue su mujer.

Marta no era su mujer, era un capricho, un espíritu juvenil que le hacía sentirse veinte años más joven. No había amor, solo fachada y glamur. Se divorció y le tocó un pellizco para que pudiera vivir con su joven profesor de Tenis. De contrapartida, se fue a Cuba, a rescatar, a volver a enamorar su primera mujer, Anna, el amor de su vida. La única persona que hubiese querido tener en el fondo de la piscina, la única mujer a la que hubiese vuelto a abrazar si salía vivo del secuestro. La única persona a la que hubiese llamado a cambio de su fortuna, una última vez, oír su voz, la de la persona que más había amado en su vida.

Cuando la encontró, él prometió que se esforzaría para bailar con ella y más cosas.

El viaje no fue en vano.

La mano de la mujer apretaba la de Rizzato en el todoterreno en la autopista italiana de camino hacia la tercera promesa.

El coche recorría la distancia entre la cabaña donde la pareja vivía otra vez juntos y el penitenciario de máxima seguridad Opera.

La mujer le aguantaba la mano y le sonreía, orgullosa del rumbo que dio a su vida. Porque no es lo que nos pasa, es lo qué hacemos con lo que nos pasa.

La puerta se abrió.

La sala de color gris estaba iluminada por unos neones colgados de la pared. En el medio, una pequeña mesita y tres sillas, dos al lado de las visitas y una al del detenido.

Anna y Gian Paolo se levantaron, con el corazón en la garganta.

El preso entró, era Mario, su tercera promesa.

Quería conocer al fruto de una noche en Kiev, al fruto de un error, de un desliz, al fruto de la vida que repudió vilmente, pero como todas las cosas, siempre se está a tiempo de poner remedio.

Mario Petrov. Un chico guapo, con facciones eslavas y matices mediterráneos, víctima de decisiones mal calibradas.

Entró con las manos atadas, mirando el suelo y tímidamente a la cara de las personas que venían de lejos para visitarlo.

Se sentó. A su lado, un agente armado miraba todos sus gestos.

Gian Paolo, con los ojos rojos, alargó las manos sobre la mesa. Mario las miró y con suma lentitud y vergüenza apoyó las suyas encima. Se miraron a los ojos.

Los roles se cambiaron, el preso ahora era Mario, de igual manera

los sentimientos, basados sobre otros valores.

—Ella es Anna, mi mujer.

Mario hizo un gesto con la cabeza para saludarla.

—¿Cómo estás?

—Las cárceles rusas son peores.

Los tres se rieron.

—Explícame que haces durante el día —preguntó el padre.

Era la primera vez que se veían en esa tesitura, pero no fue la última. Rizzato se demostró a sí mismo que las promesas estaban para cumplirlas. Incluso la última, la más difícil, aceptar a un hijo repudiado y explicárselo a su compañera de vida. Crearon con el tiempo los lazos que una mala decisión les arrebató.

Al cabo de muchos años, el matrimonio Rizzato estuvo delante de la puerta del penitenciario el día que el juez le concedió la salida preventiva de la cárcel por buena conducta. Tuvieron un nuevo inicio, los tres, una nueva vida y los pocos años que les quedaron para disfrutar los unos de los otros. Agradecidos al Plan Mónaco, y al fondo de la piscina, que cambiaron sus vidas por completo y para siempre.

54

Circuito Ascari, Marbella, España.
Seis meses después del robo.

El viento caliente del Sahara azotaba.

Hacía un día precioso, a pesar del aire. El circuito se encontraba en plena actividad de extranjeros.

La reunión duró poco, extraña e insensible. Un tipo extraño se presentó sin avisar y hablaron de servicios confusos. Los minutos que estuvieron en el despacho de Bruno, no fueron aprovechados. No entendió qué quería, ni siquiera por qué dejó lo que estaba haciendo para atender a ese hombre.

Bruno, desconcertado, le entregó una tarjeta de visita y, tras haber invitado a un vaso de agua al individuo, lo acompañó a la salida.

Este subió a su coche y, mientras se iba, se acercó a Bruno desde el otro lado del parking un Aston Martin descapotable.

La arena que transportaba el viento le impidió ver la matrícula. En cuanto aparcó, quedó boquiabierto por quien salió del vehículo.

No podía creer a sus ojos, los seis meses que habían pasado no pudieron curar la herida. La sal, como el limón, escuecen en una herida abierta. Un litro de zumo de limón se acababa de verter en su herida.

El viento desparramó el cabello rojizo de la mujer. Cerró la puerta y se acercó a Bruno.

Se quitó las gafas y le preguntó al petrificado italiano.

—¿Qué tal detective?

Bruno cerró la boca.

—¿Tu?

La mujer rio.

Bruno y Marguerita se miraron a los ojos, como si el tiempo no hubiese pasado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre.

—He estado reflexionando, y quería hacerte una pregunta.

Bruno levantó las manos, dispuesto.

—Sabes, la vida es corta, y las oportunidades son muy pocas. ¿Y si lo intentamos?

Bruno sonrió, torció la boca y miró a la mujer.

—Ya… ¡y si lo intentamos!

La mujer se acercó y lo abrazó. Bruno la cogió al peso y comenzó a voltearla en el aparcamiento.

Dicen que no hay una segunda oportunidad para una primera impresión. De la misma manera, el primer encuentro no se repite, pero, como en todas las cosas, hay ocasiones que se rompen las reglas. Marguerita y Bruno se concedieron un segundo inicio, que, igual al primero, fue un “bonito encuentro”.

Las decisiones.

Las decisiones son bifurcaciones camufladas, no importa equivocarse al caminar por ellas; lo que sí importa es rectificar a tiempo y, por supuesto, tener el valor de retroceder, aunque eso comporte arrollar al propio ego.

Las decisiones…, la gran incógnita.

55

En algún lugar de España.

Unos meses después.

«He vuelto a matar.»

Así empezaba la primera frase de la página. Una cualquiera, abierta al azar, pero no del todo casual.

El libro que la mujer tenía entre las manos era de una cubierta roja, de pasión, de sangre. Encontrado en un cajón. Descuidado. Olvidado.

El segundo cajón de la derecha del escritorio seguía cerrado, nadie había mirado dentro.

La mujer se rascaba la cabeza incapaz de entenderlo y sorprendida por la información sensible que había en ese diario.

La casa se encontraba azotada por la velocidad que el dueño tenía por dejarla. Prendas sencillas cubrían la cama. El desorden de las estancias rompía con la imagen general de la casa.

¿Cómo podía haberse dejado un objeto tan preciado y necesario para su día a día?

¿Te ha gustado?

Descubre “Malatesta contra Malatesta”, la quinta entrega del Detective italiano.

¿Te sientes digitalmente seguro?
¿Y en el mundo real?
Alguien siempre nos observa y sabe más que nosotros. Conoce nuestros gustos, las compras que realizamos, **las contraseñas que usamos** y **puede predecir** nuestros próximos movimientos.

Alguien ha robado la identidad digital de Bruno y se está haciendo pasar por él en el mundo real.
Dinero, honor y muerte, son los ingredientes de los sucesos que rondan sobre la cabeza del italiano. **Todo apunta que va a pasar mucho tiempo en la cárcel.**

Un efecto dominó de acontecimientos y duplicidades, arrastrará a Bruno al borde de la locura y su presunta culpabilidad en manos de la justicia penal española.

Solo la confianza en Marguerita y de otra persona que viene del pasado, le podrá dar alguna oportunidad de salir del hoyo que se ve involucrado, demostrando su inocencia.

Ambientada en Andalucía, Madrid y en los Pirineos, Malatesta contra Malatesta es una novela negra de misterio, investigación y duplicidades mortales.

Hazte con ella en Amazon

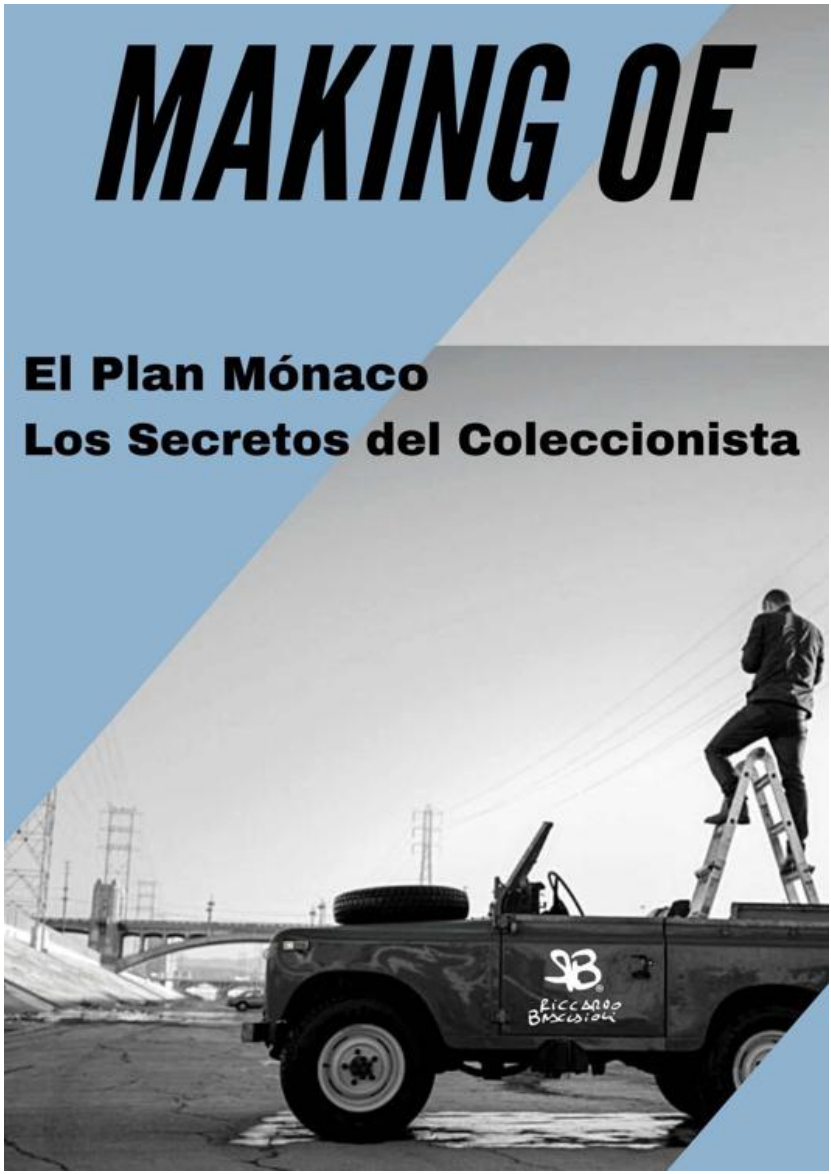
Los amantes de la literatura de **Agatha Christie, Dan Brown, Jo Nesbø, Joël Dicker o Dolores Redondo,** pero también las series como El Inocente, The Mentalist, True Detective disfrutarán con este estremecedor thriller por el Norte de Italia.

Riccardo Braccaioli es el autor de los exitosos libros autobiográficos y de crecimiento personal como Diario de una Quiebra y novelas negras como *Asesinato en el Rally Costa Brava*, *La Muerte del Mentor*, todos Best Sellers en Amazon.

¿Te has quedado con ganas? ¿Quieres saber más?

Si te ha gustado la novela, los personajes y los lugares, ¡tengo algo para ti!

Te he preparado un **MAKING OF (detrás del telón)** en formato e-book para que puedas descubrir, de dónde ha nacido la idea de esta novela, los personajes y lugares reales que me han inspirado.



Lo he hecho con mucho cariño y mimo, espero que te guste y pueda cubrir esa curiosidad literaria que tenemos después de leer un libro.

Aprieta aquí 👇

LINK PARA DESCARGAR GRATIS EL EBOOK MAKING OF

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

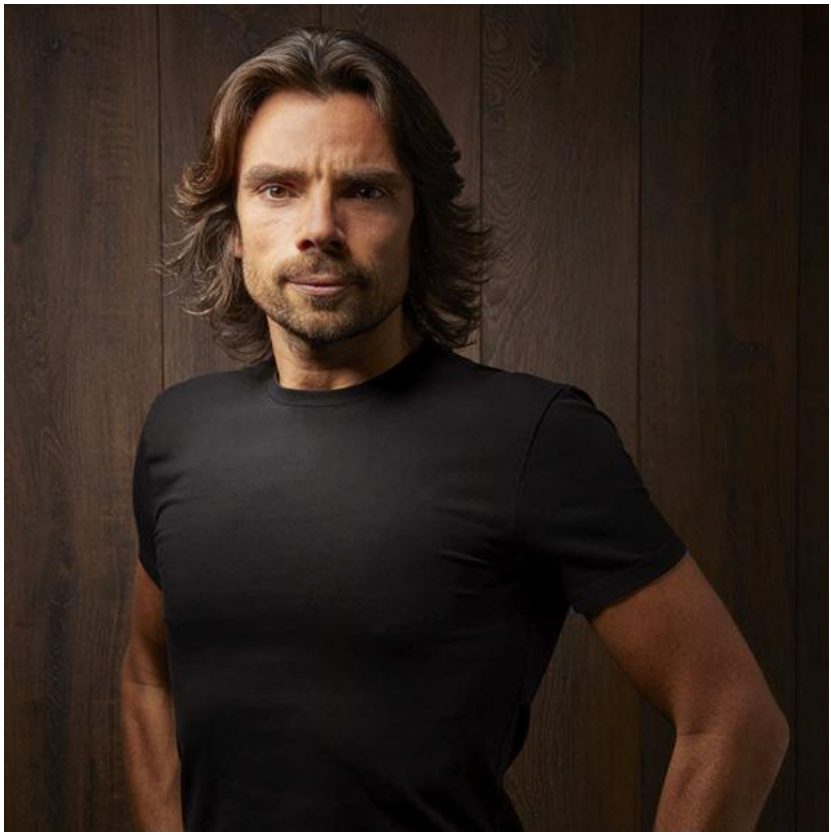
Además, ya estoy escribiendo la próxima entrega de Bruno MALATESTA. Si quieres estar informado sobre mis novedades, puedes apuntarte a la newsletter en mi página web.

Te mandaré solo y exclusivamente información de mis obras e información sobre mi.

Aprieta aquí 👇
BRACCAIOLI - NEWS LETTER

O escanea con la cámara del móvil esto 👇

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, empresario y conferenciante.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros. Ayuda con sus obras a miles de personas para superar fracasos empresariales y personales y en no sentirse solos.

VENTANAS Microrrelatos Ilustrados, un libro revolucionario por su estructura, son 37 historias que giran alrededor de un elemento arquitectónico mágico, las ventanas.

Ahora con la **Serie MALATESTA,** ha iniciado el camino del escritor de

novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi padre, que es mi “as en la manga”, tanto en la historia como lector pre-beta.

Gracias a mis lectores beta, Pili y Manel, vuestros consejos son inestimables.

Gracias a Pablo, que con la linterna sigues enseñándome el camino desde tu altura.

Gracias a Pedro, por hacerme soñar en grande.